LOS DÍAS DE PARÍS

Banine

Siruela Nuevos Tiempos

Banine

LOS DÍAS DE PARÍS

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

Siruela
Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: marzo de 2023

Título original: *Jours parisiens*
En cubierta: Cartel de viajes Pan Am (1950)
© Sam Novak / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Herederos de Banine, por acuerdo con
Pushkin Press Ltd, Londres, 2023
© De la traducción, Susana Prieto Mori
© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-02-9

Conversión a formato digital: María Belloso

La llegada a la tierra prometida

Allá va el Orient Express, a toda máquina, rumbo a la Tierra Prometida: se acerca con un estrépito ensordecedor, cuando los raíles lo arrojan de una vía a otra en una danza salvaje. Me anuncia en su idioma de acero la dicha y la libertad, me arrastra hacia el lugar de mis fantasías, hacia el momento fulgurante del reencuentro que había estado esperando durante cuatro años de revolución, de terror y de ruina, en los escombros de un mundo abolido.

Cuatro años de separación de mis seres queridos, que abandonaron el Cáucaso entonces aún libre, en los que me quedé sola con mi padre —aún ministro de la efímera República Independiente de Azerbaiyán— que, cuando los rusos reconquistasen el Cáucaso, acabaría en la cárcel por un delito imprevisto y yo, a los quince años, en la cárcel de un matrimonio forzoso. Durante esos años mortales, desde lo más hondo de mi desesperación, me refugio en los sueños, construyo mundos, imagino locuras, dichas inauditas, conquistas y victorias.

Minutos únicos de una vida entera, al fin los conozco: me vuelcan en el amanecer de un paraíso. Rígida de cuerpo entero en una espera apenas soportable, con la garganta seca, una opresión en el pecho donde late como un reloj enloquecido mi corazón de diecisiete años, espío por la puerta del tren la vida en marcha, sin ver los feos suburbios que desfilan ante mis ojos cegados por la emoción. Lo que vislumbro son los sueños, refugio de esos años pasados, años de frío, casi de hambruna, de angustia. Las conquistas y las victorias, pronto me haré con ellas para ya nunca soltarlas. Y ya estaba viviendo una enorme victoria: el desembarco en la Tierra Prometida, donde al fin

llegaba tras la huida primero del Cáucaso, después de Constantinopla donde había abandonado a mi marido, colmándolo de falsas promesas. Él esperaba reunirse conmigo, yo esperaba no volver a verlo nunca: pobre hombre, víctima al igual que yo de la Historia que avanza y nos aplasta.

La bóveda de la estación de Lyon se cierra sobre el tren y lo cubre con su sombra. Va frenando, cada vez más, al fin se detiene y mi corazón se detiene con él: voy a morir. Pero no, moribunda, jadeante, temblorosa, logro bajar al andén sin caerme muerta y al fin los veo a través de las lágrimas. Son cuatro: mi madrastra Amina, el amor de mi infancia, mis dos hermanas, Zuleika y Sureya, y finalmente mi cuñado arrogante, insoportable. Y allí me encuentro abrazada por turnos y lloro y río y siento una dicha tal que ni la propia muerte podría arrebatármela. Pero no muero, mis lágrimas se secan, todo el mundo habla y ríe a la vez, me hacen preguntas, respondo sin pies ni cabeza. El sentimentalismo me ha embargado un instante, pero enseguida lo reprimo: está mal visto en mi familia, más bien inclinada a la ironía, a veces brutal. Y además allí está mi espléndido cuñado Murad, que sabe ser ingenioso hasta la crueldad; no nos dejará ponernos cursis. Lleva un bastón en la mano y se «espolea» con gesto seco, me examina con un aire socarrón que no promete nada bueno: mi charchaf —medio velo que llevan las mujeres turcas—, mi traje de chaqueta comprado en una tienda de confección de Constantinopla, mi apariencia de paleta provinciana, le causan un efecto hilarante. Su bastón apunta a mis caderas exuberantes y me siento acusada de un crimen. Estalla:

—Ay, por favor, parece que vayas disfrazada para una pantomima titulada *La odalisca y el progreso*; un charchaf en París, cejas de carretero caucásico. Y ese traje, ¡ni que estuviéramos en Taskent! ¡Y ese trasero que parece que sales del harén de Abdulhamid! Vamos a tener que alquilar una carretilla

para transportarlo…

Amina y mis hermanas se enfadan, le dicen que me deje en paz, pero él sigue.

No quiero quedar mal y me río, sin forzarme: la vida es demasiado dulce, vivo un cuento de hadas que unos detalles disonantes no logran ensombrecer. Estoy como aturdida por el tránsito de la estación, por el ruido, el movimiento y la emoción, que sigue ahí, desgarrando mi sensibilidad con la dicha presente, con todos los sufrimientos padecidos durante estos cuatro años. Me daba la sensación de que, tras escapar de una cueva helada, llena de tinieblas, había subido a una pradera inundada de sol.

Sin embargo, ya novelista sin saberlo, constato, pese a dicha emoción, el maquillaje absurdo de mis hermanas. Que Zuleika, pintora, lo practique a ultranza tiene un pase: está entregada al color, a todas las audacias de la artista, a la extravagancia de los creadores. Pero que Sureya, discreta y tímida, exhiba unas pestañas que se doblan bajo el peso del rímel como ramas de abeto bajo la nieve, párpados negros, mejillas como ornadas de geranios en su primer esplendor, más una gruesa capa de polvos, labios sangre de buey, me sume en el estupor. Constato y encajo, pero naturalmente no digo nada.

La vestimenta de Zuleika también está a la altura de su oficio: cosas extrañas le cuelgan por todas partes, lleva un sombrero en forma de maceta calado hasta los ojos, enormes pendientes le rozan el cuello adornado con un collar exótico. Lleva puesto un cinturón de dibujos aztecas no en la cintura sino en las caderas, según los cánones de la moda reinante. Bajo esas vestiduras de fantasía, encuentro a mi hermana voluble, exuberante, llena de vida y de verbo.

Embarcamos en un espacioso taxi rojo de una especie desgraciadamente ya extinguida, donde se podía entrar sin doblarse en dos y sin caer después como un saco de patatas en el asiento de atrás. Mi única maleta va junto al conductor: la gran aventura empieza. ESTOY EN PARÍS.

París… Para entender el pleno significado de ese ESTOY EN

PARÍS hay que haberse creído encerrada para siempre en una ciudad odiada, perdida en algún lugar en el fin del mundo: hay que haber soñado con París durante largos, interminables años, como había soñado yo desde el fondo de mi ciudad natal donde —sin caer en la paradoja— viví mi auténtico exilio.

París, para un alma fascinada por ese nombre, aparece como el faro que ilumina el paraíso: el sueño convertido en piedras y calles, plazas y monumentos, erigidos en el transcurso de una larga y turbulenta historia. Es el resplandor de todos los sueños: un mundo donde chocan o se funden micro mundos que crean profundidades vitales inauditas.

Aun siendo de naturaleza profundamente infiel, le he sido fiel a París, pese a medio siglo de intimidad en que se conocen, como en toda intimidad, los atractivos y los hastíos: hastío de costumbre y de monotonía ante todo.

Soñadores del mundo entero, apelo a vosotros en particular, vosotros que conocéis la virtud y el veneno de los sueños. Su virtud: son nuestro opio en el aburrimiento de lo cotidiano, nuestro refugio al abrigo de las leyes y los reyes, nuestro granito en las arenas movedizas del mundo, nuestro brioche cotidiano, aunque nos falte el pan.

Su veneno: que, si por milagro nuestros sueños se realizan, sentimos el maldito «no era más que esto». La vida de esas impurezas empaña su perfección, que solo es imaginaria, y la decepción nos envenena: «no era más que esto…».

Pero durante los primeros días de mi vida parisina, «era esto». Todo era hermoso, joven, interesante, divertido, lleno de promesas. Incluso a la llegada, las inmediaciones feas y llenas de humo de la estación de Lyon me habían encantado porque allí estaba dando mis primeros pasos de parisina. Y después vino la maravillosa disposición de la calle de Rivoli, la plaza de la Concordia con su disposición aún más perfecta, que hace pensar en un jardín mineral, los Campos Elíseos por donde rogamos al conductor que pasara. Subíamos la prestigiosa avenida que en aquellos tiempos, hace medio siglo, brillaba con una elegancia

que nada deslucía. Solo había una boutique en ella, la de Guerlain, dos o tres cafés, el Select, el Fouquet, dos casas de alta costura, el hotel Claridge. La democratización, que tiene sus virtudes, aún no había afeado la avenida de las elegancias y el esnobismo. No se vendían caramelos al peso, vestidos de rebajas, zapatos de plástico, alfombras hechas a mano y cucuruchos de cacahuetes. Los cines aún no te provocaban cada dos metros con carteles y títulos de una pornografía para todos los públicos, sexos y preferencias.

Lentamente subíamos por los Campos Elíseos hasta el Arco de Triunfo, que no triunfaba más que yo, bajábamos por la avenida del Bois —¿o ya la habían rebautizado como avenida Foch?—, sin salir de los buenos barrios llegábamos a la Muette, a esa calle Louis Boilly donde mis padres alquilaban un apartamento en la planta baja de un bonito edificio. En esas regiones altamente residenciales nos quedaríamos mientras durasen las joyas traídas de allá, único y escaso residuo de una fortuna de petroleros, democratizada, colectivizada, socializada, volatilizada en el estallido revolucionario que se tragó todos nuestros privilegios como un fuego voraz.

Mientras bajábamos la avenida del Bois, mi memoria resucitaba por unos instantes otro «bulevar»: el de Bakú que bordea el Caspio donde, a la sombra de unos árboles escuálidos, me había paseado tantos años con el alma en pena y la cabeza en otra parte, en París precisamente. Gracias al estallido en cuestión aquí me encontraba al fin, y cuánto prefería ser pobre aquí que rica allá. No, no es que haga como la zorra con las uvas. Ya de niña —lo he contado en otra parte— arruiné mentalmente a mis familias paterna y materna para tener derecho a casarme con Ruslan, el guapo jardinero con pinta de príncipe de *Las mil y una noches*, uno de los doce casi-esclavos asignados al riego de una propiedad desértica. En lo relativo a nuestra ruina, mis sueños estaban ampliamente cumplidos. Lástima, no por ello pude caer con exaltación en brazos del seductor Ruslan el día de nuestra boda: esa dicha le fue concedida a Yamil, al que yo odiaba.

Ya no tenía de qué quejarme, puesto que los decretos del destino remplazaban a Ruslan por una emigración en la que, estaba segura, conocería a Ruslanes mil veces más guapos, mil veces más seductores y de una clase social (solo faltaba) algo más brillante. Volviendo a *Las mil y una noches*, que como es lógico me impregnaban, imaginaba el porvenir como una cueva de Alí Babá donde encontraría fabulosos tesoros. De todos ellos, solo uno no habría podido nunca pasárseme por la cabeza, dotada sin embargo de una floreciente imaginación: que un día me convertiría en escritora francesa y escribiría estas líneas.

Mi padre nos esperaba en la entrada: había estado sin duda acechando la llegada del taxi.

Tres años habían pasado desde el día en que, en Batumi, lo viera alejarse por el mar Negro, de pie en el barco de la Compañía Paquet, hacia Constantinopla, hacia París. Él se iba, yo me quedaba y, lo que es peor, me quedaba con mi marido que me llevaría de vuelta a Bakú para proseguir con nuestra absurda vida conyugal. Se habla de «corazón roto» y con razón: el mío estaba hecho migas. No por ver marchar a mi padre, sino por verlo marchar sin mí. Como Prometeo, me quedé encadenada a una roca imaginaria del Cáucaso y ningún Hércules me liberaría de mi mal amado.

La libertad, las buenas condiciones materiales y, más aún sin duda, la ausencia de miedo, habían rejuvenecido a mi padre. Tenía el rostro descansado, se mantenía erguido, vestía bien. Yo recordaba perfectamente su espalda encorvada, su aspecto hastiado, su ropa de preso que, por sí sola, rebajaba a un hombre, y su pobre sonrisa al verme a través de los barrotes cuando le llevaba la cazuela donde mi tía, su hermana, había vertido el guiso cocinado para él. Pesaba mucho cuando la llevaba hasta la lejana cárcel, con el frío o los grandes calores, pero aportaba cierto consuelo a su miserable encierro.

Esa situación que olía a melodrama parecía irreal desde allí,

desde aquel elegante apartamento donde todo era paz y comodidad, y la cárcel de los negros suburbios de Bakú, negros por estar en una zona petrolífera, parecía una pesadilla. Y, en realidad, ¿acaso no lo era?

Nos besamos con lo que podía pasar por cariño entre un padre poco expansivo y una hija intimidada por él. La mirada extrañamente expresiva de sus ojos negros y brillantes bastaba por sí sola para intimidarme y me arrebataba toda veleidad de efusión. ¿Me había tratado con afecto alguna vez? Nunca, me parece, ni siquiera cuando iba a visitarlo a la cárcel: siempre nos había separado un muro, no había abandono por ninguna de ambas partes. Nunca se había mostrado realmente duro conmigo y sin embargo le tenía miedo, y ese miedo me había impedido seguir a un hombre al que creía amar y hecho aceptar a otro al que sin la menor duda odiaba, solo porque mi padre expresó su deseo de que así lo hiciera.

Resulta difícil imaginar lo que antaño representaba en el mundo islámico del que procedíamos la figura del Padre. Investido por una autoridad que iba directamente después de la de Dios, disponía de sus hijos como de súbditos sin derechos, libre de imponerles cualquier cosa excepto la muerte. Es probable de hecho que en las tribus aún primitivas donde regía la ley islámica hasta ese derecho se le concediera.

Un rasgo llamativo de mi padre, que iba a acentuarse con la edad, era su liberalismo, ¿dictado por qué: la inteligencia, la indiferencia, secretas disposiciones de las que apenas somos dueños ni conscientes? En cualquier caso, fue ese liberalismo el que nos hizo, a nosotras sus hijas, ser educadas a la occidental en una época en que eso aún estaba muy mal visto en el islam, del cual su segunda esposa, mi madrastra Amina, sacaba un beneficio a veces abusivo, y del que pronto nos daría una nueva prueba de su apertura de mente.

Yo le agradecía infinitamente haberme hecho venir sola a París, ¿quizás para permitirme después divorciarme y acabar con un matrimonio que tan cruelmente se me había impuesto? Ah,

cuánto lo esperaba: la idea de reunirme con ese marido del cual todo me desagradaba venía en ocasiones a ensombrecer la dicha de recuperar mi estado de soltera, de recobrar mi existencia donde la había dejado hacía cuatro años, pero esta vez en un mundo nuevo, en ese París legendario al que mi alma «había aspirado como el ciervo al manantial».

Aceptaba por adelantado sus inconvenientes, me plegaría a las humillaciones a las que me había acostumbrado Zuleika con sus «cuando tengas mi edad, lo sabrás» pronunciados con tono de superioridad, escucharía con sumisión sus consejos y los de Amina, cumpliría sus órdenes con una disciplina militar; en definitiva, estaba dispuesta a todo para dejar a mi marido. Si fuera necesario iría incluso a acostarme más pronto que los demás, como en mi infancia, cuando el «*kinder*, *schlafen gehen!*» (¡niñas, a la cama!) de Fräulein Anna seguía resonando en mis oídos como una condena a trabajos forzados. Todo, todo era mejor que Yamil.

Tras haber besado a mi padre me volví, siguiendo una jerarquía que se ordenaba por sí misma, hacia un niño de ocho años, mi medio hermano que, habiéndome olvidado en esos cuatro últimos años, me miraba con sorpresa, sin expresar la menor alegría. Piel clara, ojos marrón, pelo castaño, un aspecto «ario rubio», heredado de su madre caucásica del norte, desentonaba sobre el fondo de nuestra tribu condenada al negro ágata y demás signos de una ascendencia oriental. Sin embargo, también éramos arios, muy puros incluso, por la sangre persa que corría a chorros por nuestras venas… pero arios morenos.

Un nuevo descenso en la jerarquía me enfrentó al preceptor de mi hermano, un viejecito acicalado, con ojos de gallina, redondos y asombrados, que caminaba con precaución sobre unas piernas tan arqueadas que solo se tocaban en los pies.

Aún quedaban, en lo más bajo de la escala social, la cocinera y la doncella que al verme emitieron, como francesas expansivas, gritos de alegría y estupor:

—Oh, ¿la señorita es señora? ¡Qué joven!

—Qué ojos tan bonitos tiene la señori… la señora.

Cumplido fácil, a falta de algo mejor.

Sí, en aquellos tiempos aún no se había extinguido la raza de las francesas que consentían al servicio doméstico, hoy en día considerado humillante. Servicio ingrato, ¿quién va a negarlo? Pero escribir a máquina todo el día para un jefe a menudo difícil, o trabajar en una fábrica, ¿es acaso mejor? Parece que sí, a juzgar por los hechos. Pero en aquellos tiempos fabulosos, si bien aún no existía la Seguridad Social, sí existían auténticas «chachas» francesas.

Me doy cuenta aquí de que a menudo me veré obligada a referirme a «aquellos tiempos» como a una época diferente, pasada. Y con razón: los cambios sobrevenidos en este medio siglo son tan enormes que realmente hemos cambiado de mundo. Es inútil ilustrar dichos cambios, son demasiados. Pero señalaré un detalle de pasada: el lado de la calle Louis Boilly que hoy lleva hacia el bulevar periférico daba en «aquellos tiempos» a las murallas, donde mucho nos habríamos cuidado de aventurarnos por la noche, pues los rumores las poblaban de individuos inclinados a los más siniestros crímenes. Incluso cruzar, tras la caída de la noche, el parque de la Muette no era fácil, pues allí pululaban los sátiros como malas hierbas detrás de cada arbusto: el miedo que nos inspiraban rozaba la histeria. Así pues, vivíamos entre dos zonas llenas de peligros: las murallas y el parque de los sátiros.

Mi aprendizaje parisino comenzó la misma tarde de mi llegada, en el secreto del dormitorio que a partir de entonces compartiría con Zuleika. En cuanto ella entró, Sureya y yo nos convertimos en sus testigos. Zuleika sacó de su mesilla de noche una boquilla tan larga como su antebrazo y, colocando con autoridad un cigarrillo, lo encendió y exhaló con aire regio una nube de humo que se me metió en la garganta y me produjo un ataque de tos. Después anunció con orgullo:

—Voy a casarme.

—¡Ah! —exclamé embargada por la alegría y la curiosidad.

Me hacía feliz la noticia en dos sentidos: en primer lugar porque una boda, por su propia esencia, es siempre un acontecimiento venturoso y el fiasco de la mía no era más que un accidente debido a la Revolución de Octubre; ella, siempre ella.

En segundo lugar: me parecía inapropiado llevar, a los diecisiete años, dos años casada mientras Zuleika, dos años mayor que yo, se demoraba en el estado de solterona, humillante, *contra natura*. Esa inversión de papeles era una vulneración de la ley islámica, tal vez incluso de una tradición ampliamente aceptada. Por tanto, sentí una intensa satisfacción al saber a mi hermana comprometida y bajando por el buen camino, o más bien subiendo.

—¿Quién es? ¿Un caucásico?

París rebosaba de emigrantes venidos de todo el Imperio Ruso y nuestra zona, el Cáucaso, gozaba de una amplia representación.

—Ah, no, qué va, ¡estoy harta de caucásicos! Es español: católico, obviamente.

Me quedé sin aliento, no sabía qué decir ante la enormidad de esa elección que debía, según nuestras más sanas tradiciones, llevarla derecha al infierno. Al fin me atreví a aventurar:

—¿Y papá?

—¿Papá qué? ¡Tampoco me va a comer! Ya soy mayor de edad. Y además ya no estamos en Bakú, el islam queda lejos, todo ha cambiado. ¿Papá? Pues le hablaré de mi José uno de estos días.

Tras sus aires de seguridad creí adivinar una buena dosis de fanfarronería, pero también la sabía capaz de ser valiente y la admiraba sin reservas, yo que era tan timorata.

—Yo nunca me atrevería —dijo Sureya, tan tímida ella también.

La apoyé con entusiasmo: «Yo tampoco, nunca».

Sabía de qué estaba hablando: ¿acaso no había perdido un

destino tal vez ejemplar por esa falta de valentía que me pesaba como un yugo? Yugo que me había impedido decir el «no» liberador a mi padre cuando me pedía que me casara con Yamil, que me había impedido marcharme con Andréi Massarin, cristiano también, pero lo que es peor, y cuánto peor, ¡un revolucionario, un bolchevique! Habría podido escaparme con él, pero, paralizada por el miedo, renuncié para casarme con otro. El miedo, mi peor enemigo, que quizás me hiciera perderme mi propia vida, cómo lo odiaba, cómo lo sigo odiando.

A veces, en el camino de la vida por el que avanzamos a tientas o, al contrario, corremos sin pararnos a pensar, vemos una bifurcación surgir traicioneramente ante nosotros, forzándonos a tomar una decisión de la que dependerá todo nuestro futuro. ¿Tomar a la izquierda, a la derecha? ¿Cómo saber dónde se encuentra la dicha, dónde se agazapa la desgracia? Nuestro único consuelo será pensar que nuestra decisión ha sido en realidad ilusoria, que estaba determinada desde siempre.

Zuleika se encontraba ante una bifurcación que, sin embargo, no le preocupaba lo más mínimo, por lo imperiosa que le parecía su decisión. Ella sabía.

—Un cristiano —dije—, un cristiano. No sabe nada del islam. Igual lo odia. Siempre hemos estado en guerra, nosotros y ellos.

—Pues nos hemos equivocado —replicó Zuleika con autoridad y sacudió con energía la ceniza de su cigarrillo.

Y la ceniza cayó sobre los millones de guerreros musulmanes y cristianos que llevaban luchando desde la Hégira hasta nuestros días, sobre los cruzados de las ocho cruzadas, la última de las cuales acabó con la muerte de san Luis ante Cartago, sobre los compatriotas de José dirigidos por los catoliquísimos Isabel y Fernando que expulsaron a los moros de España, sobre los ejércitos de Juan de Austria aniquilando a los turcos en Lepanto, sobre las tropas de Juan Sobieski, rey de Polonia, y esos mismos turcos asediando Viena… y sobre tantos y tantos otros. La ceniza de Zuleika los sepultó a todos bajo el mismo oprobio y su amor por José transformó todos esos enfrentamientos en juegos de

niños idiotas, y ¿cómo afirmar con certeza que no fueran idiotas?

—¿Y si te equivocases tú casándote con él? —preguntó Sureya.

—Yo nunca me equivoco. Y que sepáis, queridas retrasadas, que soy su amante desde hace seis meses.

Cabe decir que la noticia «cerró el pico» a las dos retrasadas, tanto que miramos a Zuleika con los ojos como platos por la incredulidad, porque al fin y al cabo la virginidad obligatoria el día de la boda —para la chica, se entiende— era un dogma tan sólido como la Kaaba de La Meca que no teníamos derecho a socavar de ninguna de las maneras.

—Estás loca —exclamé una vez más, esta vez embargada por una virtuosa indignación—. ¡Antes de la boda!

Hasta mi prima Gulnar, tan liberalmente desvergonzada, se había mantenido virgen para su boda, ¿y qué mejor autoridad en materia de costumbres disolutas podía invocar?

—Querida —respondió Zuleika escupiendo humo como una locomotora que arranca: le salía a la vez por la nariz y la boca en gruesas bocanadas ondulantes—. Querida, estamos en París, te lo repito, demos gracias a la Revolución de Octubre, y todas esas sandeces se han ido definitivamente a la basura. —Tras una breve pausa, añadió con condescendencia—: Uno de estos días te llevaré a su taller. Que sepas que es pintor, un artista consumado. Razón de más para que la señora —un gesto de cabeza hacia Sureya— nunca se haya dignado a conocerlo.

—Ya sabes… Murad…

Sureya encogía el cuello. Condenada por su carácter a pasar desapercibida, sufría sin un murmullo la influencia de sus allegados y de las circunstancias, se dejaba humillar por unos o por otros o por todos. Su situación actual, entre un marido tiránico y una hermana imperiosa, era un suplicio para ella.

—Sí, a Murad el Magnífico… ¿Cuántos títulos nobiliarios era que tenía en su linaje?… Le escandaliza la idea de aliarse con un cristiano, un pintor sin nombre y sin fortuna… de momento.

Encogió con rabia los dos hombros a la vez y sus pendientes

tintinearon de una forma encantadora, como campanillas.

—Seguid despreciando a José, me da lo mismo porque de todas formas me voy a casar con él. Fíjate tú, la flor y nata de la aristocracia azerbaiyana que mira a un artista por encima del hombro. Os recuerdo, para que conste, que nuestro abuelo se comía las piedras de su campo que era minúsculo y que no tuvo ningún mérito en que un día saliera petróleo de las piedras. Y os recuerdo además que nos han quitado hasta la última gota de ese petróleo que nunca nos van a devolver, por muchas ilusiones que se hagan los cretinos emigrantes. Solo nos queda el recuerdo y muchas pretensiones. Desde luego, lo que es pretensiones tenemos de sobra, los reyes del petróleo venidos a menos.

Y allá que emprendió encendidamente una diatriba llena de hiel y virulencia contra el esnobismo, los aristócratas falsos o auténticos, contra los plutócratas en general y los musulmanes del mundo entero. Estigmatizaba a granel la riqueza, la ociosidad de los pudientes, las supersticiones, las religiones que se devoraban entre sí en nombre de un Dios bueno y misericordioso. Amaba decididamente a su José que le inspiraba todo aquel discurso incendiario. Y yo, moldeada por cuatro años de propaganda revolucionaria, con los oídos aún llenos de eslóganes como «la religión es el opio del pueblo», «la explotación del hombre por el hombre» y otras verdades o medias verdades, empezaba a virar hacia su lado y a darle cierta razón.

Pero, como no tenía ni su audacia ni su fuerza, no me veía enfrentándome a mi padre. Sin embargo, durante su encarcelamiento, como algo liberada por su ausencia, conocí algunos días de valor; respaldada por la fermentación ideológica en la que estábamos inmersos en Bakú, me atreví a exhibir en la solapa de mi traje un broche de esmalte con la efigie de Lenin. Mi audacia murió joven: me hicieron ver lo indecente que era que la hija de un padre encarcelado llevase el retrato de otro Padre, el de la Revolución, principal instigador de dicho encarcelamiento y de todos los males que sufría nuestra familia.

Acabé por quitarme la imagen de Lenin del pecho y volví al campo de los venidos a menos: no tenía madera de Pasionaria.

Perturbada por las emociones y las impresiones violentas que se habían encadenado sin tregua a lo largo de aquel día, uno de los más memorables de mi vida, no lograba dormirme aquella primera noche parisina. Me parecía que la impresión de frivolidad había sido dominante a lo largo de esas horas en que el carácter socarrón de Murad marcaba el tono. Bromeábamos mucho, hablábamos de compras, de espectáculos, de modelitos, y se cotilleaba a lo grande, recordando las palabras de fulano, los escarceos de mengana. El precioso apartamento, la elegancia de mi madrastra, el preceptor y las dos criadas creaban un ambiente de abundancia que yo había olvidado y que formaba un contraste asombroso con el de turbulencia general de los años vividos «allá». ¿Cómo coquetear entre los escombros de un mundo y los andamios de otro? ¿Cómo hablar de modelitos cuando estás con una mano delante y otra detrás? ¿Cómo pensar en los escarceos de fulano cuando se trata de sacar de la cárcel a mengano? Las tiendas estaban vacías, la electricidad se cortaba cuando hacía más falta, siniestros rumores envenenaban la vida ya llena de por sí de venenos reales.

Tres meses antes yo aún vivía en otro planeta, entre la familia islámica, celosa de sus tradiciones milenarias aunque ya condenadas, y la llamada de la Revolución. Porque yo había oído esa llamada… Un poco más de valentía y habría tomado el otro camino en la bifurcación.

Y allí me encontraba, en otro mundo cuya frivolidad estaba llena de encantos, por el cambio radical que representaba respecto a la extenuante gravedad que exudaba la fermentación revolucionaria. Y allí estaba, viviendo por mí misma la prodigiosa diversidad de la tierra rebosante de sufrimientos, placeres, muertes y vidas. Trataba de imaginar esos millones, esos miles de millones de destinos que se entrecruzaban en su

superficie y, tratando de imaginar lo inimaginable, me embargaban unas intensas ganas de vivir, de arder, de cruzar las brasas, de beber de todas las fuentes, hasta las envenenadas.

Esa quimérica sed de vivir me sumió en la angustia de envejecer que desde hacía algunos años solía atormentarme. Aún no había cumplido veinte y sin embargo cada día, cada hora, envejecía como respiraba, con total seguridad. Me veía señora mayor acechando la aparición de las arrugas que surcarían mi piel con toques al principio imperceptibles, después cada vez más marcados. Se me pondrían los dientes amarillos y se me caerían, perdería vista, se me pondría el pelo blanco, dejaría de ser mujer en el pleno sentido del término y el amor huiría de mí. Y, sin embargo, el amor, esa gran cosa sublime y desgarradora, ¿no me había acaso desgarrado ya? Tan corta, mi vida estaba ya marcada por él: amor fallido con Massarin, amor sufrido por otra parte con repulsión y rechazo. Ante la idea de volver a ver a Yamil algún día nefasto, me incorporé de golpe y me senté en la cama, como bajo el efecto de un dolor insoportable. Luego rompí a llorar en silencio para no despertar a Zuleika que, por su parte, debía de soñar con José, con quien conocía la felicidad de un amor compartido. ¿Apreciaba su suerte en su justa medida?

Lloraba por mí misma, pero también por él, mi marido, mi verdugo involuntario en cuyo verdugo, a mi vez, me convertía yo a mi pesar, ambos víctimas… Pero me repito. Y reanudaba mi letanía: no era culpa suya ni mía, pero no podía quererlo, solo podía odiarlo.

Aquella primera noche pasada en París entre la incertidumbre y la alegría, entre grandes esperanzas y la duda, me sigue pareciendo hoy en día la prefiguración de toda mi vida.

Ya al día siguiente se emprendió la transformación radical de mi persona. Mi madrastra, a quien fui a saludar a su cama donde, arreglada encantadoramente, estaba desayunando, me pasó la mano por el pelo y las mejillas y suspiró con aire abrumado:

—Ay, todo esto es tan Bakú…

Bakú, me imagino, simbolizaba a sus ojos el mal: aparte de los pozos de petróleo, que tenían su utilidad. Pero en cuanto al resto… Esa ciudad en parte oriental, poblada por indígenas que ella consideraba —a veces con razón— como salvajes, siempre le había inspirado antipatía y temor. ¿Qué hacía en su familia política apegada a un tradicionalismo agresivo, más estrecho que un cuello de botella? Nacida ella también en una familia musulmana, había vivido sin embargo desde su infancia en Moscú donde su padre, ingeniero, ejercía su oficio, donde ella había estudiado, donde prácticamente solo veía a rusos, convirtiéndose así en una asimilada como Dios manda a la que nada, salvo una religión teórica, distinguía de una auténtica rusa.

En Azerbaiyán —capital Bakú— había descubierto una parte del Imperio ruso que no tenía nada de ruso y cuyo pronunciado particularismo étnico y religioso solo podía disgustarla. ¿Se había casado con mi padre por mero interés? Lo ignoro. Mi padre no carecía de prestancia ni de belleza de un tipo muy oriental. Si se había casado con él por cálculo, había cometido un error por las razones que ya sabemos y que nadie habría podido prever. Si bien la emigración la había liberado de la Familia, no tardaría en encerrarla en una pobreza que la conduciría hacia un destino cada vez más sórdido, hacia un final de su vida espantoso. Pero, de nuevo, nadie podía preverlo en aquel hermoso día de verano en que se empeñó en expulsar de mi piel a la pequeña oriental para sustituirla por una parisina a la última.

Me escrutaba como para medir mis posibilidades y lo que se podría hacer de mí.

—Es que eres tan Bakú… —repitió y me sentí culpable, con especial intensidad porque yo nunca había apreciado mi físico. No era de mi gusto, yo «no era mi tipo».

—Llévala ahora mismo a la peluquería —dijo a Zuleika, que me arrastró a la calle de Passy donde un joven resuelto se puso manos a la obra tras una breve consulta con mi hermana. Con increíble habilidad se desató con mi cabeza que salió de sus

manos toda redondeada, con un flequillo por encima de los ojos, la imagen de una Juana de Arco resucitada: ya era un poco francesa.

—Muy bien —aprobó Amina a mi regreso—, eso ya está mejor. Te he preparado algunos vestidos, pero antes ponte esta faja y si al principio te aprieta un poco, te aguantas…

—Para presumir hay que sufrir —intervino Zuleika en francés, con tono sentencioso.

—Es verdad. No podemos dejar en libertad tus caderas y ese trasero.

La faja no me apretaba: me ahogaba, me estrangulaba, me oprimía, me hacía entender por analogía la tradición de los pies comprimidos seguida en China. Pero ¿qué podía hacer? Éramos víctimas de la gran obsesión de las elegantes de aquella época: convertir la silueta en una plancha donde cualquier protuberancia pasaba por un escándalo. Caminaba con esfuerzo y rigidez dentro de aquel caparazón de hierro.

Me hicieron quitarme el traje de chaqueta, comprado con entusiasmo en Constantinopla con la intención de sorprender con mi elegancia al mundo parisino. Había sorprendido, tal y como yo esperaba, pero no en el sentido previsto. Me puse el vestido que Amina había elegido para mí en su armario y que me embutí con esfuerzo, pues aun comprimidas mis caderas resistían. El vestido me pareció sencillo en exceso, lo habría preferido adornado con volantes, encaje, por lo menos, botones. Era recto, desnudo, monacal, para colmo, negro: la Juana de Arco que me miraba con desconfianza en el espejo de pie no me gustaba nada.

Mi tocado turco estaba sobre la cómoda.

—¡Qué horror! —exclamó Amina—. ¡No pensarás ponértelo en París!

—Tendría gracia llevarla al Dôme con esas pintas.

Ante esa evocación, que para mí no evocaba nada, Zuleika y mi madrastra se echaron a reír.

Yo ignoraba que el Dôme era un gran café, el alma en cierto modo de un Montparnasse que para mí solo era una idea lejana,

pero me sentí insultada: ¿éramos tan grotescos, mi charchaf y yo, que se reirían de nosotros en aquel lugar desconocido?

—Y así, además, con la cara lavada —añadió Zuleika.

—Sí, hay que enseñarla a maquillarse.

Me empujaron hacia el tocador y allá que se desataron con mi cara: rojo en las mejillas, azul en los párpados, rímel en las pestañas, y luego crema y una gran nube de polvos. Lo hacían por mi bien, querían ponerme guapa, su intención era buena, yo lo sabía: pero la máscara que me mostraba el espejo ¿seguía siendo yo? Parecía un huevo de Pascua al que el flequillo aportaba cierto toque mortuorio. La desesperación me dio el coraje de protestar.

—Qué provinciana —gritaba Zuleika—. Antes parecías recién salida de la lavadora o de una enfermedad mortal. Ahora tu cara tiene vida. Quieres ir de tolstoyana, pero estamos en París.

—Me veo horrenda.

—Qué provinciana, qué provinciana —repetía Zuleika—. Y pretende vivir en Europa.

Sí, quería vivir en Europa, aun desfigurada. Simplemente, aquel primer día, evitaba los espejos, los cristales, las superficies pulidas.

Sureya, que vino de visita por la tarde, aprobó la metamorfosis que, a juzgar por sus palabras, era «admirable».

—Pareces otra. Faltan las cejas. Yo me encargo.

Sacó de su bolso una pinza de depilar que siempre llevaba encima. Adversaria del sistema piloso abundante, y Dios sabe que el nuestro lo era, se depilaba con rabia. Se depilaba incluso —procedimiento único que yo sepa— los antebrazos y las axilas: cada pelo superfluo se convertía en un enemigo personal que había que eliminar sin dilación.

Habitualmente dulce y maleable hasta la saciedad, se volvió implacable con mis cejas. Me echó la cabeza hacia atrás, se inclinó sobre mi frente y arrancó los pelos con una rapidez y una precisión extraordinarias. Yo chillaba, se me llenaban los ojos de lágrimas, ella se afanaba en su tarea acompañándola de: «Ya

está, ya está, ya acabo, termino enseguida».

Escapé a sus manipulaciones con el contorno de las cejas en llamas, rezumando gotitas de sangre. Sureya estaba satisfecha, yo abrumada. Era demasiado para un solo día.

Sureya vivía en un apartamento amueblado en la calle Massenet, a unos diez minutos a pie del nuestro. A su llegada, Murad había alquilado un apartamento lujoso, pero su tesorería menguaba y se mudaron a otro menos lujoso, luego a un tercero mucho menos lujoso aún, el de la calle Massenet precisamente. Era el proceso, clásico en la emigración, de descenso gradual si no a los infiernos, al menos en la escala del lujo. Mis padres seguían el mismo camino. Al principio, cuando mi padre aún ejercía las funciones de ministro en el Azerbaiyán libre, todavía en posesión de su fortuna y habiendo llegado Amina a París antes que él, había alquilado un piso de gran lujo en los Campos Elíseos. Cuando Bakú fue ocupada por los bolcheviques y mi padre encarcelado, ella se mudó a un pequeño palacete en la calle de la Pompe. Finalmente, cuando las cosas se echaron definitivamente a perder, con los bolcheviques aferrados al poder con extraña obstinación, se mudó a este apartamento de la calle Louis Boilly, todavía lujoso. Sería el último en serlo, señalaba el comienzo del fin: un año más de prórroga y el descenso se habría consumado.

Unos días después de mi llegada, Zuleika me llevó a casa de José, que vivía en un taller de pintor en la calle Jean-Boileau, que por aquel entonces tenía aspecto casi de pueblo, con sus descampados y sus casitas rodeadas de jardines. Se entraba por un portón coronado por el rótulo «Carpintería, Ebanistería» a un patio impregnado de un olor a serrín y madera. De un hangar situado al fondo escapaban chirridos de sierra, de martillazos y cepillado. A la derecha, una pequeña construcción se adosaba a la casa vecina: allí se encontraba del taller de José, todo de cristaleras. Sin molestarse en llamar —¿acaso no estaba en su casa?— mi hermana empujó la puerta que José nunca cerraba con llave, por lo visto, y entró. La seguí, devorada por la

curiosidad ante aquella iniciación a la vida de artista de la que solo me hacía una vaga idea, pero donde predominaba sin embargo el temor a no sé qué fechorías.

Fue tremenda la conmoción de aquella entrada en un universo insólito, con su desorden cósmico, su batiburrillo cubierto de una gruesa capa de polvo, sus docenas de tubos de pintura desperdigados por todas partes, sus lienzos, también a docenas, que llenaban el suelo, apoyados en los muebles o en caballetes que se alzaban como guillotinas por todo el vasto taller; otros colgaban de las paredes que cubrían enteramente. Sobre unos caballetes, una inmensa tabla de dibujo ocupaba una buena parte del taller que aún quedaba libre, de modo que entre esa tabla, los lienzos y los muebles, resultaba difícil circular. Cuando mucho más tarde hube visitado el Mercado de las Pulgas, supe a qué se parecía el taller de José, con su barullo pintoresco donde un hervidor cuyo mango solo aguantaba a base de muchos cordeles se codeaba con un maravilloso sable de ancestro castellano metido en un saco de carbón, ropa desperdigada con botellas vacías, un jarrón de alabastro donde florecían tres rosas rojas con una guitarra sin cuerdas, etc., etc., etc. Sobre todo aquello flotaba un olor a polvo, a pintura al óleo y a café, que José había preparado para nosotras.

En medio de aquel decorado tan idealmente «escena de la bohemia» estaba mi futuro cuñado, con la paleta en la mano izquierda, un pincel en la derecha, vestido con un pantalón de pana gruesa todo manchado y una camisa blanca (limpia) abierta sobre un pecho velludo. Tenía el cráneo más dolicocéfalo que pueda imaginarse, una frente inmensa, muy blanca y serena, ojos almendrados bordeados de pestañas largas y rectas como las de un caballo. De perfil recordaba a los egipcios de los frescos antiguos: a causa de su cráneo, su cintura de avispa, sus hombros anchísimos.

Su retrato interior: de una alegría infantil, de una amabilidad que se aliaba con mucha violencia y de una grosería de carretero. Al principio me desconcertó su lenguaje, digamos libre, su

desenvoltura, sus inextirpables costumbres de bohemia que no le impedían ser perfectamente bien educado cuando las circunstancias lo exigían. Y además era bueno, servicial, con frecuencia divertido, y su sonrisa habría desarmado al diablo en persona. Su calidad de artista me intimidaba tanto que el polvo del taller se irisaba a mis ojos con todos los colores del arcoíris y la mugre de su grueso pantalón se me representaba como el símbolo mismo de su inconmensurable originalidad de PINTOR. Estaba dispuesta a considerar el orden y la limpieza como atributos superfluos, opinión que corregí más adelante cuando conocí a artistas muy apegados al uno y a la otra.

Se deshizo de la paleta y del pincel que, al evocarlos ahora, formaban parte integrante de su personalidad y se acercó a mí para examinarme en detalle, como si fuera una mula en venta, y dijo con satisfacción: «Está bien», tras lo cual se lanzó sin transición a una virulenta escena doméstica destinada a Zuleika. Me di cuenta después de que esos bruscos saltos de un humor a otro eran habituales en él: era su lado infantil que, como ya sabemos, pasa sin transición de una crisis de llanto a la risa y viceversa.

—¡Ya está bien! —gritó muy fuerte mientras golpeaba con la mano en la mesa de madera donde un surtido de objetos heteróclitos se sobresaltó como asustado—. ¡Ya está bien! ¿Cuándo vas a decidirte a hablar con tu padre, me ca… Mi familia vale tanto como la tuya y más incluso: soy un hidalgo y no un petrolero venido a menos de m… Como vosotros.

Me escandalizó su violencia y aquella referencia tan descortés a nuestro estado de venidas a menos.

—Ya sabes que no se trata de eso, sino de la religión.

—Me importa un comino: pequeña —pronunciaba con acento español—, mi familia es tan católica como vosotros musulmanes, y lo mismo te imaginas que mi pobre madre —nunca dejaba de especificar «pobre» cuando hablaba de su madre, tal vez porque era viuda— hará la acción de gracias —yo no sabía qué significaba eso— cuando le lleve a una… —vaciló y tal vez por

deferencia para conmigo midió sus palabras— digamos una extranjera. Bueno, pues espero el mismo sacrificio por tu parte.

Un malvado placer me embargaba al ver bajar la soberbia de Zuleika ante su fogoso enamorado, espectáculo para mí delicioso: de modo que ella también temía enfrentarse a nuestro padre pese a su fanfarronería, que no era más que una cortina de humo. Trató de adoptar una actitud altiva y de meter baza entre dos explosiones verbales de José, cuando se veía obligado a recobrar el aliento.

—Vaya lenguaje: en nuestro entorno…

—¿Qué entorno? Con lo que tú misma me has contado sobre vuestras costumbres primitivas… Te lo advierto, pequeña, no voy a seguir aguantando tus tergiversaciones. ¡Tienes que elegir entre tu padre y yo!

Aquel ultimátum corneliano excluía la continuación de la polémica, agotaba el tema. José se sirvió un vaso de vino tinto y se lo bebió de un trago. Convencida y vencida por la demostración de un apego tan patente, Zuleika suspiró por última vez y dijo:

—Te prometo que hablaré con mi padre mañana o pasado. —Prudente, se corrigió—: Bueno, a finales de semana.

José, animado por aquella promesa y tal vez por el vino, recuperó su alegría, se acercó de un salto a mi hermana en la cama-diván y ambos iniciaron con entusiasmo una escena, de amor esta vez. Se besaban apasionadamente, como si yo no estuviese allí, hasta que un gesto de José me hizo temer lo peor: ¿iba a tener que asistir, como la Dinarzade de *Las mil y una noches*, a sus amores completos? Me levanté, presa del pánico, dispuesta a esconderme si no bajo el diván en cuestión, al menos debajo de la mesa, cuando Zuleika dijo con voz lánguida:

—Puedes ir a dar una vuelta por la calle: es muy bonita. Vuelve en un cuarto de hora.

Me abalancé hacia la puerta, aliviada y escandalizada a partes iguales: ¡ahí tenía la vida de bohemia, y en todo su impudor, en todo su desprecio de las convenciones! Aún escuché, mientras

cerraba la puerta al salir, la voz de pronto enérgica de Zuleika, mujer racional en toda circunstancia, que me decía:

—Sobre todo no te pierdas. Fíjate bien en el número de la casa.

Por primera vez en mi vida me encontraba sola en una calle de París. Es verdad que era bonita, con sus casas bajas y sus jardines repletos, como auténticos jardines campestres, de árboles donde piaban los pájaros, ellos también parisinos al fin y al cabo. Me costaba creerme en la gran capital, me enternecían los emparrados de árboles tras las rejas, los bosquecillos de lilas descoloridos, la hierba que allí crecía sin riego artificial. Todo aquello me hablaba de una dicha venidera tan extraordinaria que no podía formularse, porque no tenía nombre, porque yo no sabía lo que había de ser.

La callejuela de campo me llevó a una gran arteria de la gran ciudad, extrañamente cortada en medio por un viaducto con arcadas. Me detuve, miré a la izquierda, a la derecha y me dije: «Vayas a donde vayas, avances o retrocedas, estarás en París». Un tren pasó sobre el viaducto con un ruido de trueno, se me cruzaron coches por delante, una niña se detuvo frente a mí con una cesta de flores en la mano que ofrecía a los viandantes. De buena gana habría comprado algunas para celebrar la fiesta de mi alma, pero no tenía dinero. Aún no había visto ni tocado esas monedas con la efigie de Marianne. Y para qué quería dinero: no entraba en mis sueños, que me hacían saltar por encima de los bienes materiales en el País de las Maravillas.

El cuarto de hora había transcurrido, pero yo proseguía con mi primer vagabundeo solitario por París, que jamás olvidaría. Había que interrumpirlo y volví lentamente al taller, incómoda y con pesar. Yo era la única que estaba incómoda: José y Zuleika parecían perfectamente a gusto, normales en todos los sentidos, salvo porque tenían más color en las mejillas y más brillo en los ojos. Y José, como para darme una lección, abordó directamente el tema que yo precisamente quería olvidar.

—Es bueno hacer el amor —dijo con satisfacción—. ¿Verdad,

pequeña? ¿Estás de acuerdo?

La posesión de mi hermana lo inclinaba a sentimientos fraternales y tutearme le parecía totalmente natural.

Toda mi incomodidad desapareció: «Ah, no», exclamé con fuerza, con toda mi convicción.

—Está loca, ¿no? —preguntó José a Zuleika con aire consternado.

—Es joven —respondió ella con condescendencia—. Cuando tenga mi edad… —Suspiró bajo el peso de sus veintidós años.

Aquella conversación, que yo encontraba desagradable e inapropiada, me exasperaba. Lancé a José una mirada de desaprobación.

—Se ve que no ha hecho usted el amor con mi marido.

—Menuda idea, ni se me ocurriría. No me gustan los hombres, en fin, para el asunto… ¿Lo hacía como el culo?

«Como el culo…». Aquel lenguaje hermético me resultaba incomprensible. Él se dio cuenta.

—A ver, quiero decir, ¿como un besugo?

Yo desconocía el comportamiento sexual de los besugos, pero esa vez entendí el sentido de la pregunta.

—No lo sé. Pero me daba asco. Ya no quiero.

La guía de mi infancia en esos asuntos delicados, mi prima Gulnar, dotada de penetrantes luces sobre el acto del amor, me había hablado de ello tanto y tan bien que yo esperaba éxtasis inenarrables. Por desgracia, ese acto que conocí a los quince años en brazos de un marido indigno me provocó tal asco, tal decepción, que me llevó años superarlo.

Me esperaba burlas, en lugar de lo cual José vino a darme unas palmaditas en la mejilla con gesto paternal.

—Está muy bien así, pequeña. Es preciosa la castidad.

Y se puso a discurrir con énfasis sobre una tal Teresa de Ávila, una señora de la que yo nunca había oído hablar y a la que él tenía en muy alta estima, a la vez por sus dotes de escritora y por su forma de servir a Dios con la más absoluta pureza.

Hija de un hidalgo castellano como el propio José —aquí se

separaban sus caminos—, había entrado en un convento que acabó por reformar porque le parecía demasiado frívolo.

Supe así lo que más adelante quedaría confirmado, que José preconizada la castidad entre sus allegadas de sexo femenino, a las que quería virtuosas. Hablaba con orgullo de su «pobre madre», que se quedó viuda muy joven y rechazó unas segundas nupcias por principios, de su hermana Ana María, virgen a los cuarenta destinada a seguir siéndolo por siempre: eran mujeres ejemplares, modelos a seguir. Como ya me consideraba su cuñada, alentaba vigorosamente mi pureza. Él mismo había renunciado a ella por motivos evidentes: porque era hombre y su virilidad, imposible de combatir, lo abocaba a todas las faltas. Además, era artista y el arte obliga: la sensualidad en todas sus formas le sirve, por así decirlo, de base. Pero las libertades de su vida de artista quedaban equilibradas por sus orígenes españoles, a los que algún conquistador moro quizás añadiera una pizca de rigor para con las mujeres y su virtud. Esa dualidad de tendencias común a tantas personas se manifestaba en José con mucha fuerza: se le oía predicar con igual elocuencia la virtud y el libertinaje.

Desde ese primer encuentro en aquel hermoso día de verano, José y yo nos hicimos los mejores amigos del mundo, algo que seguiríamos siendo incluso tras su divorcio de mi hermana, sobrevenido unos diez años más tarde. Otra pareja más que evocaba en sus inicios las palabras de Goethe: «Todos los comienzos son bellos», y que iría deshaciéndose poco a poco, hasta la degradación final. Tal vez sea un error hablar aquí de eso.

Zuleika no se decidía a dar el gran salto a lo desconocido: era más fácil hacer promesas, darse aires de bravucona y estigmatizar la cobardía de los demás, que afrontar la furia de su padre y la derrota. Aún se presentaba otra eventualidad: la pena que podría causarle el proyecto de una boda que ofendiese todas

sus creencias, todas nuestras tradiciones. Ya había soportado la ruina, la cárcel, la emigración a una edad avanzada, esto en el pasado, ¿y en cuanto al presente? Un porvenir sin salida, un exilio quizás definitivo, la miseria tal vez, ¿y ahora además tendría que pasar por aquel trance?

Oía a Zuleika, que de costumbre dormía como un tronco, dar vueltas y vueltas en la cama, suspirar, llorar a veces. Daba lástima. Debía afrontar la impaciencia de José, que tomaba proporciones peligrosas: la amenazaba con la ruptura, se planteaba una larga estancia en España, tal vez definitiva. Era un farol, Zuleika lo sabía, pero también sabía que los jugadores de póquer no siempre farolean: todos conocíamos ese juego desde la infancia y éramos conscientes del peligro.

Después de cada sesión de amenazas apoyadas por imprecaciones, dejaba a José con la firme intención de ejecutar el gran salto, pero en cuanto regresaba surgía cualquier obstáculo, la mayor parte de las veces fruto de una imaginación complaciente, y todo volvía a empezar.

En esos eternos retornos, en esas tergiversaciones infinitamente reanudadas, los enamorados transitaron del verano al otoño: mi primer otoño de París. En el parque de la Muette las hojas ya se doraban, enrojecían, caían con un vuelo ondulante sobre el suelo que cubrían con alfombras más bellas que las de Oriente. Ya los niños jugaban en el parque vestidos de gruesas lanas, ya refrescaban las mañanas y el alba tardaba… pero también tardaba Zuleika en dar el salto decisivo.

Entonces José lanzó el gran trueno: engañó a mi hermana o al menos eso afirmaba; había por el mundo, gracias a Dios, mujeres que sabían comportarse. Tras dicha constatación, invitó a Zuleika, usando su más rudo lenguaje, a que «te jodan por ahí». Como no era precisamente lo que ella deseaba, lloró a mares, invocó la abyección de José. Hizo alusión a un posible suicidio sin más efecto que reforzar en él su decisión irrevocable. Ella entendió que debía actuar para conservarlo.

Regresó a casa, bebió en la antecocina un licor fuerte para

darse valor, tomó un par de comprimidos de un célebre estimulante y se dirigió, con paso vacilante pese a todo, hacia el salón donde mi padre, solo ante una mesa, se dedicaba a su ocupación favorita: hacer solitarios. Alcohol o miedo, no se sabe, Zuleika tropezó en el umbral, sin por ello perder la dignidad. Había cerrado mal la puerta y aproveché sin escrúpulos para apostarme en un lugar estratégico desde donde podía no solo oír, sino incluso ver una parte de la inminente escena.

Mi padre no miró siquiera a Zuleika cuando, más muerta que viva, se sentó en el borde de la silla, frente a él: estaba preocupado por un problema espinoso que le planteaba el solitario y, flemático e imponente como siempre, movía las cartas extendidas ante él con aire absorto. Pasaron unos instantes en silencio. Con el dedo Zuleika señaló a mi padre la jugada que había pasado por alto: yo sabía que se estaba dejando fascinar por el desarrollo del solitario. «Ya está», me dije, «no hay nada que hacer».

Pero el amor, del que se dice que es más poderoso que la muerte, resultó igualmente ser más poderoso que el solitario. Zuleika alzó la mirada y profirió con voz ahogada por la emoción:

—Papá…

—¿Y ahora qué? —gruñó él y a su vez alzó los ojos para mirar a su hija: esperaba una nueva indicación sobre las pautas a seguir para que saliera el solitario.

Ante su mirada, ella bajó la suya y luego, desfalleciendo de miedo, pronunció a toda velocidad las palabras que debían cambiar el rostro del mundo, las que se amontonaban en su garganta pero que llevaba meses ahogando:

—Quiero casarme con un pintor español. Es católico.

Entonces mi padre dijo las palabras más asombrosas del mundo y, sin embargo, tan sencillas:

—Bueno, pues ¿quién te lo impide?

Las había pronunciado en un tono cascarrabias donde traslucía el humor: comprendía perfectamente los reparos de su

hija. Tras hablar, siguió moviendo las cartas con calma, compunción, reflexión.

Pasmada, boquiabierta, Zuleika lo miraba estúpida. Lo había previsto todo, salvo aquella reacción. Seguía mirando a mi padre, él seguía concentrándose en las cartas, los minutos seguían pasando. El solitario no había salido… y mi padre pudo dedicarse a un asunto secundario:

—Serás boba, ¿creías que te iba a matar porque quieres casarte con un cristiano?

Mezcló las cartas, las juntó en un taco, barajó y después, con calma, se aplicó en volver a colocarlas en el orden establecido sobre la mesa. Entonces, ¿saben lo que hizo la idiota de mi hermana? Lloró. Lloró, yo creo, de alivio, de emoción, de gratitud también sin duda. Quizás igualmente porque lamentaba haber sufrido tanto para nada y haber sido tan injustamente engañada por José.

—Oh, papá —dijo con una voz apenas audible—, me daba tanto miedo hablar contigo.

—Tonta: ¿me crees petrificado en el pasado, aferrado a las cosas que nos han arrebatado? Claro que me habría gustado estar en Bakú, veros a todas casadas con musulmanes, hombres de nuestro país con un padre y una madre que conociéramos. Me habría gustado conservar nuestra fortuna y sobre todo morir allí, donde murieron y están enterrados nuestros padres. Alá no lo ha querido así y solo Él decide.

Examinó atentamente las cartas que acababa de extender para comprobar si el solitario tenía posibilidades de salir, y luego preguntó:

—¿Cómo es?

Zuleika, que seguía enjugándose los ojos y sonándose largamente, recuperó enseguida la compostura, su sentido épico de la desmesura y una elocuencia peligrosa, para cantar las alabanzas de José. Si digo «peligrosa» es porque, a fuerza de pintar a alguien con colores tan brillantes, se corre el riesgo de perjudicarlo por la desproporción entre las alabanzas y la

realidad.

—Oh, papá, es tan guapo y tan inteligente y tan culto y tan bueno y me quiere con locura me idolatra vaya —en mi opinión, exageraba— y tiene una frente de pensador y recita a Villon como nadie Villon ya sabes un poeta de la Edad Media y él mismo es poeta y será un buen marido y por supuesto un pintor grandísimo tipo Goya o Velázquez Goya más bien y te quiere y te respeta como un hijo y ya es oriental en muchos aspectos a causa de los moros ya sabes que dominaron España durante mucho tiempo y le gusta la música oriental como la cantan los gitanos y le gusta el estilo morisco a causa de la Alhambra ya sabes en fin en el fondo es muy musulmán en muchos aspectos y además sabes es de una familia de hidalgos de buenísima familia y si Murad se burla de eso no le hagas caso ya sabes que es un esnob insoportable y si te dice que José es un don nadie yo te digo que José es de una familia mejor que la nuestra en fin si nos ponemos a tener prejuicios pero ni tú ni yo somos así y nos da igual la nobleza tu padre era campesino y lo que cuenta es el corazón y el corazón de José es de oro y es generoso aunque sea pobre pero no lo será por mucho tiempo es un nuevo Goya y ganará mucho dinero y de hecho acaba de vender dos lienzos.

Este discurso unilateral con un ritmo-relámpago, sin puntuación porque la vida era demasiado bonita para perder el tiempo con semejantes minucias, Zuleika habría podido alargarlo otros diez minutos de no haber sido por la imperiosa necesidad de respirar para sobrevivir. Se interrumpió jadeante y buscó con la mirada la aprobación del Juez Supremo. El Juez Supremo hizo una reflexión digna de él:

—Bueno, pues si una cuarta parte de tus alabanzas es cierta, me doy por satisfecho. Tráemelo cuando quieras.

Zuleika se levantó de un salto, se le echó encima para plantarle un beso en la mejilla, con el entusiasmo que se imaginan. Mi padre frunció sus gruesas cejas: no le gustaban las efusiones. Definitivamente, la sensiblería estaba mal vista en nuestra familia. Quizás hubiera fruncido el ceño también por

otro motivo.

—Oye, hueles a alcohol. Pues vaya plan. Cásate con un cristiano si quieres, pero no te vuelvas una borracha.

—Oh, no, no, qué va: ha sido solo para armarme de valor. Te lo prometo…

Y ya corría hacia la puerta, poseída por la idea de seguir corriendo hasta casa de José. Tuve el tiempo justo de escabullirme a toda prisa.

El encuentro tuvo lugar bajo los auspicios más prometedores. Mi padre enseguida apreció a José, que supo comportarse con la deferencia que en su propia cultura se presta a los mayores, a lo que se añadían su amabilidad y su extremada facultad de adaptación. La llevaba a tal extremo que poco después de su entrada en la familia ya bailaba con brío, armado con un puñal, una danza caucásica de su propia cosecha y decía a sus amigos, presa de la indignación: «nos lo han quitado todo», y la tercera persona del plural aludía naturalmente a los bolcheviques. Aunque su espontaneidad y su candor lo hacían meter la pata a veces, enseguida se le perdonaba. De entrada, fue adoptado por toda la familia, excepto Murad, escandalizado por aquella unión con un cristiano, un pintor, «un muerto de hambre», decía con el desprecio virulento que lo hacía tan inhumano. Mi padre descartaba sus críticas con un gesto de la mano lleno de filosofía y un «pobre chico, es muy simpático. Y, además, los tiempos han cambiado». Murad fulminaba:

—Yo, un bey, con mis equis títulos nobiliarios de linaje —se me olvida la cantidad exacta—, emparentado con ese pintor de brocha gorda, ese pintamonas sin educación.

Olvidaba, o quería olvidar, que ya estaba emparentado con una familia cuyo linaje se remontaba apenas a un abuelo campesino que no sabía leer ni escribir, ni en su lengua materna, el azerí, ni en la de los colonizadores rusos. Pese a su desdén, tuvo que conocer al pintor de brocha gorda al que rozó, más que

estrecharle, la mano con aire altivo. José, siempre campechano, fingió ignorar la ofensa y admiró como pintor de ojo experto el tipo mongol de Murad, comparándolo con Tamerlán, hábil adulación que dio en el blanco: nada podía gustarle más a aquel cuñado insoportablemente esnob que la comparación con un ilustre personaje. En el momento no demostró nada, pero estoy segura de que desde aquel instante sus defensas empezaron a ceder.

La boda se celebró en cuanto José hubo encontrado un taller aún más amplio que el suyo. Lo era tanto que se pudieron acondicionar varias «estancias», gracias a un ingenioso sistema de tabiques hasta la altura de la cabeza que proporcionaba una facilidad de comunicación sin desplazamiento, cosa que tenía sus pros y sus contras. Aquel enorme espacio se calentaba gracias a una estufa, enorme también pero que, como no era de fuego continuo, exigía un esfuerzo renovable cada mañana y unos músculos de conductor de locomotora. En los aseos José instaló una bañera y nombró al conjunto, con su optimismo habitual, «cuarto de baño». Para una princesa del petróleo venida a menos, la vivienda carecía no solo de lujo, sino también de comodidad; el amor remplazó ambas cosas, al menos durante los primeros años del matrimonio.

Volvamos al día de aquella boda que solo había podido ser civil, ya que la otra no pudo tenerse en cuenta. Para la muy católica familia de José, Zuleika siempre sería una concubina; a ojos del islam, aquella unión era una vergüenza que más valía no mencionar. Ni a José —creyente pocas veces, generalmente ateo — ni a Zuleika, de sentimientos religiosos imprecisos, me parece a mí, les importaba lo más mínimo. Y aunque aún no hubiéramos entrado en las delicias de la sociedad permisiva, los efectos de la Gran Guerra número 1 y de la Revolución de Octubre, la caída de los tronos tras 1918 y el auge simultáneo de la democratización ya habían actuado como un disolvente en las costumbres. Caída, auge, progreso, regresión: sobre esos conceptos divergían las opiniones, pero los efectos estaban allí,

minando las tradiciones, por no decir las supersticiones. Así pues, aquella boda, inconcebible apenas diez años antes, pudo obtener el acuerdo de mi padre, ya inclinado, cierto es, al liberalismo, como hemos visto.

Cuando el Estado francés hubo debidamente casado en el ayuntamiento del distrito dieciséis de París al español venido de Castilla y a la azerbaiyana huida de Bakú, una comida hispano-caucásica reunió en casa a un grupo variopinto. No todos los musulmanes presentes aprobaban aquel matrimonio, pero como una boda era siempre un acontecimiento en principio feliz, lo festejaron bebiendo mucho, no vino, prohibido por el profeta, sino vodka, aguardiente y otros licores que Él no había mencionado por razones evidentes. Bebieron demasiado, lo que los excitó mucho. Bailaron la danza del puñal, cantaron a coro y pronunciaron discursos en un francés interpretado libremente. Era un placer escucharlos: uno alzaba su copa a la salud de los «recién nacidos», otro les deseaba una «velocidad eterna» (léase «felicidad»), otro más vibraba evocando la hermosa «genitura mixta» que pronto honraría al Cáucaso y a España reunidos. Era imposible detenerlos: la única defensa consistía en dejar de escucharlos, cosa que no los molestaba.

El piso parecía una casa de locos, presidida sin embargo por mi padre satisfecho y sereno, muy filósofo oriental, como siempre por encima del barullo. Murad, distante y desdeñoso, también bebía mucho, pero aguantaba bien el alcohol y no abandonaba su altiva dignidad. Zuleika, pintada de todos los colores del arcoíris, ornada con sus pendientes más audaces y una sonrisa beata que dejaba entrever la punta de la lengua, parecía, según Murad, siempre malintencionado, el anuncio del gruyer que decoraba en aquellos tiempos las paredes de París con las palabras «la vaca que ríe», y que de hecho reapareció tras una larga interrupción si no en las paredes, al menos en las cajas redondas que todo el mundo conoce. Mi hermana cuidaba de no beber en presencia de mi padre, pero empinaba el codo cuando él no la veía.

En cuanto a José, se emborrachó sin reservas, lo que le daba cierta imprecisión de piernas y de lengua y una propensión a repetirse. Farfullaba una y otra vez: «Zulú, el viejo de la barba es un… Por poco no podemos casarnos por su culpa…». Conservaba sin embargo la lucidez suficiente para proferir esa blasfemia lejos de mi padre que, a pesar de su liberalismo, se lo habría tomado a mal. Yavé, el dios de los Ejércitos del Antiguo Testamento, el Dios misericordioso de los cristianos que eligió encarnarse para salvarlos, Alá, el Clemente-sin-límites del Corán, tan trascendente que la idea de la encarnación horroriza a los musulmanes como una blasfemia; esos tres Dioses del Libro común a las tres religiones monoteístas sucesivas se amalgamaban, en la mente de José achispado, en ese Dios con barba que, desde lo alto de su trono inaccesible, no hablaba con los hombres más que de amenazas y defensas. Todo lo que en su infancia se le había prohibido en Su nombre debía de haber formado en su inconsciente una gruesa capa de resentimientos.

Tampoco fue muy acertada la invención de ese diminutivo «Zulú» para Zuleika, que recordaba a los franceses una desafortunada expedición contra una tribu, en el transcurso de la cual pereció el hijo de Napoleón III, muerte que posiblemente cambió la historia de Francia. Bien es cierto que solo un francés representaba en aquella fiesta a nuestro país de acogida y encima lo era solo a medias, pues su madre era una princesa georgiana, además, borracho como estaba, su orgullo nacional sin duda se había dormido. Dicho sea de paso, él mismo llevaba un título principesco, puesto que descendía en línea directa de Joachim Murat, algo de lo que, con todo derecho, se enorgullecía. Cosa sorprendente, se parecía a su ancestro del cual lo separaban varias generaciones.

Los recién casados no nos dejaron hasta muy tarde, en un estado que no presagiaba nada bueno para su primera noche conyugal.

Panorama de la vida bohemia

Zuleika por fin se había casado y yo solo soñaba con descasarme. De Constantinopla me llegaban cartas frecuentes y lacrimógenas de Yamil, negras mensajeras que me abrumaban de quejas, todas justificadas. Desplegaba la hoja, donde de entrada el propio grafismo de la escritura me hería los ojos, con un asco que rozaba la aversión cuando de entre las líneas surgía un rostro que no quería volver a ver jamás. Las cartas machacaban una vieja historia de amor en sentido único, donde uno sufría, el otro soportaba, a lo cual se añadían reproches propios de nuestra historia, también plenamente justificados: Yamil se sentía abandonado en esa Constantinopla adonde nunca habría ido sin mí. Solo, no habría dejado Bakú, aun bolchevizado, por ese país extranjero donde él no era nada, no tenía nada: ni familia, ni dinero, ni amigos, ni esperanza de ninguna clase si yo persistía en la ausencia y seguía evadiéndome en ese lejano París. Sus llamadas gritaban su miseria moral y material, me hacían insoportable la iniquidad de su suerte de la que yo era a la vez inocente y responsable: lo odiaba y me daba lástima, le reprochaba que se atreviera a amarme y sin embargo sentía orgullo por hacer sufrir a un hombre, como una de esas mujeres fatales admiradas en las películas. Ya conocía, en grado supremo, las contradicciones de un corazón dividido.

Yo respondía a aquellas llamadas a la piedad mediante composiciones epistolares en las cuales penaba como una condenada, tratando de revelarle sin tener que formularlo lo que debía confesarle: mi rechazo a reanudar una relación que mi corazón y mi cuerpo sentían como un suicidio, con la misma repulsión que un suicidio.

Yo sabía por confidencias que Amina me había hecho en secreto (secreto a voces) que mi padre, consciente del desastre que era para mí aquel matrimonio forzoso, admitía la idea del divorcio cuya posibilidad, aun remota, me lanzaba de cabeza a un delirio de esperanza. Apretando el minúsculo Corán encerrado en su pequeño estuche de plata labrada, que para mí era más un amuleto que un objeto sagrado, suplicaba a Alá que permitiera ese divorcio: una liberación triunfal para mí, un dolor y una derrota para Yamil, y la primera mala acción de mi vida que precisamente la vida me imponía. Éramos, él y yo, peones en el tablero de nuestros destinos, que nos habían manejado sin miramientos.

Mi familia aún siguió llevando durante un tiempo una existencia original; original en la medida en que la subsistencia cotidiana nos era proporcionada por una parte, difícil de determinar, de una perla. Me explico: mi padre acababa de vender un collar de perlas de gran valor y la suma así ingresada en la tesorería nos sacaba a flote durante un tiempo, nos permitía un tren de vida sin relación con el futuro, que mi padre prefería olvidar por el momento, poniéndose como siempre en manos de Alá que es el único que hace y deshace las fortunas, las fija por anticipado y por tanto vuelve vanas todas nuestras inquietudes. Sus ocupaciones se concentraban en la mesa donde disponía sus solitarios, dedicándoles muchas horas y toda su atención y haciéndose trampas a sí mismo cuando era necesario para llevarlos a buen puerto: falta de honradez que yo desaprobaba en silencio, sin atreverme a acusarlo abiertamente.

Las ocupaciones de Amina eran mucho más variadas, pero igualmente inútiles; al contrario, costaban dinero, algo que no se podía reprochar a los solitarios, totalmente gratuitos. Iba a la peluquería y a la modista y jugaba al *mahjong*, que estaba entonces de moda, con un enjambre de señoras (todavía) elegantes, todas ellas venidas a menos como nosotros y que

(todavía) llevaban, aun emigradas y arruinadas, la existencia ociosa de «allá».

Mi medio hermano crecía visiblemente ante los ojos redondos del preceptor que, pese a su edad y a su posición subordinada, osaba prestarme un interés que me escandalizaba y me hablaba todo el tiempo de sus sueños, donde yo siempre interpretaba un papel demasiado importante para mi gusto. Molestias pasajeras que yo pronto olvidaba, entregada a la dicha de despertar cada mañana en París y de haber recuperado mi estado de soltería, aún más evidente desde la boda de Zuleika. Servía el té a las señoras reunidas en torno a la mesa de juego, recogía sus pañuelos, iba a buscar sus bolsos, las escuchaba cotillear en las pausas de la partida y me acostumbraba poco a poco a su frivolidad, que en un primer momento me había escandalizado.

Mi mayor placer era ir los domingos a casa de Josezú, apodo inventado por mí con el principio de sus nombres, donde me iniciaba en la vida bohemia con esos dos aderezos que a lo largo de toda mi vida apreciaría y buscaría: la libertad y la fantasía.

En torno a ellos se había creado un universo barroco, algo loco, encantador. Quienes iban una vez, siempre volvían. Torre de Babel, leonera, taller de pintura, salón mundano, arena de imaginarias corridas de toros, lugar de comercio —hacían para subsistir decoración «alimentaria»—, su casa ofrecía alternativamente uno de esos aspectos o varios a la vez. En ella se hablaban diversas lenguas occidentales y otras, menos habituales, como por ejemplo nuestra lengua materna, el azerí, o el checheno o el georgiano, las tres caucásicas. La risa, la conversación, las disputas también se sucedían o estallaban simultáneamente: entre los señores de la casa las peleas solían ser virulentas, ambos afligidos por humores explosivos.

El desorden apenas era menor que en el taller de José soltero, pese a los esfuerzos de Zuleika que, con un optimismo desmentido por los hechos, combatía primeramente el polvo, después los enseres de José desperdigados por toda la superficie del lugar, finalmente los ratones de una especie particularmente

astuta y bien armada para la lucha por la existencia. Podían, mediante no sé qué ingeniosas maniobras, darse impunemente un festín con los cebos de las trampas, entrar en las ratoneras, devorar la panceta que José ponía dentro y salir con la cabeza alta, y comerse las semillas envenenadas sin perjuicio para su salud. Solo pudieron acabar con ellos con ayuda de tres gatos, todos eunucos, grandes, gordos y desdeñosos: mimados, acariciados, adulados, distaban mucho sin embargo de llevar una vida de parásitos, pues aparte de su utilidad cinegética, posaban como modelos. Josezú los rodeaban de un respeto tal que los trataban de usted y no les gustaba que nadie los tutease: «¿Dónde queda su dignidad?», preguntaban. Ciertos habituales, poco favorecidos por la fortuna, envidiaban la suerte de aquellos gatos, sobre todo a nivel alimenticio, Iván Petrovitch en particular, un emigrado (ruso, obviamente, como su nombre indica), ocioso, vago, amante del alcohol y que lograba vivir como parásito y a crédito. Era el mayor mentiroso de París, dotado de una prodigiosa imaginación que habría hecho las delicias de muchos novelistas, y de carácter jovial. ¿Se hablada de Einstein? Iván Petrovitch emprendía inmediatamente el relato detallado de una comida durante la cual había puesto en evidencia al sabio gracias a sus conocimientos en matemáticas. ¿Se mencionaba el nombre de Trotski? Iván Petrovitch hacía alusión a una reunión misteriosa con el gran revolucionario que había cometido el error de ignorar sus consejos, metedura de pata que habría de pagar amargamente. Cuando un cazador se jactaba de la cantidad de faisanes o, peor aún, de liebres que había abatido en su última cacería en Sologne, Iván Petrovitch sonreía con condescendencia y describía sus cacerías de osos en los bosques siberianos, donde arriesgaba su vida matando en ocasiones a la bestia con sus propias manos.

Narrador admirable, mimo de primer orden, disponía de tal fuerza de sugestión que obtenía la adhesión momentánea de los oyentes más escépticos. La certeza de que estaba mintiendo no impedía en absoluto el placer de escucharlo, aun a costa de

mofarse de él una vez disipado el encanto. Alto, rubio, lanzando en derredor la mirada expresiva de sus ojos azules, apoyaba los relatos con imitaciones impresionantes y una mímica apropiada: representaba a las celebridades que habían, por lo visto, vivido en su intimidad, silbaba como un tren, trinaba como un pájaro, tosía como un tísico, rugía como un oso. Era extraordinariamente simpático y la gente se dejaba sablear de buena gana a cambio del placer que les procuraba. Aprovechemos para precisar que el parasitismo es una institución rusa tan antigua como el reino de los zares, una tradición que de hecho la literatura rusa refleja con abundancia. ¿Cómo es que un sociólogo no ha escrito todavía una tesis sobre ese tema específico de la Santa Rusia y que deriva sin duda de datos históricos propios de ese país? ¿Tendríamos curiosidad por saber si esa tradición aún pervive?

He omitido señalar que el taller de Josezú era un pabellón situado al fondo de un patio, sin vecinos inmediatos, de ahí la posibilidad de hacer ruido hasta altas horas de la noche sin infligir a ningún coinquilino el perjuicio legalmente formulado por estas ambiguas palabras: «perturbación de disfrute».

En aquella isla, en ese «espléndido aislamiento», a Josezú les gustaba organizar los domingos «fiestas sorpresa», donde cada cual contribuía en función de sus posibilidades, pero podía incluso ser admitido sin aportar fondos: solo prevalecía la buena voluntad, que era general. Ella también permitía a todos plenas libertades, que acababan cuando transgredían las de los demás: de hecho, ¿no es acaso la propia definición de libertad? Se bebía, se comía, se conversaba, se bailaba con el ardor de la juventud y de los temperamentos exóticos inclinados a todos los excesos. Rara vez faltaban las corridas de toros; casi tan ruidosas como las auténticas. José y su primo-poeta Almería las practicaban apasionadamente y estallaban entre ellos terribles peleas a propósito de tal o cual pase. Almería, un flaco bajito de mirada ardiente y gestos vivaces, arrancaba de las manos a José el trapo rojo que hacía de capote y gritaba marcando unas erres de trueno: «Eres un patán… así te vas a llevar una cornada», tras lo

cual ejecutaba con exquisita elegancia el pase en cuestión. José, contrariado, farfullaba injurias franco-españolas, pero Almería, protegido por su pasión, no oía nada y perseguía al toro con ese ardor que lo convertía en un ser excepcional, un «tipo» novelesco. Desaliñado y tendente incluso a la suciedad, vivía en un mundo de fantasías donde las preocupaciones materiales quedaban relegadas a la bruma. ¿Se lavaba alguna vez? ¿Comía alguna vez fuera de casa ajena? ¿Poseía siquiera algún documento de identidad? Sus noches, las pasaba bien escribiendo solo (obviamente) en su habitación, o bien con amigos, bebiendo y hablando sin preocuparse de ser escuchado. Hablar era para él más vital que comer: su cerebro repleto de ideas, en su mayor parte contradictorias, estallaba bajo su presión y se liberaba mediante un flujo verbal que, una vez desencadenado, solo se detenía por agotamiento de los temas. Ahora bien, como Almería tenía una gran cultura, los temas tardaban muchísimo en agotarse. El amor era su gran tema recurrente y de él hablaba con una voz ya de por sí patética que no tardaba en serlo más aún. Se quejaba de la indiferencia de las mujeres que, según decía, con su actitud negaban su existencia: «No me ven, ni siquiera cuando me miran a los ojos». Vibraba de pasión a la espera del amor que siempre se le escapaba y maldecía ese «inútil ardor». ¿Inútil? Girando locamente sin sentido, ¿acaso no se expresaba mejor en sus poemas, la propia esencia de su vida?

Un día me lo encontré por la calle, caminando como un sonámbulo, hablando consigo mismo y gesticulando con elocuencia, envuelto en ese aire de locura propio de la gente que habla sola. Quise rehuirlo pero, saliendo de su ensoñación, me vio de pronto: por primera vez nos encontramos solos cara a cara. Estaba atrapada en una ratonera sin disponer de la astucia de los ratones de los que antes he hablado. Pasé un mal rato escuchando sus vehementes reproches: yo tampoco lo veía, negaba su existencia como las demás mujeres, y esa no-existencia era nada menos que su muerte. Ese hombre me daba miedo y, sin embargo, qué personaje de novela a la Dostoievski se estaba

perdiendo ahí, que ningún autor explotaría para sus fines.

En la gran asamblea cosmopolita en torno a los Josezú, donde dominaba el elemento hispano-ruso-caucásico, participaban incluso algunos franceses. Ya he mencionado a Michel Murat, descendiente de Joachim, que solo era francés en parte, con la otra parte procedente de una princesa georgiana. Otro francés, el barón de Berwick, gozaba también de una gloriosa ascendencia: descendía de Jacobo Estuardo, duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, que fue mariscal de Francia. Llevaba un nombre extraño y luminoso: Helión, era guapo y lo embargaba una pasión por el teatro de aficionados gracias a la cual asistíamos a menudo a representaciones clásicas, donde interpretaba los papeles protagonistas junto a su amante, que había sido actriz en su juventud y que con su distinción algo desueta y su mojigatería nos regocijaba infinitamente. Mi cuñado, a quien le gustaban las bromas subidas de tono, disfrutaba escandalizándola para nuestro deleite: ella exclamaba oh y ah y «¡por Dios santo, José!», adoptaba aires atemorizados, se sonrojaba en serio, se levantaba como para huir, pero volvía a sentarse… y siempre regresaba a aquellas reuniones que no se parecían a ninguna otra.

Gracias al aporte de la emigración, que estaba en su época de mayor auge, encontrábamos conocíamos a otra gente con títulos, a puñados, y a gente que llevaba nombres comunes pero conocidos, como Iván Schtiukin, hijo de un riquísimo comerciante de Moscú, famoso coleccionista de cuadros que fue el primero en descubrir a los impresionistas y en comprarlos casi, digamos, al por mayor. Iván, al que llamábamos por el diminutivo de «Vanitchka», criado en medio de las maravillas de la pintura, había adquirido una extraordinaria erudición artística y nos daba auténticas conferencias sobre el arte pictórico que nosotros escuchábamos distraídos.

Un brillante general zarista, cubierto de condecoraciones y

convertido gracias a su belleza en bailarín en un club nocturno ruso, nos embelesaba con sus cantos venidos de lo más profundo de su Georgia natal, de la época en que aún era un gran reino vecino de Bizancio. Tzavidze había combatido en los ejércitos blancos en Siberia y perdido en el innombrable caos de la guerra civil a su mujer y su hijo, tragedia sobrevenida a cientos de miles de militares o civiles. Canoso pese a su juventud, eso lo hacía aún más seductor con sus ojos negros brillantes como faroles, su nariz recta y fina, su prestancia y su clase. Hablaba ruso con acento georgiano, exactamente el mismo que su temible compatriota Stalin, alias «Dzhugashvili». Cantaba acompañándose con la guitarra melodías de una tristeza insoportable y luego, como por una especie de sobrecompensación —dirían los psicólogos—, daba rienda suelta a unos ataques de alegría que rozaban la locura. Las malas lenguas lo tachaban de irremediablemente estúpido, lo que no le impidió ser raptado y seguidamente desposado por una millonaria americana a la que había hecho bailar en su club nocturno antes de seducirla, gracias tanto a su belleza como a su título: como la mayoría de los georgianos emigrados, era príncipe.

Renuncio a describir a todos los personajes fuera de lo común que acudían a casa de los Josezú, la mayoría marginales, incapaces de insertarse en un marco social preciso, ya fuera por razones de carácter, ya por culpa de circunstancias independientesajenas, como dice la expresión, de a su voluntad. ¿De dónde viene el encanto de un libro, de dónde viene el encanto de una persona, de dónde viene el encanto de una casa? El de la casa Josezú venía sin duda de ellos en primer lugar y, después, de todo ese carrusel de personajes que giraban a su alrededor, diversos por la cultura, la religión, el país, y que formaban no obstante un todo lleno de sabor.

Mi cuñado Murad llamaba a aquello un «hatajo de desgraciados», de «pintores de brocha gorda» que antaño se habrían visto relegados a la zona de servicio de las casas

señoriales; no se dignaba a mezclarse con ellos. ¿Olvidaba la decadencia de los señores y la suya propia? No, pero la juzgaba efímera, cesaría cuando Rusia renaciera de sus cenizas. Acontecimiento que yo, por mi parte, no deseaba en modo alguno, pues prefería antes que los pozos de petróleo, el islam, el Cáucaso, aquel París con sus sortilegios y la libertad con su magia, de la cual por entonces ignoraba que a menudo era tenebrosa; libre, aún no lo era, pero sabía que lo sería y, entretanto, vivía con fantasías que llenaban el vacío de mi corazón y me deleitaba con «la vida de artista» por poderes.

Esas alegrías de la vida de artista que degustaba gracias a la banda junto a los Josezú se prolongaban mediante nuestros ascensos a las altas esferas de la Bohemia internacional, coronadas por la trinidad Dôme-Rotonde-Coupole, ascensos que en realidad eran topográficamente descensos, puesto que desde el distrito dieciséis bajábamos hacia la planicie de Montparnasse, donde bullía la extraordinaria humanidad en gran parte responsable de la etiqueta «los locos años» que se había pegado a la época que iba, a grandes rasgos, desde el final de la Gran Guerra nº 1 hasta la Gran Depresión de los años 1929-1930.

Ignorábamos que un día recibiría ese nombre, pero en nuestra pequeña esfera justificábamos ese título divirtiéndonos como locos en el centro de la susodicha trinidad, tan célebre en todo el mundo que autobuses enteros de turistas venían a hacer la turné tan obligatoria como la visita a Versalles, el Sagrado Corazón o el Louvre.

¿Qué imagen emerge de mi memoria cuando evoco esos años 1925-26-27? Si cierro los ojos y abro las compuertas tras las cuales se amontonan mis reminiscencias, veo una terraza más vasta que el interior del café cuya prolongación constituye, en este caso la Rotonde, que a José le gustaba especialmente, puesto que la aglomeración del elemento ibérico era allí particularmente densa. Veo un mar de bustos y cabezas alzados como coronas en

torno a los veladores abarrotados de tazas, vasos y botellas, oigo un zumbido confuso que sirve de fondo sonoro a gritos, risas, llamadas, *hello*, *zdravstvuyte*, *buongiorno*, *guten tag*, etc., etc. En aquel cóctel multinacional se entrecruzaban todas las lenguas del mundo y hasta el francés. Se contaba que un pintor, Guy Arnoux, había colgado sobre su puerta una bandera tricolor que llevaba la inscripción: «Consulado de Francia», para los franceses desorientados en aquel *everybody's land*.

Dotado de una muy vivaz sensibilidad y un trato expansivo, José entraba con cierto exceso en comunicación inmediata con desconocidos que venían a estorbarnos y pedían «un trago» a sus expensas. Si él conocía a multitud de españoles, Zuleika conocía a multitud de rusos, la mayor parte pintores: Yakovleff, Goncharova, Lariónov, Annenkov, Chukaeff, etc., que preferían pintar en el París de la posguerra antes que, en la Rusia apenas sanada de la Guerra Civil, pero no de los males que esta había engendrado.

¿Se recuerda todavía que Montparnasse conoció antes de la invasión de la emigración blanca, la otra, la roja, con nombres que se harían famosos: Trotski, Lunacharski, Iliá Ehrenburg, pero, sobre todo, sobre todo, el más famoso de todos ellos: Lenin? La verdad histórica me obliga a precisar que vagaba, más que por los cafés de Montparnasse, por la Biblioteca Nacional, adonde acudía temprano por la mañana, en bicicleta, cruzando un amplio tramo de París, puesto que vivía en la calle Marie-Rose. Recuerdo de pasada que su apartamento de entonces se ha convertido en museo, con sus muebles de la época y la pileta ruin donde lavaba por turnos su cuerpo, su ropa y su vajilla y que por sí sola ilustra mejor que cualquier larga disertación los progresos, al menos en materia de confort, entre entonces y ahora. Porque la casa donde vivía era si no de lujo, al menos sí totalmente de estilo burgués donde, en la actualidad, no imaginamos un apartamento sin baño. Lenin se estableció en París durante casi tres años en razón de la alta concentración de revolucionarios rusos, que le permitía obrar eficazmente en pro

del objeto de todas sus esperanzas: es inútil precisarlo. Escribió en aquella época una frase premonitoria: «Que no era posible que el proletariado revolucionario de Francia, con sus sorprendentes tradiciones revolucionarias, su cultura, su espíritu de sacrificio, su admirable combatividad, no crease un poderoso partido comunista…».

Aunque no frecuentase mucho el aglomerado trinitario en el corazón de Montparnasse, a veces acudía a su periferia, a otro café famoso y muy encantador: La Closerie des Lilas, para jugar al ajedrez. Antaño se exhibía allí la mesa a la que le gustaba sentarse para ese juego apreciado por muchos intelectuales rusos y por los rusos en general.

Si me he desviado de los locos años veinte para evocar a ese Lenin a quien en su día llevé sobre mi pecho de adolescente, es por motivos evidentemente históricos: ¿cómo olvidar a ese emigrante de la época prerrevolucionaria, cuya función determinó el flujo de la emigración blanca que sin él no habría tenido existencia, como tampoco habrían sido escritas estas líneas de recuerdos? Un místico dijo que Dios escribía recto con renglones torcidos: su adversario, el Príncipe de las Tinieblas, parece escribir torcido con renglones torcidos, de ahí esas circunvoluciones de la historia donde la razón humana aún anda extraviada.

Hoy en día resulta difícil imaginar que en un perímetro en definitiva tan reducido como era lo que se llamaba «Montparnasse», que comprendía a grandes rasgos todo el bulevar Montparnasse y una parte del bulevar Raspail con sus ramificaciones de calles transversales, algunas muy conocidas, como la Grande-Chaumière, Delambre, Bréa, Stanislas, etc.; que en aquel perímetro de apenas unas hectáreas se concentrasen docenas de futuras celebridades. No se trata de dar una lista exhaustiva, pero para dejar constancia recordemos algunas; entre las americanas, por ejemplo, la fascinante pareja de Zelda y Scott Fitzgerald, que personificaban la belleza, el talento y el drama; Hemingway, Henry Miller, James Joyce, Sylvia Beach con su

librería Shakespeare and Co., donde se daba cita toda la élite americana; los rusos eslavos y los rusos judíos: Chagall, Kisling, Diághilev, Stravinsky, Prokófiev, Kuprín, Soutine, etc., etc.; Fujita, Modigliani, Moréas, cuyo auténtico nombre era Papadiamantópulos, De Chirico, Picasso, aunque este último solo rara vez bajaba desde su Montmartre hasta Montparnasse, etc. Abreviemos. Entre esos talentos o esos genios, algunos escalaron hasta los más altos logros, pero ¿cuántos se estancaron en el fracaso y cayeron en el abismo? Pascin decía de Montparnasse que allí se iba «para vivir y para reventar». Y, como para tener la razón, él «reventó», pero en Montmartre, suicidándose de un modo atroz.

Originalmente, Montmartre era un campo, el Dôme —el primero de la Trinidad—, una barraca. Cuando se sabe en qué llegó a convertirse aquel crisol de las celebridades, solo se puede soñar con las metamorfosis que sufren las ciudades, las personas, las naciones. A menudo se ha planteado esa pregunta, sin encontrar respuesta: ¿por qué ese barrio conoció lo que conoció, por qué llegó a convertirse en una especie de leyenda, para en la actualidad volver a ser un lugar sin prestigio? ¿Por qué esas hordas de artistas célebres o fracasados acudieron allí y no a otro sitio? ¿Facilidades de alojamiento que hoy en día son un mito, la vida barata que podía llevarse allí, algo a lo cual eran especialmente sensibles aquellos marginales? No se sabe. Lo que por el contrario sí se sabe es que en aquel Monte del Parnaso «consagrado a Apolo y a las Musas» retozaba, se divertía, se partían el lomo» se emborrachaba, se amaba, se odiaba, tomaba decisiones y moría una multitud de creadores, pero también de simples mortales atraídos por la fascinación que desde siempre las artes y sus sucedáneos han ejercido en la multitud.

Toda esa gente vivía de esperanza y café con leche, si no de licores, brebajes mucho más costosos. Grandes artistas al inicio de su carrera solo sobrevivían gracias a aquel famoso «con leche» que casi simboliza cierto estilo de vida de los pintores sin éxito. Zadkine cuenta los dolorosos fines de mes que sufrían él y su

amigo Modigliani, ambos subsistiendo solo gracias a la ayuda familiar que le llegaba a uno de Smolensk, al otro de Livorno. Pero su pobreza no les quitaba la confianza en la vida. «Bajábamos tranquilamente hasta el cruce de Vavin y nos sentábamos en una terraza, esperando, como pescadores, a que un amigo viniese a sacarnos del apuro prestándonos los tres francos necesarios para ir a comer donde Rosalie».

Queda lejos ese recuerdo, y sin embargo vuelvo a ver con precisión el pequeño restaurante en la calle Campagne-Première donde José nos llevaba a comer y donde tal vez, seguramente incluso, nos cruzamos con Zadkine y Modigliani. Pero ¿cómo mi ojo no fotografió al bello italiano cuya imagen tanto me hizo soñar después, aquel joven Apolo vestido con su traje de pana al cual, decía Zadkine, «las lluvias y el sol habían dado reflejos de nácar»? Mis ojos rozaron aquel traje, mejor aún, yo misma quizá lo rozase sin verlo, y esa ceguera me llena de despecho: ¡cuántas cosas esenciales nos perdemos por nuestra falta de discernimiento!

Si tantos pintores sin éxito acudían a lo de Rosalie la italiana, era porque —antigua modelo— sentía debilidad por los pintores y a menudo les daba de comer a crédito. Modigliani —según decían— le «colocaba» cuadernos enteros de dibujos que ella tiraba con desprecio y/o despecho al sótano, donde se los comían las ratas. ¿Qué ha sido de ellos?

José, por su parte, nunca pedía crédito, y Zuleika y yo podíamos acompañarlo con la cabeza bien alta. Quiero que conste.

Otro comentario más —que se me perdone— sobre aquel Modigliani cuyo destino, auténtica novela negra, me ha obsesionado a menudo.

Aquel singular personaje, especie de Villon aristócrata transportado a nuestro siglo, murió de un lento suicidio por el alcohol y las drogas. Su amante Jeanne Hébuterne, apodada el Ángel de Reims, incapaz de sobrevivir a la muerte de su héroe y aunque ya fuera madre y estuviese de nuevo embarazada de él,

se tiró desde un quinto piso. Así pues, esta pareja nos presenta dos tipos de suicidio: lento o instantáneo, que los suicidas aspirantes a la no existencia eligen según motivos misteriosos, a veces inconscientes.

El suicidio se practicaba mucho en aquellos lugares montparnassianos donde la sensibilidad, la inestabilidad y la inclinación por el alcohol y la droga estaban muy extendidas. Pero las generalizaciones siempre empobrecen la verdad y había artistas, grandes y pequeños, que sabían mantener el equilibrio. Entre los pequeños incluyo a José, de una sorprendente estabilidad de ánimo, trabajador «consciente y organizado», que se enfrentaba a sus deberes pese a unos gustos anarquizantes que forman parte, como ya sabemos, de cierta tradición española.

Entre los grandes, la imagen de Chagall viene enseguida a la mente: su capacidad de trabajo, su equilibrio, su marcha obstinada hacia un objetivo que todo parecía obstaculizar al comienzo de su vida, siempre han sido ejemplares. Él mismo relató su infancia, su adolescencia, sus comienzos, todo ello difícil, en su autobiografía. Trabajaba en Montparnasse en un taller con los cristales rotos donde, bien es cierto, el alquiler solo ascendía a treinta y cinco francos por trimestre, lo que en cierto sentido debía de llenarlo de satisfacción. Incluso en francos oro, un alquiler de doce francos al mes por un taller en Montparnasse, aun con todos los cristales rotos, nos suena como una la leyenda de una Atlántida ahogada en la historia.

«Era maravilloso», cuenta Chagall, «trabajaba toda la noche». Mientras trabajaba en un lienzo iluminado por una miserable lámpara de petróleo, le llegaban desde el taller vecino los sollozos de una modelo maltratada, gritos de pelea, cantos italianos. Oía a Soutine que volvía del mercado de las Halles provisto de pollos estropeados que harían compondrían una hermosa naturaleza muerta.

«Hacía una semana que no se barría el taller. Bastidores, cáscaras de huevo duro, botes vacíos de caldo barato estaban desperdigados por el suelo. La lámpara ardía y yo con ella.

Pintaba furiosamente…».

Ante esa descripción resurge en mi memoria el taller de José soltero, antes del advenimiento de Zuleika, devastado por el mismo desorden, salpicado de las mismas cáscaras de huevo. Única diferencia: estaba alumbrado por electricidad, la lámpara de petróleo había pasado a la historia.

El texto de Chagall nos da en condensado la imagen que se hace el profano de la vida de artista. Está todo: el frío, el desorden, la alimentación aproximada, el desprecio por las contingencias materiales y, como corolario, la llama sagrada que devora al creador y se convierte en el mejor de los casos en su salvación y su triunfo. Bienaventurado quien cruza el desierto donde los espejismos dejan un día de serlo y se convierten en oasis. Desgracia para los fracasados.

El Montparnasse trágico no existía para la jovencísima bobalicona caucásica que no buscaba pasar más allá del decorado y se conformaba con tomar cualquier brebaje dejando correr su mirada poco perspicaz por la superficie de los seres y las cosas. Era un encantamiento que se bastaba ampliamente por sí mismo el participar en toda aquella animación ruidosa, colorida, donde razas, nacionalidades, lenguas, se entremezclaban en un magma indiscernible. Allí pasábamos noches de verano bebiendo y comiendo, escuchando, mirando, saludando, hablando con el desfile de amigos de los Josezú que venían a sentarse por turnos a nuestra mesa, donde en los ceniceros las colillas acababan formando montículos y los platillos superestructuras que se elevaban con el paso de las horas.

Pero, si bien antes José pasaba allí noches enteras bebiendo y conversando, ahora, con deberes familiares, me llevaba al redil a horas burguesas, sobre todo cuando algún joven malintencionado se ponía a rondar a la bobalicona caucásica. Ya hemos visto que se tomaba en serio el honor de sus parientes cercanas y la idea de dejarme sola en aquel lugar de perdición posible a merced de un seductor ni se le pasaba por la cabeza. Aún estaba lejos de la

libertad soñada.

Volvía, tras aquella zambullida en la vida de artista, a mi cuarto de soltera que a veces me hacía olvidar que estaba efectivamente casada, olvido que cultivaba con esmero, y de nuevo me entregaba con diligencia a mis ensoñaciones que siempre me han sido de ayuda contra el tedio de lo cotidiano y una fuente de aventuras prodigiosas y variadas, vividas sin riesgos ni fatiga.

Al día siguiente, reanudaba mis funciones de buena chica, servía el té y las pastas a las amigas de Amina, escuchaba distraída o más bien no escuchaba la sempiterna cháchara, y seguía soñando despierta con apariencia vigilante. Me moría de aburrimiento y me preguntaba durante cuánto tiempo continuaría llevando aquella vida a media luz, ¿cuántos años seguiría en aquel estado híbrido de soltera casada?, ¿qué milagro me sacaría de aquella encrucijada en la que estaba atascada sin que aprovechase a nadie?

El milagro se produjo un año después de mi llegada a París en la forma más sencilla y más lógica del mundo: la ruina, esta vez sin remisión, de mi familia. Nos habíamos comido, por así decirlo, la última perla del collar y se hacía urgente despedir a las dos criadas y al preceptor de mi hermano, liquidar el precioso apartamento de los barrios altos y ponerse a trabajar. De aquellos imperativos económicos, todos desagradables, el más irrealizable era el trabajo obligatorio para todos, porque cae de cajón que ninguno de nosotros tenía oficio ni, lo que es peor, sabía hacer nada ni con las manos ni con el cerebro.

La Providencia que, como ya sabemos, suele tener buenas ideas en el momento oportuno, nos encontró soluciones; cuestionables tal vez, pero soluciones al fin y al cabo.

Una amiga de mis padres, venida a menos como nosotros, pero salida espléndidamente a flote gracias a un matrimonio riquísimo, les dejó un pequeño apartamento y una cantidad de dinero que los sacaría de apuros durante un tiempo. Mi hermano se fue interno; en cuanto a mí… Aquí de nuevo interviene la

Providencia que sugirió una idea a mi madrastra. Idea ingeniosa: el oficio al que tal vez pudiera aspirar, que no exigía ni inteligencia ni competencias de ningún tipo, sino tan solo un físico agradable. No, no es el que algunos lectores podrían suponer, ¡por Dios bendito! Se trataba del oficio de modelo, que ya ejercían decenas de emigradas, entre ellas auténticas princesas. Ejercerlo no representaría por tanto una humillación, casi podría decirse lo contrario, pues ese oficio gozaba de cierto halo de prestigio: no cualquiera es modelo. Mejor todavía, Amina tuvo esta otra idea que aumentó mis posibilidades: me recomendó a los grandes modistos Worth, de quienes era cliente desde hacía tiempo.

Por otra parte —más suerte— me instalé en un bonito edificio en el Campo de Marte, donde vivía otra amiga (todavía rica) de mis padres. Sin embargo, un detalle cambiaba la situación: no iba a vivir en el precioso apartamento, sino en una buhardilla que de momento no se utilizaba. La amiga me la prestaba: yo no cabía en mí de gozo.

La gran independencia

Por primera vez en mi vida me encontraba libre, con una libertad absoluta que se me subía a la cabeza. Un antídoto a esa embriaguez podría haberme traído de vuelta a la realidad: la pobreza y sus incertidumbres. Pero no lo hizo. Por inverosímil que pueda parecer a quienes miden la felicidad por la posesión, la pobreza también me exaltaba. El despojamiento correspondía a un instinto profundo que siempre he llevado en mí y que, sin embargo, no excluía un violento apetito por la vida, contradicción que no podría más que constatar, sin explicarla. De niña, en un entorno de multimillonarios, soñaba con la pobreza: ¿era por reacción a la presión que el dinero ejercía sobre ellos? Solo hablaban de herencias pasadas o venideras, peleaban con encono por litigios que nunca terminaban, sospechaban de sus mutuas malas intenciones. «Pul», dinero en nuestra lengua materna, es la palabra que oí con más frecuencia en mi infancia; ponía en marcha guerras fratricidas, afortunadamente verbales, y toda la energía de los combatientes.

¿Acaso por haberlo oído tantas veces soñaba yo con la pobreza, pero vivida en el orden y la dignidad? Soñaba con vivir en una buhardilla y ese sueño no me lo he inventado *a posteriori* con fines literarios; me obsesionó desde mi infancia, ya he hablado de ello en otra parte. Y acababa de cumplirse: ya tenía mi buhardilla, una de verdad, de antaño, con un ojo de buey a modo de ventana, sin calefacción ni agua corriente y en nada parecida al «cuarto de servicio» de un edificio moderno, provisto de calefacción central, agua a voluntad y ducha. Aprovechemos para quitarnos el sombrero ante el progreso, o los sindicatos, que han incitado a «las fuerzas reaccionarias» a no seguir tan a gusto

calentitos mientras dejan a sus sirvientes tiritando en el séptimo.

Minúscula, mi buhardilla estaba amueblada con una cama de hierro, una mesa y una silla de madera blanca, más un mueble impreciso que si me apuran podía llamarse tocador, donde dispuse una jarra y una palangana. En la pared, un perchero cubierto por una sábana hacía las veces de armario. Un hornillo y una estufa de petróleo completaban el mobiliario de un rigor monacal, rigor que yo pensaba excluir de mi futuro modo de vida que, esperaba, sería brillante y tal vez disoluto.

Me había presentado en Worth, calle de la Paix, con el corazón acelerado y las piernas flojas. Sabía que mis florecientes caderas podían alzarse como obstáculos ante la deseada carrera en la que se amaba a la mujer-tabla. Murad estaba convencido de que me echarían «a latigazos», él que tan cruelmente me mortificaba por mis inconvenientes redondeces. Parafraseaba a su propósito la frase histórica que se atribuye a los enviados rusos que recurrieron al príncipe Rúrik de Escandinavia: «Nuestro país es vasto y abundante, pero le falta orden. Venid, reinad, disponed de nosotros». Según Murad yo habría dicho a mi marido: «Mis nalgas son abundantes, pero les falta orden. Ven, reina, dispón de ellas».

Yo me forzaba a reír cuando hacía esa gracia grosera y hasta obscena por enésima vez y me iba a revolcarme a escondidas por el suelo para desbastar mis caderas, como aconsejaba no sé qué esteticista omnisciente.

Pero vencí yo cuando fui milagrosamente aceptada por la persona encargada de contratar a las modelos. Bien es cierto que la vi mirar de reojo la tan polémica parte de mi silueta y me eché a temblar, pero no dijo nada irreparable. El jefe en persona vino a supervisar mi candidatura y la aprobó, sin entusiasmo, me parece a mí. ¿Qué más da? Fui contratada para comienzos del mes siguiente, para el que solo faltaban unos días. Nadie podría imaginar mi alegría, una de las mayores de mi vida: libre y modelo, era una amalgama que superaba mis expectativas.

Esperando aquel día cercano que señalaría mi entrada en la

vida parisina en su faceta más refinada y (esperaba yo) más perversa, me instalé en mi vivienda, tan poco refinada ella que me tienta designarla con la palabra «tugurio», porque me evoca algo lastimero, miserable.

El mayor vicio de mi tugurio colgado en el séptimo piso, era el ascensor que supuestamente llevaba a él. Era un ascensor llamado de servicio que recordaba a una cárcel por la siniestra reja negra que lo rodeaba y donde, de nuevo igual que en una cárcel, el tiempo transcurría con lóbrega lentitud, sobre todo para mí, propensa a la claustrofobia. Era un chisme cascarrabias o viejo o defectuoso, no lo sé: subía con esfuerzo, con un desagradable chasquido en cada piso y, a medida que ascendía, ralentizaba su marcha que yo seguía con creciente ansiedad. Me causaba el efecto la impresión de un animal enfermo que se quedaba sin aire, que ya no podía más. Y, en efecto, un día sucedió lo que había de suceder: llegado al sexto piso, el animal empezó a bajar. E incluso en su descenso, no halló más fuerzas, afortunadamente podría decirse, y llegó al suelo aún más fatigado, más desvitalizado. Así acabaron nuestras relaciones. Desde aquel día las rompí y subí los siete pisos a pie, por lo que llegaba antes. A la altura del quinto, empezaba a faltarme el aliento y a acalorarme; surgía entonces ante mí un ascenso al Mont-Blanc visto en alguna postal. Me venía ese reflejo con sorprendente regularidad: veía las cumbres nevadas de las montañas, me embargaba la nostalgia, quizás trasladada al Kazbek, el pico más alto del Cáucaso, y luego todo desaparecía y volvía a encontrarme sin aliento en la escalera de servicio de un edificio parisino.

Pese a la extrema modestia de mi nueva vivienda, yo ya vivía en los más hermosos castillos en el aire y mis ambiciones florecían a la sombra de sus columnatas, pasando por alto la realidad y mis posibilidades. Decidida a «vivir mi vida», la veía deslumbrante y salpicada de cadáveres de adoradores desconsolados. Me parecía evidente que una vida, para ser digna de ser vivida, hubiera de deslumbrar: simplemente ignoraba de

qué modo lo haría. Pero el oficio de modelo me parecía un excelente trampolín para ese camino ascendente destinado a llevarme alto y lejos. Sería reina de París y, a la espera de la coronación, iba a trabajar, perspectiva que me abrumaba a causa de mi extremada timidez, de la que apenas he hablado hasta ahora y que era en mi juventud una auténtica enfermedad.

Amaneció el día fatídico. Tras tomar un café con leche en un bar, me presenté a las nueve en punto en Worth, calle de la Paix.

Cuando echo la vista atrás para sobrevolar el camino de mi vida ya muy larga, siempre me sorprende, me maravilla incluso verla en la forma poco poética pero sugerente de uno de esos helados llamados «napolitanos», de capas sucesivas, diferenciadas por color y sabor. Toda vida puede considerarse de ese modo, más o menos. La mía incluye una cantidad particularmente grande de «capas sucesivas» tan distintas, de inspiraciones tan diversas, que cuesta imaginar tras ella un único destino.

La bobalicona caucásica cuya abuela y cuya madre incluso habían llevado el velo, menores toda su vida ante el padre primero y el marido después, que podía repudiarlas según sus caprichos, esa bobalicona de quien tanto me cuesta creer que en cierto sentido y de modo misterioso sea mi antepasada, antepasada que, lejos de conmoverme, me irrita, y a la que casi me gustaría repudiar, esa bobalicona caucásica interpretaba aquella mañana un papel que nada habría dejado prever. ¿Cómo, por ejemplo, aquella abuela, y después mi madre, habrían podido imaginarme «enseñando vestidos ante desconocidos, algunos muy escotados», si ellas mismas jamás habían oído hablar de un papel semejante?

Pero la realidad se imponía: la bobalicona del Cáucaso iba a disfrazarse de modelo con uno de los modistos más prestigiosos de París e incluso del mundo, con todos los riesgos que aquel papel conllevaba.

Así empezó mi época-capa Alta Costura, de la que conservo un recuerdo tangible en forma de fotos tomadas para las revistas de moda.

Una personita seca y desdeñosa me examinó con una mirada sin indulgencia y creí que me había llegado la hora en aquella casa, antes incluso de que pasara la primera. Me equivocaba: aunque Madame Blanche tuviera derecho a despreciarme, no podía despedirme. Cual un apóstol, solo el jefe podía desatar lo que había atado y aun cuando la tal Blanche hubiera querido mandarme al infierno, para que ardiese en sus llamas con mis caderas plenas y mis hombros de niña, no habría podido. Silenciosa y helada, me condujo a un taller donde una virago con bigote cubierta de sudor me tomó las medidas, que me valieron un extra de desprecio: me relegaban a esa parte de la humanidad cuyas proporciones no correspondían con los cánones de la alta costura. Madame Blanche me condujo después a lo que se llama «cabina de las modelos»: ¿quién, y cómo, y por qué, dio ese nombre, evocador de trasatlánticos navegando a lo lejos, al escondite donde se custodia a las modelos durante el desfile de las colecciones? Nunca lo sabré: otra curiosidad que nada satisfará.

Allí encontré a unas veinte chicas, a cada cual más guapa y más alta, vestidas con el mismo uniforme: un vestido tubo color lila, realzado por un cuellito y adornos de color blanco, que daba hasta a las más descaradas aspecto de colegialas. Comprendí, al verlas, el desdén de Madame Blanche para conmigo: mi estatura media, mis caderas —la única parte resplandeciente de mi ser—, mi rostro oriental, mi falta de elegancia, todo chocaba entre aquellas gigantas de muslos estilizados, de tez rosada, de porte de Diana cazadora. Maldije al destino que no me había hecho nacer en Batignolles. «Morenita», dijo una reina rubia contemplándome, sin mala intención en realidad, y desde ese momento me convertí en «morenita» para todo el mundo.

Cuando a la mañana siguiente me puse a mi vez el uniforme lila, confeccionado en un santiamén, me confundí algo mejor con mis colegas; bien era cierto que no había que examinarme muy de cerca, pero a grandes rasgos y de lejos podía pasar por una más.

Heme aquí dentro de la jaula espaciosa bordeada por tocadores todos iguales, cada modelo con el suyo. Me asignaron el mío. Me senté y miré sin agrado a la morenita reflejada en el espejo: cuánto me disgustaba, qué cansada estaba de encontrármela, o más bien de llevarla a rastras, siempre la misma, allí donde estuviese.

Aquellos pensamientos deprimentes fueron interrumpidos por mi sorpresa de oír una lengua que conocía bien: el ruso. Me volví y vi a dos chicas, una con melena rojo fuego, piel blanca, aspecto agresivo; otra con cara de gata y los ojos muy abiertos, la naricita rosa; las dos guapas, las dos comunes. Hablaban en voz alta, desdeñosas del entorno, simbolizando con su actitud la de muchos emigrados que tratan a Francia como país hostil, haciéndola en cierto modo responsable de sus desgracias, criticando todo, insatisfechos de todo, exclamando a cada instante «Ah, en nuestro país…» o «*nass*…».

Hélène y Sandra vivían como hermanas siamesas, no por afecto o para ayudarse mutuamente en tierra extranjera, sino para pelearse por todo, lo que al fin y al cabo es otra forma de solidaridad. Su manera de hablar, sus gestos y su conducta indicaban su origen humilde, por más que ambas se afirmasen de cepa aristocrática, si no sobrinas del zar. Las francesas enjauladas con ellas en su cabina común, ellas mismas rara vez o jamás procedentes de lo que se llama «la alta sociedad», incapaces por consiguiente de discernir los indicios que permiten clasificar a la gente por categoría social, estaban tan orgullosas de aquella proximidad con unas extranjeras nobles que les perdonaban su lenguaje hermético y su hiriente particularismo.

En cuanto Hélène y Sandra conocieron mis orígenes caucásicos se empeñaron en «colonizarme», pero yo me rebelaba, en primer lugar porque no sentía el menor interés por su forma

de ser: mi curiosidad me inclinaba hacia los «indígenas», que encarnaban a mis ojos un exotismo a contrapelo que quería conocer, sentir, comprender. Y, además, los esfuerzos de las rusas para asimilarme me exasperaban y me siguen exasperando: esa forma de imperialismo hasta en la emigración despertaba en mí todos los reflejos de los pueblos colonizados. Porque el mío lo había sido, y así sigue. ¿Yo rusa? ¿Y por qué no papú? Nacida en una colonia rusa, desde luego, antigua súbdita del zar, sí, pero no rusa, no de corazón ni de religión ni de origen étnico. El odio profesado a los colonizadores por mis abuelas, tan ferozmente musulmanas, se había atenuado en mí y yo no los odiaba, pero me distanciaba de ellos y no quería «ser de esas». Basta con este tema, tal vez vuelva a abordarlo más adelante.

Rechacé pues los intentos de aproximación de Hélène y de Sandra y trabé amistad con una chica a la que distinguía una extraordinaria cantidad de lunares, que me hacían comparar su rostro con un cielo estrellado. Y su nombre me embelesaba: Albertine… no a causa de Proust, de quien en aquella época ignoraba hasta el nombre, sino por su melodía que me parecía muy dulce. Y la propia Albertine era dulce, y además bondadosa y de gran ayuda en el aprendizaje de mi nueva vida.

En primer lugar me enseñó un arte esencial: el de caminar por los salones con un aire de princesa altiva y ledistante, particularmente difícil de adoptar porque, por una parte, las clientas a las que envidiábamos con todas las fuerzas del nuestra alma despertaban nuestra apasionada curiosidad; y, por otra parte, porque había que evitar pisar sus pies impunemente extendidos. Pasábamos a su lado fingiendo ignorar su presencia, con un aire que mostraba claramente que nos paseábamos por allí solo por casualidad, para distraernos en cierto modo; si las clientas se encontraban en nuestro camino no era más que para adornar nuestro paseo.

Albertine me enseñó el arte de desmaquillarse sin agua, de usar saliva para aplicar el rímel, de sacarse brillo a las uñas en la piel de los muslos, de ponerse los vestidos con la máxima rapidez

y los mínimos estragos, de maquillarse con sutileza, es decir de exprimir del rostro, como de un limón, todo cuanto puede ofrecer de agradable. Aquella inteligencia tan iluminada para las necesidades de nuestra vida profesional me llenaba de estima. Y, sin embargo, en todos los demás ámbitos, Albertine parecía más desamparada que una niña: apenas sabía leer, no sabía cocer un huevo, era incapaz de formular la menor idea general y se pasaba el tiempo fuera de la alta costura parisina comiendo, durmiendo, arreglándose y haciendo el amor. Como vivía en el hotel, señalaba con visible satisfacción que «no daba palo al agua en casa».

—Ya sabes —me explicó, pues nuestra simpatía recíproca la hacía proclive a las confidencias—, mi amigo no quiere que me fatigue después del trabajo: no podría hacer bien el amor… Entonces, ya sabes.

¡Oh, claro que sabía! La continuación me aclaraba aún más sus relaciones con el amigo en cuestión.

—Entonces por eso quiere que viva en el hotel, para que no tenga nada que hacer: ni limpieza, ni compra, ni cocina. Paga él, entonces yo…

Aquí el gesto imperial de su mano sugería su propia generosidad de espíritu, que consentía en ese arreglo. Por lo demás, el punto de vista de su amigo me parecía de una lógica irrefutable y envidiaba a Albertine, provista por el destino de un guía tan sensato.

Como toda la gente sencilla, poseía un vocabulario reducido y mostraba una predilección intempestiva por la palabra «entonces» que salpicaba sus frases con sus tres sílabas. Su encanto esencial venía de su candidez, similar a la de una oveja y que su amigo debía de apreciar mucho, a juzgar por las cantidades que invertía sobre aquella cabeza angelical y tan agradablemente vacía.

Un día fui a visitarla y hube de reconocer que la disposición de su vida material conllevaba grandes ventajas. En un hotel de semi lujo, Albertine alquilaba una habitación con baño, detalle

que la llenaba de un justo orgullo. Encargó té y pasteles por teléfono y me explicó que siempre hacía que le subieran la comida a la habitación, demasiado perezosa para bajar al bar-restaurante, sobre todo porque su amigo temía encuentros peligrosos para su reputación. Evidentemente, en esas condiciones, «no dar palo al agua» parecía superfluo, y reconozco que la envidia me encogió el corazón cuando comparé su lujo con mi buhardilla sin calefacción ni agua corriente y con los siete interminables pisos que había que subir para llegar a ella.

Mientras aún estaba allí llegó su masajista. Gracias a su oficio de modelo, Albertine se desvistió en unos segundos, se acostó de espaldas y el hombre se puso a triturarle las carnes soplando como una foca. Y de pronto me sumergieron los recuerdos, no tan lejanos al fin y al cabo, de otro masaje, pero cuán diferente: mi enorme abuela de vientres escalonados, con los muslos como torres de un bastión, tumbada en la cama, llamándonos, invitándonos a la fiesta, a nosotros, es decir a una docena de nietos y nietas de edades repartidas entre los seis y los doce años. Nos quitábamos los zapatos, si es que no íbamos ya descalzos, saltábamos a la cama y de ahí a la gran masa ya gimiente de un placer-dolor anticipado, y la pateábamos con furia, con toda la fuerza de nuestras piernas, pegando gritos y aullidos porque, pues sí, nos entregábamos a una especie de danza salvaje en la que desahogábamos, como se dice hoy, instintos inconfesables. Y mientras gritábamos, la abuela dejaba escapar largos gemidos entrecortados de «Ay, Alá» cuando el dolor que rozaba la voluptuosidad se convertía en dolor a secas.

Esos dos masajes, esos dos mundos… Presente y pasado se mezclaban en mi mente, sobre todo cuando Albertine también empezaba a gemir de dolor; pero entre su cuerpo tan bien proporcionado que no deslucía la menor grasa y el de la anciana entregada al inmovilismo oriental, la diferencia era cruel y yo trataba de desechar la imagen de una masa deforme: ¿acabaría pareciéndome a ella en virtud de alguna ley de la herencia que no supiera evitar?

Pese a todo el interés que me prestaba Albertine, no llegaba a elogiar mi físico que en secreto debía de juzgar ingrato. Sin embargo, con buen corazón, se esforzaba por tratar de mejorarlo y llevó su bondad hasta regalarme su propia caja de rímel, todo apelmazado en una masa compacta por su saliva: ¿no consideraba acaso esa cajita como un regalo mágico en cierto modo, destinado a transformarme en parisina? A base de obstinación, Albertine logró envejecerme un par de años y quitarme ese aire aún demasiado «natural» que en París desentonaba en general, y aún más en la casa de costura donde todo era artificio y refinamiento. Se interesaba igualmente por mi situación social y desaprobaba mi estado de mujer joven sin hombre joven, o viejo si fuera necesario. En su mente mi castidad equivalía a una tara, a la que resultaba urgente poner remedio: se mostraba dispuesta a emprender la tarea.

—A quién se le ocurre. Entonces ¿qué? ¿Te quedarás a dos velas entonces? Voy a pedirle a mi amigo que te busque un novio. Ve a mucha gente en la Bolsa.

Le supliqué que no lo hiciera y cedió sin esfuerzo: solo su bondad de corazón le había dictado semejante idea. Debía de pensar en secreto que yo era imposible de «colocar», sobre todo porque en su mente «colocada» significaba «mantenida», y nada más. Ahora bien, como todos o más bien todas saben de sobra, las mujeres susceptibles de ser mantenidas se pasean por el mundo en cantidades ingentes, mientras que los «amigos serios» escasean: no cualquiera encuentra uno. Pero, aunque hubiera sido guapa, aquella búsqueda habría chocado con un inesperado obstáculo: yo seguía profesando a propósito del amor ideas arcaicas, y la idea de convertirlo en una fuente de ventajas materiales me horrorizaba. Solo me atraían los sentimientos recíprocos y desinteresados, le decía a Albertine, a quien tales herejías sumían en la indignación: ¿cómo se podía errar hasta ese punto? Según ella, Dios había creado al hombre con el único propósito de hacerle gastar dinero en la mujer, cuanto pudiera y más aún: «tenía que apoquinar» y el resto eran florituras. Ahora

bien, como mostraba una molesta tendencia a confundirse en ese aspecto, había que guardarse mucho de alentarlo en tal sentido y, muy al contrario, convenía recordarle siempre y en toda ocasión sus obligaciones, forzándolo si fuera necesario.

—¿Te das cuenta? ¿Es que estás loca o qué? Si por ti fuera echarías a perder el oficio. A ver, entonces, si las chicas como tú se ponen a hacer el amor de gratis, entonces ¿qué pasa, adónde iríamos a parar? —me preguntó con irritación pese a su dulzura, la primera vez que abordamos el tema apasionante e inagotable de nuestras relaciones con el sexo enemigo—. Mira —prosiguió una vez pasada su irritación—, lo de los hombres es personal, entonces si no les pidiéramos nada, pues ellos tan contentos. Harían el amor y si te he visto no me acuerdo: qué fáci entoncesl, vamos, que no…

El deber de mostrar la colección interrumpió aquella sagaz exploración de la psicología masculina, pero reanudada más tarde y de nuevo al día siguiente, se convirtió en el tema principal, si no en el único, de nuestras conversaciones. Albertine no podía tolerar la confusión de ideas que yo profesaba. Por lo demás y de todas formas, los hombres, el dinero y «el amor», o más bien esos tres objetos indisolublemente vinculados entre sí en circuito cerrado, formaban el alimento psicológico de aquellas amables chicas encerradas en su cabina: en torno a ellos la conversación solía degenerar en debates apasionados que requerían una llamada al orden de Madame Blanche, la chaperona, la guardiana responsable de la buena conducta de aquel cacareante gallinero. Veinte personas jóvenes y sanas, maleducadas y poco inclinadas a la introspección, meten mucho ruido.

Las modelos provistas de un «amigo serio y acaudalado» gozaban de un merecido prestigio y se dormían en los laureles que tanto esfuerzo les había costado adquirir. Las no o mal colocadas las envidiaban en sordina, se aplicaban a hurtadillas en evaluar la ropa y las joyas de las afortunadas elegidas y se quejaban abiertamente de su mala suerte. Todas, no obstante,

tenían un único objetivo: boda con ayuntamiento, alianza en el dedo, iglesia y fortuna; clímax de la carrera, *summum* de las dichas terrestres. Hasta las más desvergonzadas alimentaban un gusto enternecido por la respetabilidad burguesa y no había esplendor del estado de «mantenida» que lograse apagar su nostalgia, anclada en lo más profundo de su ser y cuyas raíces se hundían sin duda en siglos de tradición. Aún estábamos lejos de la sociedad permisiva y del Movimiento de Liberación de las Mujeres.

El vacío de su psicología, la ausencia de cultura, la falta de curiosidad no las molestaba lo más mínimo: ni siquiera se daban cuenta. ¿Leer? De ninguna manera. Los famosos medios de comunicación masiva aún no existían, de modo que su inteligencia no se veía afectada por ahí. Cuando por ventura se lanzaban a consideraciones ajenas a la trinidad ya mencionada: hombre-amor-dinero, proferían tremendas estupideces. Delgada como una liana, larga e irreal como un rayo de luna, la bellísima Lucette me dijo un día con total seguridad en sí misma, a mí «extranjera» y para aplastarme con la grandeza de su país, que el Grand Palais que era «tan magnífico» había sido construido por Luis XIV para vivir allí con sus amantes. Nadie la contradijo: fue escuchada con respeto.

Aquella indigencia intelectual, artística y demás, ¿acaso me molestaba? Es una pregunta que me han hecho frecuentemente desde entonces. No, porque yo allí solo buscaba ganarme el pan cotidiano y tenía en otra parte, en casa de los Josezú en particular, ocasiones de cultivarme y participar en otros mundos.

Aún no había olvidado, tras un solo año en París, la miseria de un país en revolución y el lujo de la casa Worth me embelesaba. Apreciaba la elegancia de los vestidos, la fastuosidad de las pieles, las luces y el calor generosos de los salones donde todo brillaba a lo largo del día: las arañas de luz, los espejos, los vestidos de noche, el cutis de las muchachas. Así es, todo aquello me maravillaba porque de mis orígenes supuestamente bárbaros conservaba y sigo conservando el amor por el brillo: cuanto más

brillo, más se me alegra el corazón.

Como había entrado en Worth en el momento en que se preparaba la colección de invierno, tuve, como las demás, que pasar en ocasiones medio día de pie, esperando la inspiración de los modistas, a menudo de lenta aparición. El jefe también creaba modelos —él sobre todo— pero solo trabajaba con dos modelos de porte hierático que le inspiraban vestidos de noche de una magnificencia bizantina. Las otras chicas solo iban a su despacho creativo acompañadas por las «primeras» o los «primeros» de los veinticuatro talleres, que le presentaban sus modelos en gestación. A veces debíamos esperar nuestro turno en un rincón, largo tiempo, inmóviles, muertas de aburrimiento, mientras el Jefe de los jefes criticaba, modificaba, daba su beneplácito o decretaba su veto.

Una vez pasado el interés de la novedad, el aire de la «cabina» comenzó a pesarme, no en lo moral sino en lo físico. Las modelos y las encargadas del vestuario se cocían en sus perfumes que mareaban, daban dolor de cabeza, y en sus interminables cotilleos, siempre los mismos. Había en aquel espacio reducido demasiadas personas, demasiadas voces, demasiados rostros, demasiada monotonía solo rota por la agitación enloquecedora de los desfiles. Todo volaba entonces: los gritos, los pelos, los vestidos, las llamadas de socorro, las injurias, las órdenes; las encargadas del vestuario no daban abasto y sobre todo ello planeaba una nube de polvos de arroz que traspasaba la mirada glacial de Madame Blanche.

Al cabo de seis meses, el jefe me mandó despedir por medio de la misma Madame Blanche, que disfrutó visiblemente ejecutando la orden. Sospechaba que el jefe me había mantenido tanto tiempo solo por deferencia para con Amina; pero mi estatura mediocre comparada con la de las otras modelos, mi falta de elegancia y distinción parisina acabaron con su cortesía. No insistamos en esas cosas poco halagüeñas para mi amor propio.

Me dieron un mes de sueldo y el vestido color lila, y dejé la calle de la Paix un bonito día de primavera, no sin placer. La cabina repleta, sobrecalentada, sobreexcitada, se me hacía insoportable y hasta me separé sin pesar de la dulce Albertine que, desalentada por mi obstinación en la virtud, había acabado abandonándome a mi suerte de mujer desinteresada.

—Entonces tú, cuando te coloques… —me dijo a modo de adiós y silbó para expresar sus dudas sobre mi porvenir.

Me fui con ochocientos francos en el bolsillo y mucho optimismo; aunque el islam ya no representase una realidad activa en mi vida, yo seguía atada a él por un cordón umbilical: el fatalismo. Nunca se apreciará lo bastante esa disposición psicológica que suprime la rebeldía en situaciones en las que no sirve para nada. Desgraciadamente, aunque el islam haya abusado antaño del fatalismo, parece haberse curado de él hoy en día.

Alá no tardó en recompensarme por mi sumisión a sus decretos: dirigió mis pasos que parecían obedecer al azar hacia la plaza Vendôme, donde las tiendas de lujo exhibían sus esplendores insultantes para la gente pobre. Me permití el lujo de fantasear largamente ante las joyas tendidas en su lecho de terciopelo, ante aquella tiara de brillantes sobre todo, que compré de inmediato para llevarla esa misma noche al baile de la ópera. Una vez hecha la compra, seguí mi camino y distinguí, unas tiendas más allá, un rótulo colgado en la entrada de una casa de costura: pedían una modelo de talla 42. Me sobrepuse a mi timidez y subí por una escalera de servicio. La «de lujo» me la prohibía un capitalismo consciente y organizado. Ni siquiera estaba iluminada y subí a ciegas hasta una estancia abarrotada de cajas de cartón, vestidos y papel de seda: era el cuarto de embalaje. Me llevaron más muerta que viva hasta el jefe que me examinó de arriba a abajo con mirada penetrante y, encontrándome sin duda a su gusto de modisto, me contrató de inmediato, en unos minutos, sin ni siquiera pedir que me pusiera un vestido. Aquella suerte instantánea permanece en mi recuerdo

como uno de los escasos éxitos de mi vida, obtenido sin el menor esfuerzo, cuando generalmente se me presentan tras largos, grandes, dolorosos esfuerzos realizados con angustia y miedo al fracaso. El tormento de la esperanza me resulta un sentimiento familiar.

Aquella casa de modestas dimensiones pero renombre mundial, especializada en particular en el traje de chaqueta, vestía entonces a las señoras más distinguidas de Francia, de las dos Américas y de Inglaterra. Las tres modelos, que conmigo ya eran cuatro, todas de estatura media —y no del estilo «planta exótica» en boga en la casa Worth— cultivaban el aire «señorita» buscado por el jefe, de modo que me encontré en un mundo a mi medida y me sentí cómoda en aquella nueva cabina donde solo éramos cuatro, aparte de la única encargada del vestuario. Pero el ambiente y las conversaciones eran idénticos a aquellos cuyo círculo obsesivo yo ya conocía: dinero-amigo, amor-dinero, amigo-dinero y además dinero-dinero, amor-amor, amigo-amigo… Sin embargo, como aquella obsesión solo asolaba a cuatro personas en lugar de a veinticuatro, se veía considerablemente aligerada.

A riesgo de repetirme, debo volver a hablar de la singular psicología de las modelos que en ciertos aspectos se emparentaba si no con la de la prostituta —sería decir demasiado—, al menos un poco, mucho incluso, con la de la cortesana. Hablo en pasado, pues imagino que en cincuenta años las cosas habrán cambiado mucho, gracias a esos medios de comunicación masiva de los que se habla mal con razón pero que, siendo como son las cosas, es decir profundamente ambiguas, también tienen su lado bueno: abren las mentes, o pueden abrirlas, a múltiples horizontes. En mis tiempos, mis colegas modelos caían en el infantilismo, con un único propósito, el dinero, que se proponían adquirir obtener a cambio de una cesión más o menos prolongada de sus encantos cuyo perfeccionamiento las mantenía ocupadas, con toda lógica,

durante todo el día. Parecían ignorar que el hombre, esa bestia insaciable, busca a veces cualidades más allá de las físicas. Ni se les pasaba por la cabeza que cierta parte de nosotras mismas, quizá la más valiosa, también requiriese cuidados y ornamentos, tantos como nuestro aspecto exterior, si no más.

Cuando alguno de sus amigos serios las dejaba, nunca buscaban la causa de ese abandono en ellas mismas, sino en la ignominia del varón, y el tono de las quejas era entonces siempre el mismo, al igual que el fondo. Solían empezar por un: «No basta con encontrar un hombre, hay que saber conservarlo».

—¡Pues sí! —suspiraba el coro de mujeres despechadas.

Un «Ah, los hombres, son todos unos canallas» clausuraba, con el acento amargo de una experiencia milenaria, las quejas sobre la maldad congénita del hombre: el enemigo, el maníaco de la crueldad, el ser a quien había que exprimir mientras te deseaba, el ogro a quien combatir sin tregua, so pena de ser devorada por él.

Este concepto derivaba de una evidencia que el intelecto más mediocre no podía dejar de constatar: las relaciones solo duraban mientras durase el deseo y sabiéndolo, sin poder ni querer detectar el motivo, las modelos se esforzaban por explotar la situación a fondo durante su efímera existencia. Huelga decir que la amistad y la confianza quedaban excluidas de aquellas relaciones dominadas por la rapiña.

La influencia del medio, del «entorno» al que tanta importancia se concede hoy en día, terminó liquidando el hermoso idealismo de mi adolescencia, en la que Lenin había ocupado un lugar preponderante. En lugar de cantar las alabanzas del socialismo, mi mente se concentraba en la adquisición de un zorro cruzado, de un bolso de cocodrilo o, más audazmente, en el símbolo del éxito: un abrigo de visón (que no me pondría, dicho sea de paso, hasta unos treinta años más tarde y solo de patas, no de pieles enteras). Demostración de mi falta de éxito.

Lo cómico o lo trágico de la historia es que el deseo de bienes materiales puede atormentarte tanto como otros, más nobles, y el oficio de modelo me parece particularmente malsano por la tentación del lujo siempre presente y la imposibilidad de acceder a él por tus propios medios, es decir por los escasos fines de mes. Vivíamos en un clima de refinamiento que acababa imponiéndonos el gusto por la ropa bonita, los bolsos, los zapatos, los sombreros, pero no podíamos comprarlos y nos cocíamos en el sentimiento de frustración y envidia, si no en la rebeldía. Nuestros pesares, por poco respetables que fuesen, eran no obstante reales, aunque el filósofo los juzgue despreciables. Siempre he pensado que la intensidad de nuestras penas no se mide por su causa, ya sea dramática o de una insignificancia notoria: por eso el dolor de un niño a quien le quitan su juguete puede igualar en intensidad a cualquier aflicción.

Hablo con conocimiento de causa del tormento que puede causar un zorro cruzado expuesto con arte en una vitrina. Renuncié a muchas comidas para poder comprarme uno de esos animales muertos de hocico puntiagudo y mirada vidriosa, y reconozco haber experimentado raras veces una felicidad más pura que el día que por fin pude, a expensas de mi estómago, echarme uno al hombro: porque, colmo de la estupidez, se llevaban en aquella época remota tirados con abandono sobre el hombro, quitándoles de ese modo su única utilidad, la de abrigar. Cuando, tras largos meses de anhelo, al fin poseí aquella piel-ornamento, ya se había convertido en un objeto banal pasado de moda: lanzado a su vez por una moda caprichosa como un viejo maniático, otro venía a tentarnos a su vez. Así íbamos siempre insatisfechos, siempre presa de algún deseo: tal vez sea la propia esencia de la condición humana.

¿Cómo sorprenderse de que las chicas «honradas» hayan dejado de serlo? La tentación era tal que había algunas que, por la riqueza, habrían vendido no solo su persona, sino a su padre y a su madre.

A nuestros bellos salones de la plaza Vendôme venían a ponernos a prueba las estrellas de Hollywood, las esposas de grandes industriales y políticos, bellezas exóticas, que todas nos salpicaban de su esplendor y nos inspiraban los celos más malvados. Cuanto más guapas eran, cuanto más ricas, famosas y visiblemente aduladas por el hombre que las acompañase, más las odiábamos. Ejerciendo ese malsano oficio de modelo experimenté con mayor virulencia el odioso sentimiento de la envidia, poseída como estaba por el atractivo de un sórdido materialismo vestido con tan amables galas. Por primera vez en mi vida me desinteresé de la lectura, algo que no me ocurría desde que aprendiera el alfabeto, hasta tal punto me corroía la enfermedad contagiosa llamada frivolidad. Mi «lujomanía» tomaba formas grotescas: por ejemplo, me imaginaba, cubierta de joyas y honores, en la tribuna de un hipódromo donde mi caballo llegaba en primer lugar, aportándome así un extra de gloria y fortuna; o bien ricamente vestida (obviamente) y siempre cubierta y recubierta de joyas, recibiendo en una sala con columnas a la flor y nata de París, encantada de estar allí. Soñaba con camarotes de lujo, coches de lujo, amantes de lujo, caballos de lujo, con el no-lujo rigurosamente expulsado de mi vida de lujo, y con el no-lujo que no obstante me agredía como el Mal cuando escalaba resoplando como una foca mi escalera de servicio.

En los hermosos salones donde desfilábamos tuvo lugar una de las mayores decepciones de mi juventud. De niña había estado apasionadamente prendada de Francesca Bertini, estrella de cine entonces célebre que yo encontraba de una belleza sublime, de una elegancia divina, epítetos que en la época de mi amor me resultaban muy pobres. A raíz de sus películas, que nos llegaban a Bakú a un ritmo acelerado, me familiaricé con mi ídolo hasta el punto de conocer, hasta el menor detalle, toda su ropa, extrañamente la misma en varias películas: no se imagina hoy a una estrella, ni a una joven actriz siquiera, llevando el mismo

vestido en dos películas sucesivas.

No ignoraba se me escapaba nada de su mímica, tan monótona como su ropa; registraba cada gesto suyo, cada una de sus poses. La imitaba cuando al fin me quedaba sola en mi cuarto: echaba la cabeza hacia atrás con un movimiento altivo, como ella; me retorcía las manos como ella; como ella lanzaba miradas asesinas a objetos que representaban a admiradores y que, en masa, morían de amor por mí, alias Francesca Bertini. En resumen, la adoraba sin envidiarla; mi admiración de buena fe no iba acompañada de rechinar de dientes ni de resentimiento.

Pues bien, en París, once o doce años más tarde, cuando nos disponíamos a mostrar la colección, una vendedora vino a decirnos que una estrella italiana estaba en el salón, y cuando pronunció su nombre se me heló la sangre: Francesca Bertini estaba allí, iba a verla, a ella, la inimitable.

La reconocí enseguida pese a las deformaciones que la vida infligía a mis sueños: no solo la vi, la toqué incluso. El abrigo que yo presentaba le gustó, quiso probárselo. Me lo quité, la ayudé a ponérselo. Cómo expresar la violencia de mi desilusión: si por imposible que sea me demostrasen la mediocridad de Bach, no sentiría más amargura. Esbelta en la pantalla, Francesca Bertini parecía como encogida en la realidad, y banal, sin brillo ni gracia, apenas elegante.

«¡Dios mío», pensé aterrada, «es esto “mi” Francesca Bertini, el objeto de interminables horas de fantasía que le robaba al sueño!».

Mientras tanto, sin sospechar el drama que yo estaba viviendo, ella regateaba como una señora del mercado de las Halles con la vendedora, sin sospechar el drama que yo estaba viviendo.

Vivíamos los años más prósperos, más agitados de la posguerra, esos «años locos» ya evocados. El automóvil devoraba París, los hoteles estaban repletos de turistas americanos a quienes los

emigrados rusos ofrecían incontables clubs nocturnos, una de sus especialidades: las salas de baile temblaban bajo el asalto de los locos del foxtrot, las *garçonnes* se reivindicaban con rabia, abuelas sin saberlo de las señoras del Movimiento de Liberación de las Mujeres. Mil cosas, más una, daban a la ciudad un ambiente festivo que esperábamos eterno tras las horribles masacres apenas pasadas y, pensábamos, acabadas para siempre de la guerra.

A menudo, cómodamente instaladas junto a las ventanas de los salones aún vacíos, observábamos con mezquina alegría uno de esos atascos bien compactos donde cientos de coches se amontonaban en la plaza Vendôme, condenados a un inmovilismo quizás definitivo. En verano, el aire subía hasta nosotras, caliente, envenenado por los alientos de gasolina de todos esos pulmones de acero que se ahogaban a nuestros pies, atrapados. Pero, si alzaba la cabeza, veía a Napoleón subido a su columna, con un aire distante que lo hacía ajeno a la vida mecánica momentáneamente detenida en torno a él: ¿acaso se soñaba ojeando los siglos desde lo alto de una pirámide? Yo lo sacaba de allí arriba para integrarlo en el nuestro; lo sentaba en una inmensa limusina, lo hacía bajar de un avión gigantesco. Lo reconvertía en «generalito Bonaparte» que iba a tomar el té con Josefina, frente al Ritz, o a cobrar un cheque en el Westminster Bank, nuestro vecino.

El enorme estruendo de cientos de bocinas interrumpía mi jueguecito histórico, nos hacía abandonar nuestro observatorio; cerrábamos las ventanas a aquel ruido, a aquel calor de ciudad asfaltada, a aquel aire malo saturado de gasolina, y reanudábamos nuestras conversaciones sobre los tres temas estrella: amigos, amor, dinero.

Durante el peor letargo de agosto, mientras los bienaventurados de la tierra se atiborraban de helados abanicándose al fresco, nos poníamos, con la injuria en la boca, grandes abrigos llamados cómodos o, lo que es peor, pellizas, porque ya se preparaba la colección de invierno, qué digo, se

enseñaba. Sentíamos nuestros huesos licuarse bajo las pieles, nuestros pies se convertían en grandes objetos hinchados, quemados por el charol de los zapatos y las gruesas moquetas que pisábamos. Los polvos se convertían en pasta, el rímel goteaba; nunca fue más violento el odio que nos inspiraban las clientas arrellanadas en divanes y butacas. ¿Alguna vez se ponían en nuestro lugar? Lo dudo. Perdíamos el humor, no hallábamos siquiera la fuerza de sonreír cuando una americana pedía ver un traje «para hacer la calle», entendiendo con eso un traje de calle, o cuando nuestro jefe, que se creía ingenioso, tenía una salida que solo a él le parecía graciosa.

He omitido hasta ahora presentarles al «mono», como lo llamábamos entre nosotras, siguiendo en ese punto una tradición si no secular, al menos muy antigua. Hombrecillo seco, portador de un gran pico curvado en lugar de nariz y adoptando aires marciales, tomaba con nosotras, sus esclavas, una actitud severa que no era más que una máscara. Adoptaba incluso con las clientas una apariencia ruda, sin dejar de halagarlas: mezcla que manejaba con perfecta destreza, para satisfacción de las compradoras y suya propia.

Mientras desfilábamos en el salón, vestidas con ropa bonita, pero habitadas por pensamientos feos, él, el «mono», se apostaba a la entrada del salón, lanzando en derredor miradas penetrantes, emitiendo de cuando en cuando una orden lacónica con tono de comandante del ejército. Pese a su aspecto más bien zafio, poseía un agudo sentido de la elegancia y sus modelos representaban el *summum* del buen gusto. Además, la reputación de su casa de modas cruzaba montes, mares y océanos, trayéndole una enorme clientela y una fortuna considerable. Modesto sastre en el País Vasco, se había convertido en modisto de renombre mundial.

Como he dicho, éramos cuatro modelos en la cabina, a las que debo presentarles: la rubia Yvette, seca tanto física como

moralmente, su rostro compuesto de rasgos bellos pero afilados, temible y paradójicamente —teniendo en cuenta el medio— pequeñoburguesa apegada a las conveniencias. La habíamos apodado «la dama» y aquel apodo, irrisorio en nuestra mente, la halagaba.

—Sí —decía—, soy la única dama de todas —y reanudaba su labor de lencería tras dirigirnos una mueca irónica. Se equivocaba creyéndose una dama, pero menos negándonos ese título a nosotras.

Mary, Marie de nombre civil, reunía en ella todas las características de la «no-dama»: su acento, su comportamiento, la extremada libertad de su lenguaje la situaban de entrada en esa categoría social. Sus hazañas eróticas superaban en audacia todo cuanto mi tímida imaginación pudiera inventar. Guapa, alegre, ingeniosa, tenía también, cosa extraordinaria, una aguda inteligencia.

La tercera colega se llamaba Lucie, espléndidamente rubia y tonta perdida, pero también muy amable. En ese medio la tontería era muy habitual; con todo, la de Lucie no dejaba de sorprender a las más aguerridas de nosotras. Para meter en su cerebro la noción más simple, había que repetírsela mil veces, de otro modo no entendía nada. A pesar o a causa de su inocencia intelectual, Lucie estaba protegida por un amigo «muy serio», tan perfectamente serio incluso que la mantenía a cuerpo de reina y le prometía un matrimonio cercano que ella esperaba con anhelo y placidez. Recordando a Albertine, yo me preguntaba si cierta clase de tontería-inocencia no atraería a los hombres, y en particular a los hombres ricos. Lucie, sin la menor doblez, no sacaba vanidad alguna de su suerte, afortunadamente para ella. Semejante potra en una chica tan tonta solo podía soportarse si iba aliada a la humildad. La tratábamos bastante mal, para vengarnos por la envidia que nos inspiraba, pero ella lo soportaba con resignación y sin reproches.

Yo pasaba cinco días y medio por semana con aquellas chicas y la encargada del vestuario. Siempre llegaba la primera y

empezaba un trabajo largo, minucioso, que requería gran concentración: el maquillaje. Después me arreglaba las uñas o me depilaba. En esto llegaban las demás: la plácida Lucie, la «dama», envuelta en aires altaneros, con un mohín desdeñoso, y por último Mary, ruidosa, con la ropa en desorden, mal lavada, pero guapa con su melena despeinada brillante como la seda y su linda boca golosa. Empezaba quejándose:

—Ay, qué vida más puñetera: no he pegado ojo esta noche. Ya sabes, el tipo… —Seguía el relato de la noche pasada en amores tumultuosos, enseguida interrumpido por una vendedora que se asomaba a la puerta de la cabina gritando:

—Vamos, señoritas, la colección…

—Qué petardas —refunfuñaba Mary, refiriéndose a las clientas—. Ya se ve que duermen a pierna suelta. No tienen que partirse el lomo por los hombres.

Empezábamos a ponernos modelos con tanta desgana como disgusto: mala voluntad que cesaba cuando el «mono» en persona venía a meternos prisa; entonces nos volvíamos rápidas, aéreas. Volábamos de salón en salón en lugar de arrastrarnos unas detrás de las otras ante las clientas aborrecidas. Tenía un pase cuando eran numerosas: su cantidad justificaba en parte nuestro esfuerzo. Pero cuando debíamos enseñar a dos o tres de aquellas ogresas, a veces a una sola, las sesenta a ochenta prendas de la colección, la rabia nos ahogaba: toda la iniquidad social —que solo nos importaba si la llevábamos encima (en sentido literal)— se nos presentaba en toda su crueldad y maldecíamos el privilegio de los ricos, apelábamos a la justicia divina o, ya que esta rara vez se manifestaba, a la revolución mundial. Era el momento de acordarme de mi coqueteo con Lenin.

A mediodía, tras haber mostrado la colección varias veces seguidas, comíamos en uno de esos restaurantes baratos y sin embargo excelentes que abundaban entonces en los alrededores de la plaza Vendôme. Después íbamos a pasear a las Tullerías o a comprar a los grandes almacenes cercanos, hasta las dos, momento en que reanudábamos nuestro trabajo. A las seis

volvíamos a ser libres. Aquellas señoritas se reunían con sus amigos, más o menos serios, mientras yo quedaba ociosa, sola con mi libertad a la que tanto había aspirado. La independencia por fin adquirida reposaba en mis manos como un fruto prodigioso del que no sabía extraer el jugo, pues la idea de tomar un amante me aterrorizaba igual que si se tratase de un acontecimiento de consecuencias incalculables, no por virtud, menos aún por miedo al pecado, noción cristiana que no me atormentaba en absoluto puesto que la ignoraba, sino por una especie de miedo al hombre, a una intimidad física que había aprendido de un modo execrable con un marido mal amado. Vivía del recuerdo idealizado de Andréi Massarin, el príncipe azul de mi adolescencia que había colmado mis sueños más absurdos sin imponerme la brutalidad del amor carnal. ¿Dónde encontraría a otro, a él semejante? Lo buscaba en cada hombre que conocía y, por supuesto, solo encontraba su caricatura. ¿Acaso era consciente de hasta qué punto se había fundido en mi mente con el Andréi Bolkonski de *Guerra y paz*, cuya encarnación me había parecido ser desde el primer momento? Le había atribuido todo lo deseable que una mente jovencísima y descabelladamente quimérica podía prestar a su héroe. Eso demuestra que ya entonces el deseo de lo absoluto me arruinaba a los seres de carne y hueso que se pasean por la vida cotidiana y, más allá de su imperfección, toda la existencia en general, condenándome así a una vida de deprimente insatisfacción. En ocasiones, toda una vida no basta para curar a una mente enferma de un exceso de imaginación.

Esperando al Gran Héroe de mis sueños, me enamoraba alternativamente de Napoleón y de Luis XIV, lo que al menos tuvo la ventaja de ampliar mi minúscula cultura gracias a los libros que leía sobre ellos. Y de ahorrarme los sufrimientos de los amores reales.

Así pasaba el tiempo. Afortunadamente tenía a los Josezú, cuyo afecto me reconfortaba, pero la vida de nuevo me parecía monótona, hasta el día en que se produjo un acontecimiento

extraordinario.

Una aparición abracadabrante

Mi vida monótona dejó de serlo un sábado por la tarde en que los Josezú y yo digeríamos tranquilamente nuestra frugal comida; frugal por miedo a engordar. Zuleika pintaba una tulipa con caballeros armados que se perseguían a golpe de lanza, José hacía un solitario que le había enseñado mi padre, yo supervisaba las operaciones, cuando de pronto —y sí, ese «cuando de pronto» no es una necesidad literaria, sino la verdad —, cuando de pronto oímos unos pasos precipitados en el patio que nos pusieron alerta. Luego la puerta, que nunca estaba cerrada con llave, se abrió con estrépito sin que nadie se molestara en llamar y una voz que yo habría reconocido entre mil gritó:

—¿Estáis aquí?

Yo grité a mi vez:

—¿Gulnar? —y me abalancé sobre mi prima que se abalanzó sobre mí.

—Eres tú, eres tú… —era todo cuanto yo acertaba a decir.

—Pues claro que sí, soy yo, soy yo, soy yo.

Y nos cubríamos de besos, llorando, riendo, dando gritos inarticulados, balbuciendo.

Después se separó de mí y se lanzó volando hacia Zuleika, repitiéndose el mismo proceso de reencuentro. Al fin, saciada de besos entre primas, Gulnar miró a José que naturalmente se había levantado para seguir de cerca los acontecimientos.

—¿Es el marido? —preguntó en francés y, sin perder un momento, añadió en azerí—: ¡Qué feo es!

De pura sorpresa —José no era feo en absoluto— nos faltó presencia de ánimo para protestar. De hecho, Gulnar ya se le

echaba encima y lo besaba con una efusión adorable, quizás incluso con demasiada insistencia. Pero sin duda me equivocaba: los excesos de Gulnar me inclinaban a deformar sus intenciones.

Zuleika le hizo la pregunta indispensable:

—¿De dónde vienes?

—De Moscú, vía Varsovia, vía Berlín. Voy elegante, ¿verdad? —Se pavoneó para que admirásemos su traje de chaqueta gris tan bien cortado que ni siquiera yo, acostumbrada al refinamiento de los grandes modistos parisinos, pude sacarle el menor defecto.

—¿Te has vuelto a casar? —pregunté sin dejar de comprender la inanidad de la pregunta.

Respondió con aire despreocupado:

—Con un marido… Ya os lo contaré después. Me han pasado muchas cosas.

No me costaba imaginarlo: cosas debía de tener a montones, de todas las formas y colores, con los hombres como hilo conductor.

Y hete aquí que saca de su bolso un objeto insólito: unos magníficos impertinentes de oro labrado, y se pone a examinar el taller, de arriba a abajo, de un extremo al otro. Yo la miraba, pasmada. Nunca, me decía, nunca dejará Gulnar de sorprenderme: aquella llegada con redoble de tambores, aquella desenvoltura, aquellos anteojos dignos de una anciana aristócrata del bulevar Saint-Germain o de San Petersburgo.

Terminado el examen, cerró los impertinentes de un gesto breve y dijo con condescendencia:

—La verdad, no merece la penar venir a París para vivir en un establo. Porque eso es lo que es, hay que reconocerlo.

Hablaba francés rápido y mal, y esa soltura hasta en la torpeza la simbolizaba entera. Añado que al cabo de tres meses hablaba un francés correcto, con ese don de lenguas y esa capacidad de adaptación de los que siempre había hecho gala.

—Sepa usted, pequeña, que está en el taller de un pintor —intervino José con altivez, recobrando de súbito todo su orgullo

de hidalgo indignado—. En un taller como este pintaban el Greco y Miguel Ángel, Vermeer y Rubens.

Tales precisiones no iban a intimidar a Gulnar, que encogió los hombros.

—No los conozco. Bien, le dejo a usted el taller y todos esos pintores. Usted, en todo caso, es encantador, y es el primer pintor que conozco en mi vida.

—Deja de aturdirnos con tantas tonterías y dinos cómo has sabido mis señas —pidió Zuleika, ofendida a la vez por el taller y por José.

—Ha sido un juego de niños. Ya en Berlín me las arreglé para averiguar las de nuestro presidente —se trataba del expresidente de la ex República Libre e Independiente de Azerbaiyán— y lo llamé por teléfono al llegar aquí. Y ya está…

—Qué lista eres —dije. Mi admiración de siempre por su rapidez y su inventiva intelectuales regresaba al galope. La inteligencia de Zuleika, muy aguda, parecía torpe comparada con la suya.

—¡Ya sabes que soy inteligente!

—No anda falta de modestia, por lo que veo —farfulló José. Su razón reprobaba, su ojo de pintor admiraba. No era que Gulnar fuese especialmente hermosa, pero tenía ese físico «resultón» que llama la atención y subyuga menos por los rasgos, bonitos de hecho, de su rostro exótico, que por la vivacidad, lo inesperado de sus expresiones. Poseía en grado altísimo ese famoso encanto, valioso donde los haya, que se puede usar para el bien o la desgracia de los demás. Yo sospechaba que hasta entonces solo le había sacado provecho para sí misma. He de hacer un salto a ese pasado en que ella, sus hermanos y yo solo éramos niños, para hacer nuestra relación inteligible. Habían sido mis maestros, yo su discípula: todo cuanto un espíritu precoz puede aprender en su infancia, mis primos lo habían asimilado para después transmitírmelo, enriquecido con comentarios pertinentes y a veces demostraciones prácticas. Ninguno de los cuentos que se usaban entonces para dormir a los

niños, cuya inocencia se trataba de mantener conservar el mayor tiempo posible, había resistido a su examen crítico y a su curiosidad siempre al acecho de lo incognoscible. Su cinismo derribaba la frágil estructura de las creencias que se esforzaba por inculcarme mi institutriz alemana, que desconfiaba de ellos, pero jamás habría podido imaginar la eficacia de su enseñanza. Retroactivamente doy gracias al Cielo que le ahorró el horror que habría experimentado de haber sabido la verdad.

Yo los admiraba y me esforzaba en vano por igualar su cinismo, sin poseer ni su temperamento ni su audacia. De mis tres pequeños maestros admiraba sobre todo a Gulnar, dos años mayor que yo desde el punto de vista cronológico, pero diez años mayor en el plano mental: que lo sabía todo, veía todo, adivinaba todo, me explicaba todo. Que nunca se quedaba falta de mentiras, de inventos, de proyectos. Su temperamento, ya fuerte en la pubertad, se desarrolló con los años hasta llegar a ser incendiario y si bien se casó a la edad de quince años, como yo, no sufrió por ello, muy al contrario. Se había casado con un hombre feo, bueno y tímido, al que engañaba con entusiasmo, al que dejaba para volver cuando le convenía, al que finalmente abandonaba para siempre. Desde mi marcha del Cáucaso, ya no sabía nada ni de ella ni de los otros parientes que se habían quedado allí, con toda comunicación entre nuestros dos mundos suspendida, para siempre al parecer, a causa por una parte de las dificultades materiales: las cartas llegaban o no llegaban. Y por otra parte, bajo el régimen recién instaurado en el Cáucaso, la gente temía ponerse en un compromiso escribiendo al extranjero, algo que en ciertos casos sigue siendo cierto hoy en día. Si bien, puesto que no soy un monstruo, lamentaba la ignorancia sobre la suerte de nuestros parientes cercanos, aquella ruptura con un mundo donde tantos pesares había conocido me resultaba beneficiosa: me sentía definitivamente libre de ellos. Recuerdo que, durante los primeros años de mi estancia en Francia, si tenía pesadillas por la noche, no variaban: me encontraba en Bakú, atrapada en el fondo de un pozo con la certeza, que pesaba sobre

mí como una lápida, de que nunca podría escapar. Me debatía en vano contra aquel peso que me ahogaba y acababa despertando, con el corazón acelerado, presa del pánico, pero con un sentimiento instantáneo de alegría al encontrarme en París, dentro no de un pozo, sino de una cama, y sumergida en el clima templado de Francia, templado en todos los sentidos.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Zuleika.

—En el Gran Hotel, naturalmente.

Aquel «naturalmente» era la reminiscencia de la época de antes de la guerra en que los caucásicos acostumbraban a alojarse en ese hotel y en ningún otro. Amina en particular se había alojado allí en 1913, con mi hermana mayor, de quien desde entonces no teníamos noticias. Esos recuerdos sin duda habían determinado la elección de Gulnar.

No quería quedarse allí; quería encontrar un apartamento amueblado, o no, cerca de los Josezú, lo antes posible, de inmediato a poder ser; quería sentir el calor de la familia reencontrada. Quería, anhelaba, deseaba…

Pues bien, quiso la suerte, que tan a menudo la había favorecido, que un apartamento amueblado se encontrase libre a pocas casas de allí; que la dueña del inmueble estuviera precisamente en su casa; que el trato se cerrase en el momento y se tomase la decisión de mudarse al día siguiente. Yo debía dejar mi buhardilla para instalarme con Gulnar y, mientras tanto, pasar la noche con ella en el hotel para que no se sintiera abandonada. No volveríamos a separarnos, afirmó.

Decidía, ordenaba, nos aturdía, nos embelesaba, nos irritaba, nos demostraba con pruebas concretas que no se dejaba arrastrar por los acontecimientos, sino que los dirigía con paso firme a su gusto, a su capricho, según le diera la santa gana.

Nos invitó a cenar en un restaurante cuyos precios nos espantaron, pero nos aseguró que era demasiado rica para preocuparse por semejantes minucias. Si bien podíamos alimentar dudas en cuanto a su riqueza, nos podíamos dudar de su generosidad o de sus gustos de lujo, que nos preguntábamos

dónde demonios había adquirido: ¿en Moscú, donde la miseria aún era general?

A las diez de la noche nos encontramos, ella y yo, en su habitación del Gran Hotel con vistas a la Ópera y a un mar de coches del que ascendía un aullido mecánico. Cuando estuvimos acostadas en la gran cama con capitoné, me sometió al interrogatorio:

—Entonces, ¿eres modelo? Sé lo que es: he visto desfiles de colección en Berlín. Vas bien vestida: ya es algo. Pero ¡vivir en una buhardilla! ¡Qué horror!

—No gano mucho dinero, ¿sabes?

—¿Con quién te acuestas?

Ahí se estropeó todo: sentí la tentación de mentir, pero sabía que Gulnar tenía un oído muy fino para las mentiras: nadie sabía más que ella y sus hermanos, no se dejaría engañar. Me resigné:

—No tengo amante.

—Ay, de verdad, ¡tú no eres normal! ¿Desde cuándo no tienes amante?

Acusada de un crimen ante un juez de instrucción, no me habría sentido más intimidada.

—Desde que estoy en París. —Me sentía torpe, absurda, idiota.

—Por Dios, ¡qué cretina! Vivir en París, sola, libre (nuestro presidente me ha dicho que pensabas en divorciarte), y negarte a tener un amante.

—No me he negado a nada: no tenía ganas.

—¡No tenía ganas! ¡Como si se tratase de tener ganas! ¡Habrá que ponerle remedio!

«Ponerle remedio…». Fueron sus últimas palabras; con esa facilidad que siempre le había envidiado yo, tendente al insomnio, se durmió, dejándome sola en la noche, con los ojos abiertos de par en par. Veían nuestros jardines junto al Caspio, donde habíamos crecido ella y yo, sus hermanos y mis hermanas, en el calor y la abundancia, a la sombra de los álamos y las adelfas, de las acacias en flor y los jazmines trepadores que nos

aturdían con sus aromas, los mismos sin duda que en el paraíso. Volvía a ver los estanques de agua helada donde nadábamos para librarnos del calor almacenado en nuestros cuerpos, y el Caspio tan tibio donde apenas nos atrevíamos a aventurarnos. ¿Añoraba aquella infancia perdida? Apenas, o en absoluto, salvo aquel hermoso cielo, el mar, las flores y los árboles, todo ello cosas que se encuentran, igualmente hermosas, en otros lugares. Desechaba mi pasado con una facilidad, una brutalidad que a mí misma sorprendían. ¿De dónde me venían?

Una mosca, confundida por el rayo de luz que las cortinas mal cerradas dejaban pasar, zumbó cerca de mi oído, inmovilizó el tiempo. Me recordaba las tardes de calor aplastante en el campo donde dormía con Gulnar en el frescor de un cuarto con los postigos cerrados; lo había oído tantas veces, ese canturreo de insecto, volvería a oírlo tantas veces que me daba, me daría, mejor que el razonamiento, la conciencia de la unidad de mi ser a través de las metamorfosis impuestas por la vida. Ese zumbido era mi magdalena de Proust, era mi tiempo eternizado.

No me dormí hasta el alba.

Al día siguiente, nuestra doble mudanza se llevó a cabo bajo la égida de un conductor de taxi de porte principesco y una belleza que podría haberlo convertido, de haber nacido en el momento propicio, en un favorito de Catalina la Grande. Lo habrán entendido ustedes: se trataba de un ruso, uno auténtico, rubio, eslavo garantizado y de una distinción abrumadora. Resulta inútil hablar del azar extraordinario que nos había hecho dar precisamente con un ruso: los conductores de taxi de aquella época comprendían un elevado porcentaje de militares salidos del Ejército blanco, cuyos vestigios se habían desperdigado por París.

Antes incluso de que abriese la boca ya lo habíamos ubicado, hasta tal punto llevaba su raza inscrita a la vista en el rostro: le hablamos ruso de entrada y de entrada se hizo adorador de

Gulnar, que empezó a coquetear con él y a explotarlo; pese a su naturaleza generosa, le gustaba explotar a los demás: incrementaba su sensación de importancia, o no, de poder más bien.

Para empezar cargó todas sus maletas, y ¡vaya si había! Después salimos hacia mi hermoso edificio del Campo de Marte donde debía hacer las mías, lo que no me llevaría más de un cuarto de hora, por lo escasas que eran mis posesiones. Gulnar se quedó esperándonos en el taxi: yo la había puesto al tanto del humor caprichoso de mi ascensor maniático. En el bello vestíbulo con columnas, el coronel Nicolás Carpoff —que ya se había presentado chocando los talones según la mejor tradición de su estado civil— se dirigió hacia el imponente ascensor de los señores. Tuve que detenerlo enrojeciendo de vergüenza.

—No es aquí; tenemos que subir por la escalera de servicio, mi cuarto está en el séptimo.

Hoy en día me sonrojaría avergonzada ante el recuerdo del estado de ánimo en que entonces me cocía, que podría expresarse plenamente con el título de la célebre novela de Jane Austen *Pride and Prejudice*: orgullo y prejuicio. Estado de ánimo especialmente estúpido frente a aquel conductor de taxi con el mismo nivel de alojamiento que yo, que conocía igualmente bien los problemas de los emigrados, sus esfuerzos a menudo ineficaces y patéticos por adaptarse a una situación de múltiples problemas. A la situación presente se adaptó el coronel en un abrir y cerrar de ojos.

—*Ach*, qué quiere usted; hoy rico, mañana pobre. El Señor nos da la fortuna y nos la quita, según su voluntad. Usted y yo lo sabemos bien.

Abrí la estrecha puerta que daba al patio y conduje a aquel hombre tan creyente hasta mi ascensor, que parecía dormir profundamente en su jaula. Deslicé la puerta enrejada de hierro y creí ver al animal entreabrir un ojo descontento. El conductor entró en la jaula.

—Yo subo andando. Es muy débil el pobre, sabe usted, y de

todas formas odio los ascensores.

—*Ach*, qué quiere, es la vejez. Todos seremos viejos algún día. Nacemos bebés, morimos ancianos.

Con aquella verdad indiscutible, pulsó el botón y el animal arrancó con un quejido lastimero y empezó a subir, desalentado desde el primer momento. «No va a llegar arriba», pensé, y lo seguí sin apresurarme para mantenerme a su ritmo. Llegado al cuarto piso, se detuvo durante un segundo, como para reflexionar, y empezó a bajar sin prisa. Oí la voz de Carpoff:

—*Ach, boje moi*,[1] está bajando. ¿Lo ve?

¡Que si lo veía!

—No se asuste, va muy lento, llegará abajo sin hacerle daño. Ya le había dicho que era viejo.

—*Ach, boje moi!* ¡Maldito!

Los gritos del conductor se atenuaban, oí el ruido de la parada al fondo del pozo, seguido por el sonido del arranque: Nicolás Carpoff tenía mano dura y obstinación. Me senté en un peldaño para esperar el resultado de aquella lucha que no me parecía presagiar nada bueno, pero me equivocaba: había subestimado la fuerza de la autoridad militar. El maldito ascensor llegó al séptimo piso sano y salvo.

Una hora más tarde, mis bártulos habían sido transportados al apartamento amueblado donde —tras haber rechazado cualquier propina— el coronel cortejaba a mi Gulnar bebiendo vodka acompañado por *zakuskis*.[2] Se fue con el corazón ardiente, dejándonos sus señas porque Gulnar planeaba hacer una fiesta de inauguración o simplemente un «guateque», y el hermoso coronel debía participar, con o sin taxi.

—Pues ya está —dijo ella cuando, al fin solas, nos sentamos agotadas en nuestras butacas—, empieza nuestra nueva vida.

Un mes más tarde estábamos instaladas en un precioso apartamento de la avenida Michel-Ange, precioso pero vacío. Gulnar no quería amueblarlo hasta la llegada de su «marido» del

momento, Otto von X., que atendía a sus negocios que ella llamaba «colosales» en alguna parte entre Elberfeld, Berlín, Varsovia y Moscú. En esta última ciudad lo había conocido, «en casa de unos amigos comunes», decía con aire de misterio, encuentro en el cual un flechazo tan grandioso, por lo visto, como los negocios de Otto, los había lanzado a una en brazos del otro. ¿Qué hacía él en Moscú? Vendía máquinas de todo tipo procedentes de Elberfeld, donde tenía fábricas. Lo que hacía Gulnar en Moscú seguía siendo vago: intérprete, traductora, secretaria, profesora de idiomas ocasionalmente… Cómo había logrado Otto sacarla de Rusia era igualmente vago. Ella afirmaba que se habían casado, pero enseguida averigüé que tenía pasaporte soviético (que se apresuró a cambiar por un pasaporte Nansen) y que por tanto no era su esposa legítima. Pero tampoco íbamos a fastidiarla por tan poca cosa, ¿con qué derecho? El huracán del liberalismo azotaba Occidente y la sociedad permisiva ya asomaba la nariz.

Las cartas de Otto eran frecuentes, largas y trilingües: en alemán, ruso y francés agradable y sabiamente entrelazados. Alemán por parte de padre, era ruso por su madre: una princesa de Galitzia, precisaba Gulnar con orgullo; pero, criado por una institutriz francesa, hablaba francés perfectamente. Según Gulnar poseía todas las cualidades, menos una de la que ella no hablaba, pero que no tardé en adivinar: no había logrado hacer que ella lo amara. Pobre Otto, ¿cómo sabía yo que ella le preparaba días nefastos? Mi adivinación era en realidad un juego de niños: conocía el temperamento volcánico de Gulnar, su gusto por la aventura, su inconstancia que nunca se había desmentido, tal vez al fin y al cabo porque todos sus amores hasta entonces habían venido mal dados. Siempre podemos preguntarnos si una mujer coquetea por necesidad congénita o porque el destino le ha negado el encuentro con el Único, el que habría colmado todas sus expectativas. Añadamos que esta pregunta de filosofía comparada concierne igualmente al hombre.

Mientras esperaba la llegada de Otto y su bolsa inagotable,

Gulnar compró tres divanes, cuatro sillas y una inmensa nevera en la que guardó sus zapatos. Olvido la mesa de cocina y la mínima vajilla necesaria para comer en casa. Afortunadamente el piso contenía grandes armarios, circunstancia que, de hecho, había decidido a Gulnar a alquilarlo.

—No hay felicidad sin armarios —le gustaba decir, y cuánta razón le daba yo: tal vez hubiera armarios sin felicidad, pero no existía felicidad sin ellos.

Maletas y baúles cubiertos con tejidos variados amueblaron un poco el piso, que sorprendía por su grandeza y su vacuidad.

—Seremos felices aquí —me dijo Gulnar con su encantadora sonrisa maliciosa el primer día en que, frente a frente en la cocina, cenábamos platos fríos—. Deberías dejar tu trabajo, ya que está Otto: tiene bastante dinero para dos mujeres.

No se me pasaba por la cabeza seguir su consejo: apenas alcanzada la independencia, no quería despender de aquel misterioso Otto que, retenido en Berlín, esperaba reunirse pronto con nosotras. Entretanto, sus cartas trilingües delataban, entre líneas, un aumento regular de las sospechas relativas a la conducta de Gulnar. Sin embargo, por el momento, se equivocaba: estaba demasiado ocupada por el descubrimiento de París y sus tiendas donde la reclamaban los tesoros de Aladino, todos tan costosos caros que posponía su compra hasta el momento en que Otto y su billetera estuvieran a su disposición. Elaboraba la lista de sus deseos que también aumentaban, como los celos de Otto, y esperaba su llegada con impaciencia. De momento, no pensaba en engañarlo porque no tenía tiempo. Por la noche la encontraba arrellanada en uno de los tres divanes y la escuchaba quejarse de su fatiga, de la cantidad de compras realizadas, de los objetos anotados para su próxima adquisición y, por último, de cuánto tardaba Otto en reunirse con ella. Ya había pasado un mes y seguíamos esperándolo. Así que compró una segunda mesa de cocina que colocó en el comedor, y contrató muy a la ligera a una tal Clémentine que hablaba con grandilocuencia y empinaba el codo. Cuanto más avanzaba en el

estado de embriaguez, más se empeñaba en usar un lenguaje pseudo-raciniano. Si no repetíamos de un plato, no decía, sino que proclamaba: «Las señoras se equivocan: los alimentos nutren no solo el cuerpo sino también la mente. Y la mente», añadía poniendo con un dedo tieso con y aire solemne, «es una gran cosa».

—¡Que sí, Clémentine, que vale! —la interrumpía Gulnar y añadía en ruso o en azerí—: ¡Menuda imbécil!

Todos ardíamos en deseos de conocer al misterioso Otto que Gulnar presentaba como un hombre de negocios genial, un árbitro de la elegancia, la quintaesencia de la buena educación. Según ella ganaba millones, sin precisar si era en marcos devaluados o en dólares, y de todas maneras yo desconfiaba de su imaginación oriental. Pero no podíamos más que constatar que gastaba mucho dinero y que tenía algunas joyas preciosas.

Al fin, tras otro mes de espera, un telegrama nos anunció la llegada de Otto, de ese hombre que volaba como una golondrina de país en país. Y la misma noche, cuando volví a casa, por fin lo vi: un gordo alto, más bien guapo de cara, pero afeado por unas mejillas colgantes que temblaban cuando hablaba. Una nariz de ave de presa y una panza generosa le daban aspecto de hombre de negocios clásico. Sí, era elegante y distinguido, olía discretamente bien, como un frasco de perfume vacío, y me acogió como un hermano, haciéndome mil cumplidos, expresando su satisfacción de saber que su querida Gulnar estaba en mi compañía: ella le había hablado de mi «virtud» (¿en qué términos, me pregunté: socarrones, resignados, admirativos?). El pobre hombre esperaba quizás que algo se le pegase a mi promiscua prima. Pese a su edad y a su experiencia, olvidaba la otra posibilidad: la influencia de Gulnar sobre mí. Pero debía de atribuirme cualidades de ángel de la guarda y una fuerza de espíritu apta para resistir a las tentaciones.

Sus celos lo atormentaban como una enfermedad latente: por la mañana pasaba dos horas acicalándose y las usaba igualmente para organizar su escena cotidiana. Iba y venía del cuarto de

baño al dormitorio, con o sin cuchilla de afeitar, con o sin peine en la mano, blandiendo o no la lima de uñas o el cepillo de dientes untado de Nab, polvo para fregar lavabos que no temía usar como dentífrico, afirmando que ningún otro igualaba su eficacia.

Gulnar, aún somnolienta, con su hermosa cabeza elegantemente apoyada en la almohada de seda, pronunciaba onomatopeyas destinadas a apaciguar el ardor combativo de Otto que, efectivamente, se atenuaba poco a poco y acababa derrotado.

—¿Cómo un hombre de su calidad puede ser tan ruinmente celoso? —preguntaba Gulnar con una expresión de caridad evangélica en su cara traviesa.

—Ay, querida, es más fuerte que yo —respondía Otto con premura, serenado por aquellas dos horas de sospechas aún injustificadas, pero que pronto dejarían de serlo.

—Lo amo tanto…

Aquello terminaba con tiernos besos y excelentes comidas en la ciudad, casi siempre conmigo tras venir a buscarme a la plaza Vendôme.

Otto mostraba un carácter encantador cuando no era presa de los celos, mucha generosidad y un incansable deseo de complacer. Al igual que Gulnar, me animaba a dejar mi trabajo «indigno de usted», pero yo cuidaba de no escuchar a aquellas dos sirenas: no solo valoraba mi independencia, sino que además recelaba de los caprichos de Gulnar, que en cualquier momento podía decidir que ya había amado a Otto demasiado tiempo. Estaba convencida de que una fidelidad prolongada «oxidaba» el cuerpo y el corazón y acababa llevando a la repugnancia: «Tampoco se puede comer el mismo plato, por refinado que sea, todos los días durante años».

Si bien yo seguía trabajando, mi vida había cambiado muchísimo: adiós al séptimo piso tan triste y pobre, al ascensor decrépito, a una existencia pese a todo solitaria. Era tan agradable volver al precioso apartamento que empezaba a

amueblarse de forma más que honorable, reencontrar mi habitación luminosa, con vistas a un patio ajardinado: una buena cena, una Gulnar siempre sonriente y contenta de verme. Todos los días daba gracias al destino que me había enviado a mi prima y ahora a Otto, a quien cada día apreciaba más, deplorando el día en que fuera remplazado; ¿por quién, Dios santo? Pero ¿por qué lamentarse con antelación? Era una tontería.

Otto pasó un mes entero con nosotras, colmando a Gulnar todo lo que fue capaz, mimándome mucho; auténtica cornucopia que vertía sobre nosotras regalos y placeres, dádivas y dones en todas sus formas. Entre otras cosas, gastaba una pequeña fortuna en los clubs nocturnos rusos que Gulnar adoraba y que él soportaba para complacerla: pero ¿acaso no se complacía él también en recuerdo de su difunta madre, la princesa de Galitzia, gracias a la cual abundante sangre rusa corría por sus venas? Se decidió de común acuerdo que la víspera de su marcha nos zambulliríamos por última vez en el clima tan particular de un club nocturno ruso.

En aquella época, ¿qué parisino mínimamente a la última no conocía esos establecimientos esparcidos por toda la capital? Su ambiente se distinguía por una noble propensión a la melancolía; pero quienes, fiándose de la leyenda, vayan hoy en busca ese ambiente, quedarán decepcionados: desapareció tras medio siglo de exilio. ¿Quién podría aún recrearlo? Han desaparecido casi todos, los emigrados exilustres de la tierra, portadores de la tradición, los que afligidos por el exilio disfrutaban evocando un pasado muerto, a golpe de canciones ruso-zíngaras importadas de allá que chorreaban una nostalgia que, como ciertos remedios, sentaba bien y mal al mismo tiempo, atizaba la llama de la desesperación, pero también liberaba una tristeza reprimida que aspiraba a expresarse en aquellos cantos. Los jóvenes emigrados han desaprendido ese arte sutil de entristecerse sabiamente mientras uno se distrae. Divertirse y desolarse; beber, verter una lágrima discreta y reírse a medias; arrancarse las tripas con el recuerdo del gran naufragio, pero comer con apetito y beber más

y cantar más y llorar más, ese era el programa de los clubs nocturnos rusos, del cual los indígenas y los turistas de ambos hemisferios eran infinitamente golosos para gran perjuicio de su bolsa. En realidad, el gasto quedaba justificado por la originalidad de los locales, donde se nadaba en un ambiente exquisitamente exótico y típico de París, de estepas siberianas y de Veuve Cliquot, de noches blancas petersburguesas y danzas del puñal; de mujeres de suprema elegancia y brochetas de cordero llamadas «shashlik».

Ya no recuerdo en qué castillo, en qué cripta o en qué antro caucásico acabamos aquella noche: solo permanece en mi memoria el epíteto. Otto nos había llevado porque su corazón enamorado apreciaba todo lo relativo al Cáucaso.

Eligió una mesa apartada para gran decepción de Gulnar, que se moría de ganas de pavonearse en aquel entorno donde podíamos cruzarnos con gente conocida, de exhibir el precioso vestido de terciopelo rojo fuego y sus joyas, todo ello realzando el encanto tan particular de su persona. Pero sabía por experiencia que Otto lo hacía porque le preocupaba la respetabilidad: se muestra lo menos posible en un club nocturno a las mujeres jóvenes de buena familia; sí, a eso había llegado el infeliz, infinitamente conmovedor en su candidez de otra época. Gulnar tenía la bondad de no arrebatarle sus ilusiones.

Así pues, nos sentamos a nuestra mesa apartada, desde la que pese a todo veíamos a la orquesta, a los cantantes y a buena parte del público. El *maître* vino a tomar el pedido con aire de hacernos una concesión resultante de circunstancias desafortunadas, lo que por otra parte correspondía a la verdad histórica. Como todo el personal del establecimiento, era de una distinción abrumadora para los clientes, si estos eran plebeyos; los otros se acomodaban. ¿Qué título, aparte del nobiliario, había ostentado en Rusia: senador, mariscal de la nobleza, chambelán de Nicolás II, o algo mejor aún?

La velada, o más bien la noche apenas empezaba y el espectáculo iba por los primeros números, los menos buenos

según la tradición. Una señora rechoncha a quien nadie escuchaba emitía aplicadamente una canción interminable que al final aplaudieron varios clientes caritativos, circunstancia que la señora cogió al vuelo para comenzar otra. Cuando hubo cesado sus insulsos arrullos, la orquesta empezó a tocar *jazz*. Aquí se impone un *flashback*.

Al comienzo de mi vida parisina recelaba de esa música porque las sordas pulsaciones que la acompañaban me encogían como a Alicia en el país de las maravillas; volvía a ser niña, regresaba a Bakú, oía un tam-tam similar al de una orquesta negra, pero que anunciaba el duelo. Acompañaba a una procesión de hombres de torso desnudo que avanzaban lentamente golpeándose la espalda con cadenas de hierro afiladas, atadas a un palo. Las antorchas iluminan a cientos de penitentes que se golpean siguiendo el mismo ritmo lento, marcado por el tam-tam, aullando al mismo tiempo «*shah Hussein, wah Hussein*». La sangre corre, los hombres en estado de trance la ignoran, golpean con más fuerza las heridas cada vez más profundas. La mística colectiva los transporta, los embriaga, los separa de su cuerpo que mortifican para redimir la muerte del santo Imam Hussein, hijo de Fátima, nieto del Profeta, cobardemente asesinado con su familia en Kerbala, convertida desde entonces en la ciudad santa de los chiíes.

Yo debía de tener ocho años cuando, desacertada, mi abuela, queriendo instruirme en el islam, me llevó a la mezquita para asistir de cerca a las mortificaciones de los buenos musulmanes. En las galerías enrejadas, reservadas a las mujeres, el ambiente sobrecargado me dio inmediatamente ganas de huir, me abrumó la angustia. El mulá, desde lo alto de su minbar (silla elevada destinada a la prédica), predicaba o leía el Corán, no lo sé: solo oía un ruido confuso realzado por el pitido en mis oídos, porque el miedo me embargaba. Veía a hombres presa de la embriaguez del fanatismo; primero lento, después cada vez más rápido, el ruido del metal que golpea las espaldas de los penitentes, el ruido de las cadenas que estrían su carne acompañado por sus

gritos de «*shah Hussein, wah Hussein*»; las mujeres hacinadas en sus galerías empiezan a arrancarse el velo que les cubre la cabeza, luego el pelo, y su ardor crece con el de los hombres desenfrenados, se golpean la cabeza contra la pared, se desgarran la piel de las uñas. Algunos fanáticos, que encuentran las cadenas demasiado suaves, agarran puñales salidos quién sabe de dónde y se rajan la carne con ellos. Estalla una tormenta, de sudor, de sangre, de clamor, de demencia, y esa demencia me avasalla; siento esas cadenas, esos puñales, esas uñas clavárseme, grito, quiero escapar de la galería, me retienen y pierdo el conocimiento.

Nos hemos alejado del castillo, la cripta o el antro caucásico; regreso con un suspiro de alivio. El tam-tam del *jazz* ha cesado; un grupo de bellos eslavos canta, ¿y qué puede cantar un grupo de bellos eslavos más que *Los barqueros del Volga*, por entonces al inicio de su carrera? ¿Y qué pueden cantar los auténticos zíngaros, con factura incluida, y menuda factura de importe vertiginoso, más que *Las dos guitarras*? Esos dos célebres cantos formaban parte de la emigración rusa, al igual que la famosa sopa de col, el borsch, los grandes duques, la endémica mala fe para con el país de acogida y las disensiones intestinas.

Háblame, amiga de siete cuerdas,
toda mi alma desborda de ti
y la noche está llena de luna,

aullaba el zíngaro con esa voz llamada en ruso «de matriz», porque parece surgir de las profundidades de un ser. Nos destripaba, nos insuflaba el sentimiento del vacío de las cosas y daba el gusto por la muerte. Después el coro entró en juego para rodear al solista y apoyarlo: los seis o siete hombres aullaban al unísono y los guitarristas golpeaban sus instrumentos con la palma de la mano, y todo ello creaba un caos atronador en torno a los mismos acordes, pero cada vez más rápidos, más violentos, con la intención de desquiciarnos, de darnos ganas de tirar del

mantel con sus vasos y botellas o unirnos a los aullidos dementes de los cantantes o ejecutar danzas salvajes. Al fin cesó el bullicio y todo volvió más o menos al orden, salvo porque la transpiración, la nostalgia y la excitación nerviosa se habían agravado considerablemente.

Ahora la sala estaba hasta arriba, porque no dejaban de llegar nuevos amantes de la nostalgia. El público aquella noche era particularmente parisino, es decir, cosmopolita. Había allí un reyezuelo oriental aclamado por su fortuna y su corpulencia, ambas considerables; un *lord* inglés de apellido famoso; la mujer más hermosa de París, fastuosamente mantenida por un multimillonario del Perú; la americana más extravagante de Europa y muchos, muchos más. La sala no tardó en parecer un bote salvavidas desbordante de carne humana, y los que iban llegando eran desviados a otros botes menos a la última. Amontonados, segregando en altas dosis un sudor que ningún ventilador ni abanico conseguía secar, muertos de una sed que el champán más caro no lograba saciar, incómodos físicamente, enredando sus sillas, sus piernas y su curiosidad, los asistentes estaban no obstante decididos a obtener diversión a cambio de su dinero, a cualquier precio, resolución heroica que no pasaba desapercibida. La gente se agitaba en sus sillas, bebía, reía, chillaba para hacerse oír en el tumulto ambiental y cuando les daban cuerda se abalanzaban a la estrecha pista, tan atestada que había que bailar en el sitio, y cada cual se aferraba a su pequeño rincón para no verse desalojado. Nadie se desalentaba por ello y seguían dando saltitos en el sitio con un ímpetu juvenil que la edad no siempre bastaba para explicar. Una vieja americana cubierta de joyas brincaba abrazada por un chico joven y guapo, en quien reconocí a un príncipe georgiano conocido por sus dotes de seductor de señoras ricas. Gulnar y Otto esbozaban unos pasos en un rincón de la pista, él devorándola con la mirada, ella muy gran dama por encima de lo común. Yo envidiaba su elegancia, su gracia picante, su sabia manera de manejar sus asuntos; deseaba meterme en su piel,

pero sabía que una vez en ella, se convertiría en mí, con toda la pesadez, la inseguridad, el malestar psicológico que ese yo arrastraba tras de sí. Sola a la mesa soñaba con los ojos abiertos: ¿con qué? Con la dicha. ¿Qué dicha? El amor por supuesto, grande, inmenso, eterno.

Otto se puso muy nervioso en el andén de la estación donde las dos lo acompañábamos: sus mejillas colgantes estaban pálidas y sus arrugas se acentuaban a causa de la inquietud. Tenía casi treinta años más que Gulnar y yo de pronto los percibía, pesándole, en sus sienes canosas, en los pliegues en la comisura de la boca, en las bolsas bajo sus ojos; la angustia los resaltaba de manera dramática. Sufría de celos, se hacía preguntas.

—Querida, prométame serme fiel durante un mes o dos. Prométame que me escribirá a menudo, que me lo contará todo.

Gulnar hizo un mohín de impaciencia, pero tras recuperar el control respondió:

—Que sí, que sí, hemos hablado de eso mil veces. ¡Es agotador!

—Comprenda… —continuó Otto, pero ella lo interrumpió:

—Comprendo, demasiado comprendo esa manía masculina de arrogarse un derecho de exclusividad sobre nosotras… —Volvió a controlarse ante la expresión de pánico que discernió en el rostro de Otto—. Perdóneme, me pone tan nerviosa que se marche que ya no sé ni lo que digo. Lo voy a añorar cruelmente, se lo aseguro. Lo amo mucho más de lo que piensa.

Las mejillas colgantes del pobre Otto se sonrojaron; pedía tan poco para ser feliz, justo solo un poco de mentira, que entonces me pareció lo que suele ser: algo bueno, caritativo, dictado por el deseo de evitar la herida. Agradecí a Gulnar ese buen gesto y me prometí alentarla en esa disposición. Otto la estrechó entre sus brazos y la cubrió de besos apasionados, y me desgarró tal lástima por él que tuve que volverme por miedo a estallar en llanto. Se subió al vagón, el tren silbó, los revisores gritaron;

durante largo rato agitó su pañuelo blanco hasta que el pañuelo, el vagón y el propio tren se hubieron desdibujado en el espacio.

En el taxi que nos llevaba a casa, Gulnar elaboró un plan de acción para «celebrar», decía cruelmente, aquella marcha. Otto le había dejado una gran suma en un banco y la libertad recuperada y ampliamente feliz pedía a gritos ser utilizada sin demora. Se proponía dar una fiesta en casa de los Josezú, pues el taller y el ambiente bohemio le parecían mejor adaptados a la recepción, que ella quería lo menos convencional posible. A fuerza de frecuentar a los pintores y tras aquel mes pasado en brazos de Otto, tan bueno con ella pero tan encasillado en las convenciones sociales, tenía sed de fantasía y, por encima de todo, de un placer de cierta naturaleza. Y ya sabía quién se lo iba a procurar: el coronel Nicolás Carpoff, a quien había guardado en un rincón de su memoria para el día de la liberación.

—Será mis *zakuskis*, mientras espero el plato principal que acabará presentándose algún día.

—El pobre Otto que…

—Ay, no, nada de sensiblerías virtuosas, por favor te lo pido. ¿No le he concedido ya un mes mortalmente aburrido de mi juventud, que tiene un precio incalculable? No le debo nada. Y tú, mucho cuidado: vista tu inercia, te voy a buscar yo un amante; esto no puede seguir así.

Convertida en la encarnación de la castidad, me veía como un reproche viviente, siempre deambulando ante sus ojos: como una aguafiestas a quien había que devolver a una vida normal. Protesté, pero débilmente, sin tener claro lo que yo misma quería, sin saber leer en mí misma: indecisa, presa de las dudas, del deseo, del temor.

Los Josezú aceptaron con entusiasmo la propuesta de Gulnar de dar la Fiesta de la Liberación en su casa: podía disponer de su taller, de ellos mismos, de sus amigos, de su tiempo y de su esfuerzo. Entonces mandó las invitaciones e hizo encargos fastuosos de comida francesa y rusa. Habría unos cincuenta invitados a quienes alimentar y abrevar como a reyes: no

escatimó en la cantidad ni en la calidad de alimentos y bebidas para celebrar su liberación.

La primera cara en la que me fijé al entrar en el taller, decorado con arte como es debido en casa de unos artistas, fue la de Almería: exhibía una expresión de tal patetismo que resultaba indecente en su cruda desnudez. Se había enamorado de Gulnar desde su primer encuentro: amor desgraciado, obviamente, pues su aspecto desaliñado excluía su candidatura, por más que a ella le atrajese aquella naturaleza apasionada. «Igual podría acostarme con él si se esterilizara en un autoclave. Pero, entonces, ¿qué quedaría de él?».

Ya bajo de por sí, la pena lo había como encogido y la pasión insatisfecha devastaba sus facciones. Miraba a Gulnar, alelado, sin atreverse a cortejarla, ¡qué mirada, Señor, esa mirada que quemaba sin llamas! Nunca, de hecho, me había parecido mi prima tan deseable: la intensidad de su ser, su ardor por la vida, su gusto por el amor, la hacían igual a una bacante sin cálculos, sin convenciones, una mujer en estado original, nada más que una mujer, pero tan total, tan perfectamente que todos los hombres habían de desearla. A su lado, qué apagada me sentía, buena como mucho para hacerle la cama donde sabría ejercer de reina, ella que tenía fe en la lengua invencible del cuerpo que yo nunca había conocido. Conocer sus victorias… pero ¿qué victorias podía obtener yo con mis pobres medios sin envergadura? Me senté en un rincón del taller y desde allí, deprimida, celosa de la felicidad ajena, observé los acontecimientos.

En torno a la larga mesa confeccionada improvisada con caballetes, pero cubierta con un magnífico mantel comprado por Gulnar especialmente para aquel día, los invitados, de pie, comían y bebían sin descanso. Embebido de alcohol hasta tal punto que una simple presión en su carne parecía capaz de hacer manar el líquido, bastaba a Iván Petrovitch un vasito de vodka

para experimentar todas las delicias de la embriaguez. Sus ojos expresaban esa alegría estúpida propia de los bebedores empedernidos. Con ayuda de la mímica, relataba cómo un día detuvo a unos caballos desbocados, que llevaban en demente cabalgada hacia la muerte a pasajeros y tripulación. Pasajeras, prioritariamente: ¡había salvado a las grandes duquesas!

—Cuando ves que se te echan encima unos caballos desbocados, te abalanzas…

—¡Ay, pero qué interesante! —exclamaba un francés incrédulo o cortés. Recién llegado de la mano de Michel Murat, era abogado y se llamaba Jérôme de Labusserie—. ¿Y cómo expresaron su agradecimiento?

—Lo hizo el zar en persona, en el Palacio de Invierno. Qué quiere, tampoco iba a pagarme, a mí que soy de mejor familia, más antigua, y tan rico como él. Pero me dio las gracias con fervor extraordinario. La emperatriz también.

—Toma, bebe y calla —le dijo Murad en ruso para no avergonzarlo ante un francés. Habían estudiado en la misma escuela en San Petersburgo donde solo podían entrar nobles con equis títulos nobiliarios—. Nos arden los oídos de escucharte.

Y le tendió un vaso de vodka que Iván Petrovitch aceptó agradecido. En aquella velada «a la rusa» se trataba de embriagar con competencia a los invitados y Murad era experto en el asunto. Ordenó (sí, ordenó) al general Tzavidze, que naturalmente había traído la guitarra, que cantase canciones de beber en honor de cada invitado: la víctima designada se bebía de un trago el vaso de vodka que una de las señoras presentes le tendía con un gran saludo. Ciertos invitados, para mostrar su familiaridad con las costumbres de los boyardos, rompían su vaso tras vaciarlo, tirándolo al suelo. La gente aplaudía, anfitriones incluidos: en previsión de aquellas costumbres bárbaras, habían comprado los vasos más baratos de París; su rotura entraba en el presupuesto de la fiesta.

Feliz por haberse hecho perdonar todas sus deficiencias sociales, José sufría la influencia de Murad con una buena

voluntad conmovedora. Viéndolo beber vodka a la rusa, era más fácil imaginarlo en su lugar delante de una isba nevada que en un pueblo castellano. Había aprendido una hermosa variedad de obscenidades rusas y azerís, y dos canciones de beber; prefería el borsch a todas las sopas europeas. En los restaurantes rusos preguntaba por los servicios tratando de poner acento ruso con soltura, lo que a causa de su mala pronunciación solía provocar confusiones, pues el acento ruso es difícil para un extranjero y no es algo que pueda hacer bien cualquiera.

Murad, condescendiente, muy gran-señor-acostumbrado-a-los-siervos, trataba a su cuñado con altanera benevolencia y consentía incluso en tomarle prestadas pequeñas cantidades que siempre olvidaba devolverle y que José no se atrevía reclamar, especialmente porque no informaba a Zuleika de aquel tráfico que ella habría reprobado.

Cuando hubo embriagado a la asistencia de forma que consideraba suficiente, decretó que cantásemos a coro, manía rusa que yo odiaba: se cantaban siempre las mismas sempiternas canciones. Pero las tradiciones, desgraciadamente, no se discuten y, por lo demás, aquella noche me reconcomía la tristeza y todo me daba igual.

Tatiana, una amiga de Zuleika, pintora como ella, cantaba más alto y desafinaba más que cualquiera, pero era tan guapa que se le perdonaba: hermosa, muy eslava, un poco iluminada, su pintura también era iluminada, aunque de inspiración religiosa. Pintaba iconos cubistas y anunciaciones que evocaban verbenas. Su fe, muy profunda, le dictaba toda su conducta. Por ejemplo, una noche, acostada en el desván de su taller de dos pisos, al oír que unos ladroneas forzaban la puerta, no llamó a la policía, sino a su pope quien, más realista, alertó a la comisaría más cercana. A menudo se negaba a cobrar por sus iconos: para qué, espere, ya me lo pagará en el otro mundo. Lo decía sin la menor pose, con una profunda convicción.

Sus otros rasgos distintivos la emparentaban con Almería: la suciedad y el desorden. Su ropa solo aguantaba a base de

imperdibles y pequeños milagros. Su melena rubia colgaba en mechones sucios por su cara de madona, apenas tocada por el maquillaje del que tan desaforadamente se abusaba entonces.

—Miren mis sombras renacentistas —le gustaba decir y nadie protestaba, porque no sabíamos con exactitud lo que eran las sombras del *Quattrocento*.

Nicolás Carpoff cantaba con brío, sintiendo que llegaba su oportunidad con Gulnar. Pese a su chaqueta mal cortada que, de hecho, llevaba con prestancia, gustaba mucho, incluso a Murad. Parecía de una estupidez a toda prueba, pero una asamblea para beber no se molesta por tan poca cosa. Solo disponía de dos temas de conversación, pero los poseía a fondo: su carrera militar rota por la revolución y sus aventuras como taxista. Su belleza de un tipo luminoso —su pelo, su piel, sus ojos, todo brillaba en él — resplandecía aquella noche más que nunca, pues se sentía en estado de gracia.

El otro pretendiente de Gulnar, Almería, sufría por no ser amado y por amar demasiado. Gulnar no le prestaba atención y cuando por casualidad él se encontraba en su campo visual, desviaba prestamente la mirada. Si se acercaba a ella, le daba ostensiblemente la espalda y contra la crueldad de aquella conducta él solo hallaba recurso refugio en el alcohol.

Hacia medianoche ya estaba a rebosar, podría decirse. Con la mirada patética, jugaba con la famosa espada del abuelo castellano muy cerca de Nicolás Carpoff, hasta el momento en que se acercó a él con el arma en la mano y la intención aparente de atravesarlo con ella. ¿Acaso olvidaba que se las veía con un coronel? Para este fue un juego de niños arrancarle la espada sonriendo y devolvérsela a José, que la metió en su funda. Aquella humillación llevó la desesperación de Almería al paroxismo: se agarró la cabeza con las manos y salió corriendo del taller.

Alguien observaba aquel teatro nuevo para él con mirada atenta y benévolo interés: era Jérôme de Labusserie, traído por Murat. Algunos halagos sutiles le valieron la simpatía de Gulnar,

que lo invitó a venir a vernos, cosa que él aceptó con premura. No le faltaban perspicacia ni sensibilidad, pues adivinó mi pesadumbre y se esforzó por aliviármela, en vano. Reconozco sin orgullo que cuanto más resplandecía Gulnar, más me helaba yo, más me sentía reducida al papel de eterna figurante.

Yo no sabía que la amistad de Jérôme de Labusserie por nosotras dos iba a influir en mi vida de manera inesperada.

Aquella velada iba a determinar también un tiempo de amores a la rusa entre Gulnar y Nicolás Carpoff, que no sospechaba que la fatuidad de su nueva amante sería un fuego que le quemaría las alas.

Puesto que entramos en la era rusa, ya va siendo hora de que diga al menos unas palabras —o unas páginas— sobre la emigración a la que Gulnar y yo estábamos vinculadas si no por nuestra raza, al menos por nuestra pertenencia al Imperio de los zares.

[1] Ay, Dios mío. *(Todas las notas son de la autora si no se indica otra cosa)*.

[2] Aperitivos.

La emigración blanca originada por la Revolución de Octubre

Habrá quien encuentre descarado, quizás de mal gusto, empezar este capítulo que relata esencialmente una tragedia con este cuento irónico de la escritora rusa Teffi, emigrada a Francia donde estuvo estrechamente implicada en la dura condición de los desarraigados. Pero es común que la tragedia esté mezclada con la comedia; y precisamente para no abrumar al lector elijo como preámbulo este texto socarrón, titulado *La pequeña ciudad*.

> Era una pequeña ciudad de cuarenta mil habitantes, con una iglesia e incontables tabernas [aquí rectifico: no había una sola iglesia y aunque no hubiera tantas como tabernas, al menos eran muchas].
>
> Un arroyo la cruzaba. En los tiempos antiguos se llamaba Sequana, después Sena, y luego —cuando la pequeña ciudad creció a su alrededor—, sus habitantes la llamaron «su pequeña Nevá…».
>
> La población vivía hacinada: bien en un barrio llamado Passy, bien en «Larivegauche».
>
> Los jóvenes se dedicaban en su mayor parte al transporte y se hacían conductores. Los hombres maduros regentaban las tabernas o estaban empleados en alguna: los morenos como zíngaros y caucásicos, los rubios como rusitos.
>
> Las mujeres se confeccionaban unas a otras vestidos y sombreros. Los hombres acumulaban deudas.
>
> Aparte de hombres y mujeres, la población de la pequeña ciudad se componía de ministros y generales. Pocos se dedicaban a los transportes: la mayoría se ocupaban sobre todo de

acumular deudas y escribir sus memorias.

Las memorias tenían como propósito glorificar a su autor y cubrir de vergüenza a sus compatriotas. La diferencia entre las memorias consistía en que unas se escribían a mano y otras a máquina.

La vida transcurría de forma muy monótona.

A veces aparecía un teatro en la pequeña ciudad. Allí se veían platos vivos y relojes andantes. Los ciudadanos exigían entradas gratuitas, pero eran crueles con los espectáculos. La dirección distribuía plazas gratuitas y languidecía poco a poco con las injurias triunfales del público.

También existía en la pequeña ciudad un periódico que todos querían recibir igualmente gratis; pero el periódico se defendía, no se dejaba manejar y sobrevivía [aquí, otra rectificación: no había uno, sino varios periódicos].

Había poco interés por los asuntos públicos. La gente se reunía bajo el signo del borsch ruso, pero en grupos restringidos, porque se odiaban tanto unos a otros que no se podían reunir a veinte personas sin que diez fueran enemigas de las otras diez. Si por casualidad no lo eran ya, se enemistaban inmediatamente.

La pequeña ciudad estaba en un curioso emplazamiento, rodeada no de campos, bosques o valles, sino de las calles de la capital más espléndida del mundo, con museos maravillosos, sus galerías, sus teatros. Pero los habitantes de la pequeña ciudad no se mezclaban con los de la capital y no aprovechaban los frutos de aquella civilización extranjera. Tenían incluso sus propias tiendas.

Los habitantes de la pequeña ciudad hablaban un argot extraño, en el cual, sin embargo, los filólogos hallaban fácilmente raíces eslavas. A los habitantes de la pequeña ciudad les encantaba enterarse de que uno de ellos era ladrón, estafador o traidor. Les gustaban igualmente el queso fresco y las largas conversaciones telefónicas. Eran malvados y nunca reían».

Los emigrados carentes de humor habían reprochado a Teffi

aquel cuento satírico; los demás se habían reído. La autora, una mujer dotada de una inteligencia despierta y que sufría tanto como cualquiera por la emigración, «ese fenómeno verdaderamente grandioso y trágico», consideraba el humor como un antídoto para la penosa condición de los exiliados y no se sentía culpable por usarlo. La definición de la emigración que acabo de hacer es de Iván Bunin, primer ruso que recibió el Premio Nobel de Literatura, también emigrado a Francia donde vivió largos años en la oscuridad, cortada por un breve entreacto debido al premio. La pequeña fortuna que este le supuso no duró tanto como el laureado, muerto en la pobreza. En cuanto a Teffi, su vida acabó en la miseria casi absoluta y la soledad, por una enfermedad cardiaca. Un día me confesó que iba asolía refugiarse ena una oficina de correos para escapar del sentimiento de abandono y sentirse vinculada a la humanidad, aunque tan solo fuera de aquel modo irrisorio.

«La pequeña ciudad», como la llamó Teffi, no era tan pequeña y contaba sin la menor duda no con cuarenta mil habitantes, sino con el doble, si no el triple o el cuádruple. En ella se vivía en clanes, en clases y sobre todo en etnias que formaban el pintoresco mosaico del Imperio ruso y que siguen formando el mismo mosaico de la Unión Soviética.

Ya solo la región de mi inmenso Cáucaso natal proveía de un contingente considerable de georgianos, armenios, azerbaiyanos, osetios, circasianos y chechenos, a los que se añadían los ucranianos, los tártaros de Crimea, los zíngaros de todas las regiones, los bálticos, muchos de ellos de origen germánico, y finalmente los rusos, rusos a secas. Aquel mundo variopinto formaba una masa heterogénea cuyo único denominador común era la pérdida de la patria, de la nacionalidad, de los bienes y las posiciones sociales. Si se hubiera podido reunir en un territorio elegido para ello a todos los emigrados diseminados en esa diáspora por todo el globo, se habría podido reconstituir una porción del Imperio ruso separada de su tronco principal. Curioso fenómeno que no dejó de llamar la atención de

numerosos contemporáneos, entre otros al americano Chapin Huntington que escribía en 1933:

«Hay una nación surgida de la guerra que no se encuentra indicada en ningún mapa. Sin embargo, su población se eleva a un millón de personas, tal vez más, y en lo relativo a su nivel de instrucción, seguramente sea el más elevado del mundo. Esta nación sin gobierno tiene no obstante una capital: París, y colonias dispersas por toda la tierra. La mitad de su población está compuesta por militares, pero no tiene ejército. No tiene parlamento, pero se hallan en su seno todas las corrientes políticas, de la izquierda a la derecha, exceptuando los comunistas. Esta nación posee escuelas para instruir a sus niños en su lengua y sus tradiciones. De cada seis individuos de esta nación hay uno dotado de instrucción superior…» (*The Homesick Millions. Russia out of Russia*, The Stratford Company, Boston, 1933).

¿Cuántos eran? Nunca lo sabremos, por lo distintas que son las cifras propuestas, a veces por lo visto al azar, dada la usencia de fuentes fiables. Según Paul A. Ladame habría habido dos millones (*Le rôle des Migrations dans le Monde*, Libraires H. Droz, Ginebra, 1958). Las estadísticas soviéticas adoptan la misma estimación.

> El alemán Von Rimsche eleva la cifra a 2.935.000 personas (*Russland Jenseits der Grezen*, Iena, 1927). Según V. Abdank-Kossovsky, habría habido de ocho a diez millones…

En realidad, nos queda la sensación de que nadie podría dar una cifra exacta y eso por varias razones, la más evidente de las cuales era la extremada fluidez de las marchas, más exactamente en muchos casos más exactamente huidas. Para quienes cruzaban las fronteras de la inmensa Rusia, al norte o al sur, al este o al oeste, a menudo en condiciones dramáticas, el estado civil

contaba poco o nada: todos los expedientes servían para forjarse uno, sobre todo en países como la China de entonces, Manchuria, Persia, donde la administración no practicaba la supereglamentación de los países occidentales.

Muchas mujeres rusas se casaban con ciudadanos de los países a los que llegaban, y no figuraban en la lista de refugiados. Ciertos emigrantes disponían de medios financieros y a menudo adquirían una nacionalidad a su conveniencia, escapando también del estatus de refugiados. De hecho, los emigrados que más adelante tuvieron derecho al pasaporte Nansen distan mucho de representara la emigración en su conjunto. Por otra parte, querer fijarla en una cifra precisa es ciencia-ficción. Imaginemos por un momento lo que fue el éxodo provocado por la revolución:

Perseguidos, nobles, políticos, intelectuales, militares, privilegiados de todas clases, toda la masa de quienes querían huir de un país ahogado en la sangre, entregado a la guerra civil y al hambre, trataban de cruzar el «cordón sanitario» que se había trenzado entre la Rusia en llamas y el resto del mundo, donde la guerra apenas acababa de terminar. Cruzaban las fronteras bajo las balas de los fusiles y las metralletas; atravesaban los ríos a nado, los puertos de montaña a pie; se colaban por debajo de las alambradas, afrontaban los desiertos de Asia central o los bosques helados de Siberia; embarcaban en Novorosíisk, en Odessa, en Arcángel, Vladivostok, Batumi. Todas las fronteras que se extendían por miles de kilómetros los vieron pasar, penar, correr y morir por las balas, o llegar finalmente al fin tan deseado. Huían.

A cada nueva derrota de los ejércitos blancos, los soldados de Kolchak, Denikin, Wrangel, Petliura, se unían a los refugiados civiles, engrosando el torrente que corría hacia las fronteras terrestres o marítimas.

Europa se vio sumergida por aquella marea, cuyas primeras olas rompían en Constantinopla, en los países balcánicos y nórdicos, y seguían llegando más lejos, cada vez más lejos.

Francia, apenas emergida de una guerra asesina, empobrecida, asolada, recibía en torno a medio millón de refugiados, la mayoría sin recursos, muchos sin profesión. Toda Europa, de hecho, se planteaba la pregunta, a menudo sin benevolencia, pues eran demasiados, estaban por todas partes. En Alemania, la gran vencida de la guerra, cien veces más miserable que Francia, sufriendo la inflación en un grado hoy en día inimaginable, eran entre doscientos y cuatrocientos mil, concentrados en Berlín donde se agrupaban sobre todo en torno al zoológico.

«Los rusos giran en Berlín en torno a la antigua iglesia como las moscas vuelan en torno a una lámpara», decía Schlovski.

Inglaterra los recibía con cuentagotas.

Hay que recordar aquí un hecho interesante, único en la historia de Europa: desde que un decreto soviético dictado en octubre de 1921 despojara de su nacionalidad a los emigrados, cientos de miles quedaron privados de existencia legal. Fue Nansen, nombrado presidente del Alto Comisariado para los refugiados, quien halló una solución a ese problema jurídico sin precedentes: el 3 de julio de 1922, en el transcurso de una conferencia reunida en Ginebra a instancia suya, dieciséis Estados adoptaron su proyecto de un certificado de identidad conocido más tarde en el mundo entero como «pasaporte Nansen». Los refugiados recobraban un estatus legal y podían solicitar la ayuda de la Sociedad de Naciones. Muchos contemporáneos encontraron que era una innovación genial.

«Puede parecer extraño hablar de “idea genial” a propósito de ese pasaporte Nansen», escribía el antes citado Paul A. Ladame, «cuando en la actualidad la ayuda a los refugiados engloba acciones infinitamente más importantes. Pero no hay que olvidar que los gobiernos de entonces no tenían noción alguna de la amplitud del fenómeno ni de su responsabilidad al respecto».

Recordemos también de pasada que hoy en día muchos trabajadores migrantes tratan de obtener ese estatus de refugiado político que incluye ventajas de las que no disfrutaban como inmigrantes económicos.

Iván Bunin llevaba razón al afirmar que la emigración engendrada por la Revolución de Octubre era un «fenómeno histórico verdaderamente grandioso y trágico».

Hay quien la ha relacionado con la diáspora judía, pero esta fue determinada por motivos religiosos y se extendió a lo largo de milenios.

Otros la han comparado a la emigración francesa a raíz de la Revolución de 1789, pero las diferencias entre ellas son enormes, en primer lugar por el volumen, después por su composición. Los emigrados franceses pertenecían en su mayor parte a la nobleza, a los privilegiados del Antiguo Régimen, y formaban un fenómeno social infinitamente menos complejo. Mientras que la emigración rusa incluía todas las clases sociales; desde el simple soldado fiel a su zar hasta los grandes duques; desde la prima ballerina hasta el campesino alistado en el Ejército blanco; desde los intelectuales hasta los generales, pasando por artistas y sirvientes llegados con sus amos caídos. Así pues, en esa Rusia imaginaria, compuesta fuera de las fronteras por todas sus etnias, estaban representados todos sus órdenes de antaño, en el sentido ruso de ese vocablo: órdenes de la nobleza, de los comerciantes, de la pequeña burguesía, de los campesinos, del clero, etc.

¿Cómo hacer la lista de las celebridades que constelan el cielo de la diáspora rusa? ¿Qué estadístico establecerá el considerable porcentaje que los nombres ilustres representaban en la masa de sus compatriotas anónimos? Citarlos a todos resulta imposible, al menos aquí. El profesor P. E. Kovalevski que se esforzó en hacerlo[3] sufrió por varios lados el reproche de haber omitido a algunos. En su única «capital» imaginaria, en París, se encontraban docenas entre quienes cito al azar a Chaliapin, Stravinski, Prokófiev[4]… La *prima ballerina* Kschessinska, examante de Nicolás II, propietaria de un palacio que los bolcheviques habían utilizado para sus congresos al inicio de la Revolución; casada más tarde con un gran duque, regentaba una

escuela de ballet en Passy que llegué a visitar un día para admirar a aquella mujer de unos sesenta años, aún llena de elegancia y agilidad; la Preobrajenska y la Balachova, estrellas igualmente, pero no casadas con grandes duques, que yo sepa.

Los escritores rusos proliferaban en París: Bunin, Teffi, Remizov, Merezhkovski y su esposa Guipius, Kuprín (que regresó a Rusia en 1937, donde murió un año después), Zaitzeff, Adamóvich…

Los poetas V. Ivanov, Marina Tsvietáieva, Balmont, Severiyanin…

Como escribe Kovalevski: «La emigración rusa del periodo llamado "de antes de la guerra" (1920-1939) había creado en París a comienzos de los años veinte su centro más importante y más rico en fuerzas culturales».

Entre esas fuerzas culturales figuraban filósofos y teólogos: Berdiáyev, Chestov, Losskiy, Bulgákov, etc.

Pintores a docenas: Kandinski, Chagall, Terechkovitch, Bakst, etc.; gente del teatro: Baliev, los Pitoev, Evreinov. ¿Cómo nombrarlos a todos? No podemos más que dar una idea aproximada de la extraordinaria proliferación de todos esos talentos exiliados por razones políticas u otras. Huelga decir que en su conjunto la emigración era más bien «de derechas».

El poeta Maiakovski que hizo un viaje a Europa en 1922 escribía a este respecto: «En París se encuentra la emigración más feroz, llamada "ideológica": Merezhkovski, Guipius, Bunin y otros. No escatiman en injurias a todo lo relativo a la Rusia soviética».

Cabe preguntarse si él mismo se sintió a gusto en esa nueva Rusia que a su vez abandonó mediante una especiea distinta de emigración: el suicidio.

Una docena de miembros de la familia Tolstói vivían igualmente en París, al principio todos pobres como Job, de una pobreza tal que cuando se proyectó en París en los años veinte la película de *Ana Karenina*, la hija del escritor, Tatiana Sujotina-Tolstaia, no pudo ir a verla por falta de medios.

El muy célebre príncipe Yusúpov, que a su título de príncipe sumaba el de asesino de Rasputín y estaba además casado con la sobrina de Nicolás II, abría en París una casa de modas llamada Irfé (Irina-Félix, sus nombres).

Yo conocía bien esa casa, porque había trabajado allí como segunda vendedora durante algunos meses, sin haber tenido la suerte de conocer a la pareja principesca, de quienes se decía que eran de gran belleza.

Un ramo de grandes duques realzaba el esplendor de aquel pueblo de refugiados; se pusieron a trabajar como cualquier vulgar campesino. Uno de ellos se hizo incluso conductor de taxi. Ya he mencionado al que se había casado con la bailarina Kschessinska: buen negocio, porque su mujer tenía una floreciente escuela, dicho sea sin segundas intenciones. Una duquesa se convirtió en fotógrafa profesional, algo que hoy en día no tiene nada de deshonroso. Conocemos a un señor en esa rama que está casado con una princesa real; pero antes no eran así las cosas.

Puede suponerse algo arbitrariamente, pero no sin razón, que los dos tercios de la diáspora rusa habían conocido a fondo la vida de los desarraigados en su nivel más bajo; víctimas de la inadaptación, ya fuera por falta de preparación para la vida laboral, ya por mala suerte, ya incluso por una incapacidad psicológica para desconectarse de su cultura y reconectarse a otra, a su forma de vida, su manera de ser, tan diferentes.

Profundamente infeliz, el emigrado sufría de un mal de la patria, una patria que por otra parte ya no existía como la habían conocido. Teffi me dijo un día que su Rusia no era en su mente un territorio plantado de abedules plateados, ni las calles de San Petersburgo, sino un conjunto cultural y social ya desaparecido.

«¿Qué haría yo allí?», preguntaba al espíritu de la época. Lo que no le impedía sufrir en Francia, como tantos compatriotas suyos que nos edifican al respecto. Kuprín, en su artículo «La patria», describía las diversas formas que toma el mal de la patria y terminaba con estas líneas:

«La enfermedad actualmente ya no es aguda, se ha hecho crónica. Vivimos en una hermosa tierra (Francia), entre los monumentos de una avanzada civilización, pero todo es irreal, como si asistiéramos al desarrollo de una película… Y el dolor sordo, silencioso, procede del hecho de que ya no soñamos con Moscú ni con Rusia: en su lugar se abre un agujero negro».

El poeta Balmont en su *Carta desde París* señala con melancolía: «Tras haber abandonado Rusia, perdí todo deseo de componer. Con la patria perdida, perdí también mi yo».

La gran poetisa Marina Tsvietáieva sostiene al comienzo de la emigración otro punto de vista: «La patria no está determinada por el territorio, es la inmutabilidad de la memoria y la sangre. Dejar de ser ruso, olvidar Rusia, solo puede hacerlo quien la piensa como algo externo a sí mismo. Quien la lleve dentro solo podrá perderla con la vida…». Mas adelante, debió de sentir que no bastaba con llevarla dentro: regresó.

Bunin, el escritor que tuvo el «éxito» más espléndido en el exilio, siempre sufrió por el desarraigo, sin dejar de negarse a volver a su país, pese a las invitaciones de los soviéticos. Cuando me sorprendí, él respondió: «Querrán hacerme decir lo que no pienso, obligarme a creer en lo que me niego a creer».

Denotaba grandeza de espíritu en un hombre viejo y pobre —se había «comido» el Premio Nobel desde hacía ya tiempoya— rechazar el bienestar material y los honores, que tanto apreciaba, puestos al alcance de su mano.

Rechazo de regresar, rechazo de integrarse o simplemente hacer amistades, ni eso, simples contactos con los franceses: ese era el estado de ánimo de la gran mayoría de la élite intelectual rusa. Vivían entre ellos, en un gueto inmaterial de fabricación propia. Casi todos sin admitir su propia responsabilidad, culpaban a los «indígenas», a su falta de hospitalidad, sus «distancias», a menudo reales en el plano individual aunque falsas en el plano nacional, pues Francia es uno de los países donde los refugiados políticos de todas las naciones siempre han sido admitidos en masa. ¿No sería aquel exceso de extranjeros lo

que acabó apartando a los franceses? No resulta imposible.

En lo que a mí respecta, los franceses me han recibido, me han invitado a largas estancias, tan a menudo que haría mal en no hablar aquí de ello. Se alega que es mi estatus de escritora lo que me abre tantas puertas, pues Francia padece manía literaria en estado endémico, lo que favorece esa apertura. Pero Teffi, Bunin (¡Premio Nobel de Literatura para colmo!), gozaban del mismo estatus halagüeño y no obstante afirmaban sufrir una suerte de ostracismo. ¿Realmente querían salir de él? Lo dudo. Incluso hablar francés les parecía una imposición.

En realidad, parece que la mentalidad francesa (y occidental por extensión) basada en el orden, en el ahorro, a lo que se añade en Francia el famoso «guardar las distancias», sea mal tolerada por los rusos en su mayor parte. Madeleine Doré, que les dedicó un estudio,[5] dijo con gran acierto que están muy apegados a su nacionalismo, sentimiento exacerbado por el desarraigo y que les hace percibir la integración como una traición a su patria.

Añade que, aun naturalizados, siguen sintiéndose eminentemente rusos y se asimilan mal. Estos comentarios, no lo olvidemos, se aplican sobre todo a los emigrantes de la primera generación; la segunda está muy «contaminada» por el clima psicológico ambiente; en cuanto a la tercera, ya no presenta ningún problema de integración.

Las naturalizaciones entre los años 1919 y 1941 son escasas: de 532.868 rusos en Francia, solo 18.973 se naturalizan. Los matrimonios mixtos —siempre según Madeleine Doré— son numerosos en los medios populares y más escasos en las clases medias. En 1930 y 1931 se cuentan 6.055, de los cuales 5.269 entre hombres rusos y mujeres francesas.

«El simple hecho de que los hombres sean mucho más numerosos que las mujeres», escribe M. Doré, «(en proporción de 2 o 3 por 1) no basta para explicar este fenómeno. Parece ser que la mujer rusa sea menos francófila que el hombre y aprecie poco al francés».

Mi observación personal, que se extiende a lo largo de medio siglo, va decididamente en el mismo sentido: a menudo he escuchado a hombres rusos hablar «como patriotas franceses», a las mujeres nunca. Quisiera sin embargo defenderme contra ese vicio de pensamiento que es la generalización, que siempre me parece ser una simplificación de la verdad, una forma perezosa de ignorar la riqueza de la vida.

Es innegable, no obstante, que las uniones armoniosas entre las mujeres rusas y los hombres franceses me parecen escasas, por lo que he terminado considerando a estos últimos como «las auténticas víctimas de la Revolución de Octubre», aunque solo sea por la crítica incesante y maliciosa de sus esposas para con Francia, por fuerza deprimente para un francés, aun propenso a la objetividad. Actitud especialmente asombrosa, pues se trata de éxitos sociales brillantes para unas emigradas que no aportan a su ajuar sino el recuerdo de un pasado más o menos glorioso, en ocasiones, bien es cierto, acompañado por un «apellido». Si la víctima (el francés) alimentaba el sentimiento de haber contraído un mal matrimonio, pronto quedaba desengañado: el matrimonio era malo para la otra parte, y así se lo hacían sentir.

Un día escuché al hijo de una rusa, prósperamente casada con un marqués dotado de un gran apellido de Francia, exclamar al oír a su madre «azotando» una vez más a su país: «Eres una extranjera, ¿qué haces entre nosotros? Márchate». La mujer se sofocó y proclamó que era una injusticia.

Ha habido docenas de mujeres rusas que han conseguido matrimonios espléndidos, solo citaré tres para dejar constancia. Una se había casado con *sir* Henry Deterding, el gran magnate del petróleo; la segunda con el marajá de Capurtala; la tercera con lord Abdy, esteta riquísimo subyugado en un salón de alta costura por el porte de la modelo con la que se casaría.

Los rusos en su mayor parte aprecian estar «entre ellos». Rectificación inmediata: esta tendencia se observa entre todos los desarraigados o casi. Lejos de la patria cuyo recuerdo los reconcome, los consume, les duele, la reconstruyen a minúscula

escala hablando, pensando, comiendo ruso. Pueden cantar juntos las mismas canciones, evocar la muerte del mismo zar, odiar en conjunto a los bolcheviques, apoyarse recíprocamente con las mismas esperanzas, calentarse mutuamente el corazón helado por la desgracia del exilio.

Cuando están en superioridad numérica, perciben la presencia de los franceses como una intrusión. Recuerdo el concierto que Rajmáninov dio un día en el Teatro de los Campos Elíseos, antes de la guerra, ante un público compuesto por una mayoría aplastante de compatriotas suyos. En el entreacto oí a una señora exclamar en tono escandalizado: «Es increíble, está lleno de extranjeros». Algunos franceses perdidos por allí hablaban su propio idioma.

Un poco más y los rusos gritarían con entusiasmo «Francia para los rusos». Pero cuando les propongo ese lema, no les gusta la broma: Teffi la habría apreciado, estoy segura, pero Teffi ya no está.

Con una energía extraordinaria para un pueblo supuestamente indolente, los rusos emprendieron la reconstrucción en Francia de su pequeña Rusia, y eso antes siquiera de rendirse a la evidencia: que nunca volverían a su hogar.

Su primera preocupación para mantener intacto en sus niños el sentimiento de su pertenencia a la patria abandonada fue crear escuelas para ellos. «Luchar por la salvaguarda de su alma», como escribe el profesor Kovalevski, que da todos los detalles de la organización escolar en los países de acogida. Ya en 1924, escribe, existían en Francia cuarenta y siete escuelas secundarias… Pero lo dejo, pues no se trata de hacer aquí una obra de estadística; remito al lector que lo desee a los dos tomos ya citados de este autor.

En conjunto, los rusos se las arreglaron con un ingenio especialmente extraordinario, porque muchos nunca habían ejercido en su vida oficio alguno. Ahora bien, en el exilio fueron

de todo: modelos, vendedoras y vendedores, oficiales, obreros, lavaplatos, pintores de brocha gorda o *maîtres*, y me quedo corta. Generales se transformaban en cantantes o figurantes de cine, príncipes georgianos en bailarines mundanos; militares se enrolaban en la Legión extranjera, etc., etc. A este respecto, cuando la escuadra vencida del general Wrangler acostó en Constantinopla, vio llegar ojeadores en busca de nuevos reclutas. Cientos de hombres entraban en ese ejército tan especial, con un aura de romanticismo, atractivo por sus oportunidades de visitar países exóticos, por el sol y la aventura: lejos de los desiertos, ya se alzaban los espejismos.

Cientos de rusos sirvieron en el ejército regular y se unieron más tarde a la Resistencia. Entre los más conocidos figura Zinoviy Peshkov, hijo adoptivo de Máximo Gorki, que tras haber entrado en la Legión extranjera terminó su carrera con el grado de general de brigada. El príncipe Amilakhvari, que llegó a ser coronel, murió en El Alamein a la cabeza de la 12ª Media Brigada de la misma Legión. Otro militar del ejército francés digno de mención es Purishkévich, sobrino del célebre abogado del mismo nombre, diputado de la Duma y principal instigador del asesinato de Rasputín. Y no hay que olvidar a ese coronel francés, ruso de nacimiento, Michel Garder, profesor de la Escuela de Guerra, conocido autor de numerosos libros, entre ellos *La guerra secreta*, dedicado a los Servicios Especiales franceses.

Podría dedicarse un capítulo entero a los conductores de taxi rusos, entre los que se encontraban generales, sacerdotes, abogados y hasta un doctor en filosofía; un gran duque también, como ya hemos visto. Hubo un tiempo en que se contaban cuatro mil, que disponían de dos asociaciones con sus propios abogados, garajes, cooperativas, bibliotecas, cantinas, casas de reposo y no solo un periódico, llamado como debe ser *El conductor ruso*, sino también una revista titulada, también con acierto, *Al volante*…, que contaba entre sus colaboradores con Bunin y Kuprín, lo que nos hace pensar que no carecía de estilo literario. Los bailes de

los conductores rusos tenían tan buena reputación que la gente acudía en masa, y lo mismo puede decirse de sus fiestas benéficas y sus conciertos. Era un pequeño universo en sí, con sus tradiciones, sus reglas, su ética.

He conocido a damas de honor de antaño transformadas en «señoras de los lavabos» en los clubs nocturnos y a camareras de restaurantes descendientes de los primeros boyardos moscovitas. Aún hoy en día conozco a algunas que, ancianas, todas encogidas, trotan de la cocina a las mesas desde hace cuarenta años, realizando los mismos gestos de servicio, haciendo la misma pregunta a los clientes, con la libreta de los pedidos en la mano.

La emigración rusa disponía no solo de escuelas, institutos, escuelas militares, un conservatorio llamado Serguéi Rajmáninov que aún existe, incontables iglesias y catedrales, sino también de ese cemento indispensable para toda gran comunidad humana: la Prensa. Según V. Abdank-Kossovskiy,[6] uno de los que mejor estudiaron la emigración en sus inicios, los rusos editaban en Francia sesenta y dos periódicos y revistas, cifra considerable para un pueblo de emigrados compuesto por medio millón de cabezas. Según el mismo autor, se habrían publicado en los primeros años de la diáspora rusa mil cinco revistas y periódicos. Si bien en Europa Francia ocupaba el primer lugar, en Extremo Oriente Harbin la había superado en la época en que los ejércitos blancos se concentraban allí, con ciento cuarenta y siete títulos: había treinta y tres en Shanghái, cincuenta en Estados Unidos, once en África, cuatro en Australia. En lo que a los libros se refiere, se publicaron en torno a diez mil en ruso en cincuenta años de emigración, como nos revela el profesor Abdank-Kossovski.

Las iglesias y las capillas de los emigrados desaparecen una tras otra, al igual los propios emigrados. Como en mi distrito dieciséis, donde la concentración rusa había sido fortísima. Aún lloro por una minúscula capilla situada entre dos jardines en la calle de la Tour, donde yo iba a soñar más que a rezar en la

época en que, sin ser creyente, no era totalmente impía, por lo fácilmente que se divide nuestro pobre corazón humano que late y espera entre dos eternidades, la de antes y la posible de después. Allí pasé momentos de embeleso en el silencio y la soledad, bajo la atenta mirada de los santos que tapizaban con sus iconos dorados la pequeña estancia iluminada por la luz del sol y la del Espíritu.

La capilla ha sido demolida, los árboles talados sin piedad para dejar hueco a un edificio que se burla de mí con sus nueve horrendos pisos cuando por casualidad paso a su lado, aventura desastrosa que se ha repetido en París en millones de ejemplos.

«La apariencia de este mundo pasa» y cuánto más en una gran capital devorada por los negocios inmobiliarios.

Pasa lentamente cuando la historia evoluciona lentamente; pero que sobrevenga una guerra o una revolución, entonces se deshace en el ruido de las armas. Pensemos en la de Octubre, catarata que arrastró en su torrente de sangre un Imperio, a un zar, a la iglesia ortodoxa, los privilegios, fortunas y castas. La Revolución de Octubre es un giro de la Historia; es la Gran Enemiga de unos, la Gran Esperanza de otros, pero al convertirse en un término histórico se ha vaciado de su contenido humano. Detrás de esa abstracción desparece el destino individual formado por sangre, carne y sufrimiento. Afortunadamente, podría decirse: nuestro corazón no soportaría la visión total de las tragedias que la Revolución ha provocado en las víctimas de todos los bandos. Y esto es aplicable a todas las grandes catástrofes históricas.

A mi pequeñísima escala, he olvidado los sufrimientos de mi padre, de mis hermanas, y los propios sufrimientos de mi juventud, iniciada al alba del 17 de octubre. También se han convertido en una abstracción, como la Revolución misma. Nuestra facultad de escamoteo es nuestra salvación, nos permite despojarnos del pasado para transformarnos a lo largo de toda nuestra existencia. Ay de quienes no posean esa facultad y vivan con la mirada fija en el pasado, algo propio de ciertos emigrados

incapaces de arrancarse de él. Entre ellos mi padre: sufrió hasta sus últimos días ese mal que es sin lugar a dudas una especie de enfermedad psíquica.

Cambiemos de tono (algo que está mal visto en literatura) y sumerjámonos en un clan particular de la emigración, al que yo pertenecía por derecho: los caucásicos. Eran numerosos y muchos de ellos formaban parte de un sub-clan, podría decirse: el de los petroleros venidos a menos. Algunos habían llegado, como mi familia, con joyas que vendían «esperando a que se fueran los bolcheviques», lo que les permitía vivir como magnates antes de sumirse en la pobreza o de morir a lo grande.

Una de nuestras grandes familias de petroleros excitaba el interés general por su situación particular. Su jefe había sido el primero en salir del Cáucaso todavía independiente; aun sin hijos, tenía quizás por una especie de compensación una cantidad sorprendente de sobrinos: veinticinco, se decía. Confiados, todos le hicieron un poder para la venta de algunos de sus pozos de petróleo, que en breve iban a ser nacionalizados por los bolcheviques, y el tío, que lo sospechaba, vendió un pozo tras otro a occidentales optimistas, convencidos también de la pronta liquidación de los «usurpadores». No tardó en encontrarse a la cabeza de una gran fortuna que se puso a derrochar con alegría: estaba poseído por semejante manía del lujo que llegó a encargar un Rolls-Royce con accesorios de oro y a comprar caballos de carreras. Para el Rolls, como para el hipódromo, necesitaba una amante de gran lujo y se hizo con una *ad hoc*: una actriz de renombre, más que de renombre, célebre. Llevó una vida agradable aunque, en mi opinión, algo monótona (pero mi opinión importa poco) hasta el día nefasto en que vio llegar a su casa a uno de sus sobrinos, huido del Cáucaso para entonces plenamente soviético. Tuvo que darle una importante suma. Dos semanas después vino otro, luego un tercero y, uno tras otro, los veinticinco hijos de sus hermanos y hermanas, algunos acompañados incluso por mujer e hijos, se encontraron en París.

Así comenzó la pesadilla del tío: sus sobrinos reclamaban lo

que era suyo; él quería quedárselo, o al menos conservar una gran parte, la mejor parte. Ellos no estaban de acuerdo, él lo estaba aún menos y, para evitar las discusiones y las reclamaciones, trató de huir de ellos, tarea harto difícil. Como mucho podía cerrarles la puerta y dar instrucciones a sus criados para desanimarlos de quedarse esperándolo. Más difícil le resultaba escaparse fuera de casa; ellos también eran astutos y se apostaban ante la entrada, en las esquinas de las calles por donde debía pasar. Tenían espías que los informaban sobre los desplazamientos del tío, sobre las visitas que planeaba hacer, y acabaron organizándose con tanto acierto que de los veinticinco al menos uno llegaba necesariamente a atraparlo al vuelo para injuriarlo, amenazarlo e incluso suplicarle. El tío se defendía con rudeza; juraba no haber vendido más que algún pocito de nada y cuando le pedían cuentas se escabullía declarándose enfermo, a las puertas de la muerte. En ocasiones, despistando a sus cerberos mediante prodigios de habilidad, iba a tratarse los nervios a algún balneario acompañado por la célebre actriz, indispensable atributo de su vida de lujo.

Durante ese tiempo los sobrinos se lamentaban de su miseria, algunos con razón: el apartamento de uno tenía doce (sic) órdenes de embargo; los radiadores de otro habían sido precintados por el casero por impago del alquiler, lo que obligaba al infeliz inquilino a tomar comprimidos de aspirina para calentarse. Un tercero amenazaba con suicidarse y hasta llegó a cometer una tentativa, pero tan prudente que fue rescatado sin gran esfuerzo, lo que en todo caso le valió una importante suma de dinero por parte del tío arrepentido.

Cuando alguien les hablaba de trabajo, los sobrinos resoplaban con desprecio: «¿Nosotros, trabajar, mientras que el monstruo se repantinga en el Rolls? Jamás». No se podía culparlos enteramente.

Por otra parte, ninguno tenía oficio. Habrían podido enrolarse en un club nocturno para ejercer de figurantes caucásicos, pero la idea les parecía humillante. Habrían podido casarse con ricas

americanas, porque en la multitud de sobrinos había algunos muy guapos: altos, con buena planta, mirada ardiente y cintura de avispa, pero todas las novias ricas que se movían entonces en el mercado internacional ya habían sido ocupadas por príncipes georgianos, especializados en ese ámbito y tan emprendedores que siempre eran los primeros en bajar a la arena.

Emprendedores y, de los guapos, los más guapos. No olvidemos que la raza georgiana pasa por ser la más hermosa de todo el Cáucaso. Y no importa que Stalin-Dzhugashvili, el más emprendedor de los georgianos —pero en un ámbito completamente distinto— desmienta esa reputación; no destacaba por su belleza. Como muchos caucásicos, sus compatriotas disponían de una mirada ardiente y una esbeltez de álamo, y poseían otra cualidad fundamental que los hacía eminentemente deseables a ojos de las plebeyas ricas: un título de príncipe, en ocasiones falso, pero que, aun en ese caso, causaba tanta impresión como uno auténtico y tenía la misma utilidad.

—Para que vean —decía el padre de uno de ellos—, ¡ahora soy príncipe! En general, se hereda el título de los padres; a mí me viene de mi hijo.

Para seducir a una de las señoritas más ricas de América, otro no dudó en proclamarse heredero al trono de Georgia y afirmaba que solo podría contraer matrimonio en unión morganática. Suspiraba pensando en el trono perdido y la señorita yanqui, conmovida, caía en sus brazos: él la acogía como hombre galante que era. Se puso en escena una abdicación al trono y la novia dedujo que su seducción había tenido más peso que el reino de Georgia. Los rusos lo habían colonizado hacía más de cien años, pero ella lo ignoraba; sabía en cambio que entonces reinaban los bolcheviques y se puso a esperar como todos los emigrados blancos «que no tardaran en irse». Los organizadores de la renuncia al trono obtuvieron sustanciosos beneficios, por mediación del novio destronado, y todos se separaron muy contentos. El príncipe y la princesa X alzaron el vuelo hacia un

espléndido destino que terminó unos años más tarde con un divorcio igual de espléndido, pero aun así provechoso para el esposo venido a menos.

Entre los caucásicos más avispados figuran los armenios, dotados de un sentido comercial y una aguda inteligencia conocidos en todo Oriente, que a menudo les vale al mismo tiempo la estima y la envidia. Muchos se dedicaron en Francia «a los negocios», que iban desde el pequeño ultramarinos hasta el comercio internacional, pasando por el taller mecánico. Muchos prosperaron. Puesto que en bastantes países occidentales formaban una minoría a menudo cruelmente perseguida, quizás sufrieran menos por el desarraigo que los demás emigrados.

Hay que precisar que en Azerbaiyán, de aplastante población musulmana, al menos tenían la ventaja de no dejarse masacrar unilateralmente, sin posibilidad de revancha, como en Turquía. En Bakú podían vengarse de nuestros amos rusos que no veían el menor inconveniente a esos incendios de odio islámico-cristiano y los dejaban proseguir sin intervenir. En 1905, con ocasión de la primera revolución rusa abortada, los armenios nos masacraron en respuesta a la masacre que habían sufrido anteriormente. Del mismo modo, tras ser severamente masacrados por nosotros con ocasión de la ocupación turca de Azerbaiyán a finales de la guerra de 1914-1918, nos pagaron con la misma moneda tras la marcha de los efímeros ocupantes osmanlíes. Lo que nos obligó a huir a Persia en unas condiciones que, vistas retroactivamente, pueden pasar por románticas. Embarcamos en un petrolero perteneciente a la empresa familiar, con mi padre disfrazado de piloto, irreconocible bajo el polvo de carbón, y nosotras, mujeres y niñas, veladas de la cabeza a los pies como buenas musulmanas, representando a la familia del buen capitán que arriesgaba su vida al salvarnos.

Tras este breve panorama histórico sobre la suerte de los armenios de nuestra tierra, volvamos a su destino como emigrantes en Francia.

Uno de ellos tuvo una suerte fabulosa, independiente de sus

méritos como toda suerte. Él también petrolero de Bakú, había encargado justo antes de la guerra de 1914 unos barcos que nunca pudieron serle entregados, pero que sirvieron para el transporte de mercancías (¿o de armas?) durante toda la duración de las hostilidades, lo que le valió encontrar a su llegada a Francia una enorme fortuna esperándolo en bandeja de plata. Se encaprichó de una mujer muy joven a quien primero convirtió en su amante y luego en su hija adoptiva, a la que terminó desheredando. Era cortejado sin piedad. Puede decirse de él que fue muy rico, que fue muy odiado y que murió muy viejo. Tuvo, como emigrante, un destino muy envidiado. Y muy envidiable.

Pensando que la misma aventura podría haber sucedido a mi padre, saco la certeza de que creerse artesano del propio destino es una ilusión: las circunstancias son más poderosas que la más poderosa de las voluntades. También siento pesadumbre, naturalmente por mí, que tantos esfuerzos me costó salir adelante, pero también y más aún por mi pobre padre y por ciertos miembros de mi familia muertos en la pobreza, por no decir en la miseria. Pero, como él mismo habría dicho con su fatalismo visceral: «Alá así lo ha querido». En fin, que a menudo querríamos remplazar su voluntad por la nuestra.

Mencionemos de pasada a otro armenio ruso que tuvo un éxito brillante en Francia en un ámbito muy distinto al de los barcos y el afortunado accidente de entrega: el de la literatura, donde accedió a los honores de la Academia. Se trata de Henri Troyat, armenio por parte de padre, ruso por parte de madre.

Hay que señalar aquí que la literatura francesa bulle de escritores originarios de la emigración posrevolucionaria: podría hacerse una lista impresionante. En cuanto a saber lo que quedará de ella, es una pregunta a la que nadie puede responder y que después de todo es secundaria, en mi mente por lo menos: esos escritores solo me interesan como emigrados.

Si el lector ha tenido la amabilidad de seguirme hasta aquí, se habrá percatado de mi insistencia en señalar las diferencias que

nos separan de los rusos; a nosotros, los caucásicos del norte, del sur, del este, del oeste; a nosotros, los azerbaiyanos en particular. Porque si bien fuimos arrebatados a Persia por la conquista rusa, no por ello hemos perdido ni nuestra raza, que evidentemente no tiene nada de eslava, ni nuestra religión, ni nuestra lengua.

La asimilación de los pueblos colonizados con la que sueña cualquier colonialista normal no era sencilla en países étnicamente diferentes y, sobre todo, consagrados y entregados al islam, un islam a menudo irreductible y fanático. Mi abuela, por ejemplo, que ni siquiera hablaba la lengua de los rusos, les profesaba un odio feroz; ¿acaso no nos proponían, no nos imponían una civilización que amenazaba con destruir nuestras creencias, nuestras tradiciones, nuestra integridad por medio, cosa inimaginable, de matrimonios mixtos, así como por la simple atracción de peligrosas libertades? En su primitivismo sin florituras, expresaba su repulsión y su recelo escupiendo ante los *giaours*, los infieles.

Desde luego, ya contaminada por esa civilización que nos asaltaba por todas partes, yo no odiaba a los rusos, pero me sentía profundamente otra, de modo que me chocaba, me sigue chocando, que me asimilen a ellos. Cuando me dicen: «Vosotros los rusos» se me hiela la sangre, que no tiene ni gota de eslava.

Me siento tan distinta a ellos, a los rusos de allá, a los rusos de aquí, con su nacionalismo, por no decir chovinismo, su necesidad de aferrarse con toda su mentalidad de emigrados a un pasado muerto. Algo enorme también me distingue de ellos, quizá para mi descrédito: su amor por la patria que yo nunca he conocido, porque Rusia para mí no es nada y el Cáucaso poca cosa, un lugar donde nací pero donde nunca estuve a gusto, por motivos que mi razón ignora.

Y que, por otros motivos que mi razón ignora, me siento a gusto en Occidente, sin por ello renegar de mi parte de Oriente, que siento viva en la profundidad de mi ser. Y en esto también todo me separa de los rusos, que a mi parecer se sitúan a medio camino entre Oriente y Occidente, tan específicamente ellos y

nada más.

Ya he dicho suficiente sobre el tema.

Antes de cerrar este capítulo donde no he podido dar más que una vaga idea de lo que fue esa emigración única en la historia por su importancia y que merecería que se le dedicase una tesis doctoral en la Sorbona, voy a reproducir las páginas de «deseos» que leí por casualidad —yo que nunca leo periódicos— en el número del 31 de diciembre de 1970 del *Pensamiento ruso*.

Ha pasado medio siglo y tal vez algo más desde la entrada de esos emigrantes en la historia de Occidente; medio siglo después seguía habiendo formaciones militares en Francia que recibían y enviaban los deseos de Navidad y Año Nuevo. Imagino que sus miembros eran en su mayor parte ancianos que, sin embargo, en esos cincuenta años, no habían perdido el sentido agudo de su pertenencia a lo que seguía representando la razón de ser de su paso por esta tierra. Juzguen ustedes mismos:

«*La Dirección Central de la Unión de los Inválidos Militares Rusos en Francia* envía sus deseos…, etc. Firmado: El Presidente de la Unión, el Coronel Kireev y la Secretaria General Cornette Valoueff.

La unión de los Cosacos

Hermanos Cosacos. Llega el año 1971… (Sigue un largo texto sobre la enfermedad que padece su patria, Rusia, que termina con la esperanza de que un movimiento de liberación se afirme y la verdad triunfe). Firmado: Presidente Kouznetoff, Secretario Lomakin.

La Pirámide del Don

(Sigue un largo texto similar al precedente y que termina con este deseo: «Olvidemos, hombres del Don, nuestros desacuerdos y esforcémonos por fortalecer el bloque de la unidad Cosaca»). Firmado: Capitán de los Cosacos Eronin.

La Unión de los participantes de la 1ª Campaña de Kubán del general Kornílov en Francia

Felicitamos de todo corazón a nuestros compañeros de armas…, etc. Firmado: el Presidente de la Unión de la Capitalina Elatitch.

Queridos Compañeros de Alexev

Os felicito a vosotros, a vuestras familias, a los Miembros de Honor y al Comité de la Asociación Femenina. Texto que termina con la esperanza de que el Año Nuevo vea a su Patria liberada. Firmado: el Presidente, el teniente coronel Kobilinski.

La Dirección de la Sección Rusa de la O.N.U.

Texto de deseos firmado por el Presidente Drosdovski y el Secretario General Kolomiytzeff.

La asociación de los Granaderos en el extranjero

Texto de deseos firmado por el Presidente: Teniente coronel Volkov.

El Presidente del Comité para la defensa de la Iglesia ortodoxa rusa contra el comunismo en Alemania occidental

Sigue texto de deseos firmado por el Presidente Alimov, el Vicepresidente Milov y el Secretario Kravtchenko.

El Cuerpo de los Cadetes de Nijni-Novgorod del conde Araktcheef.

Texto de deseos firmado por el Presidente Zmetnov.

La Unión alemana de los antiguos Alumnos de los Cuerpos de Cadetes de Rusia y en el extranjero.

Sigue texto de deseos firmado por el Presidente Honorario Shpakovitch.

La Unión General de los Cadetes en Francia.

Texto de deseos firmado por el Presidente Gering.

El 3er Cuerpo de los Cadetes de Moscú del Emperador Alejandro II.

Deseos firmados por Shpilevsky.

A esto siguen: *La Unión de los Cosacos Combatientes — La Unión de los Artilleros del Don — Los Combatientes de las Campañas de Kubán y de Drozdoff — El Comité de la Unión de los Institutos — Los Miembros de la Escuela Militar de Alexandrov — Los Miembros*

de la Unión de pilotos de avión — El 3er Regimiento de los Húsares de la Estación de Pavlogrado, del Emperador Alejandro III».

¿Queda convencido el lector al leer esta lista de la extraordinaria vitalidad de todas esas Uniones, todos esos Comités, todos esos Cuerpos de esto o lo de más allá, que han llegado hasta nosotros cincuenta años más tarde?

Evoquemos, para terminar, en pocos rasgos, la actitud de los emigrados durante la ocupación alemana en Francia. Como en todo grupo humano, sobre todo uno de esta importancia, hay blanco, negro, gris.

La actitud gris: es la neutra, sin duda la más frecuente, porque coincide mejor con la persona promedio. Se hace un esfuerzo por escapar de las enormes presiones históricas permaneciendo al margen de los acontecimientos. Se trata de salvar lo que puede ser salvado en una situación llena de amenazas, por prudencia, por cobardía; o bien por un desinterés muy natural, bastante común, por lo que trasciende a la vida corriente, al mezquino interés personal.

Actitud blanca: que tiende al heroísmo. Muchos emigrados se unieron a la Resistencia porque su patriotismo súbitamente despierto trascendió sus opiniones políticas. Rusia, amenazada de destrucción, volvía a ser *su* Rusia, a la que había que defender incluso desde la tierra extranjera. Un número más restringido de rusos blancos se sentían sin duda solidarios con la Francia vencida y resistían a los alemanes como patriotas franceses. Estos no regresaron a la U.R.S.S. como invitaban los soviéticos a que todos los emigrados hicieran. Otros sí volvieron, pocos de hecho; de ellos, algunos regresaron a Francia.

Actitud negra: la de los colaboradores, que se dividen en dos grupos; unos que colaboraban por razones ideológicas y aprovechaban una ocasión inesperada de liberar a su Rusia de

antaño del yugo bolchevique. Recordemos, en particular, el Ejército de Vlásov.

Otros se convertían en colaboradores por deseo de enriquecerse. Servían al ejército alemán como intermediarios, proveyéndolo de material que buscaban allí donde aún se encontrase; adquirían por este medio grandes fortunas.

Otra categoría, más modesta, lo hacía para subsistir, como intérpretes; otros, de forma más ruin, se convertían en delatores.

Los rusos, como todos los ocupados de siempre y de todas partes, reaccionaron cada cual según su temperamento, su ideología o, más pasivamente, según las circunstancias.

[3] *La Russie hors des frontières*, tomos I y II, Librairie des Cinq Continents, París.

[4] Stravinski se estableció más tarde en Estados Unidos y Prokófiev regresó.

[5] *Cahier nº 1* del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, P.U.F., 1946.

[6] Vladimir Abdank-Kossovski, coronel del Cuerpo de Ingenieros del Ejército imperial, reunió durante cuarenta años fotos, artículos de periódico, cartas y otros documentos relativos a la emigración, que después clasificó por orden cronológico con el título *La Rusia imperial*. En sus textos, que su viuda me prestó amablemente, he encontrado muchos datos valiosos.

El gran devenir parisino

Volvamos a Gulnar. No por ello abandonaremos a la emigración blanca, al menos no de momento; porque la fiesta que dio en casa de los Josezú sería el preludio de la entrada en su vida de Nicolás Carpoff por una parte, emigrado blanco donde los haya, y de Jérôme de Labusserie, a quien nos había traído Michel Murat: un francés de clase alta donde los haya, por otra parte.

Es imposible imaginar a dos personajes tan diferentes, siendo su único punto en común su pertenencia al sexo masculino. Nicolás Carpoff, ruso a más no poder, guapo, maravillosamente proporcionado, estúpido, inculto y deseable; y Jérôme de L., de aspecto frágil, cien por cien francés, de pura cepa provinciana y sin embargo prodigiosamente desprovisto de prejuicios, ya fueran nacionales o de cualquier otra especie, espíritu abierto a los cuatro vientos y tempestades, pero que se negaba a dejarse arrastrar por ellos, ya por motivos de orden filosófico, ya por razones tristemente físicas, por falta de salud. Civilizado hasta los dedos de los pies, «demasiado pequeños para un hombre» (decía con desprecio Nicolás), dotado de una cultura universal, ardía en deseos de transformar a Gulnar en una mujer completa.

Si bien Nicolás ejercería durante algunos meses las funciones de amante intermediario, Jérôme, por su parte, se convertiría en profesor a largo plazo, paciente, lleno de tacto, manejando a la basta Gulnar con discreta destreza, enseñándole mil cosas sin parecer esforzarse por ello, mediante un juego sutil pero penetrante.

Una vez más Gulnar se veía colmada por la suerte que había puesto en su escabroso camino al hombre a quien, sin saberlo, ella más necesitaba, el que iba a tallar un diamante en bruto para

hacer brillar todas sus facetas.

Yo me consumía de celos. Ya sabía que, gracias a Jérôme, ella iba a ganar día a día inteligencia, atractivo, encanto. Que siendo ya tan deseada, lo sería más aún y por hombres cada vez más difíciles de conquistar; en su presencia, yo nunca tendría esperanzas de gustar. Ese sentimiento de inferioridad terminaba de apagarme, a mí que a su lado apenas me encendía, a mí, cenicienta en el sentido más completo y etimológico del término; yo era la ceniza, Gulnar el fuego. Ella atraía incluso a los hombres que no la deseaban como mujer, según demostraba la actitud de Jérôme. Bien es cierto que me profesaba simpatía, pero sentía por Gulnar un fervor particular, un deseo de protección, de perfeccionarla: ella era su Galatea, él era su Pigmalión, sin salir nunca del ámbito de la docencia. ¿Por qué? ¿Acaso era homosexual, impotente? Nadie le había conocido nunca (decía Michel Murat) ninguna relación, el menor apego vagamente sexual: en ese plano, Jérôme siempre sería un enigma para nosotras. Aquel singular personaje tenía tres doctorados: en derecho, en letras, en lingüística comparada, y no usaba ninguno. No cabía la menor duda de que era rico, aunque evitara toda ostentación de mal gusto y viviera con gran sencillez; a ese respecto, también Michel Murat nos había dado valiosa información sobre no una, sino dos herencias que habían hecho rico al estudioso Jérôme, asombrado de encontrarse a la cabeza de una fortuna considerable que en el fondo no necesitaba, pues la suya propia ya le permitía hacer grandes viajes y llevar una vida en la que la preocupación por cultivarse se anteponía a todo. ¿Por qué habría trabajado con fines lucrativos ocupando un trabajo que otros necesitaban urgentemente? Proyectaba escribir un libro erudito sobre las relaciones entre los poetas malditos del siglo XIX y la sociedad industrial en pleno desarrollo, y el proyecto lo clavaba a los sillones de la Biblioteca Nacional durante días enteros. El resto del tiempo viajaba, deambulaba por los cafés de Saint-Germain y recibía a una élite intelectual en su apartamento del bulevar del mismo nombre, donde muebles y

objetos raros en ambos sentidos de este adjetivo creaban una atmósfera a la vez ascética y refinada.

Su entusiasmo por Gulnar le insuflaba una suerte de pasión de proselitismo, el deseo de asociarla a su propia cultura, de inculcarle el gusto por ella. Había que oírlo recitar a Racine ante una Gulnar somnolienta de aburrimiento y que no se molestaba en disimularlo. Pero Jérôme se obstinaba, persuadido de que a base de paciencia le haría entender la belleza de los versos que le servía como platos exquisitos:

> *Mi ancestro es el padre y el amo de los dioses;*
> *el cielo, el universo entero bulle de mis ancestros;*
> *¿dónde esconderme? ¡Huyamos en la noche infernal!*

Pues bien, la obstinación a veces da resultado. Un día en que recitaba aquellos versos quizás por vigésima vez, Gulnar exclamó asombrada: «¡Qué bonito!». Entonces el domador dejó escapar un gran suspiro de satisfacción, sonrió con beatitud y besó la mano de la asna domesticada. Aquel primer triunfo le dio ánimos para proseguir con su experimento; sí, realmente parecía un experimento.

—El día —dijo a Gulnar— en que haya aprendido usted a amar al mismo tiempo a Racine, la iglesia de Val de Grâce y el camembert, habrá entendido la civilización francesa.

—Pero, en el fondo, ¿para qué? —preguntó ella y Jérôme permaneció impasible unos instantes. Después, recomponiéndose, dio la única respuesta susceptible de convencer a mi querida prima:

—Para embellecerse.

Pensaba evidentemente en la belleza inmaterial, pero no quería entrar abiertamente en ese terreno, pues el otro convenía más a Gulnar, poco dotada para la abstracción.

—Querida Gulnar —prosiguió Jérôme unos instantes más tarde—, he tenido esta noche un sueño extraño que espero sea premonitorio. —Ante nuestro gesto interrogativo explicó con aire

docto—: Lo que significa anunciador de un hecho venidero. La he visto reencarnada en Mademoiselle Aïssé. Esa hija de un jefe circasiano, luego prima suya de algún modo, fue secuestrada a la edad de cuatro años por unos turcos que saquearon el palacio de su padre, y después vendida en Constantinopla al embajador de Francia, el conde de Ferriol. Este la envió, o se la llevó, no lo recuerdo, a Francia, donde fue criada por la cuñada de Ferriol junto a su propio hijo, d'Argental. Cada año ganaba belleza, cultura, encanto, a lo que se añadía su destino romántico y su buqué oriental. Se convirtió en la favorita de París y su fama llegó hasta el regente Felipe de Orleans que quiso conocerla y, habiéndola conocido, convertirla en su amante. Ella tuvo la presencia de ánimo de rechazarlo, pues el propio regente tampoco carecía de poder de seducción. Bien es cierto que ya estaba prendada del caballero d'Aydie, lo que hace su resistencia menos meritoria. Vivió un gran amor con el caballero del que nació una hija. ¿Por qué no se casaron? Reconozco que no recuerdo la causa. Mademoiselle Aïssé siguió siendo soltera y pasó a la posteridad por sus cartas a Madame Calandrini, que son una auténtica mina de información sobre el mundo de aquella época, en particular sobre Madame du Deffand y Madame de Tencin. Mademoiselle Aïssé también escribió libros, algo olvidados con los años. Pero su historia romántica inspiró tres obras de teatro y el libro de un tal Courteault *Un idilio en el siglo* XVIII. Muchos otros se interesaron también por ese personaje encantador, esa oriental que escribía en un francés consumado y no carecía de talento. Murió en París en torno a 1730. Descanse en paz su alma caucásica.

Gulnar lo había escuchado con gran atención, hecho inusitado; aquel cuento medio parisino medio oriental había excitado su imaginación y pulsado una cuerda aún virgen en su sinfonía interior, donde hasta entonces figuraba un único *leitmotiv*: el éxito con los hombres. ¿La cuerda virgen? La ambición por alcanzar otros logros, mucho más duraderos que los efímeros atractivos físicos: convertirse en una figura del París

de las letras y las artes; ser leída, conocida, admirada, tal vez pasar a la posteridad como aquella circasiana, aquella bobalicona que habría podido, como favorita del regente, interpretar el papel del que más adelante se apropiaría la Pompadour. Qué error había cometido al rechazarlo, pensó Gulnar, y luego dijo: «Yo, en su lugar…». Lástima, ya no había regente ni rey de Francia que seducir y los hombres de Estado del momento, demasiado intercambiables por añadidura, no despertaban esa clase de nostalgia. Pero de una cosa estoy segura: Mademoiselle Aïssé, convertida en un modelo para Gulnar, despertó en ella el gusto repentino por cultivarse. A partir de aquel día se prestó, y seguiría prestándose más aún, a los esfuerzos educativos de Jérôme. Todo transcurría como si su sueño (el sueño de Jérôme) hubiera sido realmente premonitorio y Mademoiselle Aïssé, encarnada en Gulnar, le insuflara su seriedad, su perseverancia en instruirse. El cuento que su profesor, súbitamente inspirado, le había servido hacía maravillas. No olvidemos que la mente de mi prima, muy vivaz, solo pedía expandirse en flores multicolores, como esos palitos secos de los cuales los artificieros saben sacar munificentes fuegos artificiales.

Una vez más me consumían los celos, pero desviados hacia un objeto distinto del éxito con los hombres. Bien es cierto que Jérôme, la delicadeza personificada, fingía incluirme en su iniciación, pero yo no me dejaba engañar: sabía que no era más que un suplemento gratuito de la obra principal, que interpretaba un papel secundario de dama de compañía. Tragándome el sentimiento de humillación que me reconcomía, intentaba sacar algunas bazas de aquel juego sin gloria. Leía todos los libros que Jérôme traía a Gulnar, hacía de ellos mi miel, o más bien mi ambrosía que, según se dice, es nueve veces más dulce que la miel; los acompañaba, cuando mi trabajo me lo permitía, en las visitas a los museos; literalmente me pegaba a los libros de arte que Jérôme regalaba por docenas a su alumna, con su principesca generosidad a la que nos habíamos acostumbrado. Lo escuchaba, aguzando el oído, perorar sobre el

arte jemer o maya, sobre la arquitectura barroca de la basílica de Vierzehnheiligen o de la Plaza Mayor de Salamanca.

Bajo su influencia iba a convertirme al mismo tiempo en balzaquiana, stendhaliana, flaubertiana, proustiana. Incluso en el ámbito de la música tuvo mucho que hacer para formarnos, porque fuera de Chopin y Beethoven éramos prácticamente incultas.

La tarea que había emprendido requería contactos frecuentes y prolongados. Ahora bien, eso no interrumpía la vida amorosa de Gulnar y la confrontaba con los celos irracionales de Nicolás Carpoff. No era que temiese la rivalidad de Jérôme: la idea de que una mujer, sobre todo como Gulnar, lo remplazase por un hombre de constitución delicada, «un aborto de hombre», decía con desprecio, le parecía absurda. Pero su presencia casi cotidiana lo irritaba hasta tal punto que incluso le costaba saludarlo cortésmente. ¿Su inteligencia, su sutileza, su cultura? Se enfurecía cuando Gulnar le hablaba de él, pretendía que Jérôme era un impostor, exigía ver sus diplomas y afirmaba que el supuesto refinamiento intelectual con el que Gulnar no callaba no era sino una forma de decadencia extrema, una debilidad mental en cierto modo, donde todos los valores se mezclaban y acababan llevando a una duda universal y delicuescente. ¿De dónde sacaba aquellas nociones que tan poco concordaban con su mentalidad infantil? Sea como fuere, las usaba con aplomo a modo de autodefensa contra la creciente influencia de Jérôme. Otra forma de rebajarlo a ojos de su apasionada amante consistía en recordarle a cada oportunidad y sin venir a cuento la fragilidad física de Jérôme, a quien el menor esfuerzo agotaba, enteco, friolero, arrebujado. Al menos sacaba de ello la consoladora certeza de que Gulnar no pediría a Jérôme más satisfacciones que las intelectuales y de que la traición se detendría en seco ante la cama. Ese consuelo estaba no obstante envenenado por la superioridad de Jérôme en otros ámbitos y Nicolás perdía los nervios cuando se lo encontraba casi todas las noches en casa de Gulnar. Cuando al fin Jérôme volvía a su casa,

porque le gustaba acostarse temprano, Nicolás hacía estragos:

—A ese, un día lo voy a matar. ¡Qué engendro, qué pseudo-hombre! ¿Por qué pareces tan cansada? —preguntaba a Gulnar, suspicaz pese a todo.

—No por haber hecho el amor, tú tranquilo. Ese placer que se saca siempre del mismo sitio… Qué mortal monotonía, hasta con las variantes, que también son siempre las mismas. Por lo menos Jérôme…

—Tampoco te aburres tanto en mis brazos —la interrumpía Nicolás indignado. Como tantos hombres, se creía de una seducción fuera de serie e imaginaba que dejaba a sus amantes recuerdos imperecederos, cuando en realidad los recuerdos de Gulnar al respecto perecían unos diez minutos después de la marcha de su amante.

Pero otro motivo de celos asolaba a Nicolás, haciendo de su vida un tormento constante, celos considerables en esta ocasión: Otto, ausente, lejano, pero siempre presente mediante sus cartas a veces cotidianas y los bienes materiales que venían todos de él y casi tan necesarios para Gulnar como el aire que respiraba.

—Ese alemán asqueroso —despotricaba—. De hecho, seguro que es judío. —Porque, como la inmensa mayoría de los rusos, olía a judío en cualquier parte donde subsistiera la menor desviación de una pertenencia ortodoxa y eslava a prueba de dudas. Cuando Gulnar comentaba que la madre de Otto provenía de Galitzia, él respondía, no sin cierta razón, que uno puede contar cualquier cosa en ausencia de pruebas.

Reprochaba a Otto sus negocios «con esos malnacidos» (es decir, los sóviets) y que le produjeran unos beneficios que en realidad él también disfrutaba, pues no desdeñaba ni el caviar ni los caldos que Gulnar le servía.

«Le servía…». Ello por mediación de Clémentine, que ojeaba a Nicolás con aire cómplice y socarrón y disfrutaba patentemente con la idea del «viejo» a quien se engañaba sin escrúpulos; ese pobre «viejo» cuyas cartas desbordantes de amor andaban rodando por todas partes y que Gulnar quizá no leyese siquiera

hasta el final.

—Mira que es pesado con lo de su amor —me dijo el día que se lo reproché—. La gente que te lo impone por todos los medios me recuerda a los cebadores de gansos: ¿no quieres? Pues te aguantas, come igual. Por cierto, qué práctica más inmunda. Es curioso hasta qué punto la gente, por civilizada que sea, sigue siendo tan bruta cuando se trata de la comida. Ponte en el lugar de un ganso… Aunque, la verdad…

Yo sabía qué estaba pensando: no me hacía falta ponerme en el lugar de un ganso, porque más gansa era yo. Y eso porque no tenía un amante, tema de conversación inagotable entre nosotras y que, por consiguiente, a la larga me agotaba.

—La verdad es que tú eres igual de gansa —proseguía Gulnar, confirmando así mi perspicacia—. Lo normal es que una joven disponible tenga un amante; y si te crees virtuosa por cocerte en tu castidad, desengáñate: eres tonta, nada más. Si tanto necesitas distinguirte, busca otra forma de hacerlo. Además, tu virtud al final resulta insultante.

—¿…?

—Sí, me desafías con tu conducta.

—¿…?

—Sí, querida, ¡me desafías! ¿Cómo quedo yo? Es intolerable y me harás el favor de salir del convento imaginario en el que te has encerrado con tus sueños. Ya sé, ya sé: esperas el Gran Amor, ese engañabobos para modistillas, esa quimera para mentes retrasadas que solo se encuentra en las novelas baratas.

—¿Novelas baratas? En *Rojo y negro*, en *La Cartuja de Parma*…

Me interrumpió para tirarme a la cara esta afirmación como poco original:

—Stendhal exageraba para seducir y atraer al público femenino. Haz referencia mejor a Choderlos de Laclos…

Jérôme habría sonreído satisfecho al oír a sus alumnas de literatura francesa pelear a golpe de nombres de escritores que él les había revelado hacía apenas unos meses. Nos volvíamos presentables con esa simple capa de barniz que nos había

pasado: la sombra de Mademoiselle Aïssé empezaba a perfilarse en el horizonte.

—Mira, ya está bien. He sugerido a Jérôme que te busque un amante entre sus muchos conocidos y está en ello.

Hallé la fuerza de rebelarme contra esa humillante empresa y grité furiosa:

—No soy una gata en celo, no quiero a un hombre que no haya elegido yo misma: con una vez me basta y me sobra. —Me refería a mi matrimonio tan mal avenido—. Y además, tengo derecho a ser lo que soy. Jérôme, sí, Jérôme en persona dijo un día que no es tan fácil ser libertino. Yo no valgo para el libertinaje, ya está.

Ni Gulnar ni Jérôme tomaron en cuenta mis palabras, que el viento dispersó sin dejar rastro; porque apenas habían pasado unos días desde aquella conversación cuando mi prima me anunció esta noticia: Jérôme me había encontrado un pretendiente.

—Es su primo por alianza de una prima por alianza. Vive en Orleans, es cirujano, viudo, cariñoso, rico, en busca de compañera; en absoluto el tipo de libertino que tú temes, por lo visto, vete a saber por qué. Jérôme le ha hablado de ti y se muere de ganas de conocerte: al parecer no es muy listo ni muy culto, pero es muy, muy amable y harás lo que quieras con él.

—Pero es que yo no quiero hacer nada con él. Te dejo a ti a ese señor no muy listo, no muy culto… lo suficiente para mí, entiendo, que tampoco es que sea muy lista, ¿no?

—¡No seas tonta! Será tu prueba de vuelo, precisamente porque es muy maleable: te afilarás las uñas con él.

¡Qué cosas se le ocurrían a Gulnar! De nuevo la imagen de la gata en celo se me vino a la cabeza.

—Pues yo no quiero a tu cirujano maleable.

Gulnar no parecía oírme:

—Viene mañana por la noche con Jérôme y nos iremos a cenar los cuatro. Será encantador.

—¿Para quién? —Yo no hablaba, ladraba.

—Para todos nosotros —respondió Gulnar con una serenidad olímpica.

No dormí en toda la noche: deseaba y rechazaba al mismo tiempo aquel encuentro que se me presentaba como algo obsceno, puesto que los cuatro sabíamos a qué tendía. Tejemanejes sin llamarlo por su nombre, complicidad hipócrita entre varios, conmigo en el centro exhibiendo atractivos que —¿y por qué no?— quizás no obtuvieran el sufragio esperado. Abochornada por aquel pensamiento, hundí la cara en las plumas de mi almohada y juré que esquivaría el encuentro.

A lo largo del día siguiente, viví como una sonámbula, quitándome y volviéndome a poner los vestidos y trajes de chaqueta de la colección como una autómata, sin oír las palabras que se decían a mi alrededor, sin responder a las preguntas.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Mary, siempre la primera en percatarse de las anomalías del día.

Cuidé de no explicar el motivo de mi turbación, pretexté un dolor de cabeza.

Volví a casa, desgarrada entre la aceptación y el rechazo, entre el miedo a desechar un regalo del destino y el temor a un encuentro lleno de incertidumbres. Gulnar me abrió la puerta en persona, me envolvió en una mirada inquisidora y me dijo que fuese a maquillarme más.

—Ya estoy bastante maquillada así.

—De eso nada. Hay que deslumbrar al tal Lucien Grandot. Es un provinciano, espera encontrar a una modelo muy maquillada, muy atrevida. Tiene que amortizar sus gastos.

—¿Qué gastos? —Bruscamente, la rabia me devoraba: estaba harta de que Gulnar me tratase como a una esclava—. ¿Acaso piensas que voy a ser una mantenida como tú?

Se puso lívida de rabia:

—¡Así me agradeces mi solicitud!

—¡Solicitud, solicitud! ¿Y qué más? —grité exasperada—. No tengo ningunas ganas de hacerme amante de ese cirujano de provincias. Soy libre que yo sepa, ¿no?

—Muy bien, querida, pues muy sencillo: diré a los señores que estás indispuesta, que no podrás cenar con nosotros.

Salió con aire majestuoso y yo, toda revuelta, me fui a mi habitación. Ahora que podía evitarlo, aquel encuentro se engalanaba con todos los encantos de lo desconocido, y me sumí en la agonía del sí-no. Oía a Gulnar atareada en el baño que separaba nuestras dos habitaciones; seguía en mi imaginación sus preparativos y las lágrimas contenidas me quemaban la garganta. Jérôme y el Candidato debían venir a buscarnos a las ocho y a cada minuto que nos acercaba a su llegada crecía mi deseo de conocer al desconocido. Sin embargo, si Gulnar no volvía a azuzarme, ¿cómo salir de la bochornosa situación en la que tan neciamente me había metido?

Furiosa, aguzaba el oído, esperando que viniera a mí, pero no, había acabado de acicalarse en el baño, estaba en otra parte; después sonó el timbre de la puerta, oí voces a lo lejos, risas, primicias de una fiesta de la que yo estaría excluida, de una dicha que yo había rechazado. Y nadie venía a buscarme, me dejaban abandonada a mi suerte de cenicienta, ningún hada me convertiría en princesa: era rechazada, olvidada, despreciada. Entonces, con un movimiento que escapaba al control del amor propio, salí al pasillo donde oía avanzar a Gulnar, la agarré al vuelo y le grité con una voz vibrante donde entraban a la vez la humillación, la irritación, el rencor, el deseo, que lo había pensado mejor, que iba a reunirme con ellos.

Me escuchó y, como siempre inmodesta en el triunfo, me llamó inútil, voluble, estúpida, acabando con: «Venga, date prisa y trata de no comportarte como una paleta. Está muy bien el tal Lucien Grandot».

Me abalancé hacia el espejo para pasarme el peine, volver a ponerme colorete en las mejillas ya moradas y, avergonzada de la cabeza a los pies por aquel cuerpo que de pronto se me presentaba como un objeto que hubiera que poner en un escaparate, fui hasta la puerta del salón sin atreverme a abrirla: la timidez y el sentimiento de insuficiencia rara vez ausentes de

mi cabeza en aquella época de mi vida y, sobre todo una vergüenza punzante, me paralizaban. Cada vez que acercaba la mano al picaporte, un reflejo más poderoso que todas mis resoluciones la detenía, la hacía retroceder, tormentos que no habrían cesado nunca de no ser por la intuición de Gulnar. Del otro lado de la puerta, lo había adivinado y, abriéndola de par en par, apareció cual destino ineluctable.

—Idiota —murmuró, y en voz alta y melodiosa dijo—: ¡Ah, precisamente aquí está! Entra, querida.

Habiendo perdido tota posibilidad de elección, entré en la sala, tendí la mano a Jérôme, al pretendiente, me senté al borde de la silla y me clavé la madera en el muslo sin prestar atención: era incapaz de hablar, pero Gulnar peroraba por diez, así que mi silencio carecía de importancia. Eché una mirada furtiva a mi amante en potencia y hube de reconocerle un rostro agradable, un porte elegante, cuando me habría gustado encontrarlo horrendo para cortar de raíz cualquier posible consecuencia. Ya me irritaba por su forma de hablar, de susurrar con voz suave, por su mirada humilde, por su falta de virilidad que una aceptaba en un amigo como Jérôme, pero que podía presentar inconvenientes en un amante.

La primera pregunta que me hizo fue la que un francés nunca deja de hacer a un extranjero, y que resulta de una agresiva estupidez, puesto que pide, exige, una respuesta afirmativa.

—¿Le gusta Francia?

Por educación, y aunque la odie, el extranjero debe exclamar que la adora, de ahí la errónea creencia del francés en el amor universalmente profesado a su país. Pero ya lo he comentado: Grandot me irritaba y, en lugar de exclamar con entusiasmo que adoraba su país, cosa que era cierta, respondí con un «sí» en tono huraño. En realidad estaba pletórica, porque Grandot ya no me intimidaba, lo que es más, sabía que nuestros papeles se invertirían, que sería yo quien lo intimidase a él y que tal vez lo

convirtiera en mi víctima. Me había bastado con aquel contacto inicial para sentirme liberada de mi timidez y ponerme al mando de nuestra probable relación.

Mi actitud no lo desalentó; me hizo otra pregunta, momento en que Gulnar intervino con su sentido de la pertinencia y habló largo y tendido de mi reserva, de mi «insociabilidad».

—Lleva años en París pero parece que acabara de salir del harén, así que no haga caso de esa apariencia arisca: solo está intimidada. Es curioso, la verdad: yo, nada más llegar, ya me sentí parisina…

No perdía ocasión de ensalzarse a mis expensas y, en consecuencia, le lancé una mirada asesina que no se dignó a constatar.

Había llegado la hora de ir a cenar. El coche de Jérôme nos esperaba en la calle y Gulnar se sentó a su lado, obligándome a sentarme atrás con Lucien Grandot, que enseguida aprovechó la intimidad para hacerme con voz temblorosa una declaración repugnante:

—¡Si supiera cuánto me emociona conocer a una pequeña oriental como usted! Jérôme me la había descrito, pero reconozco que la realidad supera con creces mis expectativas. ¡Ah, Oriente! —suspiró—. Loti, el Bósforo, las *musmés*…

—Las *musmés* son de Japón.

—Es igual: las *musmés*, las desencantadas, todo eso me evoca imágenes deliciosas. Los cipreses, el Cuerno de Oro, la danza del vientre… —Le salía a borbotones el lirismo de los labios. Luego, de pronto, cambiando el tono conmovido por el de un hombre muy *matter of fact*—: ¿Quién es exactamente su Dios?

—Oh —respondí desganada—, es un señor muy majo.

—¿Cómo dice? —Y, sin esperar la respuesta, embargado por el ansia de saber—: Es usted musulmana, me ha dicho Jérôme, ¿habla musulmán?

—No conozco ese idioma. Mi lengua materna es el azerí.

—¿El azerí? —Lucien Grandot debía de creer que esa lengua tenía algo que ver con el azul del cielo y cloqueó con admiración —: ¡Ah, es formidable!

Incapaz de retener su exaltación, tan fuerte que debía expresarse mediante un gesto concreto, me agarró la mano que yo retiré con un movimiento brusco. Mi pretendiente quedó como fulminado.

—No se enfade —me suplicó con su voz empalagosa—. Por nada del mundo quiero hacer que se enfade, mi pequeña musulmana. Ah, cómo me habría gustado verla en su harén. Llevaba bombachos largos, ¿verdad?, y quizá transparentes.

Su imaginación era de una audacia sin límites y yo ni siquiera me molestaba en corregirlo. Durante el resto del trayecto suspiró mucho, osó hablar de sí mismo, de su clínica en Orleans, de su propiedad en Sologne donde esperaba que algún día le concediese el honor y el placer de acudir. Yo le respondía con onomatopeyas que no me comprometían y, acurrucada en mi rincón, me mostraba menos hospitalaria que una estatua de piedra.

La banalidad del tal Grandot me repugnaba, su dulzura me irritaba, tan poco apropiada para un primer amante que estaba resuelta a negarle ese papel.

No contaba con mi debilidad, con la fuerza de Gulnar y la perseverancia de Grandot. Venía todos los fines de semana con el único propósito de seducirme, se volvía cada vez más dulce y más humilde, sus miradas chorreaban miel al posarse en mi persona. Bajo el efecto de un amor contrariado, su banalidad se exasperaba, rozaba la grandeza. Me enviaba cartas caligrafiadas, con letra pulcra y regular, que empezaban con: «¡Suyo por siempre!» (nunca olvidaba los puntos de exclamación que dramatizaban esas palabras decisivas). Me traía rosas precisando que yo era la más hermosa del ramo, me hablaba de mis ojos de gacela y mis dientes de perlas. Perfecto en su estilo, nunca manifestaba, ni por descuido, un pensamiento original, conservando así una continuidad de carácter sin desconciertos ni

sorpresas.

Gulnar me acosaba sin descanso, me abrumaba con reproches y sarcasmos, afirmaba que Grandot tenía encanto y seducción, que cualquier mujer sana de cuerpo y mente no podría dejar de apreciarlo. Aguanté un mes entero y luego sentí que me ablandaba, de modo que una noche, en la penumbra del coche donde invariablemente quedaba relegada al asiento trasero con él, Grandot logró agarrarme la mano y no volver a soltarla. Entonces supe que estaba perdida.

¿Debo relatar ese acontecimiento que en mi mente se presentaba con una conmoción cósmica, o callarlo para evitar mostrarme de la forma más ridícula? Es una pregunta retórica que habría podido omitir, puesto que conocemos la respuesta de antemano.

La cosa empezó con una comida a solas con Grandot, algo que hasta entonces no había ocurrido, pues yo me negaba a salir con él como no fuera en cuadrilla. En las épocas de profusión en que la comida abunda, un hombre interesado por una mujer la alimenta antes de consumirla él mismo. Se ceba a la víctima antes de llevarla al holocausto; se engrasa y se engorda; se flambea con alcohol, se calienta de todas las formas posibles. No le tengamos lástima: ella acepta esos preparativos alegremente, aunque por decencia ponga cara de sumisa. En ese banquete de la araña, dos arañas se enfrentan y nadie puede predecir cuál devorará a la otra.

Dotada en aquella época de un apetito de caballero mongol, engullí sin esfuerzo delante de Grandot un pollo de tamaño mediano regándolo con múltiples copas. Sentí que tenía el alma de una ogresa; era una ogresa decidida a ceder a las súplicas de Grandot, pero en la misma medida resuelta a vencer a aquel hombre que me inspiraba desprecio y apenas deseo. Libre, me prometía serlo hasta el fin de los siglos y, para afirmármelo a mí misma, pedí otra copa de coñac ante la tierna mirada de mi futuro amante, a quien no desalentaban ni mi apetito de bárbara ni mi actitud altiva. Sin embargo, los efectos del alcohol

ablandaban por momentos mi estado de ánimo guerrero y entonces abandonaba mi mano a Grandot, que la retorcía en un ataque de pasión juvenil, pese a sus cuarenta primaveras, detalle que he omitido mencionar.

Después de la cena, me llevó al Bois donde hizo parar el coche en un camino desierto para mostrarme la luna colgada con pinta de estúpida sobre la copa de los árboles y que, según él, debía iluminar nuestras románticas conversaciones. Suspiraba, me llamaba su «cruel pequeña musmé», me hacía cosquillas en el cuello con sus besos, interpretaba al perfecto enamorado, salvo que lo estuviera de verdad. Entretanto, en mí se producía un desdoblamiento que habría de ser constante a lo largo de nuestra relación: su mediocridad me repelía, me llenaba de desprecio, pero mi carne se estremecía en contacto con sus labios. Y, de todas formas, el Bois se cubría de una tierna belleza, el mundo me sonreía cordialmente con su cielo y sus árboles, ocultaba tesoros al alcance de la mano, me bastaba con tenderla. Me entregaba a la gran ilusión, poco duradera.

Porque hete aquí que el coche pasaba bajo la bóveda de un garaje, en la calle Bergère. ¡Qué bonito nombre y qué engañoso![7] Sin la menor actitud concordante, entré en el hotel en que Grandot siempre se alojaba; hervía con intenso resentimiento en su contra, porque me obligaba a entrar en un hotel ante la mirada suspicaz del conserje, que sabía de antemano lo que yo quería ignorar: primera humillación; después me obligaba a entrar en el ascensor en estrecha intimidad con él, Grandot, para mí un desconocido, ante la mirada socarrona del joven ascensorista que también conocía mi futuro inmediato: segunda humillación. Y la puerta de la habitación con su número se abría entonces a la visión ignominiosa de una gran cama en la cual yo iba a aprender la libertad tan deseada. Le reprochaba a Grandot que no hubiera sabido, mediante algún truco de magia, saltarse esas etapas, a cuál más humillante, que daban el toque final a mi degradación.

Sin quitarme el sombrero y el abrigo me senté en una butaca,

embargada por el odio y la vergüenza, decidida a hacerle pagar por esas humillaciones humillándolo a mi vez. Él, desbordando esperanza, se instaló cómodamente en el brazo de la butaca y me cubrió de besos, exactamente iguales a aquellos con los que los protagonistas de las películas cubren a las heroínas, besos que siempre me habían dado tanta envidia. Pero mi mente se rebeló, seguida por mi cuerpo; empujé a Grandot, que evitó la caída agarrándose al respaldo de la butaca, y le espeté con voz ronca:

—Déjeme, me marcho…

—¡Querida, no puede ser, no me vas a hacer eso! Te amo.

Ya me estaba tuteando, vulgaridad que me indignó.

—Ja, ja —reí de un modo que esperaba fuera satánico para señalar mi desprecio, mi repulsión, mis dudas relativas a aquel amor.

Grandot se habría quedado estupefacto de haber sabido qué vientos enfrentados soplaban en mi mente. Porque deseaba el amor, incluso el de aquel hombre al que despreciaba. Aspiraba al amor, dispuesta a encarnarlo en cualquier sujeto, porque era joven, porque «me picaba el corazón» como dice Stendhal; porque también mi cuerpo aullaba de sed junto a la fuente en la que latía el deseo. Pero la idea de desnudarme ante aquel desconocido, de meterme en la cama para sufrir el contacto de una carne extraña, me aterraba. A punto estaba de extrañar a mi marido: físicamente nunca había dejado de desagradarme, pero al menos —una vez superados todos los vejatorios preliminares— había dejado de sentirme abatida por el pudor en su intimidad. La costumbre, el tiempo, habían llevado a cabo su obra de disolución que todo lo banaliza. Pero volvamos a aquel pobre Lucien Grandot cuyo rostro expresaba todo el alcance de su decepción, lo que espoleó mi cólera.

—¿Por qué se empeña en molestarme? —Le lancé esa pregunta a la cara como una flecha envenenada.

Se hundió entonces en un mar de lamentos, habló de su cariño y mi crueldad, se retorció las manos, que tenía largas y hermosas, dignas de su oficio, llegó incluso a simular que se

arrancaba los pocos cabellos ya grises que le quedaban. Cuanto más se rebajaba ante mí, yo más lo aborrecía, porque en su opaca estupidez no comprendía que su actitud me dejaba al mando de la situación y me imponía iniciativas que precisamente me repugnaban. Tendría que haberme vapuleado, impuesto la sumisión por algún medio imperioso, violado en caso de necesidad, en lugar de cambiar las reglas del juego arrastrándose a mis pies. ¿Qué era lo que quería: que me descalzase, me desnudase, me metiese en la cama delante de él como si se tratase de lo más banal del mundo?

Ante mi rostro cerrado, lleno de odio, Grandot perdía los últimos vestigios de seguridad en sí mismo y balbucía palabras que yo ya no escuchaba, atenta únicamente a la rabia que asolaba mi corazón.

Sus lamentos me exasperaban, porque si alguien era digna de compasión era yo, presa de aquel lastimoso calzonazos. Cuando volvió a sentarse en el brazo de mi butaca para intentar un nuevo abordaje, lo empujé vigorosamente y otra vez estuvo a punto de caerse de espaldas, recuperando el equilibrio por los pelos.

—¡Déjeme en paz! Haga el favor de acostarse y no me moleste más. Yo dormiré aquí, en esta butaca.

Entonces Grandot lloró. Sí, algo espantoso, lloró: como un niño, con sollozos contenidos y lágrimas aparentes, y entre dos hipos lograba balbucir: «cruel, cruel», y se olvidaba de la «pequeña *musmé*». Ni el menor rastro de lástima surgió en mi corazón de acero ante aquella escena que me parecía ridícula y, para huir de ella, miraba fijamente con odio las rosas de la alfombra a mis pies. Eran grandes rosas rojas reunidas en ramos me llevaron a mil leguas de allí, hacia la Persia de los poetas donde habíamos buscado refugio para escapar de la enésima perturbación histórica que devastaba nuestro Azerbaiyán natal. Me llevaron a campos de rosas tan vastos que solo se veía su fin muy a lo lejos, donde se detenían ante un río, y de los que se alzaba un olor concentrado que incluso nos perfumaba los

vestidos. Estancia persa iniciada en el idilio de una paz recobrada, pero acabada entre las fiebres del paludismo que nos asolaron a unos tras otros. Recuerdos donde el bien y el mal se entrecruzaban como esas guirnaldas a mis pies, recuerdos que, durante unos instantes, me hicieron olvidar la calle Bergère en el distrito diez y al cirujano de Orleans que mendigaba mi amor.

Cuando volví a fijarme en él lo encontré en una fase de auto-consuelo, a falta de algo mejor: enjugándose los ojos, sonándose la nariz, mirándome con aire manso y resignado. Se levantó, se metió en el baño y enseguida salió con un pijama gris de anchas rayas azules que le daba aspecto de payaso. Nada podría haber combinado peor con su cara seria, ornada con gafas de pasta negra, que ese flamante pijama, muy *Vie parisienne*. Le di la espalda con desdén.

Se metió en la cama, esperó unos instantes y luego me preguntó con voz agónica:

—¿No vienes a acostarte, querida?

—¡No!

Alzó la cabeza, me miró penosamente, volvió a dejarla caer sobre la almohada, como extenuado, y lanzó un suspiro que valía por diez.

—Me da usted asco —dije con saña y, para no desmentir mi reputación de crueldad ya bien establecida, añadí—: Parece un payaso.

—¡Oh! —exhaló y quedó en silencio.

Poco se podía decir después de aquella explicación definitiva.

Solitaria, una lamparita alumbraba la esquina de la cama, dejando el resto de la habitación en penumbra, en oscuridad y silencio. Yo callaba, pero la maldad hacía estragos en mí como una gran tormenta siberiana. Y de ese mismo modo me ennegrecía el alma, la helaba, me convertía en un ser eminentemente mezquino que tramaba oscuros planes. Oscilaba entre ambos extremos de la alternativa que se me presentaba: consumar la humillación de Grandot cubriéndolo de comentarios ofensivos o marcharme sin decir más. Tras debatir la cuestión

conmigo misma opté por la segunda solución, que me parecía a un tiempo más aristocrática para mí y más humillante para Grandot. Así que me levanté y me dirigí a la puerta con paso firme.

—¿Qué haces?

Grandot se había incorporado de un salto. Sin responder, agarré el pomo de la puerta, pero no tuve tiempo de abrirla. De otro salto se me había echado encima, me arrastraba con un vigor digno de Goliat hacia la cama, me embutía entre las sábanas, literalmente, tal cual estaba, calzada y con sombrero, y con el bolso colgando del brazo. Luego se acostó a mi lado y me mantuvo encerrada entre sus brazos, que rodeaban mi busto como dos sólidas cuerdas.

—¡Está usted loco! —exclamé, como convenía hacerlo en tales circunstancias, pero ¡ah!, qué liberada me sentía. ¡Por fin iba a violarme sin pedir mi consentimiento! Y la espantosa maldad se retiraba de mí, como si el calor de Grandot la atrajese y la hiciera salir de todos mis poros. ¡Qué admirable refugio es el pecho de un hombre! Ni la almohada más mullida del universo entero podía rivalizar con ese hombro de varón donde la cabeza descansaba como en un estuche de terciopelo. Y el calor, el milagroso calor humano, mezcla de sangre y amor, y esa presión de una mano que acaricia, y ese envolvimiento, esa fascinación… Me hacían perder la cabeza, aunque no tanto como para no preocuparme por mi sombrero aplastado, los zapatos en mis pies, mi ropa arrugada. Debí de transmitir mis pensamientos a Grandot porque me quitó el sombrero, me descalzó, me desabrochó el vestido. Yo lo ayudaba con la esperanza de que no se percatara de mi consentimiento tácito: me sonrojaba ceder, como un acto vergonzoso.

Durante un tiempo, corto, largo, ni lo sabía, Grandot se convirtió en un dios y lo siguió siendo mientras me amaba en silencio. Convertida en su criatura, supe que el amor justificaba el daño que pudiera hacernos, que nos creaba y recreaba: que estaba al principio del mundo y que coronaría el fin de los

tiempos. Pero la presión de sus brazos cedió y Grandot murmuró: «Mi pequeña *musmé*…».

Y el dios de pacotilla rodó en vertiginosa caída hacia el abismo de la tierra y volvió a ser un hombre como millones de otros hombres, más ridículos aún que el común de los mortales. Del cuento de hadas, de la fiesta, nada quedaba.

Sin embargo, pese a todo, el tan esperado acontecimiento al fin se había consumado: tenía un amante, podía afrontar la mirada de Gulnar, podría contar mi aventura a mis colegas modelos. ¡Acontecimiento transformador, de considerable alcance! Atribuyendo a Grandot las mismas apreciaciones, esperaba oírlo glosar sobre el tema hasta el alba, delirar de alegría, amarme hasta el amanecer, y de antemano le perdonaba todas las simplezas que no dejaría de servirme al estrecharme. Y entonces yo abracé esa carne ya un poco familiar y Grandot reaccionó con ternura, pero de repente quedó inmóvil y oí un ruido tan horrible para la joven imbécil loca de quimeras que era yo, que todo pareció derrumbarse en torno a mí: ¡se había atrevido a roncar! No muy fuerte, eso es verdad: digamos que resoplaba de más. Pero qué más daban los decibelios, solo contaba la blasfemia. Se atrevía a dormirse y roncar cuando yo, palpitante de fervor, lo esperaba… Me arranqué de sus brazos. Despertó, gruñó ligeramente, farfulló unas palabras confusas: me levanté de un salto y me arrojé, vestida con la combinación, a la misma butaca, decidida a pasar allí la noche, aunque tuviera que morir de neumonía: mártir era y mártir seguiría siendo.

—¿Qué te pasa? —preguntó el dios caído, despierto.

Su estupidez, junto con su zafiedad, me indignaron.

—Patán —exclamé.

Gimió, se sentó en la cama y entabló las negociaciones para hacerme entrar en razón. Hirsuto, con esa mirada vaga típica de los miopes, me pareció repugnante.

—Es usted feo y habría que estar loca para amarlo. ¡Mírese!

Continué unos instantes aquel monólogo acusador. Los malos pensamientos bullían en mí como pequeñas serpientes

venenosas, me devoraban el alma, me convertían en una arpía infernal, solo pendiente de escupir injurias a aquel pobre hombre, inocente a fin de cuentas. Cuando hube terminado, agotada mi imaginación, volvió a acostarse y se durmió innoblemente. Mi odio me dejó clavada a la butaca. Sobre las tres de la mañana, el frío me embargó, cosa de la que me alegré en un primer momento: mejor, moriría de alguna enfermedad contraída por culpa de aquel hombre sin corazón. Sufriría por ello, quizá muriese a su vez, al menos eso esperaba. Yo también me iba a reír entonces. Pero recordé que muerta no me iba a poder reír, y me desgarró la lástima por mi juventud segada. Fui yo quien lloró entonces: me sentí abandonada, abocada a toda clase de males por culpa del hombre que, por su parte, dormía calentito con toda comodidad. Sollocé un poco más fuerte para despertarlo, sin éxito. Sollocé más todavía. Me revolví en la butaca, pero nada. Finalmente, con la punta del pie empujé un objeto que estaba en la esquina de la mesa frente a mí y cayó al suelo con un fuerte ruido sordo. Entonces Grandot despertó y se encontró de lleno metido en el drama.

—¿Cómo? ¡Sigues en esa butaca y casi desnuda! ¡Querido, estás loca! (mezclaba los géneros, pero ¿qué más daba?).

Corrió hacia mí, me envolvió con sus brazos. Ya iba siendo hora: yo tiritaba, de frío, de nervios, de fatiga. Por un momento, el diablo volvió a tentarme, trató de despertar mi maldad, pero el agotamiento era más fuerte: sí, más fuerte que el diablo. Solo me debatí un poquito, en pro de la dignidad, y luego me dejé llevar a la cama, enfurruñada, pero con el alma en júbilo: el paraíso no habría resultado más cálido ni más dulce.

Los obstáculos que yo misma había erigido al fin superados, me instalé en mi relación con Grandot con el corazón lleno de sentimientos contradictorios: si bien físicamente me colmaba de placeres hasta entonces ignorados, me desagradaba en todos los demás sentidos. Yo empezaba a sufrir los estragos del esnobismo

intelectual en el que Jérôme me había iniciado y exigía de un hombre ingenio, cultura, cierto corte de pensamiento al que me gustaría llamar «parisino» y del cual actualmente estoy de vuelta. Despreciaba a Grandot por su incultura, su mal gusto en la mediocridad y hasta su falta de defensa en su relación conmigo. Debilidad, cortesía o indiferencia innata, no lo sé: pero podía decirle de todo, hacerle sufrir de todo sin que reaccionase más que con suspiros y lamentos.

La excelencia de su carácter resultaba no tener parangón: era necesaria para compensar la abyección del mío, de otro modo nuestra relación no habría podido durar más que unos días.

De vuelta a Orleans, tras aquella primera noche pasada conmigo en condiciones originales y duras para ambos, Grandot me escribió una carta en la que desplegaba todos los recursos de su mal gusto y que terminaba con una petición: que Jérôme, Gulnar y yo lo visitásemos en Orleans el fin de semana siguiente.

«Descansaremos de nuestras fatigas cotidianas con nuestras deliciosas rosas de Oriente».

Tras haberse reído cruelmente de la carta, las deliciosas rosas de Oriente aceptaron la invitación y Jérôme nos llevó a Orleans por una carretera que en aquella época estaba casi desierta, incluso un sábado por la tarde. Comparada con otras carreteras de Francia, aquella no era nada pintoresca y, sin embargo, ¡cómo me deleitaron los campos llanos con ramilletes de árboles dispersos rodeando una granja vieja, los campanarios de los pueblos que descubría por primera vez desde que estaba en Francia, porque aún no había salido de París! Ya solo las praderas llenas de hierba rastrera eran una revelación para mí, que había crecido en el desierto de nuestros campos salpicados por oasis con riego artificial. Veía y comparaba, como en planos superpuestos, lo real y lo imaginario, más allá de ese paisaje francés, que se asemejaba al de mi infancia. Los campanarios eran remplazados por las grúas, las praderas verdes por campos pedregosos, las aldeas de la Beauce por las casas con jardines y tejados planos donde crecían higueras enjutas. Las iglesias

coronadas por una cruz expulsaban a las torres de una mezquita, los niños rubios sustituían a los moritos que jugaban a las tabas; las estelas ojivales de los cementerios musulmanes se borraban ante las tumbas cristianas. No, no me desgarraba la nostalgia al evocar todo aquello, al contrario: sentía una dicha pura por haber huido de ese pasado cuyo cadáver pisoteaba alegremente. Si lo resucitaba era para volver a meterlo en su tumba, donde acabaría deshaciéndose en cenizas. Nadie ha apreciado más que yo su desarraigo, nadie se ha sentido mejor que yo en «el exilio», término que solo puedo transcribir entre comillas.

Orleans, que inmediatamente comparé con Bakú, me pareció una ciudad admirable, la segunda de Francia que iba a conocer, después de París. Jérôme, que no perdía ocasión de instruirnos, relató su asedio por los ingleses, la inverosímil epopeya de Juana que había acudido para combatirlos, nos mostró la catedral, la plaza de Martroi, las orillas del Loira, que cortaba la ciudad. La erudición, como siempre, salía a chorros de los labios de nuestro profesor, que tenía el don prodigioso de instruir divirtiendo: habría podido hacer las delicias de miles de estudiantes si no hubiera preferido una vida sin más obligaciones que las que él mismo se imponía. Creo que ni Gulnar ni yo apreciábamos lo suficiente la suerte de tener para nosotras solas a aquel despertador de la mente, que unía a una cultura multiforme muchísimas otras cualidades: amabilidad, generosidad, tolerancia y sentido del humor.

Después de aquella lección de historia por el método directo, nos llevó hacia una calle estrecha, al margen del mundo, donde la hierba crecía en abundancia entre grandes adoquines, y detuvo el coche ante una casa blanca, rodeada de olmos. Grandot debía de acechar nuestra llegada, pues el portalón que daba a un patio ajardinado se abrió casi al momento y apareció mi enamorado, visiblemente conmovido: era un sentimental prototípico, todo lo que yo odiaba, en realidad, y lo iba a saber pronto, a menudo, muy dolorosamente.

El coche entró en el patio que parecía dormido, al igual que la

casa con sus ventanas de cuadritos, su aire familiar y encantador. Pese a sus dos siglos de antigüedad, nunca había visto a personas de nuestra raza, debíamos de causarle una impresión extraña y me pareció que nos guiñaba un ojo. Sí, su ojo de buey precisamente.

Grandot me agarró por la cintura, me susurró al oído: «mi *musmé* adorada» y nos condujo a la primera planta, a un salón abarrotado de butacas, marcos, espejos, jarrones, candelabros dorados o plateados, todos brillando de falsa magnificencia. Grandes lazos adornaban cojines bordados; desnudos, hombres, mujeres, niños, se contorsionaban por todas partes en poses *contra natura*; tapetes de encaje y flores artificiales completaban el conjunto.

—Su casa es encantadora —dijo Gulnar, que así lo pensaba. En Bakú, aquel salón habría gustado a cualquier persona normal: su padre había mandado construir una casa de estilo árabe-gótico-renacentista cuyos salones se parecían a aquel. Jérôme aún no había formado el gusto de su alumna en cuestión de mobiliario: no puede hacerse todo en unos meses. Debía de alegrarse en secreto del mal gusto de aquel primo de un primo de un primo y prometerse completar la cultura de Gulnar. Dotado, además de sus numerosas cualidades, de una intuición extraordinaria, me miraba a hurtadillas, adivinando mis pensamientos.

Un criado nos trajo aperitivos, los bebimos y de pronto todo me pareció absurdo como un sueño absurdo: ¿qué estábamos haciendo en aquella provincia francesa, donde desentonábamos por ese relente del islam que aún flotaba en torno a nosotras y que los pocos años que nos separaban del Cáucaso todavía no habían disipado? En mi imaginación vi a mi abuela con su velo que seguía viviendo en la época de la Hégira: ¿qué diría al vernos allí junto a esos dos *giaours*, uno de los cuales era mi amante? Una enorme oleada de tedio me invadió, surgida de aquel regreso al pasado, tedio que por su parte también resultaba absurdo: ¿no tendría que alegrarme de la muerte de un mundo

que aborrecía? Pues no, como una tonta tenía ganas de llorar, me enfurruñaba, me quedaba helada, dejaba de escuchar la conversación, por suerte muy animada, en la que ni siquiera me invitaban a participar.

A los cambios climáticos brutales que nuestro cuerpo tan a menudo debe padecer, a los que ha de enfrentarse para sobrevivir, corresponden esos saltos bruscos de nuestra temperatura psíquica, debidos a no se sabe qué, pero que nos agreden sin piedad, sin razón incluso, y que hemos de combatir para conservar nuestro equilibro interior. Esos estados de ánimo insólitos, más o menos frecuentes, más o menos devastadores (¿según nuestra constitución fisiológica o psíquica?), son la plaga de nuestra condición humana porque su característica principal consiste en caer casi siempre en la depresión. Rara vez nos otorgan momentos de dicha donde todo parece florecer en nosotros, a nuestro alrededor, transfigurando el mundo en una verde pradera. Ni el hombre más aguerrido se libra de esas metamorfosis interiores, por resistente que sea.

Por mi pequeña parte, los estados de ánimo me han consumido a fuego lento o intenso, prohibiéndome así el acceso al templo interior donde no llueve ni sopla el viento: la serenidad. Habrán de perdonarme la interrupción: explica en cierto modo mi comportamiento. Inexcusable, lo sé de sobra.

Los escuchaba a los tres y los odiaba a todos: Gulnar, con su aplomo de muchacha que desconoce los fracasos, Grandot, chorreando sentimentalismo, hasta Jérôme me parecía de repente afectado; pero más que a los tres me odiaba a mí misma: lo que era y lo que nunca sería. Tenía ganas de escapar, de hundir la cara en la almohada y de llorar hasta hartarme, en lugar de lo cual fui con los demás al comedor, de peor gusto todavía que el salón, pero donde al menos encontré una cena a mi gusto. Cuántas contradicciones en nuestro comportamiento: mi estado de ánimo en modo menor no disminuyó en absoluto mi apetito y comí por dos, sin por ello mostrarme más amable con Grandot, aunque no fuera más que por simple gratitud. La

complejidad de mi talante para con él se afirmaba y seguiría afirmándose en cada encuentro. Pero en realidad, ¿acaso era tan complejo? Podía resumirse de forma muy simple: mi cuerpo lo amaba, mi mente lo despreciaba. Su incultura, su cursilería, su sentimentalismo, su escasa virilidad fuera de la cama me exasperaban. No tardé además en descubrir en él una estrechez de miras, una falta de generosidad y, lo que es peor, una falta de inteligencia, defecto que compensaba con mucho afecto y una ciencia del amor que yo apreciaba, especialmente al inicio de nuestra relación, pero que a la larga me resultó monótona. ¡Ay, esos gestos! ¿Quién inventaría unos nuevos?

Grandot era especialista en volverme mala. Hay gente así, como pasa con ciertos libros o ciertas músicas: unos despiertan en nosotros al ángel con palabras de seda, otros al diablo que escupe llamas. Con Grandot yo escupía chorros de fuego con relentes sulfúricos. Disfrutaba hiriéndolo, humillándolo, señalándole sus imperfecciones que quizás él ignorase. No me importaba que yo poseyera otras igualmente flagrantes: al jorobado no le preocupa su joroba cuando se burla de la de los demás, algo que a fin de cuentas no resulta sorprendente, puesto que no ve la suya propia.

Toda aquella comida deliciosa no me devolvió el gusto por la vida. Al contrario, mi neurastenia se agravaba; ahora deseaba morir, menos por tristeza real que por una especie de lasitud y de tedio: Grandot me aburría, Jérôme me aburría. Cuántas historias, cuántas palabras, cuántos proyectos para al final acabar disolviéndose sin dejar rastro. Como pueden ver, estaba preocupadísima por mis estados de ánimo y, por consiguiente, me volvía consumadamente odiosa.

La cena terminó con un helado de fresa.

—El color de la esperanza —profirió Grandot mirándome con aire expresivo, siempre a la altura de su simpleza.

Volvimos al salón que, con la luz eléctrica, brillaba aún más victoriosamente con todos sus baños de oro. ¿Habíamos comido demasiado, bebido demasiado: era contagioso mi estado de

ánimo neurasténico? Fuera como fuese, la conversación languidecía; hasta Jérôme se veía cansado de hablar, él que era tan prodigiosamente locuaz, y un velo de tristeza parecía envolvernos a todos, pero ¿quizás mi imaginación me estuviera engañando de nuevo?

—Mi pequeña Musmé —dijo al fin Grandot—, está cansada, venga a acostarse.

Jérôme y Gulnar fueron a sus habitaciones y yo seguí dócilmente a mi enamorado. Unos segundos más tarde la ironía me devolvió el gusto por la vida: entré en un cuarto todo lleno de volantes, de jarrones, de flores: una lámpara con pantalla rosa (¿el color de la esperanza?) lanzaba una luz rosa sobre una cama de colcha rosa. Pero la guinda de mi entrada en el sanctasanctórum era otra cosa: un humo azulado llenaba la estancia en capas superpuestas, venía de un trípode donde ardían en mi honor incienso y mirra.

—Querida, quería darte una sorpresa y que aquí en esta habitación te sintieras como en casa, en Oriente. Pero el perfume no es lo bastante fuerte.

Sacó de un cajón un paquete de papel de Armenia y quemó hoja tras hoja, hasta que el cuarto se hubo transformado en taller de pruebas fumígenas o en fumadero de opiómanos, ambos asfixiantes. Logré decir entre dos hipos:

—Se lo ruego, abra la ventana.

—Nicolás ya es insoportable sin tener que pagar —confiaba Gulnar a Jérôme tiempo después—. ¿Cómo sería si me mantuviese? No podría salir sin darle una justificación precisa de adónde voy. ¡Ah, viva Otto! ¿Verdad, Jérôme?

—Parece muy simpático ese hombre a quien no tengo el privilegio de conocer. Solo se le puede reprochar una cosa: la deja demasiado tiempo sola.

La dejaba sola desde hacía ya casi cinco meses, por asuntos urgentes que lo reclamaban en Moscú, o en Berlín, o en cualquier

otro lado. La Rusia soviética de apenas quince años de edad, agotada, arruinada primero por la guerra y luego por la otra, la Civil, tal vez más atroz incluso, necesitaba todo lo que Occidente pudiese proporcionarle. Compraba, reconstruía, llamaba al rescate a técnicos y hombres de negocios. ¿Otto era solo un hombre de negocios? Nicolás afirmaba sin la menor prueba que se dedicaba al espionaje haciéndose pasar por industrial y lo repetía tan a menudo que acababa sembrando la duda en la mente de Gulnar a quien aquella idea, lejos de incomodarla, más bien exaltaba: le encontraba un aroma de romanticismo.

—Te has conchabado con un espía —decía Nicolás con cara de asco, sin precisar de hecho si Otto trabajaba para Occidente, para el Intelligence Service por ejemplo, o para los bolcheviques. Habría preferido lo segundo, pero después de todo Otto parecía más bien inclinarse hacia el capitalismo. Entonces sugería que era un agente doble, sacando provecho de unos y otros, y Nicolás completaba así la imagen de un Otto delator, chivato, traidor, dispuesto a cualquier bajeza, imagen que iba tan mal al «marido» de Gulnar como una crinolina a un asno.

Que nunca hubiera sido su marido, ni siquiera a la moda soviética, había quedado claro desde que ella hiciera las gestiones necesarias para cambiar su pasaporte soviético por el de Nansen, convirtiéndose así en una apátrida entre cientos de miles de rusos y demás refugiados políticos. Era evidente que, con su tendencia al lujo y la ociosidad, no tenía nada que hacer en un país donde reinaba en estado endémico la ideología comunista. Solo podía florecer en un sistema de explotación del hombre por el hombre, digamos en su caso, de explotación del hombre por la mujer. De hecho, a su manera, estaba apegada al hombre al que explotaba. Por desgracia, él también sufría de celos y ella se preparaba a enfrentarse a sus sospechas.

—¿Por qué tienen que ser todos tan celosos? —preguntaba a Jérôme—. Como si no hubiera de sobra para todos. Va a ser agotador explicarle que, como Penélope, he rechazado en su ausencia a todos los pretendientes.

Podía deducirse su llegada inminente de dos signos conjugados: los cheques se hacían cada vez más escasos, las cartas por el contrario cada vez más cariñosas y frecuentes. A medida que se perfilaba su llegada, Nicolás se iba mostrando más irascible y violento. Yo nunca había visto que los celos hicieran sufrir a un hombre hasta ese punto, que lo moldeasen entero como una enfermedad: se congestionaba, todo su gran cuerpo temblaba, farfullaba palabras sin sentido de las que podía inferirse que se disponía a matar a Otto, ¡nada menos! Nos daba miedo y Gulnar lamentaba los vínculos aun precarios que había tenido la imprudencia de formar con él.

—Dios mío, Dios mío, ¿cómo me deshago de ese elefante furioso? Jérôme, tiene que ayudarme. Tiene que encargarse de él, sobre todo cuando venga Otto, si no va a provocar una desgracia.

Finalmente, una mañana, Gulnar recibió un telegrama que anunciaba la llegada de Otto para el día siguiente. Oí el murmullo de Clémentine: «Ya verás qué risa…».

Esa mujer cada vez se tomaba más confianzas. Cómplice obligada por las circunstancias de los amores de Gulnar, creía por ello que todo le estaba permitido: cálculo natural para la vileza de su alma. Robaba objetos, dinero, escuchaba tras las puertas y bebía todo el alcohol al alcance de su boca. Luego, con la nariz roja, despeinada, la blusa desabrochada sobre su amplio seno, Clémentine se dedicaba en la cocina a hacer largos monólogos en los que, tomándose como testigo como si se tratase de una multitud, imaginaba novelas en las que interpretaba el papel protagonista, siempre magnífico. Se lamentaba por su soledad inmerecida, por sus nobles aspiraciones frustradas, por la incomprensión que sufría en un mundo cruel donde Gulnar y yo ocupábamos un lugar fundamental:

—¡Ay, ay, ay! ¡La juventud no tiene corazón! No saben lo que es estar sola, sin un alma que se preocupe por ti. ¡Ay, ay, ay! Cuando tengan mi edad, comprenderán lo malas que han sido conmigo. Pero será demasiado tarde: ya no habrá Clémentine.

Sin duda lloraba un buen rato, porque la oíamos sonarse ruidosamente, y después un gorgoteo, seguido a su vez por renovados lamentos.

Una visión del mundo tan amarga no está hecha para exaltar el valor y la energía. Bajo la influencia de su estado de ánimo, que en realidad nunca cambiaba, Clémentine pasaba horas cruzada de brazos; dejaba que las arañas tejiesen en paz sus telas en los rincones y que el polvo se acumulase en montoncitos detrás de las camas. Gulnar ardía en deseos de despedirla, pero por una vez le faltaba el aplomo: temía las reacciones de la borracha, su venganza quizás.

Cuando Nicolás supo de la llegada de Otto, palideció.

—Esta vez vas a mandar al diablo a tu Otto —dijo a Gulnar, que palideció a su vez.

—No lo voy a mandar a ninguna parte: se quedará donde está, es decir aquí mismo.

—Muy bien, ya me encargaré de mandarlo yo.

—¡Está loco! —exclamó Gulnar, como llevan milenios haciendo las mujeres indignadas de todos los continentes. Hizo al mismo tiempo un movimiento altivo con la cabeza, imitado de Mathilde de la Mole, que seguía sirviéndole de modelo desde hacía más de un mes. Se había acostumbrado a imitar a las heroínas de las novelas que leía: de hecho, lo hacía de forma inusualmente acertada. Jérôme, que asistía a la escena, la admiró; yo también. Les aseguro que ese movimiento de la cabeza, ese aspecto altivo, convenían perfectamente a la hija de un par de Francia.

—¡Está loco! —repitió con fuerza—. ¿Qué se propone hacer?

Se miraron con odio. Con el rostro tenso, los hombros encogidos, concentrados como si fueran a abalanzarse sobre un adversario en el ring, Nicolás parecía un gran primate, bello pero furioso. Gulnar, frente a él y sin despojarse de su distinción de hija de par de Francia, lo desgarraba en mil pedazos con la mirada.

—Patán —murmuró Gulnar entre dientes.

—¿Patán, yo? —gritó Nicolás—. Soy de mejor familia que usted y coronel del ejército imperial.

—Eso a nosotros nos da exactamente igual.

Señalo de pasada que Nicolás hablaba un francés macarrónico que no transcribo para no fatigar a los lectores. Así como existían en París docenas de restaurantes franco-rusos, también existía en la emigración un lenguaje franco-ruso original, al que algunos franceses encontraban cierto encanto, lo que no era mi caso: odiaba esa mutilación de dos idiomas de la que resultaba un galimatías ridículo.

Pero volvamos a nuestra escena de celos y odio. Como Jérôme por suerte estaba allí, llenó el siniestro silencio con consideraciones filosóficas sobre el destino del mundo. En realidad cualquier tema habría servido para romper el combate entre Gulnar y Nicolás, que cayó en el mutismo. No tardó en calarse su gran sombrero flexible, que le daba un aspecto byroniano, y se dispuso a dejarnos. Jérôme, a quien Gulnar suplicó con la mirada, se levantó a su vez.

—Se lo ruego, trate de seguirlo y de hacer que entre en razón —le murmuró al oído.

En verdad podía esperar de su amante devorado por los celos los designios más negros.

—Nunca más —me dijo cuando estuvimos solas— me relacionaré con un hombre joven. Toda su fuerza se transforma en celos. Espero que Jérôme no lo deje y lo ate corto.

Atar corto a Nicolás como si fuera un perrito me parecía una hazaña que a Jérôme le costaría realizar, pero me guardé mi pesimismo para mí. Gulnar parecía muy desgraciada y después de todo, me dije, ¿por qué no iba a poder serlo a veces ella también, sobre todo teniendo en cuenta que era ella misma quien había tejido aquella compleja trama?

Era sábado y volví a comer a casa (el sábado por la mañana aún se trabajaba en esa época en que los sindicatos parecían defender mal a las clases trabajadoras). Encontré a Otto rejuvenecido, alegre, con regalos para Gulnar y para mí. El

contraste entre su papel de sensato hombre de negocios y su humilde diligencia para con mi prima siempre me llenaba de lástima y estupor. Buscaba una mirada, una palabra amable, el más mínimo gesto de cariño. Pero Gulnar, cada vez más Mathilde de la Mole, permanecía distante, con una distinción que abrumaba al pobre Otto. En realidad, ella temía una provocación por parte de Nicolás y tal vez creyera poder defenderse con su actitud glacial de las acusaciones que le podían caer encima.

Cuando me encontré sola con él, Otto me preguntó:

—¿Qué le pasa, Dios mío? Ha cambiado, tiene un tono tan extraño, me intimida. ¡Ay, estoy muy, muy enamorado y al mismo tiempo soy tan viejo y tan poco digno de ella! Ha debido de engañarme —añadió con aire inseguro y me miró con aprensión.

Huelga decir que la idea de contarle la verdad ni se me pasó por la cabeza, sobre todo ante aquella actitud que pedía, que imploraba una mentira. Aquel pobre hombre tan estúpidamente enamorado me llenaba de compasión: más que nada me indignaban las miradas socarronas que le echaba Clémentine, encantada de la comedia que se representaba para el «viejo». Aquella complicidad involuntaria me repugnaba, me envilecía a mis propios ojos y, sin embargo, no podía librarme de ella.

Al día siguiente, domingo, charlábamos tranquilamente en torno a la mesa recogida, tomando café, cuando sonó el timbre. Gulnar me echó una mirada, yo le devolví otra, nos comprendíamos: nos embargaba la misma aprensión, porque no esperábamos a nadie más que a quien no queríamos esperar. Fuertes pasos en la entrada nos informaban ya sobre el visitante improvisado: y Nicolás apareció en un estado de embriaguez avanzado, seguido por Jérôme, visiblemente consternado por haber fallado en su función de policía. Más tarde supimos que le había sido imposible evitar que Nicolás se emborrachase, por más que lo hubiera seguido como su sombra y obligado incluso a dormir en su casa, la de Jérôme.

Nicolás caminaba con pesadez, manteniéndose recto.

Demasiado incluso, con ese andar sospechoso de los borrachos, rígidos por el esfuerzo de mantener el equilibrio; le brillaban los ojos y toda su persona expresaba el desafío. Gulnar lo presentó a Otto, torpemente, a media voz, somo si el nombre de Nicolás le hiriese los labios.

Se sentaron, Jérôme carraspeando para darse compostura, Nicolás soberbiamente desdeñoso, mudo, sin una palabra de cortesía habitual en los encuentros mundanos, para dejar bien claro que no pensaba limitarse a semejantes sandeces. Se proponía entrar de lleno en el drama que rehusaba suavizar, bien al contrario: miraba a Otto fijamente con descaro y, ante aquella mirada cruel de un hombre joven y guapo, el pobre hombre se removió en la silla, abrió la boca para hablar pero volvió a cerrarla, luego pareció apagarse, hundirse, desmoronarse interiormente y esperar el golpe de gracia que sentía venir. Y Nicolás, sin más demora, pronunció con voz fuerte, separando cada palabra:

—Vengo para afirmar mis derechos sobre Gulnar.

—Nicolás, se lo ruego… me lo había prometido —intervino Jérôme, pero Nicolás pareció barrerlo con un gran gesto del brazo.

—Sí, señor, ignoro si Gulnar lo ha puesto al corriente, pero yo prefiero las cosas claras: Gulnar y yo nos amamos y quiero casarme con ella.

Gulnar se puso en pie: adiviné que, bajo la espesa capa de colorete que le cubría las mejillas, estaba tan pálida como el pañuelo que llevaba en la mano.

—No solo no lo amo, sino que lo odio. Nunca he odiado a nadie tanto como a usted. Haga el favor de largarse…

Nicolás no se inmutó. Otto callaba. Lívido, miraba alternativamente a Nicolás y a Gulnar, con aire interrogativo y doloroso, como en busca de una solución imposible de encontrar. Qué humillado debía de sentirse, aún más que por las palabras de Nicolás por su juventud y su belleza, una victoria en sí mismas, a las que nunca podría vencer. Cuántas veces se había

quejado de que su edad abría un abismo entre Gulnar y él, lo volvía ridículo a sus propios ojos, le producía un sentimiento de desazón porque sabía que solo el dinero colmaba ese abismo.

—¿Quiere hacer el favor de salir? —repitió Gulnar de la Mole.

—¿Tiene usted el cuajo de negar que me ama? —Nicolás se puso en pie tambaleándose (¿por el golpe que ella le daba o por efecto de la ebriedad?).

—¿Qué amor? Está divagando. Es usted repugnante, con esa pinta de mujik borracho y sin modales. Haga el favor de marcharse y espero no volver a verlo si no es en el otro mundo: en el infierno, en el cielo, no me importa, siempre y cuando no sea en esta tierra. Es usted abyecto.

Nicolás trastabilló y Jérôme se acercó a él como para sujetarlo: «Venga, venga, querido amigo, no está usted en condiciones… Vamos, venga conmigo».

Pálido como la muerte, Nicolás ya no reaccionó; se dejó llevar por Jérôme, sus pasos se fueron atenuando a lo lejos, oímos el golpe de la puerta de entrada. Se habían ido. Había bajado el telón sobre aquella horrenda escena. Horrenda en todos sus aspectos: un hombre maduro que descubre su infortunio, un borracho que se comporta con crueldad y grosería, una mujer que reniega de él con frialdad para no perder a la gallina de los huevos de oro. Y eso no era todo: la escena continuaba, pero en otro registro. Otto lloró. Lloró como yo había visto llorar a Grandot: «*Cherchez la femme*». Cómo sabíamos desgarrarnos y desgarrar a los demás: esa era la ley de un mundo abominable donde mordíamos como lobos.

Gulnar lo miró, incrédula. Se acercó a él, le rodeó los hombros, lo besó con ternura.

—Ah, no, Otto, no va usted a llorar por culpa de ese mujik que se ha metido en la cabeza que lo amo, cuando me trae sin cuidado.

Otto se enjugó las lágrimas, besó la mano de Gulnar apoyada en su pecho, meneó la cabeza con aire triste.

—Es joven y guapo, y yo tan viejo…

—Se lo ruego, Otto, no dramatice. Desesperarse a causa de ese cretino que nos ha alegrado el día con su estupidez…¿No habrá creído una sola palabra suya? Nunca he sido su amante: está enamorado de mí y se imagina que lo amo.

—¿…?

Gulnar rumia. Lo veo en su rostro tenso, en la intensidad de su mirada ardiente: prepara un ataque, ataca.

—Y, además, ¿por qué me deja sola durante cinco meses? Aunque le hubiera dado esquinazo —tenía expresiones geniales — un par de veces, ¿qué más daría? Los amantes pasan, el marido permanece —en su caso, tampoco era exacto, pero la fórmula era acertada—. Ah, no, Otto, mire las cosas de frente: todo esto no tiene ninguna, ninguna importancia.

Otto parece calmarse, reflexiona y pregunta:

—¿Ha habido muchos amantes durante estos cinco meses?

—Que no, que no, se lo ruego, no hablemos más de eso. Lo amo, Otto, solo a usted.

La puerta se abre ante la hermosa mentira y Clémentine aparece con una bandeja en la mano, como para recoger el café.

—¿Qué quiere? —le pregunta Gulnar con dureza.

—Nada, señora, es para recoger…

La mentira, la mezquindad, están escritas por toda su cara.

—Miente, viene a ver lo que pasa. Ha debido de escuchar tras la puerta, de mirar por la cerradura. Estoy harta de sus indiscreciones, de sus borracheras, de sus incontables robos.

—¡Cómo, cómo! —Clémentine enrojece de furor. Osan acusarla de tales vilezas, a ella que es tan pura, tan solitaria, tan maltratada por el destino…—. Que la señora retire sus palabras, o si no…

—¿«O si no» qué? ¿Me está amenazando?

Cómo, ¿acaso Clémentine no había escuchado tras la puerta? Ignora que las amenazas, aún válidas hace media hora, ya no sirven: se han desvalorizado, definitivamente, Gulnar es invulnerable.

Otto se levanta. Señala con un dedo imperativo hacia la

puerta y grita en un francés súbitamente lleno de errores, al mezclarse la emoción:

—Salga, hacer las maletas y marcharse.

Clémentine lanza un grito desgarrador y sale de la estancia invocando la injusticia del destino.

—Pues ya está —dice Gulnar aliviada—: fin del segundo acto.

El tercer acto debía ser el suicidio de Nicolás, al que consideraba capaz de todos los extremos. Me pregunto si no lo deseaba, pues la muerte de un amante desesperado habría sido un bello florón en la corona que trenzaba para su linda cabeza; pero quizás sea yo inútilmente malvada y calumniosa. No, Nicolás no se mató, pero igualmente murió para nosotras, en el sentido en que nunca tuvimos el gusto —o el disgusto— de volver a verlo.

En cuanto a Otto, después de la escena que ya sabemos, cambió. A primera vista, seguía igual a sí mismo: tan solícito con Gulnar, tan adorable conmigo, siempre dispuesto a sonreír y a dispensar los placeres. Era de una munificencia principesca, nos cubría de regalos, me suplicaba que dejase mi trabajo que consideraba absurdo e indigno de mí. Pero a menudo lo sorprendía con la mirada perdida en el vacío, con tal expresión de melancolía en la cara de mejillas colgantes que se me hacía un nudo en la garganta. No dejaba de constatar la contradicción de mis sentimientos, pues si bien estaba siempre dispuesta a sentir lástima por él, ni se me ocurría sentirla por mi víctima Grandot, que la merecía tanto como él.

Una noche, al volver a casa sobre las siete, lo encontré solo en el salón sumido en la penumbra y adiviné que había llorado por su voz, por su postura hundida, por la atmósfera que lo rodeaba. No encojan los hombros: a veces puede sentirse al entrar en una estancia si allí se ha reído o llorado. Me senté junto a él.

—Sí —dijo como si respondiera a mi interrogación muda—. Me siento cada vez más viejo y vosotras sois tan jóvenes, sois como un reproche viviente a mi senilidad que está ya cerca. ¿Con qué derecho puedo acaparar a Gulnar? ¿Porque soy rico? Otros

más jóvenes también tienen fortuna, le bastaría con tender la mano.

—Ella lo ama, Otto, se lo aseguro. Lo respeta…

—Ah, no, ¡no invoque el respeto, se lo pido por favor! ¿Qué me importa eso? Sufro a su lado. Cuando estoy lejos, en cierto sentido me imagino más cerca de ella, sin más derecho que amarla a través del recuerdo. Aquí, tiene que sufrirme… Ah, es insoportable.

Oí que se cerraba la puerta del piso. Gulnar había vuelto.

Dos días después Otto se iba, dejándonos solas a las dos, sin siquiera la presencia de una criada. Clémentine se había marchado el mismo día de su despido, dejando una carta donde la borracha daba libre curso a su elocuencia de pacotilla y a su resentimiento. Terminaba con estas nobles palabras: «Las acompaño en su dolor. Su Clémentine incomprendida». Nunca llegamos a comprender por qué, en su grandeza de espíritu, se dignaba a acompañarnos en un dolor inexistente. Muy al contrario, estábamos felices de habernos librado de su presencia excepcionalmente desagradable y asombradas de haberla soportado tanto tiempo. Por lo demás, la suerte nos sonrió: unos días más tarde encontramos a Marie, una joven encantadora, limpia, alegre, amable. ¡Ah, qué fácil era «en aquellos tiempos» encontrar doncellas, francesas para más inri!

Jérôme venía a vernos casi todos los días, el amigo incomparable, tan apegado a nosotras (*sí*, incluso a mí en definitiva), tan entrañable. La aventura con Nicolás le permitía advertir a Gulnar:

—Querida, escoja a sus amantes con cabeza, tras haber sopesado los pros y los contras. Si es por placer, elíjalos equilibrados y de agradable compañía. Si es por utilidad, piénselo bien: Otto tiene muchas ventajas que no encontrará en otra parte. No pierda el tiempo con amantes sin interés: lo emplearía mejor en seguir cultivándose. La cultura es un capital que ni la edad ni nadie podrá quitarle nunca y le proporcionará placeres duraderos, lo que rara vez sucede en el amor. No se

pierda en sueños de un gran amor con un gran hombre provisto de una gran fortuna. Todo puede suceder, hasta un milagro, pero la vida rara vez es perfecta, sin duda para quitarnos el gusto por las utopías. Fíjese en que ni aun así logra quitárnoslo, ese gusto por lo maravilloso, por lo enraizada que está en nosotros la necesidad de esa dicha.

«No pierda el tiempo con amantes sin interés…». Y sin embargo me deja perderlo a mí con el primo del primo de su primo, de quien sin duda creía que estaba a mi altura, pensé no sin amargura, pero no dije nada. No nos aplicaba los mismos criterios a Gulnar y a mí.

—El gusto por lo maravilloso —proseguía Jérôme— es en sí una maravilla, pero también es nuestro veneno. Nos permite soportar la monotonía de la vida y al mismo tiempo tiende a hacérnosla patente, por su contraste con nuestras imaginaciones.

—Eso es un poco demasiado sutil para mi mente, a la que aún no ha educado lo bastante en sutileza —dijo Gulnar.

—Ya llegará. —Un rasgo agradable, aunque a veces irritante de Jérôme, era su inclinación al optimismo—. Ya llegará. Pero sobre todo depende de usted misma cultivar, irrigar ese campo tan particular que es nuestro cerebro. Ciertos sabios afirman que apenas sabemos usar el diez por ciento de su capacidad.

Podía ser pedante cuando quería, nuestro Jérôme.

Las cartas de Otto eran tan cariñosas como antes, pero más espaciadas, de modo que la despreocupada Gulnar se preocupaba, no mucho pero sí lo bastante como para vislumbrar que le resultaría útil cubrirse las espaldas mediante una nueva víctima juiciosamente elegida: cargarse con un amante para satisfacer los vulgares placeres de la carne no la tentaba en absoluto… de momento. La carne, esa enemiga de la razón, tendría que conformarse, y punto. Gulnar sabría aguantar frente al adversario, sin malgastar sus encantos en aventuras escabrosas sin un futuro prometedor.

Como una araña en su tela, apenas llevaba un mes esperando, aprovechando para cultivarse, cuando…

[7] La palabra *bergère* significa «pastora» en sentido literal, pero también se utiliza coloquialmente para designar a las mujeres en general y a las amantes en particular. *(N. de la T.)*.

Un encuentro interesante

Era digno de ver el cielo que el Creador del Cielo y de la Tierra había tendido aquel día sobre el hipódromo: un cielo limpio, pulcro, sin una nube y, en el medio, un sol enorme y triunfante que parecía celebrar su propio advenimiento y el del buen tiempo: un cielo de día de fiesta. Debajo de él, la fiesta, precisamente, se prolongaba, estaba en su apogeo y hasta los caballos lo reconocían y sonreían a plenos dientes estremeciéndose de alegría. Sí, esa era la palabra adecuada: la alegría. Por una vez, la caza de la felicidad se interrumpía y la dicha estaba allí, en la hierba pisada por los pies grandes de los hombres, por los tacones afilados de las mujeres, en los sombreros de copa que brillaban como anuncios de betún. En los árboles de alrededor los pájaros se agitaban como locos, saltaban, volaban, se contaban las noticias, se peleaban y participaban visiblemente en la alegría general.

Yo tomaba parte en aquel estremecimiento universal, me sentía ligera, predestinada a la felicidad, embriagada como los pájaros, por efecto del aire puro y saturado de sol.

Por una vez, y pese a la presencia de Gulnar, me sentía joven, guapa, elegante, con el estrambótico atuendo que estaba de moda: un conjunto de talle bajo, con falda corta, todo ello coronado por una maceta calada hasta los ojos.

«La mujer —decía Alejandro Dumas hijo— es un ser delicioso que se pasa la vida disfrazándose, ya de campanilla, ya de rodillo compresor». En la época en que transcurre este relato, nos disfrazaban de tubo comprimiéndonos y oprimiéndonos de la cabeza a los pies. Pese a nuestra forma horrenda, estábamos orgullosas; los hombres nos encontraban deseables. Haciendo

melindres y creyéndome el centro del mundo, esperaba al fotógrafo que debía retratarme para una revista de moda, lo que excitaba inmoderadamente mi vanidad: por una vez sería yo la estrella y no Gulnar.

Nuestro inseparable Jérôme nos acompañaba, guapísimo con su pantalón de rayas y su chaqueta entallada, saludando a cada instante a algún conocido, informándonos sobre tal o cual parisino o parisina aunque no los conociera personalmente, desvelándonos también su vida íntima. Por lo visto, la cantidad de invertidos que paseaban por el césped de aquel hipódromo era extraordinariamente elevada, y Gulnar no dejó de sacar de ello conclusiones desfavorables para su propio futuro.

—Tantas rivales por combatir, si también hay que luchar con los hombres, estamos acabadas.

Después emprendió un estudio sobre homosexualidad comparada.

—En nuestra tierra, en el Cáucaso, los hombres «lo eran» con toda sencillez de corazón; la sociedad, las condiciones sociológicas, como diría usted, querido Jérôme, los obligaban en cierto modo. Con las mujeres veladas, fuera de su alcance, satisfacían sus instintos como mejor podían, es decir entre ellos. Digamos que se hacían homosexuales por falta de opciones. Igual que se afirma que ciertos pastores, influidos por el demonio, usan a sus animales. Entonces, nuestros varones eran bisexuales que se adaptaban a unas circunstancias particulares, sin remordimientos y volviendo a convertirse en unisexuales una vez casados. Mientras que los suyos se entregan alegremente al drama y al miedo del infierno cuando interviene la religión o, pasando al otro extremo, creen tener una esencia superior y se refieren con suficiencia a sus patronos Oscar Wilde y el barón de Charlus, por no hablar de tantos otros.

Dios, qué bien hablaba aquella Gulnar superdotada en inteligencia, pero también en ese olfato que nos hace extraer de una masa de conocimientos los más significativos. ¡Y qué elegante era, de una elegancia parisina llevada a la perfección!

Vestía un traje de chaqueta de terciopelo negro realzado por una blusa blanca con chorrera de encaje y un sombrerito redondo de fieltro, con una pluma rojo vivo, curiosamente colocada a un lado, que apuntaba su mancha de sangre hacia el cielo. Añado que su traje de chaqueta venía de mi casa de modas, donde Gulnar encargaba en ocasiones un traje o un abrigo, lo que aumentaba mi prestigio no solo entre mis colegas modelos, sino también para el «mono», conocedor de nuestro parentesco.

Todo el mundo se volvía hacia ella y Jérôme, que, estoy segura, estaba enamorado de ella a su modo particular, la envolvía con la mirada y terminó diciéndole que estaba «cautivadora»: ¡nada menos! Y tenía razón: algo en mi prima la convertía en un ser aparte que impresionaba hasta a los menos atentos y la ubicaba en el centro del mundo: ella no pasaba, era el mundo el que se desplazaba a su alrededor como en torno a un polo magnético. Pensarán que exagero sus encantos por una especie de masoquismo, pero no es así: los hechos me daban la razón, siempre me la darían, desgraciadamente.

Y hete aquí que de nuevo me sentí relegada al fondo del escenario, a ese papel secundario en el que me marchitaba como en el fondo de un foso. Y, por supuesto, mi alegría decayó como decaen las velas hinchadas por los vientos de la esperanza y, de pronto, desgraciada de nuevo, privada hasta del sol que brillaba en el cielo, convertida otra vez en la cenicienta a quien ningún hada vendría a vestir de esplendor, me preguntaba de qué me servían mi juventud, mi elegancia de modelo y, sobre todo, aquella libertad al fin conquistada.

¿Por qué no era yo más que esa sucesión de estados de ánimo, ese caos de sentimientos opuestos que, como en las montañas rusas, me sumían en el abismo o me catapultaban a la cima, me daban alternativamente náuseas o alegría? Era extenuante vivir como un corcho arrastrado por las olas de un mar nunca en calma, sin jamás vislumbrar, ni de lejos siquiera, la línea de un horizonte sereno. Ni Gulnar ni Jérôme, ni la mayoría de mis allegados, parecían conocer esos extremos que demasiado a

menudo volvían mi vida insoportable y me hacían aspirar a la no-existencia. Pero ¿quizá los demás ocultaran, como yo misma intentaba hacerlo, generalmente sin éxito, esos duelos interiores entre polos opuestos? Bien es cierto que no vivían a la sombra de una muchacha en flor cuyo esplendor me empañaba.

No vayan a creen por ello que mis sentimientos hacia Gulnar fueran siempre negativos, saturados de celos, de irritación y hasta de odio. Sin dejar de sentir todo eso, la amaba, le estaba profundamente agradecida, la admiraba incluso especialmente por su generosidad, que parecía no tener límites. Ayudaba a mi padre y a mi madrasta que en aquella época vivían en el Midi, en casa de aquella amiga riquísima casada con un magnate del petróleo de la que ya he hablado; cubría de regalos a los Josezú, a mí, a Sureya, cuya situación material no dejaba de deteriorarse; era afectuosa y tenía un sólido sentido de la familia. Además, su sentido del humor, su fantasía, su encanto en el sentido más fuerte del término, conquistaban mi corazón que, sin embargo, era igualmente capaz de odiarla. «Solo Dios escudriña la mente y el corazón»: espero que en los míos, donde se alternaban el barro y el oro, llegase a ver claro.

Gulnar y Jérôme no se daban cuenta de mi abatimiento repentino y charlaban alegremente, haciendo él de cicerone, ella de diva.

—Esa es Madame X. —Señalaba con la mirada a una mujer muy hermosa, de rostro inquieto y vivaz—. Es una mujer audaz y de un cinismo que rara vez se ha visto llevado a tal extremo. Un día, algo achispada, me explicó que nada sustituye a la caza de relaciones mejor que participar, disculpen el término trivial, en «orgías…» —Cincuenta años más tarde se llamará a esas reuniones «amor en grupo»—. Afirma que allí se conoce a gente importante y que de golpe puedes hacerte íntimo —menudo juego de palabras— de varias personas a la vez. «No es eso lo que me divierte», me confió. «A decir verdad, me falta temperamento, pero hay que saber lo que una quiere». Ella lo sabe muy bien. Su marido no deja de recibir ascensos y se

rumorea que va camino de una embajada importante. Es el que está está a la derecha de su mujer; el otro, a la izquierda, es el conde de Montforgé, riquísimo, loco por los caballos, tiene uno que corre aquí, que desconfía de las mujeres y aumenta constantemente su fortuna mediante hábiles operaciones bursátiles.

—¿Casado?

—Viudo. Padre de una niña rubia, vaporosa, estilo Ofelia, adorada por su padre, que a su vez lo adora a él. Hijo de una mujer-dragón embutida en un corsé de ballenas, famosa en todo el Faubourg Saint-Germain y también fuera de él. Implacable, altiva, devota.

—¿Su salud?

—¿La de quién?

—La del conde y la de su madre, ya que estamos.

—Los dos vivirán hasta edades imposibles. Es algo de familia. El padre murió en la guerra, que interrumpe hasta la salud más robusta. Pero ¡vaya pregunta!

Gulnar, ocupada echando miradas furtivas al conde, desdeñó reaccionar al comentario y finalmente decretó que parecía un tendero.

—Eso se lleva muy bien en la nobleza francesa. Ustedes, con sus ideas anticuadas de príncipes rusos, altos dolicocéfalos rubios de esbelta figura, no pueden entender la auténtica raza que se oculta tras la espesa redondez de alguien como Montforgé. Sepa que desciende de los cruzados, y de los primeros, según creo.

Vimos al descendiente de los cruzados despedirse de sus amigos y después acercarse a Jérôme.

—Qué casualidad, querido señor, eh, eh, quería hablar con usted sobre un asunto de interés. Lo dejaremos para más tarde. Entretanto, ¿no querría concederme el honor y el placer de presentarme a…

Jérôme satisfizo con presteza su deseo. Dotado de una cortesía fastidiosa, Montforgé me pareció torpe, más que torpe incluso, enfático y chorreante de banalidad. ¿Dónde estaba su

desenvoltura de gran señor? Como Grandot, era aficionado a los tópicos, pero con un aire grandilocuente y entrecortado por incontables «eh, eh». Se parecía al francés clásico y un poco ridículo de ciertas películas americanas: de estatura media, aunque bien proporcionado, con con un cuello que tendía seriamente a la doble papada, pero bastante guapo de cara, donde brillaban cuando sonreía unos dientes grandísimos y deslumbrantes. Llevaba un bigote muy negro que tal vez se tiñese, como los viejos guapos de Maupassant. Su cabello encanecía de un modo muy agradable en las sienes.

Ya no se separó de nosotros. Seguía las carreras, simulando un interés que no debía de sentir, y echaba a Gulnar miradas de soslayo cuando juzgaba que el momento era propicio. Parecía visiblemente impresionado, pero aún más visiblemente receloso: debía de olfatear a la aventurera. Créanlo o no, por increíble que parezca: parecía olvidar a los caballos y hasta al suyo propio, que participaba en la carrera. Gulnar, olfateando a la víctima, se adaptó instantáneamente a la situación y, renegando de Mademoiselle de la Mole, se convirtió en la Princesa de Clèves en persona: distinguida, poética, reservada, así quería presentarse ante el conde, y ¿quizás tuvieran éxito sus planes? En cuanto supo que el hombre enviado por la Providencia era rico, noble y —gozo supremo— viudo, ¡decidió que debía casarse con él! Es bien sabido que el talento de los estrategas consiste en adaptarse instantáneamente a una situación imprevista: su talento de estratega le sopló en un segundo la táctica a seguir y no iba a modificarla hasta que… Pero, como narradora consciente y organizada, no debo adelantarme a los acontecimientos.

Los caballos corrían. No conozco nada más aburrido que las carreras, a las que tanto había deseado asistir para participar en la vida parisina que yo juzgaba auténtica. Los caballos corrían, vaya si corrían, volaban como el viento, espoleados por los jockeys; eso se decía, pero no se veía, porque todo sucedía a lo lejos, fuera de nuestro campo visual; y además no me interesaba lo más mínimo: Amenofis II o Tutankamón podían llegar los

primeros y mi vida no iba a cambiar por ello. El público, sin embargo, parecía tomarse las cosas con una pasión que me desconcertaba: se agitaban, la gente corría por todos lados casi tan rápido como los caballos, las señoras gritaban sin olvidarse de vigilar su peinado, los altavoces se desgañitaban… Yo me moría de aburrimiento. Qué pintaba allí, si ya había posado para el fotógrafo, tras lo cual una revista de moda publicaría la imagen seguida de la inevitable leyenda: «Encantador modelo de la casa X que causó sensación ayer en las carreras de Longchamp». Habría podido marcharme, pero otro papel me retenía: el de secundaria destinada a actuar en segundo plano.

Atenta al discurso del conde salpicado de «eh, eh», Gulnar inclinaba su cabeza coronada por la pluma del modo más delicado. Huelga decir que él le hizo la tradicional pregunta, más fatídica que la muerte:

—¿Le gusta Francia?

—¡¿Que si me gusta?! —exclamó ella y por poco el entusiasmo la levanta por los aires y le corta el aliento. Tras recobrarlo, repitió con aire dramático—: ¿Que si me gusta? No me gusta, ¡la adoro! Adoro todo en ella y en todos los sentidos: el camembert, la cúpula del Val de Grâce, Racine…

¡Le servía a Jérôme, literalmente hablando! Gulnar soltó una risita para mostrar que su ocurrencia, toda espontaneidad, le había hecho gracia a ella misma. La ternura ahogó las firmes facciones de Montforgé.

—Ah —dijo—, los extranjeros, no, «eh, eh», ciertas extranjeras de las más refinadas sienten Francia mejor que ciertos franceses.

—Qué le vamos a hacer… —Y Gulnar parpadeó modestamente con sus largas pestañas, ¡y de qué adorable manera!—. Me crio una institutriz francesa que me enseñaba a conocer su país antes de que aprendiese a andar.

¡Sí, claro, venga ya! La rabia me ahogaba. Criada por los bofetones de su padre y las iniciaciones de sus hermanos, eso sí: ¡y no por una institutriz francesa! En definitiva, tan malcriada que, a mí, retoño de la rama «aristocrática» de la familia, me

prohibían relacionarme con aquel trío depravado: sus dos hermanos y ella.

—¡Menuda actriz! —murmuré a Jérôme que, a mi lado, seguía con los gemelos el avance de los caballos, invisibles a simple vista—. Si el conde sospechara a qué cínica está cortejando…

Jérôme no me hizo eco.

—Gulnar tiene razón —murmuró como respuesta, sin dejar los gemelos—. Su distinción puede serle útil con Montforgé. ¿No pretenderá usted que se ponga a contarle sus aventuras? Creo que Amenofis va a ganar.

—¿Y a mí qué me importa? —dije con descortesía y se me llenaron los ojos de lágrimas. Presentía la secuela de aquella tarde. Sabía que Montforgé renunciaría a una cena con el Presidente de la República antes que dejar a Gulnar después de las carreras. Montforgé ya no se separaría de nosotros, nos invitaría a algún sitio, se comería a Gulnar con los ojos como ya lo estaba haciendo y solo se acordaría de mí para recordar mi parentesco con ELLA. ¿Dónde nos invitaría? «Un hombre enamorado es peor que un perro rabioso», dice un proverbio de mi país. Montforgé estaba «embrujado» y el comentario de Jérôme al inicio de las carreras había resultado premonitorio.

Una vez acabadas, el conde emprendió un interminable discurso, un surtido crispante de palabras y de «eh, eh» al cabo del cual por fin comprendimos su requerimiento: nos rogaba que le concediéramos el insigne honor de aceptar una cena improvisada en su pequeña propiedad de Ville d'Avray.

Gulnar se hizo de rogar durante largo tiempo: de nuevo regia, la inclinación de su cabeza, el tono de su voz, demostraban a Montforgé por si aún tenía dudas que mi prima no era una mujer dispuesta a aprovechar la primera ocasión, la ganga de una cena gratuita. Finalmente, considerando que había resistido durante un lapso de tiempo decente, cedió a sus ruegos. Tras nuevas súplicas, consintió incluso a ir con él en su coche conducido por un chófer vestido de un blanco polar. En cuanto a mí, Jérôme me llevó en su pequeño cabriolé donde pude fermentar

tranquilamente mis malos pensamientos; cuando trataba de dirigirme la palabra, yo gruñía por toda respuesta. Suspiró:

—Tiene usted un carácter infernal. Pero bien es cierto que el carácter no se elige.

Y con esto renunció.

No contaré la larga velada pasada con Montforgé en su pequeño castillo, que dormía en unos jardines de cuento de hadas. En realidad, no era un castillo, sino lo que antiguamente se llamaba una *folie*, que el Larousse define como un pabellón de recreo, «construido en la ciudad o en el campo, con gastos extravagantes, para satisfacer un capricho o dar citas galantes». Databa del siglo XVIII y había sido construido por un ancestro de Montforgé inclinado a la galantería. Fue Jérôme quien, algo después, nos dio estas informaciones que Gulnar meditó largamente.

Así pues, no contaré la velada que allí pasamos. Fue lo que tenía que ser: una fiesta para Gulnar, una distracción para Jérôme, un infierno para mí. Pero debo relatar lo que sucedió cuando dejamos al conde, después de que nos hubiera suplicado en vano que le permitiéramos acompañarnos. Apenas el coche de Jérôme hubo cruzado la verja de los jardines, Gulnar se reclinó con indolencia en el asiento, cerró los ojos y dijo con voz vibrante:

—Escuchadme bien, los dos: voy a convertirme en la condesa de Montforgé.

Sobrecogido, Jérôme dio un volantazo que propulsó al coche hacia la izquierda: un enorme vehículo estuvo a punto de embestirnos, un hombre invisible, pero una voz muy audible, nos cubrió de injurias, tras lo cual se restableció la paz. Jérôme aparcó el coche junto a la carretera, se volvió hacia Gulnar y pronunció el siguiente discurso:

—En condiciones normales, debería decirle: está usted loca. Pero solo voy a decirle esto: Montforgé no se casará nunca, jamás en la vida, con una extranjera errante como usted. A sus enormes prejuicios y a su inmenso orgullo hay que añadir los prejuicios y

el inmenso orgullo de su señora madre, que mataría a su hijo antes que cederlo a una aventurera como usted, porque, no se engañe, eso es exactamente lo que usted es. ¡Montforgé casado con una extranjera, y menuda extranjera! ¡Montforgé casado con una musulmana! ¡Una divorciada, que vive maritalmente con un hombre también sospechoso, puesto que mantiene relaciones de negocios con esos demonios bolcheviques! Una mujer…

—Cuyo padre come moscas vivas metiéndolas con los dedos en un helado y cuyos hermanos son, según los días y sus necesidades, homosexuales, mentirosos, ladrones…

—No, ¿de veras? —la interrumpió Jérôme con la voz animada por un vivo interés y mucha benevolencia—. Me ha estado ocultando esos detalles pintorescos sobre su honorable familia. ¿De veras su señor padre come moscas vivas? ¿Por gusto o con fines terapéuticos?

—Por gusto. Y le encanta eructar en público para divertir. Es capaz. No conozco nada más divertido que los eructos de mi padre.

—Qué lástima que se haya quedado en el Cáucaso. Estoy seguro de que el conde de Montforgé habría apreciado esas formas exóticas de entretener en sociedad. Las diversiones en Francia son tan sosas.

—Cuánta razón tiene —suspiró Gulnar—. Así que, para alegrar los últimos años del conde, me voy a casar con él.

—Querida, inestimable Gulnar a quien amo y aprecio más de lo que usted pueda imaginar, comprenda que tiene tantas posibilidades de casarse con Montforgé como yo de transformarme de pronto, ante sus ojos, en asno.

—Tranquilo, ya está hecho: es usted un asno. El conde de Montforgé se casará conmigo a pesar de mis hermanos, mi padre, mi conducta inmoral, mi religión (nada me impide de hecho renegar de ella), mi pobreza, etc., etc. ¿Quiere apostar algo y que el ganador elija qué nos jugamos?

—Cualquier cosa servirá. Y tiene suerte de que sea honrado: otra persona abusaría.

—Muy bien, digamos que si en el plazo de un año no logro que Montforgé se case conmigo, habrá ganado usted.

—Trato hecho. Pero, mi pobre Gulnar, alumna brillante, mente extraordinaria, aunque optimista en exceso: porque es usted una mujer excepcional, cree dominar el mundo, que no se deja controlar tan fácilmente. Otra cosa: es la ogresa del Faubourg Saint-Germain quien posee el grueso de la fortuna, una fortuna considerable heredada de su madre americana. Enterraron a la madre, conservaron la fortuna. Si fuera necesario, la ogresa podría desheredar a un hijo descarriado que también es rico, pero muy pobremente, por así decirlo, comparado con ella. Además, le recuerdo que Montforgé debe de sacarle a usted unos treinta años.

—Oh, estoy acostumbrada y no me incomodaría, al contrario: se morirá antes, dejándome viuda en la flor de la edad.

—Esperanza falaz. Ya le he dicho que en esa noble familia se muere mucho más tarde, para gran disgusto de los herederos.

—¡Qué se le va a hacer! En el peor de los casos podría exigir el divorcio, si veo que se obstina demasiado en vivir. No tendrá más remedio que concederme unos pocos millones.

Falto de argumentos, Jérôme arrancó el coche que ronroneó suavemente por la carretera oscura. Gulnar callaba, Jérôme también. Yo soñaba con los sueños que siempre nos traicionan, con esas hermosas fiestas imaginarias que en la vida se convierten en verbenas chabacanas, con los amores que se disuelven en el vinagre, con la difícil tarea que tan bien describió Fontenelle: la amargura que subyacía en mi alma se daba rienda suelta.

Cruzamos un puente, llegamos a Boulogne. Según entrábamos en el Bois, Gulnar despertó para expresar su deseo de ir a ver a José y Zuleika.

—Es casi medianoche —observó Jérôme.

—¿Qué más da? El domingo siempre se acuestan tarde y reciben con los brazos abiertos. Estarán encantados de vernos.

—Siempre tan optimista —dijo Jérôme—. Pero las llevo.

Aquellos últimos tiempos no íbamos tan a menudo a casa de los Josezú: José nos recibía mal. Sin andarse con rodeos, nos reprochaba nuestro «puterío», como encantadoramente lo expresaba, reproche que dirigía muy en particular a Gulnar. Por su causa Almería venía menos a verlo, por miedo a encontrarse con ella: bueno, bueno, sabía que no se había acostado con él, pero lo había tratado de un modo indigno. También estaba al corriente de la aventura con Carpoff, que lo escandalizaba. ¿Quién sería la próxima presa? Varias veces, embargado por la rabia, la había atacado:

—Si quieres jugar a la mujer fatal, eres muy libre, pero busca a tus víctimas en otra parte, no aquí. Estoy harto de esas odaliscas motorizadas que petardean para intentar deslumbrarnos. Y tu pobre marido, ¿qué pasa con él, no te da vergüenza?

En el coche que se aproximaba a mi fogoso cuñado, tuve una intuición: Gulnar quería hablar a los Josezú de Montforgé, al que había encontrado en un sitio mejor que su casa, y de lo que estaba planeando.

Gulnar tenía razón, porque nos encontramos en el taller una gran reunión en medio de la cual Almería, pálido, desaliñado, con el pelo revuelto, oliendo a alcohol y a fracaso, se movía por la arena imaginaria, con un capote en la mano. Se paró en seco al vernos, se metió en un rincón oscuro del que no volvió a salir. Soberbio, insolente, Murad presidía la reunión con su arrogancia acostumbrada. Nos enseñó con orgullo los agujeros de su pantalón que Sureya no había tenido tiempo de remendar, situados en tal lugar que ciertas partes de su persona amenazaban con salirse por fuera al menor movimiento imprudente. Esos agujeros eran la atracción principal de la velada: los exhibía con complacencia, se los recordaba constantemente a todos, disfrutando extrañamente de exhibir su indigencia como si, queriendo engrandecerlo todo, se esforzase por hacer épica su miseria. Lo conseguía en cierta medida. Expulsados de un apartamento a otro por impago del alquiler —

apartamentos más pequeños y más feos a cada mudanza—, acosados por los cobradores, los acreedores, los avisos de impuestos, mi hermana y él habían acabado en un hotel de mala muerte que Murad llamaba «su residencia actual» como con jactancia. Tenían prohibido el acceso a calles enteras del distrito dieciséis, porque en muchas tiendas las deudas pendientes los acechaban como monstruos agazapados detrás de las cajas. ¿Cómo seguían viviendo? Vendiendo todo lo que aún les quedaba por vender, un todo que se encogía como una piel de onagro.

Según el proceso clásico, los objetos se liquidaban por orden decreciente de valor: iniciada con las joyas, continuada con los objetos valiosos, la venta se terminaba con la liquidación de las pieles y la ropa. Murad había vendido su último abrigo comprado en Londres a precio de oro y desde entonces se paseaba por bravuconería, por mucho frío que hiciera, con el impermeable descuidadamente colgado del brazo, para demostrar que no necesitaba abrigarse, ni tan siquiera con esa ligera prenda. En aquella lamentable desbandada donde la pobre Sureya —víctima principal— se debatía sin éxito y sin quejarse nunca, solo una suerte digna de mención: la niñera inglesa, contratada al inicio de la emigración para su hijo recién nacido, le profesaba un amor tal que había propuesto ocuparse de él. Sureya no pudo más que aceptar y la niñera se llevó al niño al Midi, donde se instaló con un marido encontrado en París, ahorrándole así a aquel retoño de la inmigración un destino arbitrario. Como no tenía hijos propios, lo crio como si fuera suyo y Sureya se convirtió en una especie de madre titular, vinculada a su hijo únicamente por el cordón umbilical de Correos. La emigración ha engendrado miles de situaciones dolorosas de esa clase.

Otra interrupción que habrá que perdonarme. Volvamos al taller.

Gulnar solo esperaba una cosa: la marcha de los extraños reunidos en torno a Josezú, cuya presencia le impedía desfogar

su corazón henchido de una agradable esperanza. Se instaló en un rincón del diván expresando, con toda su actitud, su deseo de ver largarse a los intrusos. Tuvo tanto éxito que media hora después solo quedaba la familia y un único extraño, Jérôme, nuestro chófer que debía llevarnos de vuelta a casa.

Entonces Gulnar se incorporó y dijo con aire despreocupado:

—Sabed que acabo de hacer una conquista que me llevará lejos, espero: la del conde de Montforgé, que Jérôme me ha presentado en el hipódromo, ya sabéis, el que es riquísimo: caballos de carreras, finanzas, castillos, etc. —Miraba con aire socarrón a Murad, a quien sabía especialmente aficionado a la gloria mundana y los títulos nobiliarios.

Él encogió los hombros con desprecio.

—¿El conde de Montforgé? No he oído hablar de él en mi vida. Me gustaría examinar de cerca sus títulos nobiliarios. En nuestra tierra, en Petersburgo…

—Petersburgo me trae sin cuidado —lo interrumpió Gulnar brutalmente—. Petersburgo está muerto y muertos están sus príncipes y sus condes, y muertas todas sus grandezas de antaño. Y tú harías mejor en aceptar cualquier trabajo en lugar de hacer malabarismos con todos esos cadáveres y de exhibir los agujeros de tu pantalón.

El ambiente se enrarecía. Murad palidecía a ojos vistas.

—¡Pobre idiota! —Mantenía con esfuerzo un aire digno—. ¡Pobre cretina! ¡Recién salida de Bakú, dicho de otro modo, de la barbarie, y se cree emancipada! Juega a la gran dama y recoge condes falsos en el hipódromo.

—No he recogido a nadie. Fue él, el conde de Montforgé, quien, tras fijarse en mí, pidió a Jérôme que nos presentara. Sí, tan cierto como que eres bey. Que, dicho sea de paso, es un título ridículo para ir paseándolo por ahí, hinchando las narices como un pavo.

Es verdad que la nariz la tenía grande, los ojos rasgados a la mongola y unos dientes dignos de un caballo, todo ello perteneciente a los tártaros de las estepas decididos a asolar las

ciudades y a matar a todo bicho viviente que se interpusiera en sus cabalgadas. Es verdad que tenía un aspecto mucho más bárbaro que Gulnar.

—Querido Jérôme —dijo Murad volviéndose hacia nuestro amigo—, lamento señalarle que su obstinación en hacer de guía para estas muchachas sin interés no es lo que más lo honra.

—Eso es verdad —opinó José—. Mi pobre Jérôme, pierde usted el tiempo.

José siempre estaba de acuerdo con Murad; en este caso, lo estaba de todo corazón, plenamente, puesto que, como ya he dicho, desaprobaba nuestra conducta y temía que inspirase inconvenientemente a su mujer. Por el momento, Zuleika escuchaba con avidez.

—¿Y el conde de Mon-no-sé-qué se ha enamorado de ti? —preguntó con curiosidad—. ¿Así, de repente?

—Exactamente, sí. Y quiere que me case con él… No, yo quiero que se case conmigo —se corrigió, sin poder mentir demasiado ante los testigos de la verdad.

Murad y José soltaron una carcajada simultánea de lo más insultante.

—¿Y no preferirías, ya que estás, echarle el ojo al Presidente de los Estados Unidos? —preguntó José—. No es noble como tu conde, pero tiene una situación muy confortable y un poder político de primer orden. Deberías planteártelo muy en serio.

Gulnar siempre lo había irritado; desde hacía un tiempo me parecía que había empezado a odiarla. Detestaba su «mala imagen» o lo que él consideraba como tal, detestaba su ligereza, sus ganas de brillar y lo que él llamaba su nueva manía literaria. Lo tenía harto con Mademoiselle Aïssé, afirmaba que ya sentía un libro moverse en su seno —algo que evidentemente era el colmo de la pretensión—, siempre se daba importancia, etc., etc. No había defecto que José no le reprochara, a menudo injustamente.

—Podéis reíros y burlaros de mí —dijo Gulnar, en modo alguno desalentada—. No quita para que un día tengáis que

admirarme.

El asedio comenzó al día siguiente de aquella memorable jornada, pero ¿quién asediaba a quién? ¿Quién era el sitiado, quién el sitiador? Ingenuamente, Montforgé debía de tomarse por el sitiador, sin sospechar que era el sitiado. Así pues, al día siguiente de aquel encuentro, inauguró lo que según él era su asedio, mediante el envío de una cesta de rosas rojas tan grande como un capacho de bebé. Gulnar olía las flores con aire conmovido, las leía en cierto modo, interpretándolas como un lenguaje que prefiguraba su victoria. «Dígaselo con flores…». Los floristas tenían razón.

Desde aquel día se preparó para el ascenso social que se le auguraba: adoptó un peinado menos llamativo, se maquilló con más discreción, se ejercitó en una compostura más modesta en previsión de su encuentro con la ogresa del Faubourg Saint-Germain. Poseía en el más alto grado la facultad de volar en alas de la imaginación hacia la victoria, sin el freno del pesimismo: era una gran fuerza que, sin la menor duda, aumentaba su encanto sin que ella misma lo sospechara. Era tan lo contrario de la *morbidezza*, de la angustia, de la incertidumbre, que el clima de alegría que rodeaba a su persona atraía y fascinaba. Sí, creo que esta explicación era una de las claves de su éxito.

Estaba tan segura de obtener la victoria que se puso febrilmente a perfeccionar su inglés, que conocía mal y consideraba indispensable para su futuro estado social de condesa. Con el conde adoptó definitivamente un aire dulce y distante, y se envolvió en una actitud de defensa basada en la virtud. Sí, su principal arma para el sometimiento de Montforgé fue su supuesta virtud.

Durante un mes se vieron todos los días, ya viniera Montforgé a nuestra casa, ya saliese con Gulnar, primero con Jérôme y conmigo, después a solas. Pero no la invitaba a su palacete de la calle Saint-Dominique, donde vivía con su madre. En torno a ese hecho, ciertamente primordial, estallaba la cólera de Gulnar.

—Naturalmente, no se presenta a una persona como yo a su

familia. De acuerdo, de acuerdo. Pero el conde de Montforgé Henri puede arrojarse a mis pies que no me conseguirá. Y ya veremos quién le gana a quién.

—Mi querida Gulnar, «quién le gana a quién» no es un francés muy correcto, y fonéticamente es feísimo. Mademoiselle Aïssé en potencia debe evitar expresiones tan desacertadas.

—De acuerdo, de acuerdo —respondía Gulnar irritada. Por el momento le preocupaba más la futura Gulnar de Montforgé que Gulnar alias Aïssé.

—Ya le predije los obstáculos a los que se enfrentaría. Sabe, Montforgé me interrogó ayer en el Jockey Club sobre Otto, sobre usted y sus antecedentes. A la pregunta sobre sus relaciones con Otto, conyugales o extra maritales, no respondí nada preciso, por la sencilla razón de que yo mismo no sé nada preciso. Pero, para aliviar sus posibles decepciones futuras, en mi vida he visto a un hombre tan locamente enamorado como él. Cuando habla de usted, se transfigura literalmente y el zopenco que ya sabe se transforma en un místico que presiente la unión con Dios.

—No se burle de mí —dijo Gulnar que, pese a todo, conservaba el sentido de la ironía.

—Es una broma, pero muy sinceramente, nuestro querido Montforgé pierde un poco la cabeza.

—Pues debería perderla del todo, si no me perderá a mí.

Durante todo aquel mes de asedio (¿de quién por parte de quién?, repitamos la pregunta), envió flores cada dos días. Cada vez eran más hermosas, se estiraban, se amplificaban, de modo que el apartamento, abarrotado de cestas y ramos desmesurados, parecía un floristería donde viviéramos envueltos en un pesado olor que nos causaba migrañas. Si bien al principio Gulnar se alegraba de aquellas señales de atención, acabaron repugnándole: ¿acaso no eran en cierto modo la prueba de su impotencia para lograr algo mejor? Dulce y distante, acabó rogando a Montforgé que detuviera el diluvio.

—Ya no sé dónde poner estas maravillas. Y además, entre tanto perfume, acabaré volviéndome loca.

—Ah, si pudiera ser verdad —dijo Montforgé con un ingenio del que rara vez hacía gala—. Pero, eh, eh, si me lo permite, mañana le traeré otra cosa.

Gulnar se devanaba los sesos tratando de adivinar lo que será aquella «cosa»: ¿y si fuera una invitación de su madre?

Al día siguiente vino a buscar a Gulnar para llevarla al teatro. Jérôme, que había pasado la tarde con ella, aún se encontraba allí cuando el conde se sacó del bolsillo un estuche de terciopelo, como si se tratase de un gesto natural que no exigiera ni explicaciones ni preliminares, y se lo tendió a Gulnar.

—Puesto que, eh, eh, se cansa usted de las flores vivas, me permito traerle una que no la incomodará con su perfume.

Se sentó pesadamente en la butaca y esperó las reacciones de Gulnar, su júbilo. ¡Qué mal psicólogo era!

Gulnar abrió el estuche y vimos un broche de diamantes, labrado en forma de rosa: en medio de los pétalos brillaba un gran rubí. Aquella joya principesca venía de la casa Cartier. Gulnar cerró el estuche con gesto seco, lo dejó en la mesa cerca de Montforgé.

—Señor —dijo, y ya no era la Princesa de Clèves quien le hablaba, sino María Antonieta, reina de Francia que turbaba al duque de Rohan con su desprecio—. Señor —repitió Gulnar alzando orgullosamente la cabeza. Montforgé se revolvió incómodo en la butaca—. Hasta ahora ignoraba lo que pensaba usted exactamente de mí: sospechaba que me tenía en mediocre estima. Su gesto es de una elocuencia que habla por sí sola: me toma por una mujer que se compra con joyas.

El conde lanzó un «¡Oh!» dramático que Gulnar pasó por alto.

—Señor, sepa que me ama un hombre a quien yo amo también como se merece, es decir mucho. No toleraría, si es que llegase a ceder, que aceptara de otro hombre regalos de este valor. Me ofende usted con esta grave equivocación: no creía que sea capaz de algo así.

(Jérôme hizo una mueca ante la falta de concordancia de los tiempos verbales, particularmente desafortunada en un discurso

de aquella solemnidad).

Gulnar se levantó y Montforgé, palidísimo, hizo lo propio.

—Entenderá que prefiera renunciar a salir con usted esta noche.

Y María Antonieta, reina de Francia ofuscada, saludó al duque de Rohan con una inclinación de cabeza apenas perceptible y se marchó.

Nunca en mi vida había visto a un hombre en un estado más lamentable: Montforgé parecía zozobrar sobre sus piernas cortas. Lívido al principio, recobró el color: su cuello corto, tirando al rosa, enrojeció y su cara de grandes facciones pulcras se perló de sudor.

—No lo entiendo, eh, eh. No lo entiendo en absoluto. ¿Por qué ha malinterpretado Gulnar un gesto amistoso? Creí que le agradaría. Claro, olvidaba al marido… Olvidaba las reacciones de una mujer demasiado sensible. Jérôme… ¿Y usted?

Tenía la necesidad de sentirse apoyado, serenado por nuestra compasión, buscaba acercarse a nosotros, los que estábamos cerca de Gulnar.

—He sido un estúpido. —Prosiguió su alegato dejándose caer blandamente en la butaca. Se quedaba sin aliento, parecía congestionarse y yo me preguntaba, alarmada, si iba a tener el mal gusto de caer fulminado por una apoplejía ante nosotros. ¿Qué íbamos a hacer con él? ¿Se permitiría llorar? Para ser descendiente de los cruzados, le faltaba compostura.

Y de pronto una imagen me cruzó la cabeza: veía a uno de sus ancestros cruzados vencido por Saladino ante Jerusalén, desarmado, postrado, implorando el perdón: igual que su descendiente imploraba el perdón aquí, en París, a una musulmana que quizá descendiera por alguna vía indirecta del gran vencedor árabe. Todo era posible en el complicado juego de la historia que ataba y desataba los hilos del destino, de millones de destinos. Y en la historia aún más complicada de nuestros genes.

—Jérôme —exclamó el conde con aspecto enloquecido—,

transmita a Gulnar toda mi desolación. Suplíquele que me perdone. Preséntele mis excusas, mi veneración.

¡Su veneración! Dios, pensé, el amor vuelve idiotas a los hombres embrollándoles la mente. Qué magistralmente había interpretado Gulnar su escena: se había superado, descubriéndose, descubriéndonos sus dotes de actriz.

—Quizás no sea el momento —respondió Jérôme con mucha gravedad, siguiendo el juego a su protegida—. Lo haré, pero más tarde, cuando esté más tranquila.

—¿Qué debo hacer entonces? ¿Quedarme, irme?

—Creo que sería más sensato que se fuera.

Con qué gesto de repulsión se metió Montforgé el estuche fatídico en el bolsillo, como si se tratase de un animal malsano. Profirió unas diez veces «eh, eh» y se marchó, lamentable, desarmado. Apenas se hubo cerrado la puerta tras él, Gulnar apareció, radiante.

—¿Habéis visto, y apreciado, espero, mi juego sutil? Ah, sí, el señor conde de Montforgé Henri se imagina que me convertiré en su amante al menor gasto, cuando lo que quiero es su nombre y nada más. ¿Estaba muy afectado?

—Afectado hasta lo más profundo de su alma. Revuelto hasta las entrañas, tras beber hasta las heces su amargo brebaje.

Jérôme reía, Gulnar reía, yo reía. El ángel de la guarda del propio Montforgé debía de reír al recordar su aire lamentable y la desproporción entre su pena y su causa.

—Y ahora que ya nos hemos divertido un rato —dijo Jérôme —, permítame decirle, incomparable Gulnar, a quien la divina Sarah habría aplaudido hace un rato, que su juego, o lo que usted llama tal, me parece bastante… Busco un calificativo que no sea severo en exceso… digamos discutible. Porque en fin, usted, en relaciones con un hombre encantador, la bondad personificada, se comporta como una, digamos, casquivana. (Hace cincuenta años aún podía utilizarse un término tan desueto).

—¿Acaso no soy una? —replicó Gulnar cándidamente—. Y ni

se le ocurra hablarme del afecto de Otto, del sufrimiento que le infligiría si mi política con Montforgé resulta *successful* (desde que estudiaba inglés, le encantaba introducirlo en sus discursos). Tampoco me puedo pasar toda la vida con Otto ni, de hecho, probablemente siquiera con Montforgé, aun y sobre todo si me casara con él. En realidad no me gusta mucho. Y además creo que no estoy dotada para el matrimonio, para esa vida entre dos en la que a toda costa hay que compartirlo todo: la cama, las comidas, la cuenta bancaria, hasta la muerte. Ese tedio, ese acostumbramiento, esa banalidad mortal que engendra el matrimonio, los he visto a menudo: acaban con las mejores resoluciones, con los amores más bellos.

Jérôme sonreía de placer: debía de aprobar si no el contenido de aquel monólogo, al menos su forma.

—En definitiva —hablaba él—, concuerda usted con Napoleón, que decía que «el matrimonio es un intercambio de mal humor durante el día y de mal olor durante la noche».

Querría seguir hablándoles del encanto de Gulnar: me cuesta expresar con palabras lo que siento por intuición. La médula de la vida, como la de las personas, está encerrada tras unas defensas que resulta difícil perforar: se rasca, se excava, no se alcanza nada de lo esencial. Así pues, nunca pude penetrar en la esencia de Gulnar quien, más aún que la mayoría de la gente, sorprendía por la enmarañada mezcla de defectos y cualidades. Al verla vivir con ese ardor, obstinarse por cortar las flores de la vida, las palabras de Nietzsche leídas en aquella época siempre se me venían a la cabeza:

«Vivir, para nosotros, significa transformar constantemente en luz y en llamas todo lo que somos y todo cuanto encontramos».

Siento, sé, que es absurdo aplicar estas grandes palabras a una linda mujer oportunista, una entre millones que persiguen el éxito. Pero, muy precisamente, ella sabía evitar la banalidad gracias a su fuego interno que transfiguraba sus actos, sus palabras más triviales, infundiéndoles no sé qué atractivo. Sí, me repito, eso también lo sé: me repito para mí misma tal vez más

que para el lector, para comprender por qué, viviendo abajo, puede parecer que se vuela tan alto.

—Y lo que, estrictamente hablando, me alarma es que sueñe con casarse a la vez que desea que sea por poco tiempo. ¿Es deseable torturar a dos hombres, Otto y Montforgé, por un éxito efímero?

—El matrimonio lo sería, el éxito no: me habría casado con una personalidad parisina, un hombre muy rico. Me dará una nacionalidad honorable y una gran fortuna. Y, además, ¿quién dice que me divorciaré nada más casarme? Tal vez el conde tenga el tacto de morirse sin esperar a que me haga vieja. ¿No le parece que suele estar muy congestionado?

—Es usted abominable. Sirena de Bakú, ¿por qué no habrá seguido llevando el velo, oculta al fondo de un harén? Bien es verdad que yo habría sido el primero en lamentarlo. ¿Y qué táctica está tramando con su cerebro calculador?

—Negarme a volver a verlo hasta que se convenza de la amarga convicción de mi virtud, hasta que rezume arrepentimiento por todos sus poros, hasta que la desesperación lo haga enfrentarse a la ogresa de su madre.

Al día siguiente de su traspié, Montforgé suplicó a Jérôme que intercediese ante María Antonieta, que se negó a escuchar el alegato y permaneció más firme que una estatua de bronce. Se negó igualmente a responder a una carta de cuatro páginas, escritas con una letra menuda, donde el conde la ensalzaba y, por otra parte, se rebajaba al nivel de una cuneta. Tuvo que abandonar a causa de un acontecimiento imprevisto para todos los actores de la obra: Otto nos llegó, no de improviso, pues tenía demasiado tacto y prudencia como para correr el riesgo de una irrupción de consecuencias imprevistas, sino enviándonos un telegrama veinticuatro horas antes de su desembarco. Esta reanudación de las relaciones conyugales (o casi) venía a Gulnar de maravilla: volvía a ser una mujer casada, respetable, sumida

en la virtud y los deberes, feliz de vivir un amor apacible con su marido que la respetaba, él sí, mientras que un hombre vicioso que pretendía deshonrarla —en el plano moral, se entiende— se moría de aburrimiento en su palacete de la calle Saint-Dominique en compañía de una madre abusiva. Puesto al corriente de la situación por Jérôme, el hombre del vicio no dijo esta boca es mía durante el largo mes que Otto pasó con nosotras.

Nos había vuelto enflaquecido, melancólico, cargando ya con la desgracia que lo acechaba. Despertaba más que nunca mi compasión, porque sentía que su afecto por Gulnar era auténtico, más allá del amor pasional. Quería «lo mejor para ella», en la más pura acepción del término, deseaba su felicidad, aunque hubiera de conocerla con otro hombre.

Sus disposiciones evangélicas no eran meramente verbales. Durante aquel viaje que habría de ser el último que hiciera a París, Otto depositó una gran suma de dinero a nombre de Gulnar, cuyo porvenir le inquietaba. Se sentía viejo, a merced de un destino incierto, y disimulaba su angustia con esfuerzo. Otto fue para mí un ejemplo impactante de la realidad de los presentimientos.

Y, por mi parte, ¿qué era de mí mientras Gulnar hacía malabarismos con el destino de dos hombres? Oh, poca cosa. Proseguía mi relación con Grandot, tan profundamente insatisfactoria, hoy se diría «frustrante», y mi trabajo en la plaza Vendôme. Por suerte, desde que, como todas aquellas señoras, tenía un amante, pasaba menos por una boba.

—¡Por fin has entrado en razón! —exclamó Mary al conocer la buena noticia. Ella estaba, sin embargo, en una fase de intensa repulsión por los hombres, a los que reemplazaba, provechosamente según decía, por toda clase de sucedáneos que no puedo precisar en estas páginas, por reacción contra la tormenta de pornografía que sopla como un huracán sobre nuestra sociedad permisiva. Baste al lector saber que la imaginación de Mary desafiaba a la de los novelistas más

creativos y que solo se podía deplorar que no la utilizase para mejores fines.

Era además una narradora hábil que se concentraba en detalles de una obscenidad desenfrenada. Yo sospechaba que «exageraba» con el único fin de escandalizar a la «dama», que reaccionaba violentamente.

—¡Basta! —gritaba—. No quiero escuchar semejantes porquerías. Si sigues, voy a ir a quejarme al jefe.

—¡Madre mía, qué simple eres! Vete a paseo y a chivarte si quieres. Ha tenido amantes a carretillas y ahora se ofusca…

—Solo he tenido dieciocho —precisó la «dama» con dignidad.

Amante del orden en todo, siempre había llevado las cuentas exactas, aun en ese ámbito donde es excusable perder la cabeza. Ella nunca la perdía, repleta de convenciones y cálculos razonables.

—Oye —le preguntó Mary—, ¿y qué quieres que nos interese? ¿Los bordados ingleses y el cultivo de las rosas? Es muy bonito eso, pero poco rentable. Mientras que a veces sacamos placer e incluso dinero de esos malditos hombres. Venga, Ratoncita, cuenta un poco tus amores con el matasanos.

Para desligarme de la «dama» y su hipócrita pudibundez, me obligaba a dar detalles sobre Grandot en un estilo bastante laxo, aprovechando la ausencia de Jérôme. Me quejaba de la monotonía de nuestras relaciones que intentaba romper con mi ironía feroz, con maldades, con peleas que muy hábilmente sabía provocar e incluso alimentar para entretenerme.

—Hay que ser dulce con los hombres. Es el papel de las mujeres —profería la «dama» con aire sentencioso.

Mary reía burlonamente, sin miramientos, Lucie la imitaba por respeto, yo mantenía el tono general, la encargada del vestuario seguía a la multitud. La «dama» encogía los hombros, fruncía los labios, callaba con amargura.

No, no transcribiré más muestras de nuestras conversaciones, monótonas igualmente, salvo cuando Mary introducía algún elemento fantasioso, en forma por ejemplo de secador eléctrico u

otros utensilios afrodisiacos.

Desde que estaba domesticada, yo iba sola a Orleans. Tomaba el tren el sábado por la tarde para reunirme en la estación de Fleury-les-Aubrais con Grandot, si no estaba ocupado despedazando alguna carne inocente, o bien con Clément, auténtico hombre para todo: ayuda de cámara, chófer, jardinero, montero y no qué sé más.

Partíamos al galope en el diez caballos hacia Orleans, llegábamos a la calle desierta y, ya de lejos, un aire de indecible aburrimiento me bostezaba en la cara. El olor a madera barnizada de la entrada, del papel de Armenia en el dormitorio que Grandot, aún fascinado por el orientalismo, nunca olvidaba quemar antes de mi llegada, ese aire de paz eterna como el de los cementerios de los pueblos me envolvía, me ceñía, me momificaba, al menos durante un tiempo. Tenía que resistir para no dormirme en el encanto de la pasividad, cercano al atontamiento. Sí, encanto… En ocasiones me sorprendía soñando con pasar el resto de mi vida en aquella cálida quietud junto a Grandot, sin exaltación, pero también sin problemas. Dormir mucho, abandonar las absurdas esperanzas y los vanos procesos, llevar una existencia sin esplendor, sin esperar nada más que la muerte al final del camino. Vivir con los ojos cerrados, los oídos tapados, la mente fajada, vivir en suspenso. Tan joven y el desaliento, el miedo a vivir, ya parecía haberme atrapado. Y, además, ¿podía esperar algo mejor? Junto a Gulnar, atractiva como un astro, yo era una estrella muerta. ¿Por qué no envejecer lentamente, entre ese olor a madera que adoraba, a la sombra de esa antigua catedral cercana que desgranaría las horas de mi vida con el ruido del reloj y el toque de las campanas? Señalo de pasada que nunca había entrado en ese honorable edificio donde un pueblo de creyentes dirigía plegarias a un Dios cristiano y a su profeta Jesús. Porque ni se me pasaba por la cabeza que pudiera ser nada más que un profeta.

Nunca he hablado de mi actitud religiosa ni de la de Gulnar. En cuanto a ella, me parece que no tenía disposición alguna por

lo que puede definirse básica y sumariamente como el sentido de Dios, o el sentido de lo maravilloso. Los esplendores de la tierra, los placeres siempre vivos, siempre nuevos, la admiración por los hombres, la acaparaban entera sin dejar sitio a ninguna aspiración que no fuese concreta, la apartaban de esas vagas ensoñaciones que son, para los temperamentos tumultuosos como el suyo, una pérdida de tiempo.

¿Y yo? ¿Qué leía yo en mí misma? Una brumosa religiosidad que, cuando trato de analizarla retroactivamente, se me presenta como un conjunto de supersticiones concretadas en un Corán minúsculo, un auténtico amuleto, del que nunca me separaba. Era un talismán mágico que debía concederme, sin la menor participación por mi parte —quiero decir sin ningún esfuerzo moral o espiritual por mi parte—, todo lo que le pidiera. ¿Cómo podía alcanzar a Alá esa trascendencia con la cual nada me vinculaba? ¿Y al profeta Mahoma? Nada tampoco me ligaba a ese profeta nacido en Arabia que había encerrado a mis iguales tras un velo. Algunos afirmaban que se habían interpretado mal sus palabras: tal vez, pero el hecho era innegable, y daba gracias a ese Alá desconocido por haberme librado de un pedazo de tela que te aislaba del mundo, te arrojaba a una prisión.

A menudo, cuando Grandot se ausentaba para acudir a casa de algún enfermo, me quedaba sola en la estancia iluminada por la pantalla rosa, apenas azulada por las fumigaciones románticas de mi amigo. Me tendía en la cama rosa y dejaba pasar el tiempo, que no tenía olor, ni ruido ni consistencia, pero era más indestructible que la materia más resistente. A veces volvía atrás, hacia un pasado cuyo resurgimiento descartaba enseguida, dando gracias al cielo por haberme librado de él. Más a menudo iba al encuentro del porvenir encerrado en su misterio; en ocasiones también, vacía de pensamientos y hasta de sueños, disponible, me demoraba en el presente y entonces me aburría, escuchando sonar las horas que caían desde lo alto de la catedral, único ruido en el silencio asfixiante de la casa. Y lo que, unos momentos antes, me parecía deseable —mi vida y mi muerte en aquel lugar

—, me resultaba de pronto tan horrible en su mortal estancamiento que la angustia me hacía un nudo en la garganta y me embargaba el deseo de escapar. ¿Cómo, terminar allí mi vida, una vida tal vez larga, en el letargo de una semi-muerte? ¿Cómo, haber escapado gracias a una guerra mundial y a una revolución sin precedentes del enclaustramiento de mis hermanas musulmanas para sufrir otro casi idéntico? No, todo mi ser lo rechazaba, y qué más daban la quietud perdida, los riesgos, los problemas, las decepciones de la libertad: ese regalo a menudo envenenado, la libertad, no iba a rechazar pagarlo al precio más alto.

Grandot regresaba y reanudábamos nuestras relaciones claudicantes, donde predominaban las incompatibilidades de todas clases que provocaban incesantes choques. Dijera lo que dijese, me parecía estúpido, aun cuando por casualidad se mostraba inteligente, por lo incurable de mis prejuicios de desprecio por aquel hombre en absoluto despreciable, pero que carecía de gusto, de cultura y de ingenio. Cuando callaba, yo me aburría; cuando hablaba, yo ironizaba; para escapar de aquella falta de armonía que ambos sufríamos, aunque de modo distinto, recurríamos al amor físico que no tarda en agotarse, aun con la mejor voluntad del mundo. Yo sabía que debía romper esa absurda relación —y sin duda él también lo sabía—, pero no encontraba el valor de hacerlo: dejar a aquel primer amante aceptado en una lucha contra mí misma requería una determinación de la que por el momento me sentía incapaz. Y además, aquel amor tan ambiguo era amor al fin y al cabo; en todo caso satisfacía la necesidad de amar y ser amados que a menudo vinculamos al primero que pasa, porque nos urge dar cuerpo a esa necesidad, a cualquier precio. Recordaba las palabras de Jérôme: «En este ámbito casi todos los seres son intercambiables: lo que no cambia es nuestra necesidad de amar».

En fin, un último aspecto, el más abrumador para mí de mi carácter, acabó de hacerme entender por qué seguía apegada a

Grandot: me daba la posibilidad de ejercer sobre una persona viva toda la maldad inconsciente que bullía en mí y que se exaltaba en contacto con él. Puesto que era de lágrima fácil y de discurso banal, me gustaba provocar su llanto y alimentar mi desprecio escuchándolo hablar.

¿Por qué Grandot no me mandaba al infierno? A causa de ciertas compensaciones, creo: mi gusto por el amor físico que él me había revelado y a veces mi ternura súbita, especialmente violenta porque rara vez se expresaba. Por otra parte, era veinte años menor que él y acumulaba a sus ojos el doble prestigio de la modelo parisina y el exotismo más auténtico. Y, por qué no decirlo, también era guapa, al menos para los demás, ya que a mí no me gustaba mi tipo, muy pronunciado en mi juventud.

Durante los fines de semana en Orleans acompañaba a Grandot a cazar, en esa Sologne que de entrada conquistó todos mis sentidos: el oído, la vista, el olfato. Qué distinto era todo del campo quemado de mi infancia, de colores vivos y definidos, con el Caspio como telón de fondo cuyo azul índigo volvería a encontrar más tarde, en el sur de Francia. En Sologne todo era bruma, agua durmiente de los estanques, grisura con matices delicados. Mi lugar preferido era un estanque minúsculo, delimitado por esos juncos que se apartaban en una orilla para hacer sitio a un barco de muñecas, donde yo me instalaba de un salto para mirar cómo se perseguían las nubes en el cielo mojado. Entretanto, Grandot y sus amigos cazaban y yo oía disparos que se acercaban o se alejaban y pensaba en las bestias condenadas a muerte.

Un día Grandot me dio un precioso fusil pequeñito, con la esperanza de que tomase gusto a la caza. Primero había que enseñarme a apuntar y para ello ató a una infortunada liebre a un árbol y me enseñó el arte de matar. La liebre saltaba por todos lados, aterrorizada, presintiendo que se acercaba su fin. Tiré, fallé. Volví a empezar, fallé de nuevo. Al cuarto disparo, la herí en el flanco y el animalito, incapaz de saltar, trataba a fuerza de tirones de huir de la muerte que se anunciaba con un

ruido de explosión.

Volví a tirar sin alcanzar la pequeña masa que lentamente se cubría de sangre y al fin arrojé el fusil y me sumí en un llanto de asco y vergüenza.

Este recuerdo de hace medio siglo me convence de un hecho del que tiendo a dudar: a saber, que cambiamos, que el aprendizaje de la vida nos modifica sin que nos demos cuenta. Nada en el mundo me obligaría hoy a disparar a un ser vivo indefenso, atado. Esa joven, ese yo de entonces es para mí un enigma, me pasma: no la entiendo, como si fuera una desconocida. ¿Cómo pudo apuntar, disparar, desear dar muerte a un animalito a mi merced? ¿Por curiosidad, por crueldad, por ser moderna?

Mi yo de hoy no encuentra explicación, está perplejo ante ese yo incomprensible, ambos unidos sin embargo por un misterioso vínculo, físico más que inmaterial, que atraviesa todas las tormentas de la vida, garantizando así la permanencia de un destino.

Cuando en los bosques el frío se hacía insoportable, yo volvía por pequeños senderos a la granja donde encontraría un gran fuego encendido en la vieja chimenea y donde, antes o después, Grandot se reuniría conmigo, solo o con amigos. Presumiría de sus trofeos de caza, se acomodaría ante el fuego, aceptaría el vino y la tortilla de la granjera, una mujer gorda y sucia que no dejaba de quejarse de la carestía de la vida.

Las llamas hacían crujir la madera, ahumaban el jamón y las salchichas colgadas en la chimenea, enrojecían el hocico de los perros echados a nuestros pies. Grandot quería besarme porque ese fuerte calor después del frío lo ablandaba y reavivaba su sentimentalismo, que yo odiaba, sobre todo cuando se exhibía en público. Volvía a ser mala y él desdichado.

Regresábamos en coche por la carretera ahogada en tinieblas donde surgían bosquecillos de árboles desnudos como fantasmas. De cuando en cuando, una granja perforaba la noche negra con su ojo rojo y me invadía la felicidad al pensar en la casa bien

caldeada que nos esperaba, rodeada por una ciudad y protegida de la hostilidad helada de la naturaleza. Siempre me volvía a la cabeza la idea de los millones de animales y su condición maldita: acosados por el hambre, el frío, los hombres. Un sentimiento de seguridad, en realidad engañoso, me aliviaba el alma, me disponía durante unas horas a la indulgencia para con Grandot. Muy pocas horas.

Nos acostábamos muy temprano porque la necesidad carnal mutua nos seguía mortificando y porque, al día siguiente, debía levantarme al alba para tomar el tren que me permitiría llegar a mi trabajo a las nueve. Desde la estación de Orsay solo tenía que cruzar las Tullerías para llegar a la plaza Vendôme: pues sí, «en aquellos tiempos» los trenes de Orleans llegaban hasta allí.

De mis amores de invierno con Grandot voy a saltar a los del verano, a las únicas vacaciones pasadas con él en una excursión de doce días a Saboya. El lector atento se percatará de que hago malabarismos con las estaciones, los meses, los años incluso… y tendrá razón. Estos recuerdos lejanos no siguen en mi memoria una cronología exacta; se mezclan si no en su contenido, al menos en su sucesión. Lo que sé con seguridad es que mis amores duraron en la esfera del reloj un año entero, que se desarrollaron a lo largo de cuatro estaciones, impregnándolos cada una de su particular aroma.

Salimos de Orleans de madrugada un bonito día de junio y, según se acercaba la hora sagrada (la de la comida), la sórdida verdad salió a la luz del día: el viaje iba a transcurrir bajo el estandarte del ahorro. Cuando llegábamos a una ciudad o un pueblo, errábamos de restaurante en mesón, de mesón en hotel, en busca no del tiempo perdido, sino de lo más barato. Grandot no se fiaba de la guía Michelin y, prudente, quería comprobar con sus propios ojos las cartas anunciadas en las puertas.

Con qué voluptuosidad lo detestaba mientras, perdido en laboriosas cuentas, las consultaba largamente, calculaba,

concluía con circunspección para elegir finalmente, pues desconfiaba de esos engañabobos que a él nunca embaucarían. Sin embargo, acostumbrada desde la infancia a la avaricia que había reinado en mi familia de petroleros, tendría que haberme mostrado indulgente con Grandot. Pero la avaricia de los míos no me repugnaba. ¿Por qué? ¿Era porque, por grandiosa que fuera, tenía un cariz fantasioso? ¿Era porque los miembros de mi familia que sufrían ese mal eran eminentemente pintorescos, y que un personaje pintoresco lo es hasta en sus defectos? Mi abuelo materno, uno de los hombres más ricos del Cáucaso, donaba cantidades fabulosas a obras de caridad, pero desfallecía ante la idea de invitar a una cena o de perder unos rublos en el juego, lo que decidía a sus cortesanos a hacer trampas a todo trapo para que ganase. Mi abuela lloraba por cada kopek destinado a la compra de alimentos, pero no vacilaba en quitarse del dedo un anillo valioso para regalárselo a una invitada. Mis tías, mis tíos, mis primos, eran avaros, pero lo eran de una forma divertida. Así al menos recordaba yo las cosas a través de las brumas de las décadas, quizás de forma parcial. Grandot, anodino, lastimero, pequeñoburgués, aunque socialmente hablando no lo fuera, parecía adolecer de una avaricia mediocre, sin extravagancias, teñida, una vez más, por el ridículo. Hacía tiempo que yo lo sospechaba sin que me incomodase, porque en la rutina de las costumbres instaladas aquel defecto era poco perceptible. En París íbamos siempre a los mismos restaurantes, lo que excluía la elección y no planteaba problemas. En Orleans tampoco, la existencia trazada inmutablemente no presentaba dificultades. Su tendencia a hablar del coste, del dinero, del ahorro, me irritaba un poco, pero como en él todo me irritaba, no le daba importancia.

En aquel primer y último viaje que hacía con él, veía su avaricia en acción y podía seguir a placer sus menores manifestaciones. Su alegría ruidosa me pesaba cuando encontraba un hotel confortable a un módico precio, lo que «en aquellos tiempos» no era inhabitual. Me enseñaba la factura, la

comentaba, se la llevaba para seguir deleitándose con ella por el camino; le proporcionaba una estima por la corporación de los hosteleros, y por la humanidad en general, de quienes dudaba cuando estimaba que los precios eran exorbitantes.

Una noche, en Evian, desde nuestra habitación de hotel (módico precio, confort decente) situada junto al agua, mirábamos ponerse el sol sobre el lago de Ginebra en una atmósfera de serena belleza que invitaba a la paz y al amor. Y mi corazón, olvidando los defectos de Grandot, se volvió hacia él en un gran impulso de ternura: su afecto por mí pese a mi actitud hostil se me presentó como una elevada cualidad que me equivocaba al ignorar. De pronto, me avergoncé tanto que me arrojé a sus brazos y lloré; por él, por mí, por la imperfección del mundo donde se reflejaba la imperfección de nuestros sentimientos. «No hago el bien que quiero…», antiguo lamento que modula las relaciones entre los humanos. Al verme llorar, Grandot lloró. Ya he hablado de su propensión al llanto: débil y emotivo, el menor acontecimiento sentimental, la menor llamada a su corazón, lo hacía zozobrar. Embargada por la necesidad imperiosa de saberme amada, le pregunté si me quería y me lo aseguró con grandes efusiones verbales. Luego volvió a llorar más todavía. Más tarde, al recordar la escena, al tiempo grotesca y conmovedora, se me hizo aparente toda la duplicidad de Grandot y comprendí entonces que en su llanto tomaba parte el remordimiento. Ya en aquel momento, decidido a casarse con una mujer «de su entorno» y con una gran dote, sabía que me dejaría, a mí, amante incómoda, caprichosa, sin contactos ni fortuna. Casi seguro de verse aceptado por la otra, había emprendido aquel viaje de despedida con el que iba a cerrarse un intermedio amoroso del cual había sacado pocas alegrías. Nunca le he reprochado esa aparente duplicidad, porque todavía me amaba, a su manera. Que me hubiese amado mucho al inicio de nuestra relación me parece probable: incluso había llegado a hablar, muy tímidamente, hay que decirlo, de matrimonio.

De aquellos días de vacaciones me quedan recuerdos confusos,

unidos entre sí por los valerosos esfuerzos de Grandot para reducir los gastos y, como una pequeña isla que surge del agua turbia de mi memoria, aquella noche junto al lago de Ginebra en que mi alma se había estremecido con una ternura fugaz. Me alegré cuando llegó el fin de aquellas decepcionantes vacaciones, de toda esa decepcionante cohabitación con Grandot. Sabía más que nunca que nuestras relaciones eran un espejismo y, sin embargo, me sentía incapaz de romperlas. ¿Acaso era porque mis demonios interiores me hacían agradable el odio que Grandot tan a menudo me inspiraba? No es imposible.

Volví a ver París con alegría, y en París a Gulnar. Su presencia tónica, su cinismo tranquilo, su generosidad en cuestiones de dinero eran totalmente contrarias a aquella atmósfera que envolvía a Grandot y que yo tenía prisa por quitarme de encima. ¿Cómo iban sus relaciones con Montforgé? Aquí he de volver atrás, ya que lo que me dispongo a relatarles tuvo lugar antes de mis vacaciones con mi desdichado amante.

Nos habíamos quedado en el «asunto del collar», para el caso el asunto del broche en forma de rosa; en la derrota de Montforgé con la llegada imprevista de Otto, que había permitido a Gulnar reanudar su vida virtuosa junto a un hombre que, él sí, la respetaba.

Otto se quedó un mes entero con nosotras y se marchó una mañana en que yo trabajaba, lo que no me permitió ir a acompañarlo a la estación con Gulnar. Me despedí de él en casa, cara a cara los dos. Me estrechó largamente entre sus brazos y me dijo con voz suplicante: «Querida amiga, cuide de Gulnar. Temo por ella».

Me separé de él con un obsesivo sentimiento de culpa. «Temía por ella»… Pero ¿qué clase de fantasía estaba viviendo? Me sentía culpable, absurda, por todo el mal que Gulnar contaba con infligirle pronto, y me parecía ser cómplice de un crimen.

Apenas se hubo marchado, Montforgé, informado de nuestros

asuntos por Jérôme, le suplicó que intercediera ante Gulnar para obtener su perdón. Ella se hizo de rogar durante dos semanas enteras, lapso de tiempo que estimó necesario para cocer al conde a fuego lento en un caldo compuesto de remordimientos, esperanza y avidez. Después cedió, con la condición de recibirlo en presencia mía y de Jérôme. Quería, en una escena solemne, «hacer balance de sus relaciones con Montforgé», expresión que utilizó con énfasis, muy satisfecha de su propia elocuencia. La mente de Gulnar estaba cada vez más a salvo de la mordedura de la duda.

Montforgé volvió una noche con dos ramos casi modestos, uno para Gulnar, otro para mí: aquel gesto señalaba el fin de las grandes ofensivas y la inauguración de una era dominada por la razón y la mesura. Nos besó la mano con el mismo gesto protocolario, un beso idéntico para no despertar la sospecha de alguna preferencia culpable.

La conversación arrancó con nimiedades, en las cuales nos demoramos con complacencia, sobre todo Jérôme, que temía las explicaciones tormentosas. Gracias a su tacto y a la infinidad de temas frívolos o serios que tenía en reserva, aquella conversación neutra habría podido alargarse mucho. Pero Gulnar tenía en mente un balance, una advertencia, un requerimiento al conde y, aprovechando un segundo de silencio, volviendo a convertirse en María Antonieta, miró fijamente a Montforgé y pronunció con aire altivo:

—¡Señor!

El duque de Rohan se sobresaltó con el tono de su voz, se quedó inmóvil ante la mirada de la reina y esperó con los hombros encorvados, todo encogido. Sí, exagero: pero sin que hubiera esos gestos precisos, la actitud del conde los sugería con elocuencia.

—Me alegro de poder explicarme con usted ante mi prima y Jérôme: ante tales testigos mis palabras tendrán más peso. Oh, no tardaré mucho… No ignoraba usted que yo no estaba libre y sin embargo me ha tratado como se trata a una cortesana, como

a una favorita que los hombres se pasan unos a otros.

(Menudas palabras, pensé, qué exagerada… ¡Cortesana! ¡Favorita! De verdad se cree que está en el Gran Siglo…).

El conde soltó un «eh» desesperado, pero Gulnar, imperturbable, prosiguió su discurso:

—Ignoro lo que piensa de la naturaleza de mis relaciones con Otto, pero sepa que la idea de traicionarlo ni se me pasaría por la cabeza. Sí, por desgracia ya estaba casado cuando nos conocimos. Ahora bien, está en instancias de divorcio y, en cuanto quede libre, me casaré con él. —Por fin, por fin la verdad, o una parte ella—. Como comprenderá, querido señor, no voy a cometer la vileza de engañarlo cuando estamos a punto de unirnos definitivamente. Usted sería el primero en despreciarme, yo sería la última en perdonarme.

Todo esto pronunciado con un tono de gravedad que daba gusto oír. Jérôme bajaba la mirada y yo lo imaginaba esforzándose por permanecer serio. En cuanto al conde, solo osó protestar con un gesto de la mano.

—Esto en cuanto al aspecto moral de la cuestión. En cuanto a su aspecto razonable… ¿Cree usted, señor, que sería sensato que una mujer abandonase a un hombre que le ofrece amor, respetabilidad, estabilidad, por otro cuyas intenciones son turbias?

—Oh —gimió el conde. Se proponía hablar, pero ella se lo impidió.

—Es inútil, señor. ¿Qué podría decir que no sepamos ya? No habría sido para usted más que una amante entre tantas otras, quizás, se lo concedo, un poco más amada, algo mejor considerada, pero igualmente solo una amante, y no una mujer con la que uno se casa. Pues bien, querido señor: entre dos amores prefiero elegir el menos espléndido, pero el más entregado. Otto me lo ofrece, yo lo acepto con gratitud. —Aquí, una breve pausa para hacer sentir a Montforgé todo el rigor del destino—. Ya sabe a qué atenerse. Si acepta mi punto de vista, si me comprende, estaré encantada. Le ofrezco mi amistad, pero

nada más, bajo ninguna circunstancia.

Acabado su discurso, calló triunfante. Entonces me pareció que la angustia del conde, casi palpable, llenaba la estancia. Conmovido, desorientado, desesperado sin duda por la apariencia tan firme de Gulnar, indignado con total seguridad, pero sin atreverse a mostrarlo por miedo a las represalias, sintiéndose ridículo, vencido pero más enamorado que nunca de aquella mujer incomprensible, el conde se enredó en una serie de «eh» sin salida. Acorralado, debía proclamar su gozo de ser aceptado como amigo y esa aceptación, fórmula sencilla, casi de cortesía, Montforgé no se decidía a pronunciarla. ¿Por qué? Yo habría apostado cualquier cosa a que era por una suerte de superstición: que su promesa de conformarse con la amistad lo ataría eternamente, lo mantendría por siempre en esa posición insulsa y sin porvenir. En un fogonazo de intuición, me pareció entender un rasgo esencial del conde, agazapado tras un aire falsamente obtuso: era una personalidad angustiada. Sí, estaba sufriendo una profunda crisis de angustia allí mismo, ante nosotros: el sudor cubría su frente, su cuello estaba violáceo, se le aceleraba la respiración, sus «eh» se espaciaban. Una emotividad de muchacha se ocultaba bajo aquel envoltorio de lansquenete, y yo veía a todos sus ancestros cruzados, hasta el último, abandonarlo, dejarlo sin recursos ante aquella bruja musulmana

Entretanto, la bruja lo observaba con mirada glacial, se deleitaba con el desasosiego que había causado y que habría podido prolongarse mucho más si, de pronto, no hubiera decidido ponerle fin.

—Muy bien —dijo con su sonrisa más afable—, decidido: quedamos como grandes amigos.

Tendió la mano a Montforgé, que la agarró ávidamente para besarla en lo que parecía un acto religioso. ¡Ah, qué aliviado debió de sentirse el hombre! No había pronunciado el voto de casta amistad y sin embargo no lo ponían de patitas en la calle: lo toleraban, seguirían recibiéndolo. Nada estaba perdido, la

esperanza subsistía, aun en su forma más vacilante. De momento estaba allí, en presencia de la divina Gulnar, de la simpática prima, del buen Jérôme. Y Montforgé se dejó llevar por la alegría: sonreía con sus mejillas repletas, con sus ojos expresivos, su nariz y hasta sus orejas; todo ello participaba en la fiesta de su corazón y ya no era el sudor de la angustia, sino la sana satisfacción de la felicidad lo que hacía brillar su rostro. Estaba radiante. Y para demostrar que desterraba para siempre la idea de cortejar a Gulnar y que nos profesaba a los tres un amor igual, nos invitó las cuatro noches siguientes, a cenar, al teatro, a la Ópera, a una pequeña fiesta en su pabellón de recreo de Ville d'Avray. Estoy segura de que habría sido feliz regalándonos un gran cheque a cada uno para conmemorar aquella velada que estimaba, pese a todo, preludio de gozos más sutiles. Así pues, pasaba, como todo auténtico enamorado enfermo de amor, por esperanzas y desesperanzas sucesivas frente a unos datos no obstante idénticos. Mis dudas se despejaban, vislumbraba el triunfo final de Gulnar, la derrota segura del conde. Como mucho podíamos esperar algún que otro sobresalto, ciertas luchas intestinas entre madre e hijo, alguna súbita rebelión de los ancestros cruzados, pero el resultado no ofrecía la menor duda. En eso pensaba yo en silencio, anegada por el turbio sentimiento de envidia, de admiración y fastidio que en ocasiones nos provoca el éxito ajeno.

Gulnar había hablado del divorcio que Otto estaría pidiendo para poder estar en condiciones de casarse con él y ni Jérôme ni yo lográbamos arrancarle la verdad: respondía con evasivas o nos mandaba al infierno.

Pero aquel divorcio problemático me remitía al problema del mío, que quería obtener no con vistas a un matrimonio con Grandot, en el que no creía y que no deseaba, sino para ser jurídicamente libre.

Desde hacía ya mucho tiempo, había dejado de responder a las cartas desconsoladas e implorantes de mi marido que, a fuerza de gritar en un desierto sin eco, al fin había dejado de

escribirme. Ya no subsistía vínculo alguno entre nosotros, salvo el que, y desgraciadamente era de peso, un mulá había establecido un lejano día entre nosotros, a mi pesar. Mediante una alquimia psíquica que muchos de nosotros conocemos, aquel acontecimiento me parecía datar de la víspera y al mismo tiempo como surgido de una vida anterior. Imaginen a una muchacha de quince años, oculta bajo un velo como mandaba la tradición islámica, leyendo… *Guerra y paz*, mientras en la habitación contigua se concluía un contrato que transformaba a la lectora en esposa de un hombre aborrecido: ¡ella, que soñaba con el príncipe Andréi Bolkonski! Vínculo arbitrario, quizás, pero no efímero: resistiría a mi rebeldía, a nuestra separación, al cambio de nacionalidad. Para romperlo, ¿a qué poderes, a qué instancias recurrir? Y acabé naturalmente acudiendo a Jérôme, a él que lo sabía todo, que conocía la vida real y la otra, al revés, la que se sueña y se imagina, a él que había estudiado derecho y conocía a la mitad de aquel París que bullía de mundos superpuestos. Él me ayudaría, estaba segura. Y como era bondadoso y servicial, emprendió diversas consultas con abogados que lo remitieron a un jurista turco establecido en París, pues la complejidad de mi caso sobrepasaba sus conocimientos jurídicos. Dichas gestiones resultaron en el discurso que Jérôme me dirigió un día en un estilo «querido maestro» que no era habitual en él. Empezó por: «Mi pobre amiga», lo que no auguraba nada exaltante.

—Mi pobre amiga, no ignora usted, o más bien sí, ignora usted que los tribunales franceses solo son competentes para pronunciar el divorcio entre extranjeros si estos tienen un domicilio en Francia. La regla es infinitamente más delicada cuando uno de los esposos vive en otro país y la pareja no es de la misma nacionalidad, lo que es su caso, por lo demás muy poco frecuente. Pues bien, tras haber sido ciudadana rusa (ya sé, usted diría colonizada por los rusos), se encuentra hoy sin nacionalidad definida, y no es eso lo más curioso de su aventura. Su marido se ha convertido en turco, pero esa nacionalidad no se le aplica a usted, puesto que la ha solicitado para él solo. Ya no es usted

ciudadana soviética, puesto que no ha hecho los trámites pertinentes con la embajada de la U.R.S.S. Afirma ser azerbaiyana en virtud de ese papel emitido por la embajada del mismo nombre —agitó el papel en cuestión que yo le había llevado y lo dejó en la mesa para alzar los brazos al cielo, gesto que completaba su opinión al respecto— y que la proclama ciudadana de ese país ciertamente honorable, pero no reconocido. Por otra parte, está usted casada según el derecho coránico bajo el régimen soviético. Querida y dulce amiga, ¿se da cuenta de la extrema complejidad de su caso?

Me quedé muda, espantada por el laberinto en el que me introducía y que no parecía tener salida.

—Los tribunales franceses no dejarán de declararse incompetentes. Puesto que no posee más nacionalidad que la azerbaiyana, cuyo único mérito es la originalidad, tendría que ir a divorciarse al país de su marido, a Turquía. Porque sepa, querida flor exótica, que el procedimiento de divorcio exige la presencia real del demandante *in situ*.

—¡No quiero ir a Turquía! —exclamó la flor exótica.

—No se preocupe, aunque ese deseo malsano la devorase, el gobierno turco le impediría satisfacerlo. No lo hay más quisquilloso a la hora de acoger apátridas como usted, sobre todo si son de origen ruso. No ha olvidado la llegada de emergencia a su territorio de cientos de miles de refugiados que huían del avance de los comunistas.

—¡Mejor! Pero ¿qué va a ser de mí?

Jérôme permaneció en silencio unos instantes; me miraba con simpatía y compasión.

—Habrá que forzar a los tribunales franceses a declararse competentes.

—¿Y si se niegan?

—Pues bien, tendrá que acostumbrarse. Uno se acostumbra a todo, hasta a un marido ausente. No, no, estoy de broma —añadió, conmovido por mi aire consternado—. Voy a encargar a un abogado amigo mío que inicie el procedimiento. Ya veremos

qué pasa.

¿Qué pasó? Un salto hacia el futuro nos informa de que, tras mil dificultades y de mala gana, los tribunales franceses se declararon competentes, lo que engendró una acción de divorcio por defecto, de semejante complejidad que duró siete años enteros y suscitó el interés de los juristas más expertos y hasta de los periodistas. Al cabo de tales tribulaciones, acabé conquistando mi libertad plena y entera, que me apresuré a comprometer inaugurando un nuevo matrimonio, seguido a su vez, unos años más tarde, por un nuevo divorcio. Procede evocar los eternos retornos.

Las cosas salieron bien… y mal

La vida pasaba: Gulnar embellecía, el conde languidecía, yo hacía gala de una maldad inmutable para con Grandot que de vez en cuando vertía una lágrima, cosa que a mí me encantaba… pero seguía soportándome. Otto escribía cartas afectuosas y melancólicas, en las que se entremezclaban las tres lenguas que conocía y que traslucían sentimientos en los que un corazón atento podía descifrar un gran dolor. Pero Gulnar no tenía un corazón atento y leía esas misivas sin penetrar su lenguaje secreto.

Pero un día —siempre llega un momento en que el autor debe escribir «pero un día»— sus cartas cesaron y, como la última había sido enviada desde Moscú, Gulnar se alarmó pese a su indiferencia. Tras un largo mes de silencio, el socio de Otto la informó del arresto de su amigo «por especulación ilícita». Precisaba que su caso era grave, muy grave incluso.

Gulnar vertió lágrimas sinceras, pero las secó enseguida para preparar una ofensiva dirigida a Montforgé: debía declararse por el motivo correcto, si no… Aún no sabía con exactitud qué vía tomar, pero las cosas no debían seguir alargándose. Su pretendiente había vuelto a su órbita de forma natural, en cuanto Otto se hubo marchado a sus remotos asuntos, y Montforgé no nadaba en la euforia, evidencia constatable a simple vista, me atrevería a decir. Puesto que en realidad ya no tenía derecho al título de pretendiente, sino solo al de amigo en el sentido más desinteresado del vocablo, no se atrevía a suspirar, pero su aspecto suspiraba por él, proclamaba su desasosiego. Finalmente convencido de la honorabilidad de Gulnar, le mostraba un respeto que habría sido más apropiado para una viuda noble que

para mi prima, tan serenamente desvergonzada. En la intimidad Jérôme ya solo la llamaba honorable Gulnar, y la honorable Gulnar se maravillaba de la credulidad del conde que ilustraba espléndidamente el tema amor = locura. Afirmaba que estaba adelgazando, que perdía sus hermosos colores de otros tiempos, indicio de una digestión y un corazón carentes de problemas. Nos parecía, a Jérôme y a mí, que estaba engordando, por así decirlo, el adelgazamiento y la palidez del conde para interpretarlos a su provecho. Pero por más que Gulnar exagerase, el hecho cierto era que el conde había cambiado, que parecía en cierto modo hundido interiormente, que, él que ya era lento y envarado en estado natural, a veces caía en un entumecimiento abrumado… y abrumador para nosotros. En esos momentos, decía Gulnar, era tal cual un saco de patatas, sin la ventaja de ser consumible. ¿Letargo, hipocondría, melancolía? Llámese a esos estados como se quiera: estaban allí porque el pobre conde había entendido por fin la dura verdad que lentamente se deslizaba en su mente: nunca sería el amante de Gulnar. Nunca la estrecharía entre sus brazos más que subrepticiamente, tendiéndole el abrigo o el chal, nunca cubriría de besos ávidos esa boca rebelde que tan cruel, tan inexorablemente había hecho balance de su relación. Y como las prohibiciones ancestrales se elevaban cual muralla china entre él y el objeto de su anhelo, no le quedaba más que desaparecer, ya fuera matándose, ya, prosaicamente, renunciando a todo contacto con Gulnar. Desconocía la desgracia de Otto en la U.R.S.S. porque, temiendo que sacase conclusiones favorables, Gulnar nos prohibía hablarle de ello.

A menudo me sorprende un intenso deseo de agazaparme en el cerebro de un ser que me interesa, para espiarlo en su último refugio, para insertarme en las más mínimas corrientes de su pensamiento, seguirlo en su entramado, captar su nacimiento, su desarrollo, su maduración, su proyección fuera del cráneo. Nunca he soñado con el sombrerito escamoteador de los cuentos de hadas que te vuelve invisible y te permite sorprender a la gente en su peor intimidad con todas sus implicaciones posibles,

desagradables o hasta repulsivas. Pero pasear por su cerebro nos permitiría comprenderla, al menos al nivel de su conciencia.

Así pues, habría querido meterme en el cerebro de Montforgé, donde quizás tuvieran lugar combates épicos entre sus prejuicios y él, entre sus defensas y sus deseos, entre la llamada de Gulnar y la de su señora madre. ¡Qué confusión debía de ser la suya en aquella época que no sabía que estaba llegando a su fin! ¡Qué desesperación debía de sentir pateando un muro que, después de todo, habría podido derribar con un martillo-coraje, que los ferreteros aún no han inventado!

Porque el desenlace se aproximaba, inverosímil como tantos acontecimientos de la vida que después se reprochan al autor que los relata, acusándolo de falta de escrúpulos. Recordarán que un día Jérôme había advertido a Gulnar sobre ese sueño blanco que atormenta a millones de mujeres jóvenes: el encuentro con un gran hombre joven y guapo que les ofrezca un gran amor agradablemente respaldado por una gran fortuna. Puesto que mi prima había nacido bajo una estrella de una magnitud y un brillo particulares, aquel sueño se le apareció no como en una ensoñación, sino en la realidad de un paseo para ver escaparates que estaba dando un día en el Faubourg Saint-Honoré.

Se había parado ante el escaparate de Hermès. Los bellos escaparates, todos lo saben, o más bien todas, rompen el corazón de las mujeres carentes de medios y serían un desafío a la justicia social si tal justicia existiera. Hecha esta observación para disgustar a muchos que la encontrarán fuera de lugar, volvamos con nuestra Gulnar fascinada por un bolso de cocodrilo rojizo que, definitivamente, le guiñaba un ojo para invitarla a adquirirlo. ¿Comprarlo, no comprarlo? La pequeña fortuna que Otto le había dejado antes de su marcha era lo bastante grande para durar al menos dos años sin preocuparse por la economía, pero, pese a su prodigalidad, Gulnar vacilaba.

Generalmente es el sueño de la noche lo que desemboca en la insoportable monotonía de lo cotidiano, pero hete aquí que la vida se abría al sueño concretado por un gran hombre joven con

ese aspecto, bien conocido por todas las mujeres jóvenes, de príncipe encantador, que miraba a Gulnar que a su vez miraba el bolso de cocodrilo. Pese al anhelo que este despertaba en ella, acabó por fijarse con el ojo derecho en la atención que recibía su perfil: volvió la cabeza y vio a aquel joven que desprendía gentileza por los ojos, la sonrisa, toda su alta estatura inclinada hacia ella.

—*I am sure you speak Eenglish* —dijo el joven en un inglés americanizado.

—*I certainly do* —respondió Gulnar con el acento impecable que su profesor le enseñaba desde hacía meses.

Así empezó el cuento de hadas, mientras el conde de Montforgé se hundía en la depresión en su palacete de Saint-Germain, cuento autentificado que se vería obligado a tragarse pocos días después, como una piedra que, sin llegar a asfixiarlo, lo heriría profundamente. Porque Gulnar aceptó cenar aquella misma noche con John Fitzgerald Kennedy, convertirse en su amante al día siguiente y en su prometida dos días después.

Compromiso firmado por un anillo de Cartier (recordemos que el mismo joyero había proporcionado la fatídica rosa de Montforgé) y prolongado por las gestiones del secretario de J. F. Kennedy en la Administración, con vistas a obtener los documentos indispensables para la conclusión de un matrimonio, uno de verdad y no de opereta.

No, por supuesto que no se trataba del futuro presidente Kennedy, que en aquella época debía de pasearse a la sombra de una niñera, pero el parecido de Percy McTadden con su ilustre compatriota me dejaría estupefacta unos cuarenta años después. Misma estatura, mismo corte de pelo, misma sonrisa reconocida como la más encantadora del mundo entero, y los ojos y la boca eran casi idénticos. ¡Qué guapo era y qué beneficiosa resultaba su presencia! Lo conocí dos días después de que tuviera lugar EL encuentro, cuando vino por la tarde a traer el fabuloso anillo; y bien fabuloso era: un enorme diamante tan puro como un manantial de montaña que desprendía, como espléndidos fuegos

artificiales, mil luces diminutas.

Percy McTadden estaba tan radiante como Gulnar; en el resplandor de ella sin duda tomaba gran parte la alegría de ganarle la partida a «ese pobre pelele de Montforgé» que iba a saber cómo se las traía gastaba la descendiente de Saladino: ¡le habría clavado un yatagán inmaterial al infiel!

McTadden propuso al trío inseparable que formábamos Gulnar, Jérôme y yo celebrar el acontecimiento primero en casa y después en un club nocturno, preferentemente ruso. Toda aquella velada victoriosa para Gulnar, lamentable para mí, permanece sigue en mi memoria con todo detalle. Después de la cena fuimos las dos a cambiarnos: ella para ponerse su único vestido blanco, totalmente apropiado aquella noche, sin las flores de azahar, yo para ponerme mi vestido de moaré, de un rojo fuego, que iba a enarbolar como un desafío al destino que me maltrataba: pues Gulnar me dejaría, me quedaría sola, privada de su presencia estimulante, aunque en la misma medida deprimente, por el constante recuerdo del abismo que separaba nuestros destinos. Pero, aun con todo, prefería sufrir con ella a sufrir sin ella.

Al cambiar de bolso, recordé que había llegado con el correo una carta de Grandot: en el sobre rectangular de color gris se extendía su escritura regular, donde se vislumbraba sin necesidad de ser grafólogo su falta de locura y fantasía. No había tenido tiempo de leer aquella misiva, que no iba a ser distinta de las otras en las que me informaba de sus planes para el fin de semana, me pedía que tomase tal tren en vez de tal otro, o me encargaba algún recado. Me disponía a abrir el sobre cuando Gulnar vino a meterme prisa y guardé la carta en mi bolso de terciopelo, rojo como mi vestido, prometiéndome leerla a la primera ocasión.

El blanco deslumbrante del vestido resaltaba su piel morena, el negro cuervo de su pelo satinado, el rojo intenso de su gran boca, rebelde y sonriente al mismo tiempo; me tendía con un gesto elegante su mano de largos dedos donde brillaba el

diamante, signo y coronación de una escalada de la suerte.

—¡Gulnar, qué guapa estás! —dije con el corazón henchido de envidia, de celos y pesadumbre. ¿Por qué no era yo ella; por qué no era ella yo? Si Dios existía, ¿a qué respondía aquella distribución arbitraria de la suerte? ¿Y si fuera el gran tirano burlón que se reía de nosotros? Tenía esos pensamientos a menudo: sabía que no había respuesta, hacía lo posible por desecharlos, pero regresaban siempre, odiosos, vanos, venenosos.

—Soy feliz, no, de verdad, ¡es increíble ser feliz hasta este punto! Percy me gusta muchísimo más que ese viejo aristócrata reseco al que voy a mandar a paseo. Y a su título con él.

Ciertamente, comparado con McTadden, el conde, aun respaldado por diez generaciones de ancestros, no valía gran cosa, y su aire envarado parecía aún más ridículo por el contraste con el del joven americano, liberado, que respiraba soltura y bienestar.

Creo no haber conocido nunca a un hombre que transmitiese hasta ese punto una impresión de felicidad perfecta. Me parece también que durante el breve periodo en que lo vi a diario, siempre estuvo sonriendo o riendo, con su risa infantil que descubría sus dientes en un destello de blancura luminosa. Bien era cierto que gozaba de todos los elementos para ser feliz: juventud, belleza, salud, facilidades para los estudios y una gran fortuna a su disposición, la del papá-químico que la había adquirido inventando no sé qué productos farmacéuticos que millones de inocentes habían absorbido y seguían absorbiendo con total confianza. No obstante, más adelante conocería a personas que también tenían numerosas ventajas, pero desdeñaban la felicidad.

McTadden era además inteligente, culto, sabía montones de cosas, amaba las artes, tenía buen ojo para la belleza de un objeto, se mostraba atento a los demás. Me había enamorado un poco de él, solo un poquito, a Dios gracias, pero ese poco era ya demasiado: por desgracia, ¿quién ha controlado nunca su propio corazón? Enamoramiento demasiado breve para hacerme sufrir,

lo bastante intenso sin embargo para que me perturbase ver, mirar, escuchar al adorable joven que, amén de adorar a Gulnar, pensaba en agradarme.

Igual que Otto. Pobre Otto desaparecido, tragado por un silencio que no presagiaba nada bueno. ¿Acaso Gulnar pensaba en él? En todo caso no lo mencionaba y yo cuidaba de no recordárselo.

McTadden me apreciaba tanto que hablaba incluso de llevarme a América, a lo que yo me negué: ya se vería más adelante. Por lo pronto, introducir a una sola caucásica en su Texas natal sería ya todo un reto. Su conocimiento del francés era aceptable, suficiente para que comprendiese el sentido de la palabra reto, y se reía afirmando que no, qué va, no sería un *reitou*, en absoluto: sus padres, muy comprensivos *indeed*, acogerían encantados a dos caucásicas a la vez. Nunca en su vida habían conocido a una y «*oh, it would be so fine…*».

La noche del «compromiso» llegamos al club nocturno más chic de París a última hora: lo encontramos archi-lleno, sepultado por botellas de champán, macerando en cantos gitanos, zumbando en todas las lenguas del universo, que se entrechocaban bajo las bóvedas de aquella cripta decorada con pinturas de pretensión bizantina. Pero encontramos una mesa.

Como en casi todos los clubs nocturnos, se bailaba también cuando Rusia cedía el paso a América y su *jazz*. Entonces McTadden y Gulnar se arrojaban a la pista para formar sin saberlo la pareja perfecta, tal cual nos la proponía «en aquella época» Hollywood en el apogeo de su gloria. Se completaban tan perfectamente, él alto y rubio, todo sonrisas y felicidad, ella tan sabiamente exótica y parisina, como esculpida en su vestido blanco, que atraían todas las miradas, de envidia o admiración.

No nos levantábamos de la mesa, Jérôme y yo. Ya no me proponía bailar, habiendo sido zanjada esa cuestión de una vez por todas hacía mucho tiempo. Él bailaba mal; en cuanto a mí, me parecían ridículos aquellos zarandeos en brazos de un hombre cuya intimidad no deseaba, que te lanzaba su aliento a la

cara y apretaba su cuerpo conta el tuyo más de lo necesario. Y si existía el deseo, entonces, la verdad, había cosas mejores que hacer.

—Qué razonamiento más simplista —me había replicado Jérôme en una ocasión—. ¿Dónde deja la necesidad del ritmo, el gozo de la expresión corporal, la creatividad gestual que la humanidad conoce desde el inicio de los tiempos? No olvide la alegría mística de David danzando ante el Arca de la Alianza.

¡La alegría mística! Jérôme tenía un talento para elevar los problemas que yo admiraba como era debido, pero que a veces me parecía incongruente.

Mientras, borrando al resto de bailarines, seguíamos con los ojos a la única pareja que nos interesaba, me preguntó:

—¿Cómo van los amores sin gran amor que tan mal vive usted con Grandot? Pensándolo bien, no debería habérselo presentado.

—Ya es un poco tarde para lamentarlo —respondí amargamente—. ¿Nuestros amores? Desde luego que son mal avenidos. Por cierto, hoy he recibido una carta que debería leer.

Saqué la carta del bolso. Bruscamente tenía ganas de leerla, porque esperaba encontrar en ella las palabras de amor que tan desesperadamente necesitaba en aquella aflicción que me embargaba al presenciar la felicidad ajena. ¡Y vaya felicidad! Tal cual soñaban todas las chicas del mundo, y no solo las chicas… Rasgué el sobre, saqué la hoja.

—Disculpe —dije con automática cortesía.

«Querida — la letra corría, regular, equilibrada, carente de fantasía—, tal vez te cause mucha pena, mi pobre pequeña, pero es necesario, tanto para ti como para mí. No podemos seguir juntos: la divergencia de nuestros caracteres, nuestras educaciones, nuestras aspiraciones, se acentúa día a día. No dudes de que conservaré el mejor recuerdo del tiempo que he pasado contigo, de que pensaré en ti con mucho cariño y nunca te olvidaré. Muy tristemente tuyo, tu…».

Seguía la firma, siempre tan correcta, sin la menor tachadura, horrible, que rezumaba tedio y olía al papel de Armenia con el

que Grandot me ahumaba tan concienzudamente. Me quedé petrificada ante la hoja gris, volví a leer tres veces seguidas el texto que, en su pobreza, me anunciaba la ruptura. No quería volver a verme, eso era lo que significaba concretamente; unas pocas líneas, un centenar de palabras, y me arrancaban una parte de mí misma: porque sí, en aquel momento yo amaba a Grandot, amaba su avaricia, su banalidad, su propensión al llanto, su repelente sensiblería.

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra mal?

Incapaz de hablar, negué con la cabeza. No podía comentar aquella carta sin echarme a llorar y, para recuperar la compostura, bebí champán, que detestaba. Jérôme se olía un drama, pero no insistía, por delicadeza, y fingía que todo iba a las mil maravillas, allí y en todas partes. Plegué la carta, la metí en el sobre, guardé el sobre en el bolso de terciopelo rojo. La aversión lo embargaba todo: aquel bolso donde estaba guardada la carta, aquella sala sobrecaldeada, sobreabarrotada, sobreahumada, mi propia alma. Me obligué a beber de nuevo ante la mirada reprobadora de Jérôme y, como se negaba a servirme, saqué yo misma la pesada botella del cubo de hielo y me serví otra copa.

La leve embriaguez no hacía sino agravar mi turbio estado de ánimo, del que emergía la lástima por mí misma, cortante como una cuchilla en una herida: qué injusto me parecía el destino que la misma noche colmaba a Gulnar y a mí me desheredaba, le daba a ella un soberbio anillo de compromiso y a mí aquella carta de ruptura. Sentía que no podría retener las lágrimas que se agolpaban en mi garganta, me llenaban los ojos, dispuestas a brotar. Aterrada por la idea de llorar en público, me levanté y corrí hacia el pasillo donde debían de encontrarse los servicios. Una anciana distinguida, una princesa rusa escapada del diluvio, me hizo los honores de aquel lugar apacible, lejos del tumulto del mundo de los juerguistas, y me abalancé hacia un cubículo aún más apacible donde me desplomé en el asiento previsto para un derrame distinto al de la pena. Dejé brotar las lágrimas a

chorros, tan abundantes, tan rápidas que mi pañuelo quedó instantáneamente empapado, tras lo cual corrieron por mis mejillas, gotearon en mi vestido, en mis manos, en los azulejos blancos. Estos hicieron resurgir en mi memoria otros azulejos blancos, los de una terraza que olía a madreselva y desde la que se apreciaba el Caspio a los lejos: eran los tiempos de mi infancia que, vista desde aquel reducto, se me presentaba idílica, exenta de todo sufrimiento. Refugio perdido, mundo abolido… Lloré más todavía, cuando parecía imposible. Aquellos recuerdos inoportunos, yo los amaba y los odiaba al mismo tiempo, igual que amaba y odiaba a Gulnar, a Grandot y todas las cosas que me importaban y me daban una humillante sensación de derrota. ¿Cómo? ¿Desear tanto y recibir tan poco? En esa frase cabía toda mi pena… ¡inmensa!

Qué joven era. Y qué duro el aprendizaje de la derrota, qué duro abrir los brazos para cerrarlos vacíos, qué duro ver, desde el propio desierto, cómo otros recolectaban abundantes cosechas. ¿Había que renunciar entonces a lo imposible, cuando solo lo imposible daba sentido a la vida?

¿Cuánto tiempo permanecí inmóvil en aquel abismo de lamentaciones, de recuerdos y filosofía primaria? Habitualmente atenta al paso del tiempo, olvidaba que mi prolongada ausencia provocaría inquietudes, especialmente porque a causa del champán me embargó una suerte de letargo. Gracias a aquel estado veía establecerse una correspondencia entre ese reducto y la suspensión de mis males, como si esos muros de loza me protegiesen de nuevos golpes del destino. Debía quedarme allí el mayor tiempo posible, de eso estaba segura.

A través de la bruma de mis fantasías oí unos pasos precipitados, reconocí la voz de Gulnar que hablaba con la encargada del lugar. Después sonaron unos golpes en la puerta a los cuales, súbitamente llena de odio contra mi prima, cuidé de no responder: ya podía golpear, adoptar aires protectores, revestir una hipócrita solicitud, ella que recogía a manos llenas los tesoros del mundo… Yo callaría.

—¡Abre! Me estás asustando.

Ebria de champán y de resentimiento, escuchaba con pérfida alegría los renovados golpes en la puerta y las vibraciones en mi cabeza, donde el alcohol hacía su trabajo de alcohol. Imaginaba a Gulnar y a la anciana princesa alteradas por la inquietud, interrogando, a falta de algo mejor, a la puerta recién pintada de blanco en la cual, de mi lado, un letrero recomendaba encarecidamente a las usuarias que dejaran el lugar tan limpio como les gustaría encontrarlo. ¿Y si dejaba allí mi cadáver cubierto de sangre? Sería un regalo de bodas inédito para Gulnar… Pero, como tantos deseos, aquel era irrealizable por falta de los medios apropiados. Oí a Gulnar exclamar:

—¡Seguro que le ha pasado algo! ¿Qué hacemos, Dios mío, qué hacemos?

Unos *boje moi* patéticos de la princesa le respondían.

¡Yo triunfaba! Que Gulnar experimentase aunque tan solo fuera una ínfima parte de la inquietud que anegaba mi vida, ella, cubierta por los bienes que Alá, en su infinita justicia, le concedía profusamente.

—¡Hay que llamar a un hombre, a algunos hombres fuertes, para derribar la puerta! —exclamó Gulnar.

Yo imaginaba la escena: unos hombres echaban abajo la puerta que se me caía encima y de paso me golpeaba, me hería, me mataba: y si sobrevivía, ¡qué sublime espectáculo, yo desplomada sobre el asiento con mi hermoso vestido rojo fuego!

La sensatez se impuso a mis rencores de borracha. Me levanté con esfuerzo, corrí el pestillo, abrí la puerta y me vi con los ojos de las mujeres que me miraban estupefactas. Mi pelo despeinado caía en desorden sobre mis ojos, mi maquillaje corrido por el torrente de lágrimas convertía mi cara en una máscara multicolor, me tambaleaba, debía de parecer una loca.

—¿Qué te pasa, mujer? —exclamó Gulnar ignorante de que, mientras ella bailaba con McTadden, yo me arrojaba al turbio consuelo del alcohol.

Su voz que resonaba con verdadera solicitud ablandó mi

corazón ávido de afecto: disipado todo el odio, me derrumbé sobre el hombro de Gulnar y volví a sollozar.

—¿Te acuerdas —balbucí entre las lágrimas y el hipo—, te acuerdas de la terraza de la madreselva, del Caspio, de la casa del *shaitan*, de las rocas en la arena?

—Pero ¿qué te pasa?

Esos recuerdos evocados en el aseo de un club nocturno le parecían cuando menos fuera de lugar.

—¿No crees que habríamos sido más felices si hubiéramos seguido llevando el velo como nuestras abuelas? ¡Sin problemas de trabajo, de hombres, de libertad! Teniendo algún niño de vez en cuando, saliendo entre mujeres, el *hammam*… Ay, Gulnar, qué desgraciada soy…

—Si te oyera Jérôme, diría que haces filosofía para modistillas, filosofía de alta costura.

Me agarró por los hombros, me puso derecha, me escrutó… Al fin la verdad se le hizo patente:

—Pero si estás borracha…

Negué con la cabeza y aquel movimiento imprudente acabó conmigo: la náusea subía suavemente por mi garganta y tuve el tiempo justo de dar los dos pasos que me separaban del lavabo. El resto me lo contaron más adelante y no tiene interés para nadie, ni siquiera para mí.

Epílogo

Se casaron y fueron felices. Pero, contrariamente a los cuentos de hadas, no podemos garantizar la duración de su felicidad. No queremos correr para agarrar por los pelos al futuro, donde quizás transcurra otra historia que no tiene que ver con esta.

Se casaron y marcharon al Havre para tomar uno de esos prestigiosos paquebotes cuya imagen en los anuncios publicitarios nos llena de una nostalgia malsana. La civilización occidental todavía estaba lejos de los aviones intercontinentales que con un aleteo cruzan los océanos, y las partidas hacia América aún conservaban un semblante de aventura cuyo recuerdo se ha perdido.

¿Montforgé? Huelga decir que supo por Jérôme del prodigioso encuentro de Gulnar ante el escaparate de Hermès, donde sus pasos venidos del Cáucaso se unieron a otros pasos venidos de América para nunca separarse. En adelante, caminarían a cuatro piernas en la misma dirección, al mismo ritmo, con un mismo corazón, y de su enlace quizá surgiera algún día otro par de piernas que transmitiese a la posteridad aquel memorable encuentro.

No podemos sino especular sobre los sentimientos de Montforgé «mandado a paseo» y suponer que sufrió por aquel envío, tanto por amor propio como por amor a secas. ¿Lamentó acaso su pusilanimidad, la prisión donde lo encerraban sus prejuicios? ¿O, por el contrario, se congratuló de haber aguantado frente a los sortilegios de la eterna tentadora? Nunca lo sabremos.

¿Otto? Nunca volveremos a tener noticias suyas. Desapareció en la enormidad rusa donde millones de hombres y mujeres

pueden disolverse sin dejar rastro, engullidos por la máquina de un Estado omnipotente. Nunca llegaríamos a saber si las acusaciones lanzadas en su contra fueron justificadas o arbitrarias. Que en paz descanse. Quizás yo fuera la única persona en el mundo que durante mucho tiempo conservase su recuerdo, que pensara en él con cariño y agradecimiento. No se podía pedir tanto a Gulnar, que nadaba en un mar de dicha comparado con el cual su relación con Otto se presentaba como un arroyuelo límpido, pero sin importancia.

Iba a quedarme sola en aquel apartamento demasiado amplio para mí, que no obstante conservaría durante algún tiempo, sin dificultades materiales. Gulnar me había dejado su pequeña fortuna y McTadden quería garantizarme una renta más que confortable: mi prima, a quien tan a menudo envidiaba y detestaba, me abrumaba con su magnanimidad.

Estaba decidida a dejar el trabajo mentalmente debilitante de modelo y a emprender la búsqueda de una profesión más inteligente: era joven, la vida se me presentaba como una cinta infinitamente larga que se perdía en las profundidades del futuro. Pero todas aquellas ventajas no lograban levantarme el ánimo, inmovilizado en el cero del barómetro interior y que parecía estar helado para siempre.

Había acompañado a Gulnar y a McTadden a la estación, en tropel: la familia al completo, caucásicos orgullosos de la «caza» exitosa de una de los suyos, amigos con Jérôme a la cabeza. Todo el mundo reía y yo los imitaba sin la menor alegría. Una vez concluida la ceremonia, me escapé aprovechando la confusión general y volví a Auteuil: era en la soledad donde me sentía menos desdichada.

No volví a casa, sino que decidí vagabundear por las calles que aún conservaban su aire familiar y provincial. Las conocía de memoria, por así decirlo: sus casas, sus jardines, incluso a muchos de sus habitantes. París está lleno de pueblecitos donde

nos cruzamos, a veces durante años, donde se ve crecer a los niños y envejecer a los demás, sin llegar a hablarse ni a saludarse nunca. Pero aun esos conocidos visuales dan un aire de intimidad a esos pueblos dentro de la ciudad.

Así pues, caminaba por las calles de Auteuil cuando de pronto una jovencísima florista ambulante me tendió un ramo de rosas y me llevó de vuelta a mi primer paseo solitario, durante el cual también una pequeña florista me había tendido flores, y tal vez fuera la misma. Qué cercana me había parecido entonces la felicidad, quizás a la vuelta de la esquina. Y si no era a la vuelta, sería más lejos; tarde o temprano la alcanzaría, la mantendría para siempre cerca de mi corazón, como una corona de flores del mal que se llamasen envidia, despecho, tristeza. Me rechacé a mí misma, avergonzada de vadear aquel pantano tenebroso.

No sé cómo me encontré en el Bois, coloreado por la intensa luz del ocaso. Seguí un sendero desierto, me senté en un banco y allí, lejos de los paseantes, me abandoné a mi desesperación, me sumí en la aversión por todo. Contra la aversión por la vida solo existía el remedio de la muerte, pero yo sabía que no lo iba a tomar. ¿Cómo resolver lo irresoluble?

En busca de una respuesta levanté la cabeza, escruté el cielo habitado por un Dios oculto. Un pájaro planeaba justo delante de mí y súbita, milagrosamente, mi corazón se hizo ligero como el vuelo de aquel ave en el aire límpido. En las tinieblas de mi corazón nacía una esperanza, tal vez falaz, en cualquier caso apaciguadora; me desvelaba una verdad eterna: mientras el vuelo de un pájaro, el crujido de las hojas, el oleaje del mar nos alegren los sentidos y el espíritu, la vida sigue siendo un don valioso.

A mi edad todo era aún posible, y otro pensamiento vino a amplificar la esperanza naciente: ¿por qué no intentar escribir como Aïssé, mi hermana caucásica de París? Más allá de los siglos me guiaría, fraternal, a través de la jungla de las palabras. ¿Quizás fuera su fantasma quien me había insuflado aquel súbito deseo?

Me puse en pie, me sentía mucho más ligera: no es que hubiera sanado de mi desesperación, pero vislumbraba un remedio contra ella, uno que no era la muerte.

La vida me esperaba: debía ir a su encuentro mal que pesara a mi corazón. Por más que fuera un incordio.